



Siempre
serás
mi chica

Lory Squire

Siempre serás mi chica

Serie Bay Town I

Lory Squire

SIEMPRE SERÁS MI CHICA

Mayo 2018

2018 © Lorena Escudero

Diseño de Portada: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Este libro va dedicado a todas esas personas románticas que siguen
teniendo fe en el amor y que creen que es capaz de superar las barreras del
tiempo, el espacio y la propia voluntad humana.*

Índice

CAPÍTULO 1:

DE NIÑOS QUE JUEGAN A SER HOMBRES

CAPÍTULO 2:

Y EL AMOR NACIÓ A RITMO DE BRYAN ADAMS

CAPÍTULO 3:

EH, ¿QUIERES SER MI CHICA?

CAPÍTULO 4:

ADIÓS, LADY LILLIE

CAPÍTULO 5:

SOLO QUIERO CANTARTE A TI

CAPÍTULO 6:

DE VUELTA AL HOGAR

CAPÍTULO 7:

TE VOY A QUERER TODA LA VIDA

CAPÍTULO 8:

EL REENCUENTRO

CAPÍTULO 9:

ADIÓS, QUERIDOS SUEÑOS

CAPÍTULO 10:

LA GRAN OPORTUNIDAD

CAPÍTULO 11:

FOREVER YOUNG

CAPÍTULO 12:

ROMPIENDO LAZOS

CAPÍTULO 13:

EL GRAN ERROR DEL MATRIMONIO

CAPÍTULO 14:

UNA INGRATA SORPRESA

CAPÍTULO 15:

LA ESTÚPIDA IDEA DE TOMAR UN HELADO

CAPÍTULO 16:

EL SEGUNDO PLATO

CAPÍTULO 17:

CUANDO EMPIEZAS A NO SER EL MISMO

CAPÍTULO 18:

LA NUEVA YELLOW

CAPÍTULO 19:

DERRIBANDO BARRERAS

CAPÍTULO 20:

BIENVENIDA, INSPIRACIÓN

CAPÍTULO 21:

SE COMIENZA POR UN COCHE Y SE SIGUE CON UNA CASA

CAPÍTULO 22:

EVERYTHING I DO, I DO IT FOR YOU

CAPÍTULO 23:

ERES MI CHICA

CAPÍTULO 24:

DESNUDA MI ALMA

CAPÍTULO 25:

COMO UNA PUÑETERA MONTAÑA RUSA

CAPÍTULO 26:

LA AMENAZA

CAPÍTULO 27:

LO INEVITABLE

CAPÍTULO 28:

SE ACABÓ LA ESPERA

CAPÍTULO 29:

PROMESAS, PROMESAS

CAPÍTULO 30:

EL SACRIFICIO

CAPÍTULO 31:

EL AMOR NO SE COMPRA

CAPÍTULO 32:

MIEDO

CAPÍTULO 33:

OTRO MOMENTO QUE ATESORAR

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1:

DE NIÑOS QUE JUEGAN A SER HOMBRES

Playa de Malibú

Los Ángeles, California

30 de junio de 2010

Tanner supo en ese momento que nunca había sido nada.

Jamás lo fue.

Le dio otra calada al porro y observó cómo sus pies se hundían en la fresca arena de la playa, solo iluminada por la tenue luz de las estrellas.

Era tan diferente a aquella otra, aquella en la que solía jugar cuando era un crío... Las luces amarillas de su casa de Malibú lanzaban sombras a su alrededor e incluso sobre las olas, a lo lejos. Puede que fuera más bonita. O que la gente creyera que era más bonita. Pero solo era otro producto más que vender.

Como él.

Y se estaba quedando sin argumentos de marketing.

Aporreó la guitarra. Era lo único que seguía igual: su vieja guitarra.

Lo básico.

Siempre había estado allí, acompañándole en sus mejores momentos y también en los peores, como el de ahora.

Sin embargo, ahora las notas no querían salir. Él seguía aporreando la guitarra pero, de alguna manera, el sonido que esta desprendía parecía confuso, extraño y chirriante.

Le dio otra calada al porro y cerró los ojos. Ahora estaba solo. Eso también había cambiado. Algunas cosas seguían igual, otras sencillamente debían seguir su curso, como la propia vida que se escurre entre las manos.

Tiró el canuto a la arena todo lo lejos que pudo de él y le dio un trago al

botellín de cerveza que tenía al lado.

Mierda. Ya nada le servía. Nada le hacía olvidar, ni sonreír, ni le traía paz. Ni siquiera conseguía dormir. Tenía que alejarse de allí, tenía que hacer algo. No podía seguir así, y lo sabía.

Había tocado fondo.

Un leve sonido, casi imperceptible, le hizo girar la cabeza. Ella estaba allí.

No tenía ganas de verla. No ahora.

Volvió la mirada hacia la guitarra, esperando que se diera por aludida.

Pero no lo hizo, al contrario. Se sentó de cuclillas a su lado. El perfume almizclado le inundó las fosas nasales cuando se le acercó al oído y le plantó ligeros besos sensuales por el cuello.

Era una maestra en esas artes, por eso estaba con ella.

Pero lo cierto era que ahora no tenía ganas de estar con nadie.

Y sin embargo, ella siguió aquél camino hasta su boca. Cuando llegó, él cerró los ojos más por inercia que por interés. Quería que se fuera, que le dejara tranquilo intentando encontrar sus sueños otra vez.

No había nada. No tenía nada. No sentía nada.

Entonces, ella le quitó la guitarra y la dejó a un lado, sobre la arena. Él no se quejó. Para qué. No servía de nada intentarlo. Se sentía como un muñeco en manos del destino: inútil, torpe e inerte.

Ella se sentó a horcajadas encima de él, le cogió la cara entre las manos y le besó con más ahínco, como intentando demostrar que era capaz de encenderle si se lo proponía. O quizá no se hubiera dado por aludida y pensaba que nada ni nadie era más importante que ella. Cuando aparecía, todo lo demás debía relegarse al olvido. Porque ella era la gran Lillie McFly. Rubia, alta, delgada, preciosa y, además, con una bonita voz.

Con ella, Tanner sabía que lo había conseguido todo. Estaba en la cima.

Recordarlo le ayudó a recuperar el ánimo de nuevo. Sí, estaba allí, en la puta cima del mundo, con la mujer más deseada del planeta.

Ella sabía que funcionaría, y funcionó. La fricción de sus caderas, el

ritmo de su cintura, el roce de su experimentada lengua.

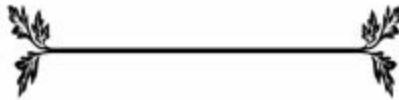
Tanner se olvidó de aquella noche, de la noche de su decimoséptimo cumpleaños, esa en la que solía pensar cuando de alguna parte surgía de nuevo la nostalgia. Trece años después, en la otra punta del mundo, quizá las cosas pudieran volver a mejorar.

Al menos, acabarían bastante mejor de lo que lo hicieron entonces: con una hermosa mujer jadeando entre sus brazos, la puñetera final de la base, y no con un estúpido y lastimero beso.

No estaba solo.

No tenía amigos cercanos, no había fiesta para celebrar su treinta cumpleaños, pero no estaba solo.

Y no se estaba haciendo viejo.



30 de junio de 1997

Playa norte de Scarborough, North Yorkshire

—Eh, ¿has traído las birras?

—¿Tú qué crees?

El chico flacucho se quitó la mochila y sacó dos paquetes de latas de cerveza de dentro. La oscuridad reinaba alrededor de los cinco chicos que se habían reunido aquella noche a celebrar el cumpleaños de uno de ellos, el más callado, el más tímido: en resumidas cuentas, el raro del grupo.

O al menos eso le decían a Tanner, pero todos sabían que en el instituto nadie se mezclaba con ellos porque eran, todos y cada uno de ellos, «los raros». A cada cuál más. Pero elegían al cumpleañosero como chivo expiatorio porque, sencillamente, era el blanco más fácil. Y alguien tenía que serlo, ¿verdad? Además, resultaba tan fácil meterse con él... Tenía las orejas de

soplillo, y ni siquiera su pelo castaño rizado conseguía tapparlas porque lo llevaba demasiado corto. Quizá si se lo dejara más largo las tapparía, pero por ahora los rizos se le alocaban en lo alto de la cabeza como una masa informe.

Así que, de momento, el chico no se había atrevido a arriesgarse a dejarlo crecer. Le caía por la frente, rebelde, en el corte que su madre siempre le había hecho desde pequeño. Sin embargo, ahora cumpliría diecisiete años y quizá ya fuera hora de ser valiente y ver qué pasaba si lo dejaba crecer. A fin de cuentas, se estaba convirtiendo en un hombre y debía romper moldes, hacer alguna locura, cometer alguna rebeldía, ¿verdad?

Como la de aquella noche.

Se iban a colocar, al fin. Jonas, el rubio con granos y unos kilos de más, había traído las birras; Beep (llamado así porque siempre tenía hipo, aunque en realidad se llamaba Thomas) el tabaco de liar y una radio enorme que tenía más de diez años, y Rob, un tipo larguirucho y con greñas grasientas, le había birlado a su padre, un conocido porretas, una china de hachís. Y por si fuera poco, Hamish había hecho también lo suyo: había invitado a las chicas del club de ciencias. Las únicas que les hablaban.

Una pasada.

—¡A ver si vas retirando ya esa radio! ¿Quién te crees que eres, Vanilla Ice o qué? ¡Si no tiene ni lector de CD!

Todos se rieron ante el comentario de Rob, y Beep cogió la radio, se la puso en los hombros y le dio al play. La música de *Tonight, tonight* de Smashing Pumpkins, comenzó a sonar a todo trapo.

—¡No hay nada mejor que el sonido de un cassette, tíos! —chilló, mientras movía la cabeza al ritmo de la música.

La canción terminó y, antes de pasar a *Wonderwall*, de Oasis, fue interrumpida por la voz de un locutor de radio.

—Joder, qué cutre eres... ¡Y además grabada de la radio!

Todos rieron de nuevo aunque segundos antes hubieran coreado la canción como si fuera un himno. Sin embargo, Tanner no dijo nada. Al menos, Beep había traído algo. Él solo se llevó su guitarra.

De todas formas, tampoco hablaba con nadie. Y tampoco podía traer nada

de casa. Ni de coña podría hacerse con nada parecido al alcohol o las drogas. Su padre, un profesor excéntrico y músico de los setenta frustrado, era exalcohólico, y por lo tanto lo único que tenían en la nevera eran refrescos de cereza y gaseosas. Era otra de las rarezas que llevaba a rastras: su extraña familia.

Se apresuraron a abrir los botes de cerveza y beber como si lo hubieran estado haciendo toda la vida; por la noche la playa norte estaba desierta y podían campar a sus anchas con mayor o menor libertad, porque de acercarse cualquier coche de policía podrían verlo venir desde la distancia.

—Yo no voy a fumar eso, que lo sepáis —protestó Hamish—. Nadie sabe lo que le puede hacer a tu cerebro, todavía no existen estudios fehacientes que demuestren que...

—Vete a la mierda, Ham —protestó Rob—. Hoy es el cumpleaños del raro, ¿es que no lo ves? Si no quieres fumar mejor para los demás, pero deja ya de dar por el culo y no seas aguafiestas.

El resto de ellos rió mientras le observaban quemar la china. Beep había preparado el tabaco sobre el papel de liar y Rob comenzó a deshacer por encima aquella masa marrón, distribuyéndola lo máximo posible para que les durara más. El último de la línea era Jonas, que los liaba a la perfección echando un buen salivajo al papel de liar.

—Escupe, escupe, que eso es lo más cerca que vas a estar de otros labios, pringao... —le dijo Beep a Jonas.

De nuevo, la playa se inundó de las risas burlonas y un tanto torpes de un puñado de adolescentes que pretendían jugar a ser tíos guays.

Tanner comenzó a aporrear la guitarra. Estaba nervioso.

Le dio otro trago a la cerveza y ahogó un eructo. No estaba tan buena, es más, tenía un sabor bastante desagradable y, por si fuera poco, le hacía querer eructar todo el rato. Pero en fin, era cerveza, al fin y al cabo, y él era un hombre y debía bebérsela.

Se concentró en las cuerdas: sus ojos azules escudriñaron aquellas finas líneas en una expresión de suma concentración. No quería pensar en que ella iba a venir. A lo mejor tampoco venía. ¿Quién iba a querer ir al cumpleaños del más raro de todos los raros del instituto?

Solo las chicas raras, claro. Seguro que ella pasaba hoy de venir.

—¡Eh, mirad! ¡Han venido las titis! —susurró Beep dándole un codazo de la emoción a Rob.

—Joder tío, que me has hecho tirar lo que me quedaba de mierda —se quejó este, para después iluminar con el mechero la arena en busca del codiciado tesoro—. Me cago en... hemos perdido lo que nos quedaba por tu culpa, imbécil.

—Y qué más da —añadió Ham—. Ya tenéis cuatro porros, ¿o es que creéis que ibais a poder fumaros más que eso?

Tanner sonrió. Estaba muy nervioso. Una calada de eso le vendría muy bien.

—Eh, dame uno, corre —le pidió a Jonas. Su voz sonaba rara.

Hablaba tan poco que, cada vez que lo hacía, carraspeaba.

Este se lo pasó y Tanner lo encendió. Cuando ella llegó, él ya tenía el porro en la boca y una lata de cerveza junto a la rodilla. Pero ni siquiera la miró. Todavía no podía hacerlo.

Siguió dándole a las cuerdas, tocando una melodía desconocida, calentando los dedos y escondiendo sus ojos bajo los rizos.

—Hola —añadió una de ellas, no supo quién, pero no era «ella».

—Eh, Annie, qué bien que hayáis venido. Venga, sentaros —les animó Hamish.

Eran tres. Tanner lo supo porque se sentaron a su derecha, en línea, y una de ellas estaba enfrente. Era ella. Lo adivinó porque, aunque era verano, llevaba esas botas marrones desgastadas que tanto le gustaban. Había cruzado las piernas y sus pequeñas y blancas manos reposaban sobre la puntera desgastada. Se había pintado las uñas de color amarillo.

Le dio otra calada al porro. Esa segunda calada le provocó un mareo, seguido de una sensación de alegría, de euforia, de seguridad y confianza en sí mismo: algo que hasta ese momento nunca había sentido.

Escuchó cómo comenzaban a hablar del club de ciencias, de los trabajos pendientes, de temas banales que a él no le importaban. A él solo le gustaba

la música.

Y ella.

Sobre todo su risa. Su risa cantarina y su voz alegre.

Y entonces, todos callaron y le miraron.

Porque había empezado a cantar. Por primera vez, el raro que siempre llevaba a cuestas una guitarra y nunca cantaba les había dejado escuchar su voz.

Y es que se sentía feliz. En aquel instante, el día de su cumpleaños, rodeado de sus amigos y junto a la chica que le gustaba, se sintió más feliz que nunca.

Sus dedos aporrearon las cuerdas con mayor rapidez, la melodía por todos conocida resonó sobre las olas de la playa como un himno. Sujetando el porro entre los dedos de la mano derecha, la izquierda se movía sin cesar como acompañamiento de su voz: nadie sabía que tenía esa voz tan bonita, algo rasgada y bastante masculina a pesar de su juventud.

Una versión acústica de *There she goes*, de The La's, inundó la noche estrellada de su diecisiete cumpleaños:

«There she goes, there she goes again, racing through my brain, and I just can't contain this feeling that remains... There she blows, there she blows again, pulsing through my veins, and I just can't contain this feeling that remains... She calls my name, pulls my train, no one else could hear my pain...»

Ella le miraba impresionada, con los labios ligeramente abiertos por la emoción. De repente, aquel chico tímido de rizos castaños, ojos azules y orejas de soplillo había subido todos los peldaños posibles de la escalera de la popularidad: una voz preciosa, un porro, una cerveza y una guitarra.

¿Quién necesitaba más?

Y sin embargo, en el fondo ella siempre lo había sabido. Allí, debajo de aquella timidez, de aquellas camisas de franela a cuadros y los vaqueros enormes, debajo de toda aquella palidez se escondía eso con lo que ella llevaba soñando desde hacía algún tiempo.

—La melodía está muy chula, pero esa canción es una oda a la heroína,

que lo sepáis, y me parece increíble que a todos os mole tanto... —le reprendió Hamish.

—Ya estamos otra vez... —Rob le tiró arena.

—Cada uno puede pensar lo que quiera, la puede interpretar como mejor le parezca —susurró Tanner mientras seguía dándole a las cuerdas.

Bastante era que había hablado delante de ellas, todavía no podía levantar la mirada.

Aunque lo hizo. Levemente. Lo justo para ver cómo ella le miraba, con esa sonrisa eterna en sus ojos aniñados.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo la interpretas?

Tanner volvió a ponerse nervioso. Las manos le temblaron un poco. Volvió a darle la calada al porro y, aun así, se puso colorado como un tomate antes de añadir:

—Yo creo que trata de una chica. Siempre son las chicas. Se te meten por las venas y duelen, pero al mismo tiempo no quieres sacártelas de dentro.

—Sí, siempre son las chicas —confirmó Jonas, dándole una calada al porro y mirando hacia el infinito como si fuera un tipo totalmente experimentado.

—Sí claro, ¡sacártelas de dentro! —añadió Rob un poco achispado ya—. Lo que queremos de las nenas en realidad es metérsela muy dentro... —Terminó la frase con una risa tonta, de bobalicón, que fue secundada por Beep, quien se calló enseguida porque le dio un ataque de hipo.

Y además, porque las chicas comenzaron a decirle al primero que era un idiota, y nadie quería estar a disgusto con ellas. Al fin y al cabo, era la primera vez que montaban una fiesta en la playa, ¡y encima con chavalas y todo! Todos querían fardar delante de ellas y gustarles.

Tanner no dio muchas más caladas a su porro. Estaba demasiado ocupado sintiéndose desinhibido por primera vez, y eso fue lo que le salvó de no acabar vomitando aquella noche, como el resto de sus colegas, que se pasaron los petas y se los fumaron como si no hubiera un mañana.

De hecho, hasta las chicas los probaron: todas, menos ella.

—No gracias —vio él cómo negaba con la mano de uñas amarillas—, paso de eso.

—Venga, mujer, que una calada no es nada y verás qué divertido —le sonrió Rob con mirada lasciva.

Tanner sintió una punzada de celos, pero volvió a su mundo: la guitarra. Después de todo, ¿quién era él para sentir celos de nadie? Ni siquiera sus amigos sabían que ella le gustaba, y no había ningún pacto entre los cinco chicos que declarara terreno vedado a ninguna de ellas.

Todavía no habían llegado a ese punto: los granos, los problemas, las inseguridades lo habían impedido hasta la fecha. Pero no quedaba mucho.

Estaban a punto de entrar en la madurez, y algunos de ellos de la manera más dura.

Sin embargo, esa noche fue la primera en que disfrutaron de verdad, como adultos. Niños en proceso de convertirse en personas maduras, niños jugando a ser mayores.

Con un poco de cerveza y unos porros, el grupo de chicos y chicas comenzó a romper el hielo. Tanner observaba, sonreía, y se sentía en una nube. Seguía con su guitarra los acordes de la música que sonaban en aquella desvencijada radio que solo reproducía cassettes, pero a ellos les daba igual. Allí todos eran de origen humilde, como casi todo el mundo en Scarborough, y por suerte, los que estaban sentados en la arena no creían que tener poco dinero fuera motivo de ensañamiento. Estaban felices, pero sobre todo él: era su cumpleaños, y la primera fiesta que celebraban. Y había venido ella.

Ella siempre sonreía. Pero esa noche lo hacía más. Sus amigos interactuaban con las chicas, se metían con ellas intentando ligar de la manera más burda e inocente, y ellas se burlaban de sus torpes intentos y se daban golpes con el codo las unas a las otras.

No necesitaban demasiado para perder la vergüenza.

Las estrellas, la luna, el sonido de las olas... La arena fresca sobre los pies desnudos. Menos los de ella. Ella nunca se quitaba sus viejas botas.

En la radio comenzó a sonar *Song 2*, de Blur, y todos ellos se levantaron y comenzaron a saltar como locos sobre la arena en cuanto Damon Albarn emitió el famoso grito de protesta. Jonas, Beep y Rob saltaban y se chocaban

los unos contra los otros como animales, mientras Ham les miraba desde el suelo y se reía a carcajadas y las chicas se miraban las unas a las otras en tanto que meneaban las melenas y movían los brazos en el aire; todos ellos gritaron al mismo tiempo: «*It's not my problem!*».

Tanner apoyó la guitarra en su rodilla, se echó en el suelo y miró al cielo con una sonrisa en los labios. No, no era su problema.

La vida era maravillosa. No tenía ningún problema.

Todavía.

CAPÍTULO 2:

Y EL AMOR NACIÓ A RITMO DE BRYAN ADAMS

Playa de Scarborough

Noche del decimoséptimo cumpleaños de Tanner

Se subió la cremallera de la sudadera todavía más. Aunque era verano por las noches refrescaba bastante al norte de Yorkshire, sobre todo si estabas a la orilla de la playa, y un poco de cerveza no era suficiente como para calentar el cuerpo, sobre todo si pasabas de beberla y solo te mojabas los labios con ella para no quedar como una aguafiestas.

Se llamaba Linda, pero todos la llamaban *Yellow*. La causa era bastante obvia... Era su color favorito y lo usaba siempre que podía y en todo cuanto le era posible: la ropa, las uñas, e incluso mechas en el pelo, que ya de por sí era rubio. El amarillo era el color más alegre que había, el color de la luz, del verano, de la calidez, del sol... Ella no creía en la mala suerte. La suerte se la buscaba uno mismo, y si eras positivo, como *Yellow* creía serlo, todo terminaría por ir bien. Aunque fuera al final.

Las cosas tristes pasaban porque tenían que pasar. Era normal, no todo en la vida iban a ser risas y alegrías. Pero sí que se podía ser feliz con poco. Ella lo sabía, y lo era. Era una chica feliz, siempre sonreía. Hasta los ojos le sonreían.

Era lista, alegre, amable y un poco olvidadiza y distraída. A veces le hablaban y no escuchaba, aunque no porque no quisiera hacerlo, sino porque se encontraba en su mundo de fantasía, perdida en esta o aquella película o el trabajo de ciencias que estaba preparando. Le encantaban las películas de los ochenta, esas que sus padres ponían siempre que se emitían en las cadenas públicas. Porque ellos no podían tener televisión por cable. A duras penas podían permitirse una vieja televisión... Pero todo eso daba igual. Con la que tenían les bastaba para ver *Los Gunnies*, *La historia interminable*, *Dentro del*

laberinto, E.T., el extraterrestre, Los gremlins, Regreso al futuro... Todas ellas películas que disparaban su fantasía y hacían del mundo algo más bonito y feliz. Los domingos por la tarde se sentaba toda la familia delante del anticuado televisor: sus padres, sus dos hermanas pequeñas (Nicole, de ocho años y Anne, de cinco) y ella, y disfrutaban de una tarde tranquila con unas pocas palomitas caseras. No tenían dinero para comprar chucherías o chocolates caros, pero eso no les importaba, porque se arrebujaban todos juntos y se mantenían calentitos y seguros.

Sí, su vida no era fácil, al igual que podía pasarles a muchos otros... Pero eso no preocupaba tanto a Yellow. Hasta el momento nunca había sufrido un verdadero dolor, o al menos ninguno que apagara todas esas luces brillantes que ella llevaba en su interior; se había adaptado a sus carencias económicas y lo aceptaba. Llevaba sus botas de *cowgirl* con orgullo y dignidad, con la cabeza bien alta. Para ella no significaban nada las cosas superfluas: ropa nueva, casa grande y bonita, televisión, coche... ¿Para qué querías tener tanto, si lo que importaba es estar rodeada de gente que te quisiera? Y en casa ellos eran muchos, y amor había de sobra. A veces las hermanas también se peleaban, claro (sobre todo las dos pequeñas entre sí), pero después volvían a abrazarse y gritar como locas cuánto se querían.

Cuando ella caminaba por los pasillos del instituto, su aura lo iluminaba todo alrededor. Al menos, eso pensaba Tanner cada vez que la observaba callado, atento, en silencio desde su discreta esquina. Ella encarnaba la alegría de vivir, un hada pequeña y preciosa que brillaba sola, con su pelo largo rozándole la cintura y aquellas mechitas amarillas tan raras que decía hacerse ella misma en casa.

Y a Tanner le gustaba sencillamente por ser así, por cómo era con todo el mundo, incluso con él. Siempre sonreía. Aunque él solo pudiera devolverle la sonrisa a medias por timidez. O cobardía.

Era un cobarde que no se atrevía a hablar con nadie a menos que fuera necesario, mucho menos con ella.

Tanner era un chico que utilizaba las palabras justas.

Y a Yellow le gustaba mucho hablar. Pero ella nunca decía tonterías: todo lo que decía parecía ser importante, o divertido, o inteligente.

En cambio, ese chico tan raro, tímido y retraído no lo sabía, pero ella se

sentía atraída por él desde hacía años... Calculaba que desde que tenía doce, cuando las niñas empiezan a soñar y ver a los chicos con otros ojos. Ella era la princesa de los cuentos, de las películas, y él era el príncipe reservado y serio que, al final, siempre sorprendía a todos y resultaba ser en realidad el más inteligente, el más guapo y valiente de los caballeros del reino. No entendía cómo las otras chicas no se habían fijado en él, pero ella lo sabía desde aquella vez en que, estando en el patio, él se le acercó y, sin decir nada, le prestó sus patines. Eran demasiado grandes para ella, pero Yellow había estado mirando todo el rato a las otras niñas corretear en el recreo del colegio con los patines nuevos que les había regalado Santa Claus, todos rositas y con purpurina, y ella no tenía nada. ¡Había deseado tanto poder patinar! La observaba con una sonrisa, como si en realidad ella también se estuviera divirtiendo con ellas, tan solo por verlas pasarlo tan bien.

Ni una de sus amigas se acercó a prestarle los patines, de tan enfrascadas como estaban en su propio mundo feliz. Pero él sí lo hizo. Todavía era un niño, pero el detalle de entregarle con las manos temblorosas unos patines que ella no podría usar porque le quedaban demasiado grandes le llenó el corazón de un calor que nunca antes había sentido: levantó la mirada, y allí estaban los ojos azules de él, observándola con mudo respeto.

Ella sonrió. Él agachó la mirada y dijo:

—Puedes usarlos, yo no quiero patinar.

Fue una de las pocas veces en que le escuchó hablar una frase completa. Para ella. Para prestarle sus patines. ¡Cuán especial se sintió!

Yellow los cogió con las manos temblorosas también. Por primera vez comenzó a sentirse como una chica de verdad y empezó a despedirse de la niña que era; supo que él no lo habría hecho si no la hubiera estado observando, si no la conociera bien sin ella saberlo, y supo además que, por mucho tiempo que pasara, quizá no hubiera nadie más que le ofreciera algo que ella deseara y no se atreviera a pedir.

Nunca olvidaría el día en que él le prestó los patines.

Y allí estaban, cuatro años después, todavía sin atreverse a dar el paso de establecer una verdadera amistad.

Había llegado a la playa con sus dos amigas, Mel y Dixie, con las que compartía todo menos el cepillo de dientes. A todas ellas les gustaban las

ciencias, experimentar, determinar resultados, calcular las probabilidades... Eran bichos raros para ser chicas, y aunque a Yellow lo que en realidad le gustaba era soñar y estudiar las estrellas, la pasión por la astronomía le había llevado a compartir aficiones con esas dos niñas desde que fueran muy pequeñas y se sentaran juntas, fascinadas, en la muestra del observatorio de la Astronomical Society de Scarborough.

Hamish estaba con ellas en la clase de ciencias naturales y habían empezado a llevarse bastante bien gracias al carácter grave y respetuoso del chico, muy distinto al de los demás, así que decidieron aceptar cuando las invitó, con gesto tímido, a la fiesta de cumpleaños de Tanner en la playa... Sus amigas sabían que a Yellow le encantaba él, pero no en plan «ese tipo me pone como una moto», sino más bien como «ay, ese niño es más mono, ¡me súper-requete-encanta!». Según ella, era el chico mono del grupo, pero también el más inaccesible. Las otras dos creían que Rob tenía mucho más potencial, pero claro, cuando una estaba ciega de amor como Yellow por ese chico raro...

Y todo aquello les había llevado hasta allí.

Nunca antes estuvo Yellow tan cerca de poder hablar con Tanner como aquella noche. Nunca había estado, ni se había sentido, más próxima a él que en aquel entonces, cuando la intimidad de la playa les rodeaba y les hacía parecer amigos de verdad. Le observó, con sus ojos risueños, y soñó con que, de nuevo, se convertía en el príncipe que le regalaba unos patines.

Bueno, en realidad no se los regaló, se los prestó, pero para el caso venía a ser lo mismo.

Tanner siempre iba acompañado de su guitarra. Al menos desde hacía un par de años, cuando su padre se la trajo de uno de sus viajes. Quién sabe de dónde la sacó, pero aquel cacharro sonaba cojonudamente.

Yellow quería volver a escuchar su voz. Quería que le hablara, o le contestara, o le dijera aunque fuese un monosílabo... Pero desde luego, no se esperaba aquello: escucharle cantar. Tenía una voz preciosa, una voz que ella no se esperaba. Era atractiva, muy entonada y, sorpresa sorpresa, como un poquito rasgada y varonil a más no poder. ¡Qué voz! Sus ojos, unidos a esa voz que se rasgaba al final de cada frase, y los bonitos labios que se movían al mismo tiempo, la hipnotizaron por completo.

Ella siempre lo había sabido. Lo sabía. Era él. El príncipe valiente, el líder de los Gunnies, el rey del laberinto... Y tan guapo, con aquellos ricitos cayéndole sobre los ojos, las orejillas asomando por el pelo y esos ojos, esos ojazos azules...

Si antes había creído sentir un amor infantil y platónico hacia ese chico, en ese momento cayó fulminada a sus pies de la manera más romántica y torpe, como solo es capaz de hacerlo una chica soñadora: desde la inocencia, con todo su corazón, sin reservas.

Al menos, los chicos no parecieron darse cuenta de su mandíbula abierta y mirada bobalicona, cosa que no ocurrió con sus dos avispadas amigas.

Él tampoco pareció darse cuenta. Estaba demasiado ocupado ocultando su cara y dejándose llevar por la emoción. Seguramente, el porro también había ayudado. Pero era algo que ella no pensaba probar: era una buena chica, y sabía lo que esas adicciones podían provocar. Además, era feliz tal y como era, ¿para qué necesitaba aquello?

Cuando Tanner terminó de cantar, todos se habían pasado las latas de cerveza y los canutos, y bailaban y cantaban como locos sobre la arena. Sin embargo, él prefería no unirse. Ni a la conversación, ni a los bailes ni al resto de idioteces que Yellow encontraba inocentes y divertidas.

—¿En serio eres de Blur? ¡No me jodas! —le decía Beep a Dixie.

Su amiga, alta, muy delgada y con el pelo negro y lacio, que solía mezclar con mechas rojas, le respondía que, sin duda alguna, el intelecto le hacía decantarse por Damon, y que estaba claro que él era de Gallagher, porque se intuía de lejos el poco cerebro que gastaba.

—Que tú seas una cerebrita no quiere decir que yo sea tonto —le respondió, airado.

Mel, más bajita y de pelo corto, castaño y rizado, les observaba divertida (al igual que Yellow) y decidió unirse a la conversación:

—Seguro que no eres tonto, pero yo creo que algunos hombres sois más dados a los impulsos físicos y primarios que...

—Déjalo, Mel, no tiene sentido que se lo expliques —intervino Ham—. Yo también soy de Albarn —y le guiñó un ojo.

La otra se rió. Si creía que iba a ligar con ella iba listo...

Tanner se callaba lo que pensaba. De haber hablado, seguramente habría dicho que Damon no podía ser tan inteligente como le pintaban, como tampoco los hermanos Gallagher debían ser tan idiotas. Pero daba igual. Esas discusiones nunca llegaban a ninguna parte.

—Hola, cumpleaños, ¿puedes tocar una de Bryan Adams? —la voz de Yellow surgió de la nada.

Ni ella misma podía creerse que, al fin, hubiera sido capaz de acercarse a él y hablarle. Y menos pedirle una canción, algo tan íntimo... Esperó que su nerviosismo no la delatara, pero es que pensaba que nunca más volvería a tener una oportunidad igual de acercarse a él.

Tanner, que seguía acostado en la arena, como enajenado, se levantó de golpe e intentó recomponerse del susto. Allí estaba ella, sentada junto a él, con su eterna sonrisa y su mirada soñadora. Esos bonitos ojos marrones, tan expresivos, que esperaban pacientes una respuesta.

—Eh... Ah... Um... —Se puso a rebuscar en la arena, como si fuese sencillo perder un objeto tan grande como una guitarra. La cogió, contento de no tener que levantar la mirada de nuevo y rojo como un tomate. Hasta las pecas de la nariz se le habían oscurecido de la impresión—. ¿Bryan Adams? —repitió, frunciendo el ceño.

Sí, podía parecer idiota, y precisamente ese era el motivo por el que no hablaba más.

—Sí, alguna alegre —le contestó ella, y él respiró aliviado.

Uf, qué alivio. Si tenía que cantarle alguna lenta y romántica estaba seguro de que no le saldría la voz y haría el mayor de los ridículos. Pero las canciones más movidas de Adams no estaban tan mal. Sobre todo una, que reflejaba a la perfección el momento que estaban viviendo.

Y comenzó a tocarla: *Summer of '69*. El estribillo decía así:

«Oh, when I look back now

That summer seemed to last forever

And if I had a choice

Yeah, I'd always wanna be there
Those were the best days of my life»^[1]

Alguien había bajado el volumen de la radio, y las chicas comenzaron a cantar el estribillo a coro con él.

Recordaría aquélla como la mejor fiesta de cumpleaños de toda su vida.

Durante muchos años.

Se acordaría de aquella noche incluso cuando estuviera en la cima del mundo. Incluso aquella noche, mientras hacía el amor con la mujer más deseada del planeta, recordaría aquella improvisada fiesta como la mejor de su vida.

Pues lo cierto es que, quizá, en ningún otro cumpleaños volvería a sentirse tan feliz y tan acompañado como en el de aquella noche del 97.

—Vaaaleeeeeee —cortó Jonas—, chicas, no acaparéis la noche con mariconadas, ¿vale?

—Eh, que solo ha pedido una. —La voz cortante de Tanner dejó, por un instante, perplejos a todos. Sobre todo a ella, que sintió como si su corazón hubiera sido atravesado por una flecha y la felicidad inundara todo su ser.

¡Sí, sabía que le importaba! Aunque se hubiese hecho el sueco desde el día en que le prestara los patines, ella sabía que algo les unía, un lazo invisible que, al final, terminaría por acercarlos el uno al otro. Pero había que ayudar a ese lazo un poquito, claro, y para eso estaba ella.

—Gracias —le dijo mientras le daba un suave golpe con el codo, en plan camarada.

Él sonrió suavemente, y ella miró esa boca tan bonita que tan pocas veces sonreía. ¿Por qué no lo hacía más a menudo?

Entonces, Tanner levantó la mirada y la miró. Su sonrisa no se había disipado, y sentirse el objeto de su atención por un instante, sentir que el regalo de aquella sonrisa era para ella, la dejó sin aliento: estaba enamorada de Tanner.

Quizá por eso no se había besado con nadie antes. Nunca.

Era consciente de que eran las raras el instituto, de que todas las chicas de su edad ya habían tenido mucho que ver con el sexo opuesto. La mayoría hasta había llegado al final. Pero ella no podía besar a un chico por el que no sintiera nada: ella quería al príncipe de La princesa prometida.

Y bueno, Tanner no es que se le pareciera mucho en apariencia, pero su sexto sentido le decía que, por dentro, era mucho mejor que Westley: era un príncipe de los 90.

—Venga, ¡anímate con otra, Tanner! —le gritó Dixie.

—Sí, y no hagas caso a estos idiotas, que a nosotras nos gustan las mismas canciones que a vosotros —añadió Mel.

Tanner volvió a sonreírle a su amiga, aunque Yellow supo que la sonrisa no era la misma, no llegaba a sus ojos. A ella la miraba de verdad.

Y lo que es más, bien fuera para fastidiar a sus amigos o para darle el gusto a ella de nuevo, volvió a escoger otra de Bryan Adams, esta vez *Cloud number 9*.

—¡Oh, me encanta! —exclamó Yellow.

Esta vez, hasta ella se unió al estribillo, aunque intentando esconder su horrenda voz:

«And the moon is out and the stars are bright
And whatever comes it's gonna be alright
'Cause tonight you will be mine, up on cloud number nine
And there ain't no place that I'd rather be
And we can't go back but you're here with me
Yeah, the weather is really fine, up on cloud number nine»^[2]

Aquello tenía un significado.

En la cima del mundo, Tanner pensó que aquélla debía ser su noche: estar con las chicas no era tan malo. Estar con ella no era tan difícil. Solo tenía que cantar. Solo tenía que dejar libre su voz, y ella lo haría todo sola.

Y con cada canción, con cada calada al porro que le daba y con cada lata

vacía de cerveza, cualquier reticencia que pudiera quedar se esfumó.

El fin de aquella canción marcó el momento en que Tanner y Yellow hicieron, al fin, su primer acercamiento. Algo que él nunca se hubiera atrevido a soñar; algo que ella siempre había soñado.

La música continuó en la radio. Ellos se callaron. Miraron hacia el frente pero, de pronto, sus manos se habían apoyado en la arena, una muy cerca de la otra. Yellow bajó la vista y observó de reojo la escena: el dedo meñique de ella estaba a escasos milímetros del dedo meñique de él, mucho más grande. Sabía que él quería tocarla, pero no se atrevía. El corazón le latía a mil por hora.

Ella tampoco se atrevía.

Pero también quería tocarle, más que nada en el mundo.

Así que movió su mano y le rozó el dedo. Miró rápidamente hacia otro lado, como si no hubiera querido hacerlo en realidad, como si hubiese sido un despiste. El pelo le tapó la cara. Le costaba dar el primer paso.

Tanner miró aquél contacto con ojos perplejos: pestañeó varias veces y la boca se le secó. Después, levantó la cabeza y la miró. Ella se había dado la vuelta y solo veía aquella melena dorada con mechitas amarillas que asomaban entre sus ondas.

Yellow.

Ella lo había hecho. Era más de lo que podía esperar. Más de lo que nunca se hubiera atrevido a soñar. Así que él también lo hizo: levantó la mano y, con dedos trémulos, cubrió la de ella por completo.

Él también apartó la cara en un gesto de timidez repentina. Se había sonrojado hasta la raíz de todos y cada uno de sus rizos, y no quería que ella lo viera. Sería su secreto.

Nadie les miraba. Estaban muy ocupados riendo, bailando, cantando, fumando.

De hecho, Beep se había apartado un poco de ellos y se había tirado sobre la arena, susurrando:

—Oh, Dios, la cabeza me da vueltas...

Y aun así, reía como un bobo.

Notó cómo Yellow le daba la vuelta a su mano y colocaba ambas palmas juntas, para después entrelazar sus dedos con los de él.

Tanner no podía pensar, no podía hacer nada. Miraba hacia el frente, parpadeaba y respiraba con dificultad, pero era incapaz de moverse. Aquello era lo mejor que hubiese sentido jamás: el roce suave de los dedos de ella con los suyos era el mayor subidón que le había dado nunca, y eso que se acababa de fumar un porro. Cerró los ojos y se limitó a sentir aquella caricia.

Ambos se exploraron con total libertad, a sabiendas de que el resto del mundo estaba demasiado idiotizado como para darse cuenta o que, quizá, tan solo se lo estuvieran haciendo para darles ese momento de intimidad. Pero ya nada importaba más que ellos. Aunque todos les hubieran mirado de golpe y se hubiesen reído de ese inocente e infantil gesto, ellos no se habrían soltado.

Apretaron las manos con fuerza. Se estaban reafirmando, adquiriendo la confianza que les faltaba.

Después, ambos se giraron poco a poco, observaron sus manos unidas y comenzaron a girar la cabeza muy lentamente, temerosos de no encontrar lo que esperaban en los ojos del otro.

Pero no había nada que temer. Allí estaban sus miradas: la de él, azul, profunda y rendida; la de ella, ambarina, alegre y enamorada.

Se sonrieron. Se miraron sin reparos, sin miedos, perdida ya toda timidez; ahora, lo que les esperaba era la promesa de toda una miríada de sensaciones por descubrir.

«Oh, Dios. Esta es la mejor noche de mi vida», pensó Tanner.

CAPÍTULO 3:

EH, ¿QUIERES SER MI CHICA?

4 de julio de 1997

Ya no había clases.

En 1997, si alguien quería verse tenía que llamar por teléfono a casa del interesado o bien presentarse allí mismo, pero Tanner no se atrevía a llegar tan lejos y dejó pasar los días sin saber nada más de ella para darle tiempo. Y también por puro nerviosismo, como es evidente.

Cuando casi todo el mundo terminó de vomitar cualquiera que fuera la mierda que habían metido en los canutos la afortunada (o desafortunada, dependiendo de para quién) noche, incluidas las dos chicas que también se unieron a la fiesta, el grupo se vio sorprendido por las luces inconfundibles de color azul de un coche patrulla. Con toda rapidez, escondieron las colillas entre la arena y los restos de algún que otro vómito perdido y echaron a correr playa arriba, como si estuvieran de paseo.

—Mierda, ¡corred! ¡Que nos van a pillar! —decía Rob todo nervioso, exagerando mucho más la situación de lo que en realidad merecía.

—¿Eres tonto, tío? Si no llevas nada encima, no pasa nada porque nos pillen —le replicó Jonas, a quien le costaba correr algo más que al resto debido a su sobrepeso.

De todas formas, ellos seguían corriendo porque encontraban divertido huir de la policía, como si en verdad hubieran cometido algún crimen, y las risas continuaban saliendo entre jadeos y gritos de ánimo.

Tanner había tirado de la mano de Yellow y ambos corrían tras los demás, riendo y mirándose de vez en cuando. Los dientes de ella brillaban en la oscuridad y Tanner pensó que, quizá, esa sería la apariencia de un hada al manifestarse en medio de la noche. Le faltaban las alas transparentes y un vestido de gasa y purpurina.

Rió más fuerte y más alto, y tuvo que hacer una breve parada para tomar aliento. La guitarra le pesaba, incluso aunque la llevara colgada a la espalda con la cinta que le cruzaba el pecho, y le iba dando golpes en las caderas de vez en cuando.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella, riendo también.

Él negó con la cabeza y, de repente, la voz severa de un hombre sonó a sus espaldas:

—Con que jugando a los ladrones con la policía, ¿eh?

Tanner y Yellow se irguieron de repente, se miraron con gesto espantado y se dieron la vuelta para observar a su interlocutor al tiempo que se soltaban de la mano rápidamente. La diversión, al parecer, se había acabado de golpe.

El resto de la pandilla había seguido su camino. Les habían dejado tirados y allí estaban ellos, solos frente a la ley.

—¿Por qué corréis? ¿Qué es lo que estabais haciendo en la playa?

La luz de la linterna del policía les cegaba, pero Yellow decidió aventurarse a contestar porque, si esperaba a que Tanner reaccionara, igual salían de allí con las manos esposadas.

—No estábamos haciendo nada, señor. Hoy es su cumpleaños, nada más. Mire, puede olerme el aliento, ni siquiera he bebido nada.

Ella abrió la boca y echó el vaho, y Tanner comenzó a reír de repente. ¿Por qué demonios escogía ese momento para portarse como un chico normal y no se callaba, como hacía siempre?, pensó ella mientras le miraba con cara de espanto.

—A ver tú, chico, levanta la cabeza y mírame —dijo el policía acercándose todavía más y apuntando con la linterna como si fuera un arma.

Tanner estaba cegado por la luz, así que tuvo que alzar el brazo para taparse los ojos y poder ver al gigantón de enorme barriga que se le había acercado. Sabía quién era, y él también le conocía a él. No se caían muy bien mutuamente, pero eso era algo a lo que el chico estaba acostumbrado debido al pasado de su padre.

—Lo siento, señor, no he hecho nada, lo prometo. Solo nos estábamos divirtiendo —le contestó con toda seriedad.

Yellow le miró arrobada. Qué voz más bonita tenía, incluso sin cantar. No comprendía por qué no la usaba más.

El policía, por su parte, bajó la linterna pero siguió apuntando de manera que pudiera ver la cara del muchacho con claridad, y se acercó para observarle las pupilas. Tanner suspiró y después contuvo el aliento: menos mal que solo habían sido unas caladas y había pasado bastante rato de la última.

El agente olisqueó mientras le miraba, como si fuera un sabueso.

—Bueno, por esta vez os dejo ir, muchachos, pero que no os pille otra vez por ahí intentando escapar de un agente de la ley o no me quedará más remedio que pensar mal, ¿de acuerdo?

Ellos asintieron con gesto grave y se dieron la vuelta. Comenzaron a caminar con tranquilidad, sin ninguna prisa, solo por si acaso.

Solo cuando vieron al coche desaparecer por la carretera se volvieron a mirar y, entonces, estallaron en carcajadas de nuevo.

Y Tanner hizo lo que nunca pensó que se atrevería a hacer: la agarró de las dos manos, se acercó a ella y la miró a los ojos. Las risas se fueron apagando y ya nada se oía en la noche: ni las voces, ni las risas, ni la música. Los grillos y las olas del mar eran su única compañía, la única música que él necesitaba para reunir el valor que le faltaba.

Abrió la boca e inspiró. Ella levantó la cabeza y se irguió. Lo esperaba, lo quería, y a su vez, no había otra cosa que él deseara más en el mundo.

Al fin, agachó la cabeza y la besó. Sus cuerpos se unieron sin llegar a tocarse, tan solo el roce de los suaves labios de Tanner evidenciaba que, en efecto, Yellow estaba recibiendo al fin su primer beso: el beso del príncipe de los patines.

Las manos de él soltaron las de ella y ascendieron hasta su cara, que enmarcó mientras acariciaba con suavidad sus mejillas. Yellow levantó las suyas y se acercó más para poder colocarlas en la espalda de él, y debajo de esa camisa de cuadros, bajo el duro tacto de la guitarra, pudo notar cómo los incipientes músculos del chico se tensaban. Pero no podía sentir nada más que su aliento, su respiración en la cara, las pequeñas caricias que él le daba en forma de besos.

No sabían hacerlo, no tenían experiencia, pero estaban decididos a aprender el uno con el otro.

Allí, bajo la música del mar y el manto de las estrellas, Yellow creyó flotar de felicidad. Un beso. Un beso. Su primer beso, y se lo daba Tanner. Y era tan suave, tan dulce, que sintió que las piernas se le convertían en gelatina y los músculos se le iban derritiendo poco a poco. Los dedos de él se movían por su mejilla mientras la besaba de forma tan sutil que, de no haber notado su respiración y su cálido aliento acariciándole la cara, habría tenido que abrir los ojos para cerciorarse de que aquello era verdad.

Entonces él se separó un poco y la miró a los ojos, conmocionado. No podía creer que se hubiera atrevido a hacerlo, incluso aunque solo hubiera sido un beso pequeño, ligero como una pluma. Sin embargo, algo en la expresión de ella le hizo sentirse más decidido: su boca entreabierta, su expresión soñadora, sus ojos, graves en esta ocasión, que le miraban pidiendo más.

Y entonces volvió a besarla.

Ese fue su primer beso de verdad. La emoción en el gesto de ella, el ligero apretón que le había dado con las manos en la espalda, despertaron al chico apasionado que llevaba en su interior, a ese que la había deseado desde que era un crío. La apretó contra él y deslizó las manos de sus mejillas por su espalda hasta llegar a la cintura de Yellow, donde se posaron y ejercieron una ligera presión. Las manos le temblaban, la lengua también, pero logró acariciarle los labios húmedos y ella, impaciente, abrió la boca para unir la suya con la de él.

Cuando la sintió, Tanner respiró hondo y se estremeció: su cuerpo vibró de excitación.

El sabor de ella era dulce y cálido, como el color amarillo, como el fuego que le quemaba las entrañas; una vez aprendieron a encajar el ritmo de sus besos, la llama que se encendió en su interior, dentro de dos chicos que despertaban por primera vez al deseo, les consumió por completo hasta dejarles sin respiración.

Al fin, se separaron para intentar recuperar el aliento. Tanner sentía los labios trémulos, pero es que todo su cuerpo lo estaba, devorado por esa ansia que había nacido y crecido en él: el ansia de seguir, de algo, de más, de no

parar.

Pero aquello ya era mucho, muchísimo más de lo que ambos hubieran podido esperar. Él apoyó su frente en la de ella y se miraron a los ojos. Yellow le colocó una mano en el corazón para sentir si le latía igual de rápido que a ella, y él se la tomó entre la suya, apretándola fuerte.

—He deseado que me besaras desde hace mucho —le dijo ella.

—Y yo llevo queriendo besarte desde hace mucho —respondió él.

Se sonrieron. Se enamoraron más.

—Eh, ¿quieres ser mi chica?

Él mismo se asombró de haber tenido el valor de pronunciar aquellas palabras, pero ella se lo había dado. Ella asintió con la cabeza y se sintió el tipo más afortunado del mundo.

Esa noche, Tanner la acompañó hasta su puerta y se despidió de ella con otro beso, aunque muy leve, por miedo a que les vieran sus padres. Se alegró de haberla acompañado, porque cerca de donde ella vivía había un gran cementerio y, además, también estaba la cárcel, y aunque las probabilidades de que algo ocurriera en aquella ciudad tan tranquila eran escasas, él no se sintió tranquilo hasta que ella entró en casa y cerró la puerta.

Y no se habían dicho nada.

Cuándo se verían, cómo, dónde, con quién...

Al día siguiente ya no habría instituto y no habría forma de encontrarse por casualidad a menos que fuera a propósito. O que esperara al fin de semana, cuando la mayoría de ellos solía reunirse en la bolera.

Pero, ¿y si no estaba?

Idiota. Había sido un idiota. Se había atrevido a besarla y, al final, no había quedado en nada con ella. Le había dicho que sería su chica pero, ¿qué significaba eso en realidad? ¿Que sería su novia, un rollo pasajero, como los del resto de la humanidad, como esos que él veía todos los días al salir de clase, o de la bolera, o de la discoteca para menores? Se había adentrado en un terreno totalmente desconocido en el que se encontraba más que perdido.

Sí, había sido la noche más feliz de su vida, pero terminó con una

ansiedad también nueva para él: la de no saber cómo podría volver a repetir aquello.

Porque, ahora que lo había vivido, necesitaba más. Y lo necesitaba en todo momento, a cualquier instante, todos los minutos de su vida.

A partir de entonces, todas sus canciones de amor irían dedicadas a Yellow, su pequeña hada de la noche.

Si hubiera tenido algo que hacer, si hubiera estado ocupado en algo, los días no habrían transcurrido con tanta lentitud. Pero al no haber instituto, solo podía pensar en ella, y tocar la guitarra y escribirle canciones. O cantarle las que ya conocía, daba igual, si bien es cierto que nunca antes se encontró en tal estado de inspiración como en los días en que su vida amorosa pareció estar en el aire.

Pensaba en ella a todas horas. En todas esas cosas que siempre había observado en la distancia y a escondidas, y que la noche de su cumpleaños se habían convertido en algo real. Pensaba en su alegría. En sus bonitos ojos que sonreían. Pensaba en su pelo. Y pensaba en sus labios, sobre todo sus labios.

No podía dedicarse a tocar con su padre, porque estaba dando clases de inglés en un instituto para estudiantes extranjeros en verano y aquello era lo que les daba principalmente de comer a todos. Su padre se llevaba su guitarra todos los días y les hacía cantar a sus alumnos las canciones más emblemáticas en inglés o, al menos, las que él decía que eran emblemáticas y «la hostia de buenas». Era algo raro para ser profesor, pero se había formalizado muchísimo y ya no llevaba el pelo largo. Ahora, por fuera parecía lo que era: un profesor de pega. Por dentro seguía siendo un excéntrico. Pero sus alumnos se lo pasaban genial con él y le adoraban.

Al igual que todos los miembros de la familia. Su padre era el pilar de la casa, un alma enérgica, un torbellino que no podía parar de hacer cosas, siempre aporreando la guitarra, animándole a no hacer como él y dejarse vencer por la sociedad. Tenía tanta personalidad que la de Tanner se quedaba consumida.

Él era como su madre: una mujer discreta, callada, cariñosa y afable. El lado negativo era que había heredado la sensibilidad de ambos progenitores, y eso, a veces (o quizá en la mayoría de las ocasiones), no era de gran ayuda.

Como en ese momento en que el miedo que sentía a que ella le rechazara

le impedía salir a la calle y buscarla.

Pero no le impedía salir a la calle y dar un paseo con su guitarra, ¿verdad? Si hacía eso, igual podía encontrársela por casualidad... Uf, ¿y si se la encontraba? ¿Qué haría él entonces? ¿Cómo debía reaccionar? ¿Debía acercársele y hablar? A él no se le daba bien hablar, sabía que se le trabaría la lengua y, si conseguía emitir algún sonido, lo más seguro es que fuera un tartamudeo, que ya le había pasado en otras ocasiones, lo había heredado de su progenitor. Su padre había tartamudeado hasta los veinte años, y él lo había conseguido evitar a base de callarse. Y de pensar mucho en lo que realmente quería decir. Lo cual significaba permanecer más tiempo callado, claro.

Se armó de valor, se dijo que ya era un hombre que había cumplido diecisiete años, y que había llegado el momento de ser valiente y portarse como tal. Se colgó la guitarra a la espalda y salió a la calle.

El verano en Scarborough era la mejor época del año. El paseo de la playa se llenaba de puestecitos que vendían todo tipo de chuches, bebidas, patatas asadas rellenas, *fish and chips*, y un largo etcétera, así como de veraneantes de los pueblos colindantes. La gente salía a la calle a cualquier hora, y es que había que aprovechar esos días en que hacía buen tiempo porque eran muy escasos.

Sus pasos indecisos le llevaron a casa de Rob, que vivía en la hilera siguiente de chalets adosados con una fachada diminuta en color rojo, todos iguales y apiñados, y tocó al timbre. Necesitaba refuerzos. Si se encontraba con ella estando en compañía, se sentiría un poco más seguro.

La madre de Rob abrió la puerta y, en cuanto vio a Tanner, pegó un chillido para llamar a su hijo que dejó sordo al visitante. Menos mal que estaba habituado, y es que en su grupo de amigos no había ninguno que tuviera una familia de clase alta y refinada, todos ellos eran obreros con mayor o menor suerte en la vida y sin demasiada delicadeza.

—¿Qué pasa, tío? ¿Te hace una birra? —le preguntó Rob al bajar las escaleras.

Siempre preguntaba eso, como si fuera verdad y al decirlo pareciera mayor.

Tanner se rascó la cabeza antes de hablar.

—Eh... Creo que en otra ocasión. ¿Me acompañas? Necesito ayuda — susurró al fin con la cabeza gacha.

Rob soltó una risa cargada de ironía, con una mirada punzante que Tanner nunca había visto y que no supo reconocer. El amigo no era idiota y ya sabía en qué necesitaría ayuda... Desde luego, aunque él no le hubiera contado nada de lo que ocurrió cuando se quedó atrás con Yellow, seguro que, al menos, se habían pegado el lote y ahora el tío quería más. Normal. De todas las empollonas, ella era la que estaba más buena. Quitando rarezas, claro está, pero siendo el más guapo del grupo siempre pensó que él se la agenciaría antes.

—Venga... Vamos a dejar esas birras para otro día. Te acompaño a buscarla —le dijo mientras salía de casa de un portazo sin siquiera despedirse—. Pero que sepas que me debes una y gorda, ¿vale?

Tanner asintió. No es que Rob fuera un hacha con las mujeres, pero sí era el que le echaba más huevos a todo, incluso aunque siempre le rechazaran. Y eso era lo que él quería, echarle huevos y acabar con aquella tortura de una vez.

Durante el camino a casa de Yellow aguantó la perorata de su amigo, que le decía una y otra vez que si quería lograr algo con una piva, tenía que arriesgar y ser directo, con las chavalas no valía andarse con rodeos. Ellas querían tipos decididos, le decía. Él no contestaba, sabía que tenía razón incluso aunque al propio Rob no le soliera funcionar demasiado bien la jugada.

Cuando llegaron al vecindario de ella rondaron la calle como dos vulgares ladronzuelos, escondidos entre los patios y las vallas que separaban las diminutas viviendas. Agazapados en una de ellas y con la cabeza asomando por encima, observaron durante unos minutos la puerta de la casa.

—Parece que no hay nadie —dijo Tanner.

—Yo iría de cualquier modo.

—¿Y si sale su madre?

—Pues vamos los dos juntos, y así parecerá que solo somos un par de amigos.

—¿Y si me ve desde la ventana y no quiere abrirnos?

—¿Y si... y si... y si? ¡Raya, raya, raya! —emuló Rob a uno de sus profesores, que siempre respondía con esa expresión sugiriendo un cero como una casa cuando ellos pretendían jugar con él y darle la vuelta a sus argumentos.

Se levantó de golpe y echó a andar hacia la casa, y Tanner le siguió como un perrillo faldero, colorado como un tomate. Fue su amigo el que tocó al timbre como si no hubiera un mañana, y él le dio un codazo y le reprochó su actitud, pero el otro no hacía más que reírse por lo bajo.

Fue ella quien abrió la puerta, con su hermana pequeña, de cinco años, en brazos, que lloraba desconsolada mientras ella intentaba calmarla. Los ojos se le abrieron como platos al ver a aquellos dos allí plantados.

—¡Vaya! ¡Hola! —les saludó, todavía abrazando a su hermanita para que se callara.

Rob le dio un codazo a Tanner. Tenía que hablar. Ahora.

—Eh... —se pasó las manos por los rizos y se puso todavía más colorado. Tanto, que parecía una berenjena y los ojos azules se aclararon como espejos—. Queríamos saber si... si... si os apetecía a las chicas ir a dar una vuelta o algo...

Cuando terminó la frase, suspiró aliviado y levantó la vista. Ella le miraba con una sonrisa y la cabeza ladeada, como si estuvieran ellos dos solos. Apoyó la mejilla en la cabeza de su hermanita y se meció, soñadora. Tanner observó aquella visión y le pareció extraña: la niña era demasiado grande ya, pero Yellow la abrazaba y protegía como si fuera un bebé.

—Bueno qué, ¿os hace o no? —instó Rob, que había perdido ya la paciencia y no tenía ningunas ganas de hacer de carabina a esos dos.

—¡Ah! Claro, que diga... —comenzó ella, volviendo a la realidad—, no, no puedo, lo siento —a Tanner se le cayó el corazón a los pies, pero ella continuó en seguida para evitar malentendidos—. Veréis, es que mi abuelo se ha puesto enfermo y mi madre ha tenido que irse a ayudar a mi abuela para poder atenderle, y no tenemos a nadie más que cuide de las niñas así que... —terminó, encogiéndose de hombros.

Vaya, no era lo que Tanner esperaba pero, al menos, eso quería decir que, de haber podido, se habría ido con ellos.

Asintió con la cabeza y comenzó a darse la vuelta.

—Pero esperad —les interrumpió ella—. Si queréis pasar o algo... Ya sé que es aburrido y no es el plan que esperabais, pero en fin, si no tenéis otra cosa que hacer...

Ella se dio cuenta de que había empezado a balbucear, y es que ver en su puerta a Tanner, tan guapo como siempre había estado pero con el añadido de que ahora sabía cómo eran sus besos, la puso muy, pero que muy nerviosa. No quería que se fuera, no quería que se sintiera rechazado, aunque tampoco sabía cómo darle a entender que ella quería seguir viéndole. Y, más que nada, que quería volver a repetir el beso de aquella noche bajo las estrellas.

La cara de Tanner se iluminó.

—Eh... esto... chicos, yo me las piro, que me acabo de acordar de que mi padre me ha pedido que me pillara unas birras —continuó el otro con su ardid para hacerse el guay—. ¡Hasta luego, cara huevo!

Rob les dejó a los dos allí plantados y se largó tan fresco de una carrera, no sin antes echar una mirada de arriba a abajo a Yellow, de la que ésta ni se percató. Ambos le miraron desaparecer con la boca abierta, incrédulos, pero luego se dieron cuenta de que, al fin y al cabo, era mejor así.

Tanner pestañeó y la miró para ver cómo reaccionaba ella, y Yellow sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno —comenzó—, si no te importa acompañarme a hacer de niñera...

No era el plan que él había pensado, pero era mucho mejor que no saber nada de ella, así que esta vez fue él quien se encogió de hombros y la siguió al salón.

La casa estaba hecha un desastre. O era un desastre. Tanner no supo distinguir si es que era así siempre, o es que las niñas estaban aprovechando la ausencia de la madre para montar una batalla campal. Aunque supuso que sin tanto trasto tampoco sería un palacio. Pensándolo bien, aquella casa antigua y desastrosa iba mucho con la personalidad de Yellow, y automáticamente le gustó.

—Siento que tengas que ver tanto desorden —comentó ella—, pero mentiría si te dijese que no somos todas un desastre.

Le miró con una diminuta sonrisa de disculpa. La niña que llevaba en brazos se removió y comenzó a chuparse el dedo: se estaba quedando dormida después de la rabieta que le hubiera dado. Pero había otra más: en el salón, debajo de un montón de juguetes, una cabecita se levantó y observó al visitante con disimulo, como queriendo permanecer escondida.

—Ah, y esa de ahí es Nicky, que disfruta asustando a la gente.

—Nicole, me llamo Nicole —susurró la niña desde debajo del montón de juguetes. A Tanner esa voz le dio un escalofrío, parecía la niña endemoniada. Con todo, se las arregló para esbozar una leve sonrisa.

—Esta pequeñaja que llevo en brazos es Anne, por Anne Brönte que, ya sabes, está enterrada aquí.

Él asintió. La niña estaba dormida y Yellow fue a acostarla en el sofá.

—Es una pena que sus restos estén en una tumba tan descuidada —logró decir Tanner, por decir algo, y enseguida se arrepintió. ¿Qué tendría que ver aquello? Si es que era un idiota.

Ella se giró de repente y le miró con intensidad.

—¡Yo también estoy de acuerdo con eso! Si hubiera sido la tumba del actor ese que salió en La lista de Schindler, cómo se llama...

—¿Ben Kingsley?

—Sí, ¡ese! —continuó ella con vehemencia—. Seguro que no le tendrían así. Porque claro, ¡es un actor! Pero a una escritora tan importante como Anne... Ahí está, olvidada. Yo le pongo flores silvestres siempre que puedo, ¿sabes?

A Tanner le divirtió aquella ardorosa perorata, y entendió que Yellow admiraba a aquella mujer y que, probablemente, llegaría también muy lejos si lo hacía todo con aquella vehemencia. Y él la observaría desde aquel pequeño rincón de Scarborough, sentado y esperando una tumba solitaria, mientras ella triunfaba.

Eso merecía otra canción.

—Pero qué tonta soy, vamos, siéntate en el sillón. ¿Quieres... algo de beber? ¿Un té?

Tras quitarse la guitarra y dejarla apoyada a un lado, Tanner se sentó, incómodo, en aquel sofá que tenía la piel de los reposabrazos descascarillada y pensó que sería mejor no tener nada en las manos, pues se haría demasiado evidente el temblor que notaba. Le dijo que no y le dio las gracias, y ella se marchó a ponerse un té frío para ella, dejándole a él allí solo.

Bueno, solo, lo que se dice solo... No. Un par de inquietantes ojos le estudiaban sin parpadear entre un mar de peluches. No es que no le gustaran los niños, porque él mismo tenía una hermana menor de diez años con la que se llevaba bastante bien, pero aquella cría le daba miedo.

Quizá fueran los ojos: enormes y verdes como los de un duende. Tenía que ser eso, porque de todas formas no se veía otra cosa, pero daba canguelo y, además, parecía como si te estuviera embrujando con ellos para que no apartaras la mirada.

—Te estoy viendo —susurró la niña.

Al no verle la boca, parecía que su voz provenía de la ultratumba, y él se removi6 inquieto en el sillón, muerto de miedo. De verdad, ¿es que sería la niña de El Exorcista y en su casa no se habían dado cuenta?

Menos mal que volvió Yellow, porque Tanner estaba ya a punto de echar a correr por patas sin despedirse, y por primera vez se sintió aliviado y menos nervioso al verla aparecer.

Ella se sentó frente a él con su té helado en las manos y, menos mal, pensó Tanner aliviado, le tapaba la vista de aquella muñeca tétrica. Solo esperaba poder olvidar que seguía allí, escondida y al acecho.

Claro que tendría prohibido tocar o hacer cualquier cosa a su hermana, porque podría caerle una maldición o, lo que era peor, terminar con sus partes cercenadas incluso antes de haber tenido la oportunidad de estrenarlas.

—¿Qué tienes pensado hacer este verano? —se apresuró a preguntar ella para romper el hielo.

Eso hizo a Tanner desviar sus pensamientos a otra cosa que no fuera la salvaguarda de su integridad personal, aunque tampoco es que fuera de gran ayuda. Sin embargo, encontró más fácil hablarle a ella que mirar al mal bicho de su hermana. Un gran paso para la humanidad, sin duda.

—Supongo que... Nada. Componer, lo de siempre.

—¿Compones canciones?

Él se sonrojó hasta la médula y miró hacia otro lado. Estaba tan bonita, allí sentada, con su larga melena y aquel vestido veraniego un tanto hippie, que se sintió como un tonto solo por el hecho de atreverse a escribirle canciones. Últimamente, todas sus canciones habían sido para ella.

Asintió con la cabeza, pero ella entendió enseguida lo que él estaba pensando y sonrió ampliamente. No se atrevería a preguntarle si alguna de esas canciones era para ella, pero sabía que sí por lo rojo que se había puesto. Si hubieran estado a solas, le habría abrazado y habría metido la nariz en su pelo.

Si hubieran estado a solas...

—¿Qué vas a hacer tú? —añadió él para interrumpir el preocupante hilo de sus pensamientos.

—Se suponía que iba a trabajar en algo para echar una mano en casa, pero mi madre se ha tenido que marchar y... Bueno, me tengo que quedar con las pequeñas.

El gesto que puso fue tan serio, que Tanner no pudo más que preguntarse si no existirían más problemas que ella no quisiera contarle. Pero no le preguntaría ahora. Quizá más adelante, cuando hubiera más confianza. El mero hecho de estar allí era ya un gran adelanto para él.

—¿Y qué ibas a hacer?

—Vender helados.

Él sonrió. Se la imaginaba perfectamente detrás de una de esas barritas, con un gorrito rosa y un delantal. Estaría preciosa, su pequeña hada.

—Te puedo imaginar perfectamente.

Cuando escuchó su propia voz abrió los ojos como platos y se sonrojó de nuevo, y Yellow se echó a reír; era una de esas bonitas risas cantarinas que tanto le gustaban a él y que nunca le había dedicado, hasta ahora. Al fin, Tanner se relajó y sonrió también.

—¡No sé si alegrarme porque tenga pinta de vendedora de helados o llorar! —añadió ella cuando terminó de reír.

—No, no, alégrate, estarías muy guapa. Quiero decir, qu-qu-qu...

Ella vino a salvarle del embrollo estampándole, sin previo aviso, un rápido beso en la boca que dejó a Tanner helado y, al mismo tiempo, bailando en las nubes. Hasta creyó escuchar la canción de Bryan Adams que hablaba de ello y todo... Porque ahora mismo estaba de nuevo, sin duda, *upon cloud number nine*, como decía la canción.

Cuando se apartó, Yellow miró hacia atrás para comprobar si su hermana les había visto, pero siempre podía decir que el beso había sido en la mejilla.

Esa tarde conversaron de cosas triviales. Rieron (los dos), se contaron proyectos de futuro (los dos), y conectaron con el otro más allá de las meras apariencias, reafirmando que lo que habían sentido en la noche del cumpleaños no fue un espejismo, sino el nacimiento de un amor ingenuo, de una admiración mutua. Ella le confesó que quería ser astrónoma (aunque sabía que con esa carrera no llegaría muy lejos económicamente hablando, cosa que tampoco había importado demasiado en su familia), y él le confesó que nunca había pensado en profundidad qué quería hacer en el futuro, porque en casa la música siempre había sido el centro de todo.

Sin darse cuenta, la noche se fue acercando y lo único que habían hecho era charlar de tonterías y de cosas serias, aunque en realidad no se lo parecieran, bajo la atenta mirada de una silenciosa Nicky.

—Oye... —se atrevió Tanner a preguntar después de un par de horas de conversación y cuando Anne ya se había despertado—, ¿Nicky está bien o... tiene algún problema?

—¡Qué va! —respondió ella después de volverse a mirar el bulto inmóvil—. Es que es así de rara ella. Se pasa horas así, quieta como una araña esperando que caiga un insecto en su red. O para darte un susto. Es muy tétrica, de verdad, pero inofensiva. Ya verás cuando la conozcas.

Él no supo si en realidad querría conocerla más algún día. O nunca. Jamás de los jamases, seguramente.

La niña se movió cuando al fin Anne fue a molestarla y coger los juguetes que tenía encima, y ambas comenzaron a jugar. Aunque lo que en la pequeña era un juego de muñecas inocente, en la mayor era la imitación de una ejecución medieval que Tanner no había visto ni en películas.

Ahora sí que estaba convencido: esa niña era una bruja. Tenía que convencer a Yellow de que se vieran en otro sitio, porque él no pensaba ponerse a tiro de sus maleficios.

Se miró el reloj y se dio cuenta de que debía regresar a casa para la cena, y de que además no estaría bien que los padres de las niñas llegaran y vieran a un intruso, un chaval de diecisiete años con las hormonas revolucionadas, solo en casa con ellas.

Se levantó del sillón para despedirse y Yellow le acompañó hasta la puerta. Antes de marcharse, le agarró del brazo, miró hacia atrás para cerciorarse de que sus hermanas estaban entretenidas, y se le acercó.

Tanner se inclinó de inmediato esperando el beso, buscando sus labios entreabiertos, pero ella se desvió hacia el oído.

—Siento que hayas tenido que pasar la tarde en casa conmigo, pero espero que podamos hacer otra cosa la próxima vez —le susurró.

Él sonrió junto a su mejilla. Levantó la vista. Las niñas continuaban jugando en el salón. Dobló la cara, y le dio un tierno beso en la comisura de los labios, y ella se apretó ligeramente contra él.

No pudo evitar hacerlo, no quiso evitarlo y, más tarde, cuando se marchaba caminando hacia casa, se sintió orgulloso de no haberlo hecho: se estaba convirtiendo en un hombre. Junto a ella.

CAPÍTULO 4:

ADIÓS, LADY LILLIE

2 de julio de 2010

Se había pasado dos días y dos noches sin hacer nada. Absolutamente nada.

Y por nada se refería a nada de trabajo... porque para otro tipo de actividades tuvo tiempo más que suficiente.

Tener a Lillie McFly entre las sábanas era algo extenuante. Era una fuente inagotable de pasión que se desbordaba a cada instante, insaciable y absorbente.

No es que a Tanner le resultara molesto ese aspecto de su personalidad: al contrario. Cuando no estaba en modo creativo, no había otra cosa que le gustara más hacer que el amor con una mujer. Y no había otra más atractiva ni más deseada que Lady McFly.

Y él la había conseguido. Estaba allí, entre sus brazos, sedienta de más. La había conseguido él. Y solo él. Y no ese imbécil de Jason Dunbar.

Bueno, a decir verdad, se podía decir que Jason la había tenido primero, pero él se llevaba la gloria de habérsela arrebatado al número uno del mundo, lo cual tenía mucho más mérito.

Ahora, él era el ganador. Y estaba disfrutando del premio. Y lo haría hasta sentirse saciado, hasta que ella dejara de divertirlo. La suerte era que, hasta la fecha, Lillie se tomaba a pecho su papel como la chica más caliente del mundo (o quizá era la más guapa, pero es que el término *hottest* que la describía era un tanto ambiguo) y lo ponía en práctica siempre que podía. Al fin y al cabo, solo podían verse unos pocos días al mes y había que aprovecharlos al máximo.

La mayor desventaja que Tanner le veía a una relación con ella es que era muy exigente: lo daba todo, pero también lo quería todo. Si no sabía nada de

él en todo el día, por la noche le recriminaba que no se hubiera puesto en contacto o subía una foto a Facebook lanzando alguna indirecta para que él se diera por aludido y la llamara de inmediato. Ella podía tener a quien quisiera; de hecho, había dejado al mismísimo Jason Dunbar por él, y eso merecía un mínimo de atención y respeto por su parte.

Para él, aquello solo era una carga añadida.

Sí, era cierto que él la había perseguido hasta la saciedad, la había atosigado con sus bromas, sus insinuaciones, sus indirectas y, en muchísimas ocasiones, le había dicho con toda franqueza (aunque siempre en tono de broma, para sembrar la duda en ella) que él podría tratarla mucho mejor que ese cretino de Jason, y ella lo sabía. Se habían encontrado en fiestas, en premios, en conciertos benéficos y, la última vez, habían grabado una canción juntos, gracias a la cual se liaron al fin.

Y él consiguió su ansiado trofeo. Ahora lo tenía todo. Podía tenerlo todo. Le faltaba ser el número uno en ventas, pero a la chica ya la tenía.

Que la hubiera conseguido no era sino una muestra de que todo se alcanza con tesón y trabajo. Eso era algo que había aprendido con los años, una lección dura pero fundamental en la vida. Atrás había quedado aquel crío imberbe e inseguro, eclipsado por la extraña personalidad de su padre, así como también la temida noche de su cumpleaños, esa que todos los años le atormentaba con recuerdos del pasado.

Siempre se había preguntado por qué se ponía melancólico ese día, por qué todos los años pensaba en lo mismo, por qué se torturaba de aquella manera... A fin de cuentas era feliz, había llegado más lejos de lo que nunca se hubiera imaginado, había conseguido mucho más que todos aquellos de los que tanto se acordaba sin motivo alguno. Pero su mente le jugaba malas pasadas y, cada maldito cumpleaños, volvía una y otra vez al que una vez tildara como el mejor de su vida.

Puede que lo hubiera sido, porque si no, ¿por qué se acordaba tanto de él?

Tanner intentaba por todos los medios no pensar en ella. Nunca lo hacía, era algo de su pasado y el pasado debe quedar atrás, enterrado y oculto entre mil capas de éxito y felicidad.

Amarga felicidad.

Siempre que se repetía que era feliz, algo se le encogía en el estómago y se lo revolvía, como si fuera el reflujo de alguna comida demasiado especiada. ¡Pues claro que era feliz! No entendía por qué su cuerpo tenía esas extrañas reacciones, pero de hecho no había otro lugar donde quisiera estar más que allí, con la mujer perfecta en la casa soñada del mejor lugar del mundo.

Lillie se removió entre las sábanas y ronroneó, moviendo sus curvas desnudas y alzando el trasero como una gata en celo. Tanner la miró de reojo y esperó para ver si estaba despierta o solo se movía en sueños.

Giró la cara hacia la puerta de cristal que daba al balcón. Amanecía ya, y una ligera brisa movía las cortinas de suave gasa. ¿Y si planificaba un crucero? Quizá pudiera marcharse él solo en velero a un lugar lejano donde pudiera estar tranquilo y recuperar de nuevo la inspiración para componer. Quizá necesitara eso, eliminar todo lo superfluo y volver a lo básico.

Su vida había sido un caos en los últimos años, desde que diera el gran bombazo en aquel concurso de talentos: fiestas, viajes, cambio de residencia continuamente... Ahora llevaba tres años en Malibú y, al fin, consideraba aquella como su propia casa, aunque no terminaba de encontrarla acogedora.

La chica se removió de nuevo y se giró. Su brazo quedó colocado con suavidad sobre el pecho de Tanner, su pierna sobre las de él. La miró. Unos mechones de cabello rubio muy claro le caían sobre el rostro que ahora lucía claro y limpio, sin restos de maquillaje. Tenía unas pecas sobre la nariz que, normalmente, solía disimular con maquillaje en los actos públicos.

Tanner sintió un dolor en el pecho. Aquellas pecas le recordaron las pecas de otra chica, una que había intentado olvidar con el tiempo, una que seguramente tendría ya una familia enorme y sería muy feliz lejos de él.

Sin él.

Apretó los labios con fuerza y acarició la silueta de Lillie. Solo ella podía quitarte a cualquier mujer de la cabeza, porque su personalidad arrolladora no te dejaba espacio para más.

Ella sonrió y unió su cuerpo todavía más al de él, rozándole con el pecho en el costado. Tanner no había podido borrar del todo la imagen que aquellas pecas habían traído a su cabeza, así como tampoco pudo evitar pensar en el roce de aquellos otros pechos juveniles en su cuerpo, y una

enorme erección dio cuenta de ella al instante.

Su compañera le rozó el miembro con la rodilla y abrió los ojos para mirarle algo adormilada.

—Veo que te despiertas ansioso... —susurró con voz ronca por el sueño.

Él sonrió, avergonzado no por haberse excitado con tanta rapidez, sino por haberlo hecho por el recuerdo de una mujer, y no por la de carne y hueso que ocupaba su cama. Pero él era un buen chico, siempre lo había sido y la haría disfrutar y olvidarse de todo, igual que lo haría él.

Rodó en la cama hasta colocarse encima y se movió entre sus piernas. Sus oscuros rizos cayeron casi ocultándole los ojos. Desde que le ficharan en aquel famoso programa, se lo había dejado crecer de forma cuidada y siempre llevó el mismo corte que disimulaba sus orejas algo prominentes.

—Y a ti te encanta que yo ya esté preparado para ti, ¿verdad?

El tono seductor de Tanner hizo sonreír a la chica, que suspiró de placer y entreabrió la boca conforme él se mecía encima de ella. Los alientos de ambos se mezclaron, y sus lenguas se encontraron antes de que él decidiera al fin, con una sola estocada, introducirse en ella.

Sexo, drogas y rock'n'roll, ¿no? Eso decía Ian Dury, y esa era su religión. No sabía hacer otra cosa.

Sin embargo, en aquella ocasión el sexo no fue suficiente para aplacar sus demonios, aunque intentó portarse como un caballero, tal y como procuraba hacerlo siempre. Fue satisfactorio y salvaje, sí, pero eso era algo habitual en ellos dos. No había promesas, no había necesidad de palabras inocuas: solo los gemidos de placer y el momento de exquisita tortura del orgasmo, y después yacían juntos, él apretándola contra su pecho, ella suspirando contra su piel.

Eso era lo que solía hacer cuando se acostaba con una mujer, hacerla sentirse bien, querida y cuidada, porque eso era lo que ellas deseaban, ¿no? O, al menos, eso era lo que él acostumbró a hacer desde que perdiera su virginidad, y lo seguía haciendo aun cuando sus sentimientos por la otra persona no fueran los mismos, porque seguía opinando que aquello era un acto muy íntimo.

Y, en realidad, él apreciaba a Lillie. Era una luchadora, como él. Había

conseguido llegar a lo más alto desde lo más bajo, a base de patearse escenarios de lo más barriobajero en antros de poca monta de todo el país donde solo acudían borrachos a querer echarle sus babas encima. Con todo, según ella contaba, tenía un gran recuerdo de aquella época porque decía que nunca más volvió a sentir la esperanza que siempre la embargaba antes de salir a aquellos cochambrosos lugares: la esperanza de ser encontrada.

Ahora era todo ansiedad, miedo a no estar a la altura, al fracaso, a volver al abismo de la mediocridad.

Toda esa angustia se reflejaba en su forma de ser: necesitaba reafirmarse, era acaparadora y controladora, y ella lo sabía bien. Y lo aceptaba, y esperaba que sus parejas pudieran aceptar también sus defectos.

Tanner se había llevado a la princesa, aunque no era perfecta.

Pero nadie era perfecto, ¿verdad?

—¿Qué hora es? —preguntó ella, provocando cosquillas con su aliento sobre el pecho de Tanner.

Él se giró un poco y cogió el móvil, al que no había prestado atención alguna desde el día de su cumpleaños. Las felicitaciones le habían agobiado tanto que lo silenció y nada más le importó salvo él mismo y su propio mundo interior. De todas formas, todas aquellas personas que le felicitaban solo querían algo de él, ser amigos suyos mientras durara su éxito, mientras estuviera en la cresta de aquella ola. Porque cuando al fin se bajara, cosa que temía cercana en muchas ocasiones, estaría solo frente a los tiburones.

—Eh... son las ocho menos cuarto.

—Qué temprano, por favor... Vamos a seguir durmiendo, anda, que no tenemos nada más que hacer —más que dormir, comer y follar, le faltó decir.

Él respondió con un simple «ajá» y continuó mirando el móvil con el ceño fruncido. Tenía varias llamadas perdidas de su hermana. Nueve, para ser exactas.

¿Qué podía querer Lucy para insistir tanto? Su hermana pequeña, que ostentaba tan gracioso nombre gracias a la famosa canción de los Beatles *Lucy in the Sky with Diamonds*, no se llevaba muy bien con él últimamente, así que tener tantas llamadas perdidas de ella no podía significar nada bueno... Y además, eran de los dos días en que no había estado localizable.

Un temor le recorrió el cuerpo.

Sí, es verdad que no quería saber nada de quienes había dejado atrás. No quería saber nada de casa, ni de nadie que tuviera que ver con Scarborough... Y sabía que no era culpa de su familia, pero una discusión hace años con su padre y el problemilla con «ella» mucho tiempo atrás le habían llevado a pasar página.

Lucy estaba muy resentida por no ir a visitarlos, y si ahora insistía tanto...

Tanner se levantó de la cama. Sabía que algún día algo pasaría y que él estaría lejos; se lo temía y, al mismo tiempo, lo creía imposible (o más bien lo quería creer imposible, por su propia comodidad).

—¿Qué pasa? —preguntó Lillie desde la cama, preocupada al verle marcharse tan de repente.

—No lo sé, es de casa —contestó él mientras se colocaba unos pantalones cortos antes de salir al balcón que daba a la playa y devolver las llamadas.

El teléfono comenzó a sonar y nadie contestaba, y Tanner se dio cuenta de que no había pensado siquiera en qué hora podía ser al otro lado del charco.

—Mierda —farfulló. Calculó, pero allí en casa había ocho horas más de diferencia, así que eso no debía ser un problema.

—Ya era hora —contestó al fin su hermana, a la tercera llamada.

Su tono era disgustado, pero algo andaba mal porque parecía agotada, sin vida.

—Lo siento, demasiadas llamadas indeseadas, ya sabes... —dijo mientras se pasaba la mano por el pelo avergonzado. Después sonrió a medias.

Como si ella pudiera verle.

—Papá ha muerto —soltó ella de repente.

Él se quedó congelado allí fuera, en el porche, con el móvil en la mano y la mirada perdida en las profundidades del mar. Su corazón dejó de latir y no pudo respirar, y como si aquella escena no fuese con él, se dijo que se merecía algo así.

Se merecía aquella broma, por haber sido un cabezota y no haber hecho las paces con él antes. Sonrió, aunque más que una risa de su boca salió un quejido trémulo

—Como broma no es muy buena, Lucy —le contestó parpadeando y con el alma en vilo. Esperaba que ella lo confirmara. Porque aquello era una broma. Debía serlo.

—No es una broma, imbécil. Le entierran mañana por la tarde. Hemos esperado todo lo que hemos podido para poder localizarte, pero ya era imposible conservar su cuerpo. Si coges el primer vuelo que pilles, a lo mejor todavía tienes suerte y llegas al funeral.

Y colgó.

A él se le cayó el móvil al suelo y se rompió en pedazos, pero no pudo moverse de allí. Miraba sin ver la tormenta que se avecinaba. Las nubes se arremolinaron rápido allá, al fondo, en la línea donde el mar se funde con el cielo, y los rayos quedaron ocultos bajo un manto gris que presagiaba tormenta.

Su padre se había marchado, se había ido sin despedirse, sin siquiera querer hacer las paces con él.



Lillie se había dormido de nuevo y no se percató de que había empezado a llover con fuerza hasta que empezó a notar el frío sobre su cuerpo desnudo. Se levantó, corrió hacia el balcón y cerró el ventanal para que dejara de entrar el agua. Se colocó un camisón y fue hacia el salón en busca de Tanner, pero no le encontró por ninguna parte.

Afuera, en el porche, quedaban los restos de un móvil roto mojándose bajo el aguacero. Se giró y observó el salón, pero todo estaba en su sitio. Fue de habitación en habitación para comprobar que, en efecto, allí no había nadie.

Decidió entrar de nuevo en el dormitorio y fue entonces cuando se dio cuenta de que el armario estaba abierto y que había varias prendas de ropa esparcidas por el suelo.

La pequeña maleta de cabina de Tanner que yacía sobre el suelo del

armario empotrado había desaparecido y, sobre la mesita de noche, había una pequeña nota que en un principio le había pasado inadvertida.

«Lo siento, Lady Lillie. Tengo que resolver unos asuntos en casa», decía.

Y así, sin más, Tanner desaparecía de su vida como si no pintara nada en ella.

CAPÍTULO 5:

SOLO QUIERO CANTARTE A TI

Scarborough

Principios de agosto de 1997

Tanner se había enganchado el reproductor de CD's que le había regalado su padre por su cumpleaños a la cinturilla de los vaqueros. Era algo incómodo, porque le iban un tanto grandes y, con el movimiento, el pantalón se bajaba cada vez más dejando al descubierto buena parte de sus calzoncillos.

De todas formas no importaba, porque la camisa roja de cuadros que llevaba sobre la camiseta blanca le tapaba lo suficiente como para que no se notara.

—¿Sabes? —comenzó a decirle a Yellow mientras miraba hacia el cielo azul. Habían aprovechado el buen tiempo para salir a pasear, y estaban tirados cuan largos eran en el césped del Peasholm Park, cada uno con un auricular en la oreja, compartiendo música y conversación insustancial—. Si pudiera decir que ha habido una oleada de músicos mejor que la de los setenta, diría que este es el momento. Cada vez que escucho a The Verve se me ponen los pelos de punta.

Ella asintió con la cabeza y se giró para mirarle.

—Yo creo que es un poco triste —le contestó ella mientras le observaba con atención.

—Puede ser—, le respondió él en tanto que se encogía de hombros porque, en realidad, no quería discutir con ella.

Se volvió hacia ella y la miró. «Pero también creo que es muy difícil que algo pueda ponerme triste en estos momentos», pensó. No se atrevió a decírselo, porque el abuelo de Yellow había muerto hacía pocos días y no había tenido oportunidad de verla demasiado. Temía asustarla con sus

palabras y su ímpetu de adolescente enamorado, pero lo cierto es que estaba loco por ella. De remate. A morir. Cuanto más la veía, más convencido estaba de que quería estar con ella todos los días, todo su tiempo, besándola, acariciándola, contándole anécdotas idiotas.

Si se lo pidiera, se tiraría por un acantilado para demostrar cuánto la quería.

Las ocasiones en las que habían podido verse tuvo que ser en compañía, porque ella tenía que estar al cuidado de sus hermanas casi siempre. Y ese día, al fin, su abuela había llegado a casa para mudarse, y con su madre de vuelta ya se sentía un poco más libre y Tanner por fin podía estar relajado, pues con Nicky delante no había manera de soltarse.

—Estamos un poco apretados, pero la ayuda de la abuela nos viene muy bien —le había dicho ella cuando se reunieron, algo tímidos, en la esquina de su calle después de que Tanner le hiciera dos llamadas al fijo y colgara, la señal que habían quedado en hacer para saber que eran ellos.

Según ella, la cosa se complicaba cada vez más, porque su padre no conseguía un trabajo fijo y su madre trabajaba tan solo unas pocas horas en los puestos de verano. Y sin embargo, no la oía quejarse. Se lo tomaba todo con tranquilidad, como si no pasara nada, como si todo fuera superable.

Qué coño, y lo era, ¿no?, pensaba Tanner.

Todo podía superarse si tenías al lado a la persona que más querías.

Y él estaba allí con ella, mirándola a aquellos preciosos ojos y viendo aquellas diminutas pecas en la nariz que tanto le gustaban.

—Tienes pecas en la nariz —le dijo al tiempo que se las rozaba muy ligeramente con la mano.

Ella se rió con una de sus carcajadas cantarinas.

—Tú también tienes, chaval —y le dio un toquecito en la nariz con la punta del dedo—. Pero tienes unos ojos muy, muy bonitos. Seguro que te lo han dicho muchas veces.

Él se sonrojó. No, no solían decírselo demasiado. Bueno, solo su madre, pero eso no contaba, porque todos los hijos eran guapos a ojos de las madres, ¿no?

Giró la cara hasta que notó que volvía a su color habitual y después se volvió para afrontar de nuevo su mirada. Le cogió la mano y entrelazó los dedos. La música de Bitter Sweet Symphony se apagó y Tanner se sacó el aparato de donde lo tenía aplastado y le dio a reproducir de nuevo con la mano que tenía libre. Después, se acomodó más cerca de ella y le acarició los mechones de pelo rebelde.

—Yo creo que tú eres la chica más guapa del mundo.

Y de verdad lo creía. Era preciosa, perfecta. Toda ella: su personalidad, su cuerpo, sus ojos. Su boca.

Yellow sonrió.

—Eso lo dices porque soy la única que te hace caso —bromeó.

Pero él se quedó quieto con la mano en el aire y la miró estupefacto. Ella se dio cuenta enseguida de que había metido la pata, que él creía que era cierto aquello que le había dicho, y se apresuró a sacarle de aquel estúpido malentendido.

—Es broma, tonto. ¿Es que no ves lo guapo e interesante que eres? Todas las chicas querrán estar contigo, pero tengo la suerte de ser yo quien te ha echado el guante antes —se rió.

—Eso no es verdad. No soy guapo ni interesante. Las chicas nunca irán detrás de mí y yo tampoco querré estar con ellas. A mí solo me interesa una.

El corazón de Tanner latía tan rápido que se extrañó de que no se le saliera del pecho. Cada vez se atrevía a decir más, a hablar más, a descubrirse más, así como también era mayor el temor a sentirse idiota, ridículo o, sencillamente, ignorado.

—Eso lo dices ahora —comenzó ella y se giró hacia él para poner su cuerpo frente al de él. Ahora estaban más cerca—. Pero espera un par de años, y verás.

Él negó con la cabeza.

—Siempre voy a querer estar contigo —afirmó él, rotundo.

—¿Cómo lo sabes? Si ni siquiera me conoces del todo.

—Lo sé porque te escribo todas mis canciones.

Ella le miró muy seria. Escrutó cada milímetro de su cara, que ahora tenía tan próxima, y de repente no pudo resistirlo más. Y él lo notó, porque estaba esperando ese momento desde hacía muchos días: el momento en que, por fin, pudieran besarse a solas, sin reparos, sin restricciones.

Las manos de ambos se colocaron en las mejillas del otro y, con un suspiro, sus labios se tocaron, se acariciaron y se abrieron para dar paso a la voracidad que solo puede arder en el cuerpo de dos chicos jóvenes que se han esperado con ansias durante lo que a ellos les ha parecido una eternidad.

Pronto, ambos empezaron a temblar de deseo, y el cuerpo de ella quedó pegado al de él como si de un imán se tratara. Tanner atrajo una pierna de ella colocando la suya por encima y así, entrelazados, se estuvieron besando hasta que las manos quisieron moverse por lugares prohibidos y Tanner creyó morir abrasado por el fuego que le consumía.

—La próxima vez te invito a casa —se atrevió a decir él. Después de aquellos tórridos besos, la vergüenza se había esfumado de repente.

—¿No se molestarán tus padres si llevas a una chica?

—No, están deseando que traiga a una... chica a casa.

No quiso decir la palabra «novia», pero supuso que era bastante obvio que se había quedado cortado. Apartó la mirada e intentó pensar en cómo decírselo.

—Ya, ¿y a una chica con la que estás liado?

Él se enfrió de repente. No quería estar solo «liado» con ella, quería estar con ella *siempre*. Quería ir con ella al instituto, recogerla en casa y acompañarla en su día a día, hacer los deberes y estudiar juntos... Todas esas cosas que hacían las parejas y que tan nuevas e interesantes se le antojaban.

—Yo no quiero estar liado contigo, Yellow —se sinceró. Necesitaba estar con ella más tiempo o se moriría.

Esa vez fue ella quien le miró desconcertada.

—¿Cómo? —sus pestañas revolotearon y el sol creó sombras alargadas sobre sus mejillas.

—Que no quiero que esto sea solo un lío de verano —prosiguió, mientras apartada una mano y se la pasaba por los abundantes rizos castaños—. Quiero

estar contigo, Yellow. Quiero que salgas conmigo, que seas mi novia.

Ella sonrió aliviada.

—¿Y entonces me cantarás todas tus canciones?

Él asintió.

—Si dices que sí, te cantaré todas mis canciones.

—Pues ya puedes ir empezando a cantar —susurró ella antes de abalanzarse de nuevo sobre sus labios.

Aquella tarde, Tanner y Yellow tenían mucho que celebrar: se habían hecho novios. Al fin. Después de estar tantos días intentando verse y no poder siquiera tocarse. Sobre aquel frondoso césped verde no notaron la brisa que cada vez venía más fresca: se dejaron llevar solo por el instinto, y Tanner se dio cuenta, por primera vez, que su cuerpo estaba más que dispuesto a unirse al de ella. Estaba ansioso.

Y lo mismo ocurría con Yellow, aunque ella temblaba porque aquél frenesí le era desconocido y a todas aquellas nuevas y fervientes sensaciones se unía un temor irracional a lo desconocido. Quería más, lo quería todo y, sin embargo, tenía muchísimo miedo a conseguirlo.

—Despacio, despacio —susurró él contra los labios de ella.

Ella entreabrió los ojos y le vio apretando los suyos, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano. Ambos intentaron recuperar la respiración. Aquello no podía ser. No era el lugar, no era el momento, no se conocían.

Yellow era una chica bastante madura, a pesar de que su exótica apariencia pudiera decir lo contrario. Ella sabía lo que quería de la vida, y sabía perfectamente lo que quería de aquel chico: la perfección absoluta. Y la estaba consiguiendo, porque todo le parecía maravilloso: sus besos, sus palabras, sus actos. Todo en él hablaba de lo que sentía por ella, y eso era algo innegable.

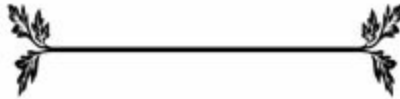
Y ahora eran novios.

Estaba tan feliz.

Callaron. No dijeron nada más. Se observaron mientras el sol se iba

poniendo, y se acariciaron en silencio. Cuando ya casi oscurecía, él le susurró contra los labios que era mejor marcharse. No querían hacerlo, pero todavía les quedaban por delante más vacaciones, y podrían aprovecharlas al máximo.

El futuro que se abría ante ellos era maravilloso.



Aquel mes transcurrió rápido, si bien es cierto que el tiempo parece correr deprisa cuando todo te parece perfecto.

Tanner y Yellow comenzaron a verse más y se hacían objeto de todo tipo de confidencias y anhelos. Y cuanto más se conocían, más se gustaban.

Yellow pensaba que él era maravilloso: era sensible, era inteligente, tenía una familia rarísima y, además, tenía muchos sueños que perseguir, aunque él creyera lo contrario. Era un chico extraordinario.

Y Tanner opinaba que ella era la chica perfecta: preciosa por dentro y por fuera, te contagiaba su alegría y su espontaneidad, era fuente de felicidad constante. Y, además, era fuerte, mucho más que él. Sabía lo que quería y algún día lo conseguiría. Y él no se sentía lo suficientemente bueno para ella.

Por eso daba las gracias todos y cada uno de los días que podía verla. Atrás quedaron los amigos ese agosto, de quienes prácticamente se olvidaron: solo existían ellos dos.

—¡Hola chicos! ¿Qué hay de nuevo? ¿Os toca repasar?

Aquella pregunta hecha con retintín fastidió un poco a Tanner, pero a Yellow pareció hacerle mucha gracia.

—No, señor Adams, hoy solo vamos a escuchar música —respondió ella a aquel señor tan alegre, alto y sin nada de pelo, que les saludó desde el salón.

—Oh, vaya, quizá luego me una a vosotros, entonces —le respondió mientras se quitaba el delantal que llevaba puesto y que estaba todo manchado de chocolate.

Tanner enrojeció y frunció el ceño, y en seguida negó con la cabeza y empezó a hacerle señas a su padre a espaldas de Yellow.

El susodicho pareció captar la indirecta y se aclaró la garganta.

—¡Vaya! Me acabo de acordar de que... De que... De que no he terminado de hacer las muffins, y Lucy me va a matar así que... ¡Que lo paséis bien, chicos! Os veo luego. Si queréis, os invito a unas muffins, ¿vale? —Y se escabulló hacia la cocina.

Yellow se dio la vuelta y se rió, algo sonrojada.

—Creo que se ha dado cuenta de que igual repasamos otras cosas... Qué vergüenza, Tanner, ¡va a pensar que soy una descarada! —le dijo al tiempo que se colocaba las manos sobre las mejillas sonrojadas.

—Anda, no seas tonta —le respondió él, para después tomarle una de las manos y tirar de ella hacia su habitación—. Ya ves que mis padres son bastante liberales, no hay nada que podamos hacer que ellos ya no sepan de sobra. Y prefieren que te traiga a casa y me porte como un chico responsable a que te lleve por ahí.

Con todo, la chica se sentía bastante avergonzada cada vez que llegaba a la casa Adams; Tanner solía decirle que sus padres eran todavía más raros que los la famosa familia Adams de la tele, pero a su estilo excéntrico y desfasado.

—Son muy enrollados, Tanner —insistió ella al entrar en la habitación. Después, se sentó sobre la colcha con estampado de Londres y se acomodó a lo indio tras quitarse las botas—. Tu madre es muy buena, siempre nos sube té y galletas y tu padre nos canta siempre que puede.

—Sí, ya —respondió él, incómodo—. Eso no se puede evitar, canta en todas partes. Siempre tiene que ser el centro de atención en todo.

—¿Y tú por qué no lo haces? Cantas mucho mejor que él, y además no te separas de tu guitarra. No entiendo por qué no te atreves a hacerlo, si la llevas a todas partes.

Él se encogió de hombros y se sentó en el suelo, frente a ella, para después descolgarse su amada guitarra de la espalda.

—Quizá solo quiera ser músico y no cantar. Ya sabes por qué no suelo hacerlo.

Comenzó a tocar unos acordes suaves, como esperando encontrar la

melodía adecuada, y después alzó la vista y clavó su mirada azul en ella.

—O quizá solo quiera cantarte a ti —y sonrió.

Ella le observó durante unos instantes, incapaz de pestañear, pues esa sonrisa ladeada y tímida, de los labios de Tanner era escasa de ver y siempre la desarmaba.

Entonces se levantó, se dirigió hacia él y, todavía con la guitarra entre los dos, le plantó un beso voraz. De inmediato, Tanner dejó el instrumento en el suelo con un pequeño estrépito y la abrazó contra él, agradecido de que fuera ella quien se hubiera acercado primero.

No quería pasarse, no quería ser él quien se abalanzara sobre ella como muerto de hambre, pero cada vez que llegaban a su habitación sentía unas ansias terribles de acostarla sobre la cama para hacer todo aquello con lo que solo se atrevía a soñar.

Por lo general no solían pasar de las caricias: se tendían sobre la cama, se besaban y se acariciaban por encima de la ropa hasta que sus respiraciones se volvían demasiado agitadas y entonces debían parar. O ese era el punto en que ambos creían que debían parar, porque en cierta forma sentían miedo de lo que podrían encontrarse después.

El instituto comenzó, y Tanner convenció a su padre para que le comprara una moto, una pequeña Vespa con la que pasaba a recoger a Yellow por las mañanas. Ya no llegaban solos a clase, bueno, al menos él, y ese otoño resultó que, para sorpresa de todos, se convirtieron en la pareja revelación.

Nadie esperaba que un rarito y una empollona terminaran juntos, y todos cuchicheaban a sus espaldas: los chicos no podían creerse cómo aquel pringado había conseguido echarse novia si ni siquiera era capaz de hablar con nadie, y las chicas veían cada vez con mejores ojos al susodicho porque, en general, bastaba con que un chico estuviera «pillado» para parecer atractivo.

Además, había crecido, se notaba a leguas que practicaba atletismo y se estaba dejando crecer el pelo, con lo cual tenía más aspecto de rebelde que antes. Y tenía su punto, con aquellas camisas a cuadros y la guitarra.

Yellow, al lado de él, parecía la novia orgullosa, mucho más mayor de lo que en realidad era y, por tanto, un objetivo a desear por ellos y a envidiar

por ellas.

Los meses se sucedieron y la pareja estableció una suerte de rutina que les permitió seguir con sus estudios y, a la vez, continuar viéndose. En el instituto almorzaban con los amigos de Tanner y las amigas de Yellow, que cada vez parecían llevarse mejor, y después de las clases solían quedar para estudiar o salir por ahí los fines de semana.

Cuando se quedaban solas en las clases, Mel y Dixie acribillaban a preguntas a Yellow.

—Algún día nos confesarás que lo has hecho ya, ¿no? —comenzaba Mel—. Porque no me creo que lleves cuatro meses con él y no hayas hecho nada.

—Oh, por favor —se quejaba ella—. No todo se reduce a... hacerlo. Hacemos muchas cosas, claro, pero es que... No sé, creo que nos da miedo... A los dos.

—¿Te refieres a que Tanner no se atreve a quitarte la ropa? —dijo Dixie subiéndose las gafas que se ponía siempre que asistían a clase.

—¡Shhh! ¡Baja la voz, tía! —le reprendió Yellow por lo bajo—. No, él no tiene miedo. O sí, no sé. Creo que sabe que a mí me da vergüenza. Es que... Ya sé que no pasa nada, pero es que cuando estamos en su casa a mí me da cosa que su madre entre y nos vea, no quiero parecer una zorra.

—De verdad, Yellow, parece mentira que vivas en el siglo veinte eh. A veces creo que has leído demasiado a las hermanas Brontë.

—Sí —añadió Dixie riéndose—, la única diferencia es que ellas no decían la palabra «zorra».

Las chicas rieron y entonces el profesor entró en clase haciendo callar a todos. Sin embargo, después de haber expresado sus temores en voz alta, Yellow se dio cuenta de que aquello le preocupaba más de lo que creía.

Sabía que él tenía tantas ganas como ella de hacerlo. O más, por la forma en que le temblaban las manos cada vez que le rozaba los pechos por encima de la camiseta. Todo su cuerpo parecía encenderse, y era él quien muchas veces se apartaba para respirar y calmarse cuando ella levantaba las piernas y le atraía más hacia sí.

Sí, quería hacerlo con él. ¿Con quién mejor, si no? Tenía que ser él su

primer chico, porque seguro que sería algo que recordaría toda la vida.

Nunca, jamás, podría olvidar el momento que hiciera el amor por primera vez con Tanner Adams. Y precisamente por eso, supo que era un asunto que tenían que solucionar.

CAPÍTULO 6:

DE VUELTA AL HOGAR

3 de Julio de 2010

Tanner se hundió todavía más en el asiento del atestado aeropuerto y esperó que las gafas de sol y la gorra que se acababa de comprar hicieran bien su trabajo y ocultaran su identidad. Se bajó todavía más la visera y se cruzó de brazos.

A su lado yacía su vieja maleta de cabina, repleta de pegatinas y bastante destartalada. El único propósito de llevarla así no era solo que le tuviera cariño, sino también dar la impresión de ser una persona con pocos recursos. Constituía, sencillamente, otro medio más de camuflaje.

En ella había metido al vuelo unas pocas camisas, de las más viejas que tenía, un par de camisetas, unos vaqueros de repuesto y ropa interior, todo hecho un revoltijo en aquel pequeño cubículo. No podía entretenerse más. La noticia que había recibido esa mañana le había despojado de todo sentido común. O quizá nunca lo hubiera tenido, por lo visto.

Se largó a toda prisa al aeropuerto y, tras explicarle con brevedad lo que había ocurrido, pidió a Mike, su manager, que comprara un billete para el primer avión que saliera hacia Londres y que después se encargara de la escala hasta Newcastle o Manchester, la que hubiera disponible antes. Ya cogería allí otro taxi para llegar a casa.

Mientras esperaba sentado en aquella silla después de recoger su billete en el mostrador de la compañía, terminó por hundirse del todo.

¿Cómo podía haber ocurrido aquello? ¿Cómo podía ser real que su padre hubiera muerto?

¿Acaso estaba enfermo tiempo antes y nadie le había informado de nada?

Sí, era verdad que él evitaba a su familia y que no se hablaba con su padre desde hacía años. Tampoco habían tenido oportunidad de reconciliarse, porque ninguno había dado su brazo a torcer desde entonces y él se sentía mejor lejos de su ciudad natal, pero aquello...

Aquello le hizo sentirse como un monstruo. El hijo que abandona a su padre y no quiere saber nada de él aunque esté a las puertas de la muerte.

Sin embargo, esa no era exactamente la verdad.

Joder.

Hubiera querido verle. Joder, joder, joder... No habían hablado de nada, no había tenido la oportunidad de disculparse siquiera. Era su padre. Su maldito padre.

Y le quería. A pesar de todo, le quería. Con sus enormes defectos y su afán de control, todavía le quería.

No podía estar muerto.

Se restregó los ojos con los dedos para no llorar, aunque poco le importaba lo que tuviera que pensar la gente de aquel lugar. Si salía una foto suya en la portada de cualquier revista, todo el mundo pensaría que estaría llorando por Lillie y a los pocos días se olvidarían de él de nuevo.

Como siempre.

Todo eso le daba igual ahora. Porque se sentía como una mierda, y si la gente también lo veía así, entonces se lo tendría merecido, aunque fuera por las razones equivocadas.

Durante el viaje bebió. No podría haber soportado tantas horas en avión de no haber sido así, así que una vez estuvo sentado en su amplio asiento de primera clase, se recostó y, todavía sin quitarse las gafas, se pidió un par de copas de ron que le ayudaron a dormir durante todo el camino. Allí tirado, con la gorra, las gafas, la ropa arrugada y el pelo despeinado parecía fuera de lugar, pero las azafatas ya estaban acostumbradas a aquellas excentricidades de los famosos y le atendían con actitud de sentirse más que satisfechas con su atuendo.

A él poco le importaba. No estaba de humor para estupideces ni para las sutilezas de las mujeres. No estaba de humor para sonreír o decir cosas

ingeniosas, ni tampoco para agradar a nadie. Cuando estaba enfadado, su verdadera personalidad volvía a salir a la superficie, y aquel chico tímido y taciturno regresaba con fuerza sumando, además, un humor de perros y la ansiedad por lo que se avecinaba.

El ron le había adormecido, sí, pero al llegar a Londres todo se le vino encima y los hombros le pesaron como si llevara una larga carga sobre ellos. Estaba en casa, aunque el viaje a Newcastle y la posterior carrera en taxi se le hicieron eternos. Se sentía agotado, hundido e incómodo, porque no sabía qué iba a decir cuando apareciera en casa.

En aquella casa que ya casi había olvidado.

El cuerpo le temblaba cuando al fin el taxista se detuvo frente a aquella calle de chalets adosados de ladrillo rojo, idénticos el uno al otro. Estaba exhausto, y no podía pensar en nada de lo que había dejado atrás, sino en aquello con lo que se reencontraría: su casa, su familia.

Sin él.

Tragó saliva y se apeó del coche llevando consigo la pequeña maleta de viaje. Era de madrugada y allí parecía no haber nadie: todo estaba en silencio, no había coches por la calle y aquella casita estrecha no parecía haber cambiado demasiado. El cansancio y el aturdimiento le estaban pasando factura, y todo le parecía como un sueño borroso que estaba observando desde fuera: todavía le parecía posible que él abriera la puerta y saliera por ella con su guitarra para cantarle a aquellos chicos extranjeros, los únicos que le escuchaban ya con gusto.

Pero no. El tío guay, el tipo divertido que a muchos caía bien, el hombre arrollador que eclipsaba a todos con su excéntrica personalidad, ya no estaría allí, y él debía recordarlo.

Se acercó al portal y llamó al timbre: la pesada puerta lacada en blanco se abrió pasado un minuto (que a él le pareció eterno) y allí, como si de una aparición se tratara, se encontraba quien una vez fuera quizá su madre.

No parecía ella. Estaba muy delgada, casi consumida, encogida en sus ropas a pesar de ser pleno verano. Se apretaba una rebeca de lana marrón contra las costillas y tenía el pelo largo y enmarañado, justo como el de él. Profundos surcos recorrían su cara, y Tanner se preguntó cuánto tiempo llevaba sin verla. Ahora parecía una anciana, y no recordaba que fuera así la

última vez que se abrazaran.

No supo qué hacer. Se quedó allí, quieto, y esperó su reacción por temor a ser rechazado.

—Mamá —susurró con pesar. Más que una palabra, su voz emitió un quejido lastimoso, el quejido de quien sabe que ha cometido un error tan grande que nunca más podrá remediar.

Ella se tapó la boca, sollozó y de repente se abrazó a él con todas sus fuerzas.

Él apretó los ojos y sintió una oleada de alivio recorrerle todo el cuerpo. No le culpaba. Al menos, no le culpaba.

Le devolvió el abrazo y apoyó la barbilla en esos cabellos que una vez fueran castaños y que ahora eran solo un amasijo de rizos casi grises.

Al cabo de un rato, y cuando notó que los sollozos de Trish se calmaban, reunió el valor para comenzar a hablar de nuevo.

—Lo siento, mamá...

Ella se quedó en silencio, y ni siquiera pareció respirar. Después, se separó de sus brazos y le miró más detenidamente mientras fruncía el ceño.

—Anda, pasa, no te quedes ahí parado.

Se dio la vuelta y se dirigió al salón. Tomó su maleta de nuevo y fue tras ella, observando y recordando cada detalle de la casa que le vio crecer. Todo estaba prácticamente igual, salvó por algún que otro cojín nuevo en el sofá y las cortinas. Lo demás estaba idéntico a como lo recordaba de hacía diez años, moqueta un poco desgastada y muebles clásicos incluidos, y el corazón se le encogió, no supo muy bien por qué. ¿Añoranza, o quizá todo lo contrario? Era una sensación extraña, porque los recuerdos allí vividos ahora se le hacían dolorosos.

Su madre llegó al viejo y cómodo sofá de flores rosas y se echó encima, dejándose caer como un peso muerto. Entendía que Trish estuviera así: toda su vida había girado alrededor de su marido, toda. Había seguido sus locuras, había comprendido sus excentricidades y había reído todas y cada uno de los chistes que él contaba, por extraño que fuera su humor. Tanner siempre pensó que fue su sombra, o que tenía tan poca personalidad que le bastaba con la de

Perry. Que él ya no estuviera debía de ser una pérdida atroz para ella.

Se sentó a su lado y se apoyó también contra el respaldo. Debía afrontar la realidad cuanto antes, pero se sentía tan cansado...

—Preguntó por ti en el último momento.

La voz de Trish le heló el corazón y los ojos se le anegaron en lágrimas.

En el último momento.

¿Qué quería decir aquello? ¿Que se estaba muriendo desde hacía tiempo y nadie le dijo nada? ¿Que, de ser así, tampoco preguntó por él durante todo el tiempo en que estuvo enfermo?

Frunció el ceño y parpadeó varias veces: no podía dejarse llevar de nuevo por un arranque de rabia contra su padre, o contra todos, ya puestos, pero le estaba resultando muy difícil refrenarse.

—¿Qué ocurrió? —preguntó al fin.

—No quiso que te dijéramos nada, Tanner. Yo te habría llamado, pero...

Su voz se apagó y la escuchó sorberse la nariz.

—No hace falta que te disculpes. Si él no quiso que me avisaras, no era tu problema.

Aquello sonó a reproche, pero no pudo evitarlo. Su madre se sorbió la nariz con más fuerza, pero él se sintió incapaz de volver a consolarla. No sabía hasta qué punto ella había contribuido en la traición, en las estúpidas ideas de un hombre loco y, encima, moribundo.

Como seguía sin decir nada, se tragó todos los sentimientos que le embargaban en ese momento, se enderezó y, tras pasarse las manos por la maraña de rizos, respiró hondo y apoyó los brazos en las rodillas.

—Dímelo todo, mamá. Cómo ha sido, cuándo ha sido, qué pasó... Quiero saberlo todo.

Tras unos instantes en los que la mujer se limitó a sorberse la nariz y, a buen seguro, a decidirse sobre qué contar y qué no, al fin comenzó a hablar con voz trémula.

—Llevaba enfermo dos años, pero nosotros tampoco lo supimos hasta hace unos pocos meses.

Tanner continuó mirándose las botas. Estaban desgastadas y sucias. Esperó.

—Lucy se puso como loca cuando llamaron del hospital para aplazar su tratamiento y, por una casualidad de la vida, contestó ella. Te juro que yo no sabía nada, de verdad —la escuchó sollozar de nuevo y se giró levemente para mirarla de reojo.

Sabía que le estaba diciendo la verdad, y en parte aquello le consoló. Tan solo buscaba... algo a lo que aferrarse, algo para no tener que enfrentarse a la realidad, cualquier cosa sobre la que apoyarse para dirigir su rencor y no sentir dolor. No todavía.

—¿Cáncer? —susurró.

—Sí. Melanoma. Por lo visto, al final ni la radioterapia ni la quimioterapia pudieron evitar que afectara al hígado.

Un rayo de sol comenzó a colarse, perezoso, a través de las cortinas del salón y se posó sobre la mullida moqueta de color vino.

—Tanner... —la mano de su madre le acarició el brazo y buscó la suya —. Yo... ya sé que estabais enfadados y no os hablabais, y sé que no es justo que no te hayas podido despedir, pero yo no podía... Tú sabes cuánto le quise. Toda mi vida ha sido él: no sé hacer nada sin tu padre. Él era tan...

Tanner asintió. Sabía a qué se refería. Su madre siempre había sido la sombra adorable que seguía a Perry Adams adonde quiera que él fuera. No podía ser de otro modo... Una mujer con una personalidad distinta a la de su madre quizá no hubiera soportado el vendaval que dejaba su marido al pasar. Y ella no solo le soportaba, sino que además le quería.

Ahora, con la rabia de saber que su padre no había querido despedirse, él no tenía claro que hubiera sentido ninguna de las dos cosas por él. Quizá sí le soportara cuando era más joven, o le quisiera. No lo sabía. No se lo merecía.

—Tengo que ir a verle —dijo al fin. Se levantó del sofá y miró a su madre—: ¿Dónde está?

Ella asintió, le pidió que esperara a que se vistiera y después volvió a salir, aunque él no notó demasiado la diferencia entre un atuendo y otro. La observó coger las llaves del coche y la siguió en silencio.

—Tu hermana estará allí y querrá volver para cambiarse, estaremos solo un rato. Supongo que sabrás que hoy es el funeral —le contó mientras intentaba arrancar su antiguo Ford Escort blanco con manos temblorosas.

—¿Quieres que conduzca yo?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que empezar a aprender a hacerlo todo sin él, y más vale que lo haga ya.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero él la dejó hacer. No sabía si terminarían ellos también estrellados en alguna parte, pero lo que sí tuvo claro es que Trish necesitaba demostrarse a ella misma que podía empezar a caminar sola.

Al fin, arrancaron el viejo Ford de mamá y se dirigieron a la funeraria, un edificio blanco y anodino que no sugería absolutamente nada. Mejor así, pensó él.

Se dirigieron a la capilla y, conforme se acercaban y sus pasos resonaban por el brillante suelo recién pulido, Tanner notó cómo comenzaba a temblarle todo el cuerpo. Ahora sí parecía real. Aquello era real. Su padre estaba allí. Muerto.

La palabra resonó en su cabeza una y otra vez, como si hubiera eco entre las estrechas paredes que cercaban su cerebro. El ataúd estaba al fondo de la capilla, abierto, y había alguien, dos personas, sentadas una junto a la otra en el primer banco.

Tragó saliva y notó que tenía un nudo en la garganta.

Trish se adelantó y caminó hasta el primer banco, sentándose al lado de una de las chicas. Le susurró algo al oído y esta se volvió a mirarle, pero Tanner no se percató. Caminó despacio hacia el ataúd y tuvo que confesarse a sí mismo que nunca antes había sentido tanto miedo como en ese momento.

Dudó.

¿Para qué despedirse? Si él no quiso saber nada, él no debía estar allí tampoco, ¿verdad? Era un extraño allí, no era bien recibido.

Estuvo a punto de darse la vuelta, volver a casa y recoger su maleta de nuevo para marcharse sin decir adiós, pero sus pies siguieron caminando

hacia adelante, ajenos a las órdenes que les dictaba el cerebro.

Cuando llegó frente al ataúd se quedó observándolo, perplejo. La persona que había allí no parecía su padre: era un ser delgado, demasiado pálido, como si su cuerpo fuera tan solo un esqueleto recubierto de piel amarillenta. Aquél no podía ser Perry: su padre era un hombre rotundo, jovial, de mejillas sonrosadas y corpachón enorme. Allí solo había un saco de huesos, un cuerpo tan pequeño que parecía el de un niño.

—Mamá no sabía si llamarte, pero está claro que aquí la única que tiene algo de cabeza parezco ser yo —dijo una voz indignada detrás de él.

No se giró. Lucy podía ser muy hiriente cuando quería. Y cuando no también, pero ahora estaba en todo su derecho. Se sintió impotente y demasiado extraño, como si no perteneciera a aquella familia, a aquel lugar. Ya no.

Intentó luchar contra ese sentimiento de desapego y se pasó la mano por la boca, que sintió seca como un trapo.

—Te agradezco que llamaras —le susurró, por respeto al lugar en donde se encontraban.

Estaba aturdido. No podía pensar, solo veía aquella cara huesuda, aquel rostro desconocido que le perseguía incluso aunque cerrara los ojos.

Se sentó en el primer banco que había en el lado opuesto, él solo, y volvió a pasarse las manos por el pelo para después taparse la cara con ellas. ¿Para qué había venido? ¿Por qué no se quedó en casa tranquilo, con Lillie?

Ahora mismo le hubiera gustado estar acompañado. Ahora mismo sí necesitaba la compañía. Nunca antes se había sentido tan solo, tan abandonado como en ese momento.

La posibilidad de arreglar las cosas, de volver a discutir con quien una vez fuera el eje de su vida, se había esfumado. Ya no había vuelta atrás. Todo lo dicho se quedó allí, en el aire. Palabras hirientes, palabras de despecho, incluso de odio.

Los ojos se le empañaron, pero la voz de su hermana volvió a interrumpirle cuando se sentó junto a él.

—Eh, macarra. —Le acarició el hombro y se lo apretó con suavidad—. Sí

preguntó por ti. Al final.

La escuchó sorberse la nariz y supo que estaba llorando.

Había preguntado por él.

Al final.

Y entonces, al fin, lloró.

Lloró como un niño, como aquél niño pequeño que corría indefenso hacia los brazos de su padre cada vez que se caía y se hacía un rasguño. Recordó todos aquellos momentos en que él le levantaba en el aire y se lo subía a hombros para corretear por todo el patio hasta que él paraba de llorar y comenzaba a reír de nuevo. Recordó cuando se peleaba con su hermana y era él quien intervenía para que hicieran las paces, cuando él le llevó a cantar por las calles de York, cuando le habló sobre los peligros de mantener relaciones sin protección, cuando le dio los pocos ahorros que tenía a escondidas de su madre para que pudiera irse a Londres a buscarse la vida.

Recordó cuando se peleó con productores, ayudantes, managers y agentes por él, cuando gritaba a los cuatro vientos que su hijo valía la pena, y que todos ellos se morirían de envidia cuando le vieran alcanzar la cima. A decir verdad, la expresión que usó no fue exactamente «morirse de envidia», fue otra ristra de improperios bastante más grosera, pero así era él. En todo lo que hacía.

Incluso para pelearse.

Sintió los brazos de Lucy rodearle, y juntos lloraron en silencio.

—Debería haberme dado la oportunidad de solucionar las cosas —dijo al fin, cuando logró calmarse.

—Se sentía culpable, Tanner. Nunca hablaba de ti, pero yo sabía que él pensaba que te iba mucho mejor sin él, que tú tenías razón.

—Era un cabezota de mierda.

Ella rió.

—Sí, eso también. No quería que perdieras tu valioso tiempo, hermanito. Te veía a escondidas, siempre que ponían un concierto tuyo por la tele. Un día le dijo a mamá que lo mejor que podías haber hecho era pelearte con él.

Él asintió y la miró. Lucy estaba mayor, más madura. Ya no tenía esa cara de niña de la última vez que la vio, ahora era una mujer guapa, con el cabello largo y oscuro y también algo rizado, como él. Un pequeño calco de su cara pero en chica. La había echado de menos. ¿Por qué no había ido a visitarla, al menos a ella?

—Gracias de nuevo, pequeñaja —le dijo mientras le daba un apretón a la mano.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya sé que estás muy ocupado, que tu vida es un caos y... —se encogió de hombros—, no sé, nosotros no somos la familia perfecta, pero te hemos necesitado.

—Yo no...

—Sí, ya sé que no lo sabías —le espetó con sequedad—, pero de todas formas quería decírtelo. Eres mi hermano. Te hemos necesitado.

Él le apretó todavía más la mano y estuvo a punto de decir que nunca más les fallaría, pero sabía que no podía hacer una promesa así. Su vida era una locura. ¿Y si no podía cumplir esa promesa?

En ese momento, sentado en aquel duro banco de la capilla y con su padre todavía de cuerpo presente, supo lo que tenía que hacer: se quedaría allí un tiempo, en Scarborough. Cuidaría de ellas. Cuidaría de su madre hasta estar seguro de que podría apañárselas sola, y ayudaría a su hermana en lo que hiciera falta.

Había llegado el momento de enmendar todas sus equivocaciones. Lo haría por Perry. Sentía que, de alguna forma, ahora se lo debía. Al fin y al cabo, él tampoco había dado su brazo a torcer después de tantos años, y allí estaban ahora. Tenía que solucionarlo, al menos.

Alguien carraspeó a su lado, y Tanner se quedó mirando unos botines negros con tachuelas y unas medias del mismo color. Levantó la cabeza para ver a una chica joven vestida toda de negro, con el cabello claro con mechones teñidos de oscuro y unos ojos verdes rodeados de un maquillaje negro que le dieron escalofríos.

—Sé que no es el momento, lo siento Lucy, pero me marcho ya —tendió su mano hacia Tanner, y él se la quedó mirando como si fuera un bicho raro.

Iba más abrigada de lo normal, y aquellas uñas pintadas de negro se le hicieron familiares. La chica agitó la mano delante de él y se decidió a mirarle—. Lo siento, Tanner, te doy eh... mi pésame.

Entonces él se la estrechó y asintió con la cabeza. Había algo familiar en ella, pero no supo ubicarla.

—Espera, yo también me marchó contigo —le dijo Lucy.

A Tanner no le dio tiempo a preguntar quién era, pero no le dio importancia. Ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Como su madre, que se había levantado del banco y ahora acariciaba la cabeza de su padre, hablándole entre susurros.

Definitivamente, iba a tener que dejar su vida aparcada durante un buen tiempo.

CAPÍTULO 7:

TE VOY A QUERER TODA LA VIDA

Scarborough

Diciembre de 1997

—Tienes que hacerlo tú solo.

Tanner le miró enfurruñado.

—¿Pero por qué? No lo entiendo. ¿Qué más da? Tú tienes más experiencia que yo, seguro que suena mejor si...

—Ni hablar. Yo también lo hice solo, a mí no me acompañó mi padre en ningún momento. Es más, mi padre me lo prohibió, que lo sepas, y aun así me fui yo solito a cantar con mi guitarra.

—Sí, pero yo no soy tú, papá.

Tanner quiso seguir y decir que él era un cobarde, que no era tan valiente como él, pero le dio vergüenza confesar algo así.

—Sí, ya sé que tú no eres yo. Si fuésemos iguales no nos soportaríamos. Puede que seas más tímido, pero tienes mucho talento, más que yo. Lo que pasa es que te cuesta demostrarlo, pero tienes que hacerlo, ¿me oyes? No puedes desperdiciar tu vida como lo hice yo. Debes lanzarte y dominar tus miedos de una vez.

Tanner frunció el ceño: ¿acaso su padre pensaba que haberles tenido a él y a Lucy era un fracaso?

—Eh, tú ya me entiendes, hijo —intentó resarcirse—. Yo no luché por mi sueño, pero tú sí puedes, y voy a darte la oportunidad de que lo hagas, ¿vale? Pero tienes que demostrarme que quieres hacerlo, que lo desees con todas tus ganas. Y si es así, iremos a por todas.

Tanner acarició su guitarra y pensó en ello. ¿Lo quería de verdad? ¿Lo

deseaba con todas sus ganas? Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer? Su vida estaba dedicada a la música, no sabría vivir sin ella. No sabría a qué dedicarse si no era a la música. El instituto no le iba demasiado bien, le costaba concentrarse para estudiar y nada le entusiasmaba... El único momento en el que se sentía tranquilo y feliz era cuando cantaba.

Bueno, también se sentía feliz con Yellow, pero con ella nunca estaba tranquilo, eso era otra cosa. Estaba totalmente colado por ella, y eso le hacía sufrir, de alguna manera. Pero ella le animaba con su música también, ¿no? Le había contado que su padre quería que fueran a tocar por las calles del centro histórico de York, para probar, le había dicho, y se entusiasmó con la idea. Ella había saltado y dado palmas de alegría, incluso a sabiendas de que era muy posible que se bloqueara antes de hacer nada...

Pero sí, sería un cobarde si no lo intentaba.

—Vale, vamos a hacer una cosa —comenzó—. No tocarás conmigo, pero me acompañaréis.

—¿Te acompañaremos? —inquirió su padre levantando las cejas.

Él se puso rojo como un tomate.

—Ah, ya... tu amiga y yo. Bien. Claro, eso sí puede ser... Te gusta mucho esa chica, ¿no?

Tanner volvió a ponerse más rojo todavía.

Y entonces su padre le soltó la charla sobre la protección sexual, los condones, el sexo seguro, etc. etc... Habló y habló, y el chico no hacía más que asentir con la cabeza y murmurar, pero estaba deseando que aquella conversación diera a su fin cuanto antes. No había nada peor que tu padre te contara que la marcha atrás no era sexo seguro y enumerara los riesgos que esta podía acarrear.

—Vale, ya lo he pillado, no hace falta que sigas —le ordenó al fin levantando la mano en un gesto de fastidio.

—Ya, conociéndote seguro que me haces abuelo antes de Pascua, o qué te crees, ¿que soy tonto? Por mí podéis hacer lo que queráis aquí en tu habitación, qué mejor sitio, pero hacedlo bien, ¿ok, colega?

Colega... Aquella conversación le fastidió muchísimo. Le fastidió más

que ninguna otra porque ahora, cada vez que viera a su chica, se la imaginaría... justo como lo había contado su padre, y entonces seguro que no podría controlarse y lo echaría todo a perder, como un puñetero idiota.

Pero la verdad era que no quería hacerlo en casa, y no porque no fuera el lugar adecuado, sino porque siempre estaban sus padres. Estaba bien enrollarse un poco y tal, pero meterse mano y besarse no era lo mismo que hacerlo. No sería capaz, ni quería que Yellow pasara por eso tampoco.

Después de aquella vergonzosa conversación, acordó con su padre que irían a York antes de Navidad. Aquellas fechas eran especiales, la gente salía más a la calle para hacer compras y, aunque hacía bastante frío, el ambiente era propicio. Además, Perry quería escuchar todas esas canciones que le cantaba a su novia, y todo artista que se preciara debía cantar alguna vez una canción propia en la calle.

A Yellow le encantó la idea, aunque se sentía como una intrusa viajando con padre e hijo hasta la ciudad para presenciar algo que les había unido durante años.

Con todo, viajar hasta allí la semana antes de Navidad fue para ella un sueño, como también lo fue ver a Tanner tocar en las calles. Se había puesto un gorro de lana oscuro que dejaba escapar algunos rizos castaños y que resaltaba el color azul de sus ojos. Mientras colocaba la funda de la guitarra en el suelo y afinaba las cuerdas, ella y Perry se hicieron pasar por turistas, observando desde lejos y mandándole ánimos en silencio.

Tanner pareció dudar una eternidad antes de cantar. Tenía el rostro sonrojado, y Yellow sabía que era tanto por el frío como por la vergüenza de cantar delante de desconocidos por primera vez. Rezó por él, aunque no fuera dada a hacerlo. Le vio suspirar, calentarse los dedos con su aliento y levantar la mirada hacia los viandantes, y supo que, si lograba superar aquello, todo le sería más fácil.

Pero no parecía hacerlo.

—Vamos, Tanner... —escuchó susurrar a Perry.

Y entonces, como si el chico le hubiera escuchado, comenzó a aporrear las cuerdas y tararear.

Yellow sonrió.

Había comenzado a cantar una de sus canciones favoritas: *Always*, de Bon Jovi, una en la que ambos coincidían porque, según Tanner, era uno de los pocos rockeros que sabían cantar baladas decentes.

Cuando llegó el estribillo y le escuchó levantar la voz proclamando a los cuatro vientos que estaría allí cuando las estrellas dejaran de brillar, cuando los cielos estallaran y las palabras dejaran de rimar, y que cuando muriera, ella sería la última persona en la que pensaría y que la querría por siempre, Yellow supo que lo que decía era verdad.

Y le amó más que a nada en el mundo. Le quiso con ese amor juvenil, apasionado y confiado, con ese amor incondicional de quien se enamora por primera vez sabiendo que es correspondido: un amor feliz, entregado, inocente y, sobre todo, ciego.

Se prometió a sí misma que le querría siempre, que le apoyaría en todo momento, que haría por él todo lo que necesitara, que no dejaría que nada les separase.

No apartó la mirada de él en las cinco canciones que continuó tocando. No fue una actuación maravillosa ni destacable: la gente pasaba delante de él, alguna se paraba, movía la cabeza en reconocimiento de su talento, e incluso le tiraba alguna que otra moneda. Pero él no miró a nadie, pues de haberlo hecho quizá se habría acabado antes su gran puesta en escena.

Aun así, los tres viajeros volvieron a casa exultantes. Lo había conseguido. Había actuado, y hasta había cantado una canción inédita. Perry no podía dejar de hablar mientras conducía. Tenía todo tipo de planes. Sus canciones eran buenísimas, tenía una voz maravillosa, rasgada, con carácter, con un color especial, y, qué demonios, ¡era un chico guapo! No perdería el pelo, como él.

Tanner y Yellow se miraron y sonrieron desde el asiento de atrás, donde se habían acurrucado. Se apretaban las manos y se miraban en silencio. Eran felices.

—Has estado genial, me ha encantado, Tanner. Has hecho que me emocionara —le susurró ella con los ojos llorosos.

Él sonrió. Su padre no les escuchaba, estaba demasiado ocupado hablando con él mismo a viva voz. Volvió a apretar la mano de su chica y se la llevó a los labios. Ella le había dado fuerzas, lo sabía: consiguió superar el

temor a hacer el ridículo pensando en que estaba en su habitación, solo con ella, cantándole su canción preferida, y por un momento hasta la visualizó cerrando los ojos y meciéndose con la melodía, como solía hacerlo. En cuanto empezó, le hubiera gustado no parar.

Se sentía fuerte, orgulloso, y notaba la adrenalina recorrerle todo el cuerpo. Quería más. Tenía miedo, sí, pero ahora que lo había probado no podía dejarlo. Quería cantar. Quería salir a la calle y hacerlo delante de todo el mundo, no importaba si le escuchaban o no.

Y, en gran parte, se lo debía a ella.

Aquellas Navidades, quizá de manera calculada o quizá casual, todo se confabuló para que Tanner y Yellow pudieran pasar una tarde juntos. Solos.

Yellow cumplía años y habían hablado, no sin cierto nerviosismo y bastante timidez, sobre la posibilidad de hacerlo en ese día tan señalado. El día en que ella cumpliría los diecisiete.

—Tu chica y tú necesitáis intimidad, que ya vas teniendo una edad y, sinceramente, prefiero no escuchar yo mismo los golpes de la cama contra la pared.

—¡Papá! Yo no doy golpes contra la pared...

—Ah, pues espera, que pronto los vas a dar. Y tu madre no tiene por qué aguantar que su niño pequeño lo haga, aunque a tu edad ella y yo ya habíamos...

—Oh, por favor, ¡cállate! —Tanner se tapó los oídos y tarareó en voz alta para no tener que escuchar lo que sus padres habían hecho o dejado de hacer cuando eran unos críos como ellos.

De todas formas, a él le venía bien.

Le venía de maravilla.

Aunque también le daba mucho miedo.

Por muy guay que fuera Perry dejándoles la casa para ellos solos y llevándose a Lucy a pasar la tarde al cine, incluso dejando unos cuantos condones en la mesita de noche de Tanner, él sabía que era un chico torpe. Y virgen. Y Yellow... Yellow era preciosa, y podía tener a quien quisiera si se lo proponía. Él adoraba sus rarezas, y daba gracias por que al resto de los

mortales no le volvieran tan loco como a él, porque entonces quizá no hubiera tenido la oportunidad de enamorarse de ella. Sabía que era egoísta, pero enfrentarse a su primera vez le hacía sentirse como un niño torpe al lado de su chica.

Ella llegó a las cuatro, cuando hacía solo una media hora que se habían marchado todos, y le sonrió nerviosa. Se quedaron plantados en la puerta, mirándose sin saber qué hacer. Aunque no habían hablado abiertamente sobre el tema, sabían que esa tarde era la gran oportunidad, y que puede que no tuvieran muchas como esa.

—Perdona, pasa —se apartó Tanner cuando se dio cuenta de que no se había movido. Tras dejar su chaqueta colgada en el perchero, la observó caminar hacia las escaleras, en dirección a su habitación como había hecho siempre, y sonrió al ver que, aparte de sus botas de siempre, llevaba un vestido en tonos tostados y unas medias amarillas.

Mientras subía las escaleras detrás de ella, observó cómo sus cabellos dorados flotaban y rebotaban contra su espalda, y cómo sus caderas se contoneaban bajo aquel vestido vaporoso que debía de haber rescatado de alguna tienda de caridad. Dios, era preciosa. Y única. Y era su chica.

Cuando llegaron a la habitación, cerró la puerta tras de sí y se apoyó sobre ella, mirándola. Yellow se dio la vuelta y le miró sin decir nada.

—No tenemos por qué hacerlo —le dijo él.

—Lo sé —contestó ella.

Pero entonces se agachó, cogió el borde del vestido y tiró de él por encima de su cabeza hasta sacárselo y dejarlo tirado sobre el suelo.

Tanner la miró con la boca abierta. Yellow continuó con las botas, que también dejó tiradas a su lado. Después, en vez de quitarse la camiseta continuó con aquellas medias amarillas, que hizo resbalar por sus caderas con lentitud.

A Tanner se le secó la boca. Aquello era real. Se iba a acostar con ella, iba a verla desnuda. De hecho, nunca la había visto ni siquiera en bragas y sujetador.

Llevaba unas braguitas de algodón con un dibujo de flores algo infantil, pero a él le pareció lo más sexy que había visto nunca, considerando que

nunca antes había visto a una chica en bragas. Sin vacilar, Yellow se sacó la camiseta y se quedó delante de él en sujetador y bragas: ropa interior anodina, sin pretensiones, no conjuntada, pero eso era algo que él, en ese momento, ni supo apreciar, pues lo único que podía hacer era observar su cuerpo maravillado y con la boca abierta por la impresión.

—Yellow... Eres preciosa —le dijo antes de abalanzarse sobre ella para abrazarla y besarla como si no hubiera un mañana.

Tras la valentía de ella, todas las dudas se habían esfumado; solo quedaba el deseo por ella, un deseo que le cegaba y le impedía pensar en otra cosa más que en estar pegado a Yellow, piel con piel.

Mientras sus bocas seguían unidas, Tanner logró quitarse la camisa y los pantalones. Después, se separó de ella solo unos segundos para sacarse la camiseta y volvió a besarla, esta vez apretándola contra él, sintiendo su suave pecho rozarle la piel. Le apretó la cintura mientras ella le acariciaba los hombros y bajaba por los brazos, tocando aquella suave piel de chico casi exenta de vello.

Él la levantó de la cintura y la apretó contra sí, mientras observaba su cara embelesado y la llevaba hasta la cama. Después, la dejó sobre la colcha y se colocó sobre ella, apoyándose sobre los codos para observarla mejor.

—Eres hermosa, Yellow.

Ella sonrió y le acarició uno de sus rizos rebeldes.

—Y tú eres mi príncipe azul.

Ahora le tocó a él sonreír.

—Sí, lo soy —y volvió a besarla—. Espera —se interrumpió—, voy a poner música.

Se levantó de la cama para ir hasta donde tenía el equipo. Yellow le observó caminar. Tenía el cuerpo delgado y la piel pálida, como era típico en los chicos desgarbados de su edad, pero ya se empezaba a notar algo de tonificación en los músculos, y llevaba un bóxer a cuadros que a ella le encantó y que no escondía la excitación de Tanner. Sintió un poco de miedo. Había sido muy valiente al llegar, pero ahora, al ver con claridad lo que estaba a punto de hacer, no pudo evitar sentir esa punzada de temor al dolor, que intentó olvidar cuando escuchó que él ponía en voz muy baja las baladas

que a ella tanto le encantaban.

Estaba con Tanner. No podía estar más segura. No podía sentirse más querida, ni más hermosa, ni más mujer.

Todo estaba bien.

Tanner volvió a su lado justo cuando en el equipo comenzó a sonar *You look so fine*, de Garbage, y ella se dejó llevar por la melodía que les envolvía. Él se colocó encima y la besó con toda la tranquilidad del mundo. Recorrió su cuerpo con adoración, tocándola, recorriéndola con su inexperta lengua, susurrándole palabras bonitas sobre la piel, que se erizaba cada vez que sentía su aliento sobre ella.

Se desnudaron por completo y volvieron a besarse. No había prisa, y ambos temblaban tanto por la excitación como por la anticipación, la conciencia de lo que estaban a punto de hacer.

Tanner se puso uno de los preservativos que su padre le había dejado en la mesita, se colocó sobre Yellow, y frotó su cuerpo sobre el de ella. No sabía si estaba haciendo las cosas bien, no sabía si la había besado lo suficiente, si la había excitado lo suficiente, si se había quedado corto en las caricias, así que levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Yellow... —susurró, acariciándole el cabello y dándole besitos sobre la nariz, sobre las mejillas—, te voy a querer toda la vida, te lo juro.

—Yo sí te voy a querer toda la vida, Tanner —y levantó las caderas hacia él, instándole a adentrarse en ella.

Él empujó, la acarició y se colocó de nuevo sobre ella en mejor posición, y empujó algo más fuerte hasta que por fin notó que entraba. Ella cerró los ojos con todas sus fuerzas y apretó los labios. Tanner paró. Había una barrera, algo le impedía avanzar. Las piernas de Yellow temblaron más fuerte, y él la besó en los labios.

—Te quiero, te quiero, te quiero, Yellow... —y apretó más fuerte.

Ella gritó. Fue un grito ahogado, que acalló mordiendo el hombro de Tanner. Él se estremeció, pero aquel mordisco no le dolió. Estaba más preocupado por ella, incluso aunque lo que estuviera sintiendo le pidiera a

gritos que no se parara.

—¿Estás bien, Yel? Cariño, ¿estás bien?

Se intentó separar al ver que ella no decía nada, y cuando ella giró la cara, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Joder, ¿te he hecho daño? Joder, joder... Vamos a dejarlo...

Ella negó con la cabeza, le agarró la cara y le besó. Continuó besándole mientras apretaba las piernas contra él, manteniéndole quieto hasta que ambos notaron que se estaba empezando a relajar, que su cuerpo ya no estaba tenso.

Fue entonces cuando movió las caderas ligeramente, instando a Tanner a mover las suyas, y entonces él gimió de placer. Al principio, para Yellow fue bastante incómodo y doloroso, pero poco a poco su cuerpo se fue aclimatando y también sintió ese placer extraño, desconocido, que le recorría la espina dorsal cada vez que él la penetraba.

Terminaron de hacer el amor entre susurros, entre palabras de amor, entre suspiros.

Para Tanner, aquello superó cualquier expectativa que pudiera haberse creado, era mejor que cantar, que tocar la guitarra, que la música. Era un placer inmenso, infinito, que le hizo perder la cabeza y olvidarse de todo a excepción de Yellow.

Para Yellow, hacer el amor con Tanner sería lo más bonito que había llegado a sentir en toda su vida.

CAPÍTULO 8:

EL REENCUENTRO

Julio de 2010

Poco después de la charla con su hermana, Tanner y su madre se marcharon a casa, se prepararon y acudieron al funeral con sus mejores galas: ella con un sencillo vestido negro y Tanner con un traje de su padre que le quedaba demasiado grande.

Perry le había dicho a su mujer que su muerte no era un suceso triste, que debía ser una fiesta puesto que iba al fin a conocer a sus grandes ídolos, Los Beatles, y que seguramente cantaría una canción junto a John Lennon.

Y eso es lo que fue el funeral. Música de los Beattles, ropa de colores, ambiente festivo.

Aunque Trish no pudiera parar de llorar, Lucy se pasara todo el rato sonándose la nariz de manera disimulada y Tanner se sintiera como un extraño en su propio hogar.

El funeral había sido breve, pero intenso. Su padre no tenía muchos familiares, pero sí demasiados amigos. O más bien conocidos. Había pasado tanto tiempo que Tanner casi no recordaba a ninguno de ellos. Él y Lucy habían agarrado de la mano a su madre y le habían servido de apoyo mientras el pastor decía unas palabras y también cuando le incineraron, pero solo Lucy dio el discurso de despedida que muchos habían esperado de él.

Habló de su entusiasmo, de su lucha por la vida, de su gran personalidad y del apoyo que había sido para muchos. Perry podía considerarse, en efecto, una persona especial que dejaba huella en quienes le hubieran conocido, y de eso no cabía duda alguna. Hasta algunos de sus alumnos habían acudido al sepelio, movidos por el cariño que le habían tomado durante las breves clases que les impartió.

Tanner escuchó y agachó la cabeza, asumiendo la lección que le estaba

dando la vida.

Cuando su cuerpo ardió entre las llamas, Trish se desmayó y tuvieron que llevarla a la calle, donde la sentaron y abanicaron hasta que volvió en sí. Después, volvieron a entrar y esperaron hasta que el proceso hubo terminado, tras el cual les entregaron el pequeño recipiente con lo que quedaba de Perry Adams: sus cenizas.

Llegaron a casa aturcidos, pero no tuvieron tiempo de pensar en nada. Enseguida comenzaron a llamar a la puerta y traer bandejas con diversas viandas. Alguien puso música, y fue Lucy quien se encargó de organizar las bandejas en la pequeña cocina y sacar platos y cubiertos para que la gente pudiera ir sirviéndose. Perry quería una fiesta, y desde luego que la tuvo.

Sus antiguos compañeros de instituto y universidad llegaron vestidos con sus viejos atuendos, sacaron los instrumentos e improvisaron en el salón, tirados en el sofá y en el suelo. Tanner se sentó a su lado y le pareció estar escuchando a su padre cuando era pequeño.

—*Hey Jude, don't be afraid... Take a sad song, and make it better...*

Él permanecía callado, sentado en el suelo junto al que tocaba la guitarra y la miró con anhelo. De repente escuchó cómo su madre, que había estado callada y llorando en todo momento, se unía al estribillo de *Hey, Jude*, y gritaba a pleno pulmón junto con los demás. Por detrás de ella vio pasar de nuevo a la chica oscura que había visto esa mañana en la capilla, y algo se removió en su interior.

Estaba más cerca de adivinar quién era, lo sentía, pero todavía no era capaz de hacerlo.

Entonces, como si el universo le hubiera leído el pensamiento, se giró y observó a la chica que se había detenido en el umbral de la puerta del salón y miraba en silencio a Lucy, que hablaba con la chica oscura, mientras se cruzaba de brazos y se encogía, como si tuviera frío.

Tanner se levantó como pudo. Se sintió torpe, cansado, imbécil, y el mundo parecía haber dado un vuelco para volver a otra época, trece años atrás, cuando era tan solo un muchacho que perdía toda su valentía y personalidad al menor contratiempo.

Por nada del mundo hubiera querido verla en aquellas circunstancias:

estaba derrotado. Era un imbécil derrotado, cansado y emocionalmente hundido, todo lo que no debería ser porque una vez, hacía mucho tiempo, se había jurado que la próxima vez que le viera él sería un hombre feliz y de éxito.

Ahora, nada de eso pareció importar. Sí, puede que fuera un hombre de éxito, pero desde luego no era feliz, y poco a poco el éxito parecía estar más cerca a escapársele entre las manos. No se sintió en absoluto feliz al verla, aunque tampoco podía definir cuál era la causa de que su corazón latiera a mil y casi no pudiera respirar: después de diez años allí estaba de nuevo ella, Yellow, aunque se preguntó si ahora sería adecuado llamarla así. Ahora era toda una mujer. Su cabello dorado ondeaba largo, como siempre, pero más sobrio y sin ningún adorno, al igual que su atuendo. Vestía de oscuro y no había en ella ni una pizca de alegría: su rostro era hermoso, más femenino, con pómulos más marcados y los labios más sonrosados. Sintió como si una flecha le hubiera atravesado el corazón en ese mismo momento, como si, en realidad, ese día hubiera sufrido una pérdida doble... Porque Yellow ya no era su chica alegre: había perdido aquella sonrisa, aquella mirada alegre, aquél aura de alegría que siempre la había rodeado.

Unos simples pantalones y camisa oscuros habían sustituido sus otrora originales prendas, y en los pies no llevaba más que unos zapatos planos y negros. No supo durante cuánto tiempo estuvo observándola allí, tirado entre aquellos hippies desfasados, hasta que ella se giró y sus miradas se cruzaron. Yellow no sonrió ni exteriorizó sentimiento alguno. Apartó la vista para mirar a la gente que le rodeaba, como sopesando si acercarse o no, y Tanner decidió ahorrarse el tormento.

Después de todo, ella tampoco parecía demasiado feliz. Quizá la vida, al final, no la había terminado tratando bien, como una vez le deseara casi con odio enfermizo.

Quizá ahora los dos fueran igual de desdichados.

De todas formas, fue incapaz de sentirse feliz al pensar en ello. Era muy posible que no pudiera sentirse feliz por nada, dadas las circunstancias, pero en ese preciso momento no le deseó a Yellow ningún mal.

Se acercó a ella y metió las manos en los bolsillos.

—Hola, Linda.

No se atrevió a llamarla por su antiguo mote. Aquél había sido un apelativo cariñoso, y no estaba seguro de que ella lo recibiera bien después de acabar como lo hicieron.

—Hola, Tanner... Siento mucho lo de tu padre. Era un gran tipo.

Se le quedó mirando unos instantes, como con temor a decir algo más, y entonces le abrazó.

No fue un abrazo fuerte, sino más bien una caricia suave. Ella apoyó su cabeza sobre el hombro de él, que la notó más pequeña, más delgada, y por un instante se quedó congelado, sin saber qué hacer. Sin embargo, superado esos primeros segundos de estupefacción, sintió como si el tiempo no hubiera pasado, como si volvieran a ser solo ellos, Tanner y Yellow, juntos contra todo. Los dos chicos enamorados, capaces de darse cualquier cosa que necesitaran.

La apretó fuerte contra sí y aguantó con todas sus fuerzas las lágrimas que amenazaron con derramarse. Los tíos no lloran, los tíos no lloran... Se repetía.

Acarició el pelo de Yellow e inspiró su olor: ese olor tan conocido, ese olor que le devolvió a su adolescencia, a amor recién descubierto.

Entonces, ella se separó de él.

—Yo... Supongo que te sorprenderá verme aquí, pero es que... Lucy y mi hermana Nicky son muy amigas, y venía a dar mis condolencias a la familia.

Él frunció el ceño y miró hacia donde ella había señalado con la cabeza. La chica oscura. Ahora la recordaba: era la niña rara que le observaba siempre a escondidas, la pequeña bruja que podía ponerte a arder en una pira con solo una mirada.

—¿Son amigas? ¿No es mi hermana algo mayor...?

—Ajá —contestó Yellow dando un paso hacia atrás para separarse de él —, pero es que... han estudiado juntas. Mi hermana avanzó varios cursos, tiene una inteligencia muy superior a la media.

Tanner la miró de nuevo y asintió. Yellow había tomado distancia, y aquel sentimiento que al principio pareció unirles se estaba evaporando poco

a poco. Él no quería que se evaporara. No quería perderlo. En ese preciso momento deseó volver atrás: deseó cambiar muchas cosas, deseó volver a subir a su habitación, cantarle canciones de amor y tenerla entre sus brazos, sonriendo.

Sus ojos ya no eran risueños, pero eran los ojos tristes más bonitos que Tanner pudiera recordar. Todavía lo seguían siendo, incluso sin aquella chispa que él recordaba.

Sintió un dolor en el pecho. No estaba preparado para su rechazo. No estaba preparado para tragar con más angustia de la que ya sentía.

—Gracias por venir, entonces —y se giró para apartarla de su vista.

Sin embargo, aunque él ya se había girado, la voz de ella le hizo detenerse:

—Me alegro de que todo te haya ido tan bien al final, Tanner.

No, no estaba preparado para más dolor. No podía enfrentarse a aquello, salvo que... Salvo que quizá ella quisiera disculparse. Salvo que quizá ella quisiera...

Se dio la vuelta y asintió con la cabeza.

—Gracias —fue lo único que contestó.

Y continuó observándola, esperando a que ella añadiera algo más. Pero agachó la cabeza.

—Tu padre estaba muy orgulloso de ti.

Encima eso. No, no estaba preparado y no tenía por qué aguantarlo ahora. Suspiró y siguió sin mover los pies.

—Es difícil de saber.

—No lo es, siempre alardeaba por todo el pueblo diciendo que habías sacado sus genes, pero mejorados.

Tanner miró por la ventana. La calle estaba desierta y, aunque no lo estuviera, Scarborough no era un nido de fans psicópatas, era su hogar. Podía hacer lo que quisiera. Como mucho, le mirarían raro o pensarían que se creía superior y no se acercarían a hablarle ni por asomo. Así era la gente de por allí, algo reservada y bastante campechana.

Y además, puede que tuvieran razón en todo lo que opinasen, y a él le daba igual.

No pudo resistir más la sensación de agobio.

—Necesito aire —le dijo, y salió a la calle sin más, sin esperar que ella le siguiera. O quizá sí lo esperaba, muy en el fondo.

Y era cierto, la verdad era que necesitaba hablar con ella. En la calle o en cualquier otra parte. Alejarse de aquella casa que apestaba a desgracia, a rencor y a peleas.

Una vez fuera, respirar al aire fresco de aquél día nublado le reconfortó. Se quedó de pie, en la orilla de la acera, mirando sin ver la hilera de casas de enfrente. Yellow se le acercó y se detuvo a su lado.

—Escucha, yo en realidad debería...

—Siento las cosas que te dije hace años.

Ella se calló de repente. Vaya, aquello... Seguro que aquello no lo esperaba, porque por el rabillo del ojo podía ver cómo ella le observaba fijamente, sin decir nada. Después también giró la cara. Él se sentó en el suelo. Ella se quedó de pie.

—Dije cosas... que no pensaba, cosas estúpidas.

Al fin, ella se sentó junto a él.

—No importa, hace mucho tiempo de eso. Todos hemos cambiado mucho. Hemos madurado.

Él asintió. Desde luego que sí, habían cambiado... Lo cierto es que él no creía que hubiera cambiado tanto, pero podía notar que ella no era, ni de lejos, la misma persona. Y sintió una tristeza todavía mayor. No había llegado a tiempo para hacer las paces con Perry. Pero quería... necesitaba hacerlas con ella. ¿Por qué no? Si algo había aprendido de todo aquello, era que no había que dejar escapar las oportunidades que te daba la vida.

—Supongo que, aunque no nos lo parezca, todos debemos haber cambiado algo. Es inevitable —reconoció, al fin.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Pero eres feliz?

Esa pregunta le dejó descolocado. ¿Que si era feliz? ¿Qué clase de pregunta era aquella? No se sentía el hombre más feliz del mundo, la verdad, pero en general... No podía pedirle más a la vida, porque hasta ahora las cosas le iban muy bien. Estaba triste, estaba empezando a hundirse, sí, pero eso no era de su incumbencia. ¿O es que ella quería regodearse en sus miserias? La miró con el ceño algo fruncido, intentando deducir por su expresión cuál era la verdadera intención de Yellow.

—Perdóname, sé que no debería haberte preguntado esto hoy, es solo que... —ella parecía haberle leído la mente—, ya sabes, has estado tanto tiempo sin aparecer por aquí que todos nos hemos preocupado un poco por ti. Esperamos que estés bien y todas esas cosas, aunque ya sabemos que eres archifamoso y tienes todo lo que habías deseado.

Menuda conversación. Su padre estaba en un recipiente de mierda, reducido a unas cenizas de mierda, que alguien había colocado encima de la puñetera chimenea de mierda. ¿Había sido él? Puede. Pero allí estaba lo que quedaba de Perry. La vida no pintaba muy alegre en esos momentos, más bien muy, pero que muy negra. Como las ropas que llevaba ella ahora.

Estaba cansado. Le faltaba sueño, le faltaba un hombro sobre el que apoyarse. Necesitaba cariño, apoyo... ¿Por qué coño no le había pedido a Lillie que fuera con él?

Ah, sí. Porque Lillie le habría avasallado todavía más.

—Estoy bien. Estoy bien —repitió, más para sí mismo que para su amiga.

Sintió cómo ella le acariciaba la espalda y después retiraba la mano de nuevo.

—Yo... no me hablaba con mi padre —confesó él al fin.

—Lo sé. Es una mierda. Lo siento.

Sintió deseos de abrazarla y llorar sobre su hombro. Ya lo había hecho antes. Se había abrazado y había llorado sobre ella, de alegría y también de pena, cuando le dejó. Y se había humillado. Ya no era ese chico. Sí, lo cierto era que sí había cambiado. Volver a verse reducido a un amasijo de lágrimas, a un crío débil y caprichoso, no era lo que más deseaba en esos momentos pero las palabras de ella, esas únicas palabras, le sonaron sinceras. No necesitaba más.

—¿Cómo está... tu familia?

Ella no habló de inmediato. Supuso que estaría pensando a quién se refería en realidad: si a su marido y ex-amigo de Tanner, o a su hijo, o a sus padres y hermanas...

—Todos están bien. Bueno, como siempre. En fin... mi padre también murió hace años, no sé si lo sabrás. Qué tontería —se interrumpió con una risa nerviosa—, cómo vas a saberlo. Claro que no. Esto... —se levantó de la acera y Tanner alzó la mirada— voy adentro a darle el pésame a tu madre, ¿vale? Tengo que marcharme. Me... me alegro de verte, lo siento, es decir, oh... Perdón, soy muy torpe con estas cosas. Tengo que irme. Adiós, Tanner.

Él asintió y se quedó solo, allí sentado, durante un rato más. Después, se levantó y comenzó a caminar. No quería volver a casa mientras toda esa gente siguiera allí. Quería estar solo un rato más.

El día no era demasiado apacible, a pesar de ser verano. Hacía viento y allí, el viento a veces era peor que el frío. No obstante, sus pies le llevaron a la playa, aquella playa casi desierta en la que solía quedar su antiguo grupo cuando eran unos críos. Caminó con la chaqueta al hombro por la acera hasta el final de la misma, y luego volvió sobre sus pasos.

Cuando se oscureció, el estómago le rugió y no tuvo más remedio que volver. Llegó extenuado, por el sueño y por el hambre, y afortunadamente la casa estaba ya vacía, o eso parecía. Se tomó un trozo de lasaña que había en el frigorífico y subió a su antigua habitación. Se había cambiado allí antes del funeral, y aunque había apreciado que todo seguía prácticamente igual, ahora se dedicó a observarla con más detenimiento tras tumbarse en la cama.

Sí, nadie había entrado en aquella habitación más que para limpiar el polvo. Todas sus cosas de adolescente y joven y exaltado músico estaban allí.

Cerró los ojos. Quizá el dolor y el cansancio le hicieran sentirse así. Debía ser eso, porque no había vuelto a pensar en Yellow hasta que la había vuelto a ver aquella tarde.

O al menos, había intentado no hacerlo. La había desterrado de sus pensamientos como si en realidad no hubiera existido. Su vida estaba colmada de éxitos. Y de amigos.

Sí, seguro.

Y ahora, justo ahora, resultaba que lo que más necesitaba era a ella. Cómo desearía volver atrás... Volver a esa época en que todo parecía ser perfecto, su padre tiraba de él, le ayudaba, le animaba, le empujaba a hacer las cosas sin necesidad de que él moviera un dedo... Eso fue lo que necesitó en su día. También la necesitó a ella para infundirle ánimos, para darle confianza en sí mismo, para recordarle que era el mejor, que era «maravilloso», como solía repetirle.

Decidió olvidar el momento de la traición y quedarse solo con esos tantos otros instantes que compartió con ella en esa misma habitación.

Con la chica más dulce, más guapa, con más personalidad y más lista que hubiera conocido nunca.

¿Dónde estaba ella ahora? ¿Qué había sido de ella? ¿Dónde se había perdido su Yellow?

CAPÍTULO 9:

ADIÓS, QUERIDOS SUEÑOS

Scarborough

Julio de 2010

Yellow volvió a casa junto a Nicky bastante inquieta aquella tarde.

No esperaba que ver a Tanner después de tanto tiempo fuera a afectarle de aquella manera... Al fin y al cabo, le veía muy a menudo en la televisión, en entrevistas, vídeos y demás apariciones en diversos programas cuando tocaba promocionar algún disco y, por tanto, no es que no supiera cómo estaba y cómo le había afectado el paso de los años.

Pero claro, le habían tratado bien. Cómo no. Era una estrella de rock, no podía permitirse estar feo, gordo, calvo o con barriga. Seguía con su mismo pelo rizado y rebelde, algo más largo, y su cara era ahora de rasgos más duros, en cierta forma más atractivo. Su cuerpo también había sufrido con el tiempo la transformación típica del paso de niño a adulto, y ahora tenía los hombros bastante anchos y formados. Eso, junto con su altura, le daba a Tanner el aspecto de chico malo que a tantas chicas volvía locas.

Además, no había abandonado su estilo de músico inconformista. Siempre lo había sido, aunque le hubiera costado rebelarse tanto tiempo, pero ella sabía que el chico que durante un tiempo apareció en la pantalla pequeña no era el mismo que ella conocía, que no estaba siendo fiel a sí mismo. Él no era ese personaje extrovertido y simpático que fingía ser muchas veces, llevaba dentro un alma solitaria, y se notaba a leguas que lo era. Cualquiera podría verlo, y esa misma tarde le había vuelto a ver sin máscara.

Le dio un poco de pena.

Sí, hasta ella misma se sorprendió de que Tanner Adams le diera pena. ¿Pena, a una chica que había tenido que dejar sus estudios y arrimar el hombro en casa, que se había quedado embarazada y que se había casado con

un fracasado del que había terminado divorciándose tan solo dos años después?

Pues sí, con todo, sintió que aquel chico (o no tan chico, porque a juzgar por su aspecto ya era todo un hombre) que se había sentado solo en el borde de la acera de su casa estaba muy solo. Si no, ¿dónde estaba aquella famosa novia suya? Cómo se llamaba... La cantante esa a quien todos adoraban y que él le había birlado al otro ídolo de jovencitas...

No lo recordaba, pero para el caso daba igual.

Más o menos.

—¡Ya hemos vuelto, mamá! —gritó al llegar, para hacerle saber que sus obligaciones ya estaban cubiertas y que al fin regresaban los refuerzos.

Un niño de ocho años, pelirrojo y larguirucho, apareció chillando como un loco, cargado de pistola de agua en una mano y cuchillo de plástico en la otra.

—¡Abajo, abajo! ¡Esto es la guerra! ¡Rendíos ahora mismo u os acribillaremos, orcos de Sauron!

Las rodeó con el cuchillo al aire y gritando como un poseso, y Yellow se volvió a mirar a su hermana Nicky.

—Te dije que no le contaras nada de El señor de los anillos, Nick. Es muy pequeño todavía, ¿es que no te entra en la cabeza?

—Es pequeño para lo que te conviene —le contestó la otra, y se marchó hacia la cocina tan fresca.

Así no había manera de educar a un hijo. Era imposible, en aquella casa en donde solo había mujeres y todas y cada una de ellas aplicaban su propio método educativo, sin importar quién fuera la madre.

—Leo, deja de gritar de una vez. ¿Has hecho los deberes?

—¡No te entiendo, orco horrendo! ¡Cierra esa monstruosa boca que tienes y vuelve a tu casa, a ese agujero del que has salido!

Bueno, quizá tuviera razón en lo de que parecía un orco... Hacía mucho que ni se miraba al espejo. Frunció el ceño. No se iba a dejar embaucar por ese granuja. Le arrebató de un manotazo el cuchillo y la pistola y le mandó a

su habitación a hacer los deberes.

—Pero mamá, ¡si ya los he hecho!

—¡Pues entonces vete a leer un cuento! ¡Pero de los de verdad, no de mayores, que ahora mismo voy a ir y si te pesco leyendo uno, te enteras!

El niño se fue con los hombros caídos y ella sintió una punzada de remordimiento por tratarle así. Ella no se crió así. Es más, no era así. Siempre había sido una chica alegre y divertida. Pero la maternidad, y otras muchas cosas, habían logrado cambiarla. Ahora era una mujer responsable, una mujer que tenía miedo de criar a un hijo irresponsable e inmaduro y que a veces sentía la carga demasiado pesada.

Se quitó el bolso negro que llevaba colgado y lo tiró al sofá.

—¡Mamá! ¿Has preparado algo de cena o lo hago yo?

Su madre salió de la cocina limpiándose las manos y Yellow se sintió aliviada de no tener que hacerla ella, aunque cuando la probara después a lo mejor se arrepentía. Ahora solo le quedaba bañar a Leo, menos mal. Se sentía agotada.

Ver a su antiguo novio de la adolescencia había despertado viejas emociones. La inocencia. ¡Ay, la inocencia! Aquella sensación tan bonita... Después todo se complicó, y crecieron y todo se vino abajo y se llenó de celos y miedos, al menos por su parte. Y vino lo de su padre, y... adiós, inocencia querida. Adiós, queridos sueños de convertirse en astrónoma y ser una científica de renombre. Ahora trabajaba en el observatorio, su lugar soñado, sí, pero de limpiadora.

Por nada del mundo dejaría que Tanner se enterara que había acabado así. Bueno, en realidad no había forma de esconderlo, porque sus hermanas eran amigas, pero al menos ella no sería quien se lo dijera y tuviera que enfrentarse a la expresión de pena en su cara. Porque trabajaba limpiando, en dos lugares además, pero era un trabajo muy honrado. Y le había costado mucho esfuerzo conseguirlo. Además, el horario le venía bien, porque ahora no iban tan apretadas y solo necesitaba trabajar unas horas para cubrir los gastos de su hijo, ya que el padre vivía en su mundo particular de descerebrado.

Esa noche, mientras bañaba al niño, se sintió aliviada de ver que, al final,

las cosas se solucionan poco a poco. O que no son tan malas como uno creía. Mientras observaba a Leo jugar con la espuma y chapotear con sus barcos, se dio cuenta de que su niño ya no era tan pequeño, que se estaba convirtiendo en un hombrecito y que todo el sufrimiento que había padecido cuando creía que no podría criarle sola hacía tiempo que había quedado atrás.

Y se dio cuenta además de que se sentía tan cansada porque había estado todo el día temiendo el momento en que volviera a ver a Tanner. La tensión de la espera la había agotado, y ahora había soltado ese lastre.

No había sido para tanto, ¿no? Él estaba igual de guapo que en la televisión, atractivo, interesante, y con un culo de infarto, para qué vamos a negarlo. Vaya... no debería estar pensando esas cosas en el día del funeral de su padre. Pero es que era cierto, ese cuerpo no era el cuerpo algo enclenque al que se había abrazado con tantas fuerzas cuando era una cría. ¿Y ella? Ella, en cambio, era una señora mayor con un hijo. Eran de la misma edad, pero ella había pasado por tantas cosas que se sentía mucho más vieja. Ya sabía que veintinueve años no era ser mayor, pero no podía evitar sentirse ajada.

Ahora ya no tenían nada en común, nada que les uniera. Él había conseguido lo que quería y era una gran estrella en el mundo de la música, y ella... era solo una chica de Scarborough que había intentado salir adelante y que, al fin, podía ver algo de luz.

Aun así, no podía evitar preguntarse qué habría pasado si... Y supo que era una idiotez. Lo suyo con Tanner había sido imposible, la vida misma se había cruzado en su camino y, en realidad, ella no había visto forma de sacar aquello adelante, y seguía opinando lo mismo ahora.

Él se fue en busca de su sueño, y ella no pudo seguirle. No hubiera podido hacerlo ni aunque hubiera querido. A esas alturas no entendía cómo seguía pensando en aquello, pero no podía evitarlo, sobre todo después de haberle visto en persona de nuevo, de haberle tenido delante y haberle abrazado. Y es que nadie le había vuelto a querer como lo había hecho él. Nunca había vuelto a sentir nada como aquel amor de cuando eran niños e inocentes y no había tantas cosas que se interpusieran entre ellos.

Nunca lo había negado: no había vuelto a querer a nadie como le había querido a él. Al principio, cuando todo iba bien. Después, cuando le veía en la televisión, era como ver a un extraño. Todo confianza, todo seguridad, el

chico rebelde de oro... No parecía su Tanner, ese chico que siempre había sido tan tímido, tan inseguro, tan callado y discreto. Y sin embargo, cuando le había visto aquella tarde, le volvió a parecer que seguía siendo el mismo y se dio cuenta de que, en muchas ocasiones, Tanner se había visto obligado a lucir un disfraz de cara al público.

Y ahora... ahora resulta que volvía a ser aquel chico inseguro que conoció hacía tanto tiempo. Y le hubiera gustado tanto, tantísimo, abrazarle (cosa que sí había hecho y que la afectó más de lo que pensaba) y decirle que le había echado de menos, y que sentía todo lo ocurrido... Pero, ¿para qué? Seguro que él ni recordaba ya la mitad de las cosas que hicieron. Seguro que ni se acordaba de que ella fue la primera, porque estando en la cima lo normal es que se hubiera acostado con cientos de chicas. Y además, tenía esa novia tan... despampanante. Qué vergüenza. Cómo se atrevía ella a recordar todas aquellas cosas cuando ahora él disfrutaba de una mujer como la que tenía.

Mientras secaba a Leo se miró al espejo de reajo y resopló. Qué tonta era. Es posible que se acordara, porque también había sido la primera vez de Tanner, pero a buen seguro él no querría ni pensarlo porque ella era tan... poca cosa. Solo era Linda, la de la limpieza. Ya nadie la llamaba Yellow, solo los más allegados, y no esperaba que él fuera a hacerlo, aunque tenía que reconocer que le dolió, aunque solo un poquito, que la llamara por su nombre real.

Durante la cena todos estuvieron en silencio. Ya solo quedaban Jeanette (su madre), Nicky, Anne, Leo y ella. Y ahora que Nicky también ganaba algo de dinero, habían acordado que ella no trabajara tantas horas y estudiara a través de la universidad a distancia, cosa que tuvo que dejar de hacer cuando las cosas con su padre se complicaron.

—Y bueno, Linda... Has hablado con Tanner, ¿eh? Cuéntanos cómo estaba, porque cuando yo le vi por la mañana en la funeraria parecía un cadáver —le dijo Nicky desde el otro lado de la mesa.

—¿Quién es Tanner? —preguntó Leo, que estaba atento a todo.

—No se habla con la boca llena —le reprendió su madre. Esa pequeña pausa le ayudó a sobreponerse. Se encogió de hombros antes de contestar—: Está bien. Lo normal, en estas situaciones.

—¿No se sentía culpable por no haber venido antes?

Era obvio que Nicky quería proteger a Lucy, claro, y que iba a por Tanner a muerte. Y más siendo el culpable, como decía ella, de que Yellow no fuera rica y famosa.

—Eso no lo sé, no llegué a intimar tanto.

Se sonrojó. No debería haber dicho eso. Sonaba... raro.

—Claro, qué se va a avergonzar. Él vive su vida a tope en Estados Unidos y ni se acuerda de nadie. Disfruta de sus casas, de sus cochazos y de sus novias, y a su familia que le den.

—Nicky, no creo que sea así, la verdad.

—Tú calla y no le defiendas, que no le conoces de nada. Hace muchos años que salías con él, allá por la prehistoria. Además, a las pruebas me remito: ¿no viven sus padres todavía en la misma casa, con el mismo coche? Él no les ha ayudado casi en nada.

—Bueno, ya sabes que no se hablaba con su padre... Y además, a mí todo esto me da igual. No pienso defenderle, no es que forme parte de mi familia ni nada —le dio un mordisco a la manzana que había cogido de postre y fingió que aquello que había dicho no tenía doble sentido.

—Pues bien que lo estás haciendo, eh. Que parece que fuera algo tuyo todavía.

Todo el mundo las miraba como si hubiera una pelota de tenis por en medio, y nadie quería interrumpir porque la conversación era demasiado interesante como para echar la diversión a perder. Sin embargo, en cuanto Yellow decidió que discutir con Nicky era como hablar con la pared, Anne intervino para no dejar escapar la ocasión.

—¿Y está igual de bueno que en la tele, eh? Porque yo casi no recuerdo nada de él cuando venía a casa, y la verdad es que tiene un estilazo... Además de esos ojazos azules, Yellow. Venga, cuenta *porfis*, ¿está igual de bueno? Cuéntaselo a tu hermanita preferida.

—Esa no eres tú, no te hagas ilusiones enana —terció Nicky.

Ella miró a Leo, cuyos enormes ojos la miraban con curiosidad, como temeroso de que su madre fuera a enamorarse y dejarle allí solo con aquellas mujeres locas.

—¿Por qué no cerráis la boca y dejáis a vuestra hermana en paz? — intervino su madre en su defensa. Gracias, por favor, ya estaba empezando a desesperarse—. Aunque, a decir verdad, no está casado todavía, ¿verdad Linda?

Su madre era la única persona de la familia que seguía llamándola por su nombre real. Y también la única persona que seguía creyendo que todo el mundo vivía para casarse, incluso aunque ya hubieran fracasado en un matrimonio. Nunca había que rendirse, según sus palabras. El amor siempre triunfaba, y si el amor venía cargado con un hombre que tuviera la vida resuelta, mejor que mejor. Se lo repetía a sus hijas una y mil veces, y lo cierto era que, a tenor de su propia experiencia, no era de extrañar. Lo normal es que quisiera evitarle a sus hijas el mal trago por el que tuvo que pasar la familia, que quisiera protegerlas del destino que a ella le había tocado al verse obligada a cuidar de su padre después de que le dejaran hecho un saco de piel y huesos tras aquella fatídica manifestación, doce años atrás.

Era una de las cosas que Yellow no le había contado a Tanner en su momento, y que tampoco había querido contarle ese día. Las cosas en su familia nunca fueron fáciles, pero Yellow recordaba aquella época como la peor de su vida con diferencia.

Ahora todo estaba bien. Lo habían superado. Estaba su madre, mucho más recuperada de la pérdida de su padre después de tantos años enfermo, y estaban sus hermanas y ella. Y Leo. No necesitaba más. Eran felices. Nicky había terminado sus estudios de informática y ya había empezado a trabajar: era una máquina de la programación, las páginas web y las aplicaciones para móviles. Y Anne había terminado su curso de enfermería y estaba haciendo prácticas en una residencia para ancianos para adquirir experiencia. El caso es que, por poco agradable que el trabajo pareciera, la pequeña de las Mayers era una chica encantadora y adoraba a los ancianitos. Cuando iba camino de los treinta años. Más valía tarde que nunca, ¿verdad? Después de dedicar su vida a trabajar, de dejar sus estudios por ayuda en casa, de traer algo de dinero para que sus hermanas pudieran terminar con su formación y su hijo pudiera comer, había llegado al fin su hora.

Y entonces, Tanner volvía a aparecer. Como si fuera una broma.

Su madre carraspeó, esperando una respuesta... ¿pero de qué?

Ah, sí.

—Eh, no, no está casado, mamá. Pero tiene a esa novia macizorra que sale por todas partes. Esa que gana tantos premios y pone morritos por la tele.

—Lillie McFly, me encanta —añadió Anne. Nicky le echó una mirada venenosa. Obviamente, sus gustos no coincidían en nada—. Aunque claro, seguro que no sería tan guapa sin tanto maquillaje. Yellow, seguro que tú le ganabas si tuvieras una legión de personas para acicalarte.

Ella le sonrió.

—Gracias por el apoyo emocional, hermanita, pero resulta que eso da igual. Nunca jamás podría volver a haber algo entre Tanner y yo, estamos a años luz de distancia.

—No digas esas cosas, Yellow —terció Jeanette—. Espera a que el universo se confabule de nuevo. Seguro que las estrellas esas que tanto te gustaba estudiar intervienen y hacen algo por ti.

Ella observó a su madre y le frunció el ceño. ¿De veras creía en esas cosas? ¿Cómo podía permitirse ser todavía tan romántica, después de todo lo que habían pasado? Parecía como si todavía llevara a una pequeña niña en su interior.

—Deja de decir tonterías, mamá. Tú mejor que nadie deberías saber ya que el mundo no es de color de rosa. Y además, a mí ya no me gusta Tanner, por favor. Éramos unos críos cuando salimos. Ya está todo olvidado.

Al menos, eso creía ella hasta que esa mañana le había abrazado y se había descubierto posando la cabeza en la curva de su cuello y deseando que el tiempo pudiera retroceder de nuevo para sentirse amada de la manera en que solo él lo había hecho.

CAPÍTULO 10:

LA GRAN OPORTUNIDAD

Scarborough, marzo de 1998

El tiempo parecía flotar deprisa cuando uno era feliz.

Completamente feliz.

Feliz como solo se puede ser cuando estás total y profundamente enamorado de una persona y, además, esa persona siente lo mismo por ti. La felicidad del amor correspondido es algo que no tiene comparación... Es como flotar en un mar de nubes esponjosas: solo sientes la necesidad de cerrar los ojos, sonreír, y dejarte llevar porque, en ese preciso instante, la sensación parece inagotable y abrumadora, de tan intensa. No hay espacio para nada más.

Los meses transcurrían veloces, sin descanso ni perdón, sin pausa.

Pero a ellos no les importaba, porque existían solo ellos y, después, todo lo demás. Como si no fuera con ellos, como si fueran intocables.

Pero, como es evidente, no existían solo ellos.

—Y... ¿dónde toca este fin de semana, chaval?

Perry abrió la puerta de golpe y les pilló en plena faena, aunque, por suerte, solo habían llegado a la primera fase: Tanner le manoseaba el culo a Yellow mientras la apretaba contra su entrepierna y ella le rodeaba con sus brazos y le besaba como si fuera a sorberle el cerebro. O al menos, así era como lo contó su padre después durante la cena, entre risas y para mayor vergüenza de Tanner, que tan solo quería que la tierra se lo tragara de una vez y lo escupiera lejos de aquella casa de locos.

—¡Vaya, chicos! Lo siento, lo siento, no sabía que estabais aquí. Seguid con lo vuestro, seguid, que no quiero cortaros el rollo... —les había dicho

antes de cerrar la puerta de nuevo.

Pero el mal ya estaba hecho, y Yellow reía como una loca mientras intentaba taparse la cara en el hueco del cuello de su chico. Que, por otro lado, sentía como una gota de sudor le recorría la frente y su excitación había ido a parar a las Tierras Altas, allá donde hacía más frío que en Alaska.

Y es que, de la misma forma en que ellos no podían parar de tocarse cada vez que estaban juntos, su padre no podía parar de pensar en el brillante futuro que le esperaba a su hijo como músico. A Tanner no le importaba demasiado porque, de todos modos, estaba acostumbrado a su carácter impetuoso. Estaba como idiotizado. No es que no pudiera pensar en otra cosa que no fuera en su chica, porque había diversos asuntos a tener en cuenta: sus estudios (que, por cierto, no iban muy allá), su música, las letras de sus canciones, sus amigos. Aún seguían viéndose, escapándose para echarse unas risas todos juntos, haciendo alguna que otra tontería. A veces, Rob volvía a traer algo de hachís y le daban alguna calada o intentaban colarse en alguna discoteca, pero Tanner y Yellow se rajaban antes. Preferían irse a casa a revolcarse mientras escuchaban música. De todas formas, mientras salían y, cuando ella estaba presente, Tanner no podía dejar de lanzarle miradas furtivas intentando adivinar el color de su sujetador, o pensando en qué podrían hacerse esa noche. Algo nuevo y revelador, como todo lo que estaban experimentando el uno con el otro.

Y eso le metía en problemas. Y graves, porque a su edad no resultaba tan fácil controlar sus instintos sexuales y, mucho menos, las reacciones físicas que estos conllevaban.

Ese invierno, además, estaba siendo bastante duro y el grupo de amigos se había aficionado a las fiestas íntimas en casa de este o el otro. Para ellos, aquello eran fiestas porque nadie solía invitarles a las otras en donde había alcohol y bastante desfase... No había que olvidar que seguían siendo los renegados del instituto.

Pero había algo que estaba cambiando.

Tanner parecía haber crecido de repente tras su relación con Yellow, y lo más normal era que, después de tantos meses de relación, se rumoreara que se estaban acostando juntos. Aquello ponía a Yellow en una situación embarazosa, ya que toda chica de su edad que se acostara con su novio era

automáticamente tildada de guarrilla, cosa que no sucedía con el novio en cuestión, que subía varios grados en la escala de futuros macizos a los que entrar cuando dejaran a su novia. Estaba claro que, en aquella relación, Tanner salía ganando lo mirases por donde lo mirases: estaba adquiriendo más confianza en sus cualidades, estaba creciendo a nivel intelectual y, además, a nivel físico, mientras que Yellow seguía más o menos igual, solo que ahora se suponía que era más fácil.

Las chicas coqueteaban con él en el instituto, le daban de lado a ella por envidia, y, en ocasiones, algún que otro machito le soltaba algún comentario grosero relativo a poner en práctica sus recién adquiridas habilidades.

A Yellow no le importaba en absoluto. Se reía de todos ellos. Eran niñatos absurdos y con la cabeza hueca, y todos ellos se morían de envidia por lo que tenían Tanner y ella. Ellos nunca se separarían. Lo sabía. Estaba muy segura.

De hecho, Perry se había aficionado a llevar a su hijo a cantar a las calles cada fin de semana, de ciudad en ciudad, como si fueran de gira. Decía que eso ayudaría a que le conocieran en todas partes, al menos el público de a pié, el de verdad. En esos viajes, Yellow siempre solía acompañarles, e incluso a veces venía también la hermana pequeña de Tanner, Lucy.

Cuando el chico fue capaz de llegar, colocar sus cosas y cantar sin sufrir un ataque agudo de ansiedad, a veces Perry se unía a él e incluso Yellow o Lucy acompañaban con los bongos. Era muy divertido, a pesar de las horas que debían pasar en el coche, porque después el padre de su novio les invitaba a comer una hamburguesa o un perrito caliente y volvían a casa para contarle cómo había ido a Trish, la madre de Tanner.

—¡Me han obligado a cantar una de Take That! —gritó una de esas noches un Tanner bastante indignado.

—Eh, para el carro colega, a ver si entendemos una cosa —le interrumpió Perry—: tú tienes que tocar lo que tu audiencia te pida, que para eso estás. Y si una chica se sienta delante de ti a mirarte con adoración y te pide una de Take That, pues se la tocas y punto, que no vas a morirte. Además, si lo piensas, ese grupito de mariquitas no está tan mal. Tienen su talento.

—Claro, lo tienen metido en el culo —le respondía él, que se resistía a cantar canciones empalagosas a no ser que fuera en la intimidad, y solo para

Yellow, ante quien no le importaba mostrar su lado más moñas.

Pero así estaban las cosas. Perry creía que el fin justificaba los medios y, a esas alturas, Tanner también lo creía. Siempre y cuando no le pidieran ninguna de Tom Jones, ahí se plantaba en firme. Ni aunque le pagaran mil libras. O mil millones, ya puestos.

Bueno, quizá por mil millones se lo pensara. Pero ni de coña le imitaría bailando al estilo Carlton, eso sí que no.

Sin embargo, después de aquella vez en que Perry les pilló enrollándose en la habitación del chico, Yellow comenzó a insistir en que deberían cambiar un poco de escenario.

—Ha sido muy raro, Tanner, de verdad —le dijo riéndose—. Me ha pillado sentada encima de ti, como si te estuviera comiendo.

—Bueno, en realidad era yo quien te estaba apretando el culo... —le susurró él contra el oído al tiempo que volvía a pasar sus manos por el trasero de su chica.

—Ay no, de verdad —contestó ella tras darle un pequeño empujoncito y sin perder la sonrisa—, creo que deberías venir más por casa. Además, mi padre está muy mosqueado, cree que «tus intenciones conmigo no son honorables».

Tanner frunció el ceño.

—¿En qué año dices que nació tu padre?

—Oh, vamos, soy su hija mayor y, por si fuera poco, la primera que sale con chicos. Está asustado. Y es normal, sé que somos jóvenes y todas esas cosas, pero tiene miedo de que me quede embarazada o, lo que es peor, que acabe viviendo en una caravana y tú te dediques a pasar droga. Ya sabes, como sois hippies y todo eso —terminó con un ademán de la mano.

Sí, claro. Tanner sabía a lo que se refería. La eterna reputación de Perry Adams, el antiguo hippie borracho que se metía en líos sin cesar y que ahora siempre se entrometía en todo lo que él hacía. Hasta en la relación con su novia.

—Eh, preciosa —le estrechó la mano y le miró a esos preciosos ojos dorados—. No importa dónde tengamos que vernos, como si tiene que ser en

la luna. Si tu padre quiere que vaya, iré.

Ella sonrió.

—Estoy empezando a pensar que dices todas esas cosas como si fueran la letra de una canción: que es muy bonita, pero que no es realidad.

Él frunció el ceño.

—Va en serio, Yellow. Iré a tu casa y le presentaré mis respetos a tu padre, o como se diga. Le pediré formalmente que te deje ser mi novia. No soy tan cobarde, pensé que tú más que nadie lo sabrías.

La expresión grave de él emocionó lo indecible a Yellow. Ella sabía que le quería. Solo que, a veces, esa inseguridad innata le impedía tomar la iniciativa para muchas cosas.

—No hace falta que le pidas eso, solo que aparezcas, saludes y demuestres que no eres un niño, y que vas en serio conmigo.

Estaban sentados sobre el muro que había en las escaleras del instituto, a la vista de todo el mundo, pero eso no fue impedimento para que él le pasara el brazo por los hombros, la atrajera hacia sí y le plantara un beso largo y apasionado que hizo suspirar a muchas niñas y a otras tantas profesoras.

—Nunca he ido tan en serio en mi vida —le dijo al separarse de ella y mirándola a los ojos—. Te quiero, Yellow, y quiero hacer mi vida contigo, que nos hagamos adultos juntos y nos casemos y tengamos una prole de niños que se parezcan todos a ti.

Ella rió.

—No me importaría que tuviesen tus rizos, pero por favor, no más músicos, ¿vale?

Ambos rieron y volvieron a besarse hasta que el director pasó a su lado y les llamó la atención. Eran solo besos, pero la temperatura a su alrededor subía de tal manera que quienes estaban cerca sintieron como si alguien hubiera subido varios grados la temperatura de una estufa.

Tras esa conversación, Tanner tuvo que reconocer que debía ser un hombre y acudir más a casa de su novia. Debía empezar de una vez a hacer las cosas que le costaba más hacer, que le hicieran sentirse incómodo, pero seguía bajo el cobijo de demasiadas personas todavía y lo cierto es que todo

aquello no hacía más que retrasar la madurez del chico. Tenía que reconocer que, a fin de cuentas, sí que era posible que Phil, el padre de Yellow, pensara que estaba con Yellow solo por beneficiarse a su hija y no porque la quería. No es que no le conociera, ya había entrado en su casa e intercambiado unas cuantas palabras corteses y a veces habían ejercido otra vez de niños con las hermanas pequeñas, pero la guarida de los dos era la habitación de Tanner, desde siempre. Suponía que el motivo era que allí estaban a gusto porque sus padres les daban más libertad, pero una pequeña vocecita en su interior le decía que le tenía un poco de miedo al señor Mayers, tan serio y estricto. Yellow nunca le dijo que fuera mal hombre ni que tratara mal a ninguna de sus hijas, pero estaba tan acostumbrado a la libertad que su padre le daba (y de la que él no hacía uso) que cualquier otra cosa le imponía.

De todas formas, terminó por ceder e ir más a casa de Yellow. Sobre todo a estudiar.

—¡Ohhh! ¡Hola Tanner, cariño! Vaya, qué guapo estás, cada vez que te veo estás más machote —era una de las fórmulas de Jeanette, su suegra, cada vez que le veía acudir a casa.

—Gracias, señora Mayers. Pero eso mismo me dijo hace tan solo una semana... —le respondía él tras pasarse una mano por el pelo, un gesto de timidez que no podía evitar.

—Oh, pero se nota que maduras muy rápido. Te vas a convertir en todo un hombre. Linda, no le dejes escapar, niña.

—Por favor, mamá —respondía su novia con una mueca.

—¿Quién es? Ah, ¡hola, Tanner! —saludaba su abuela, que se había mudado varios meses atrás tras la muerte de su esposo—. ¿Quieres un poco de limonada? También he preparado galletas, de esas que le gustan tanto a mi Linda, con pepitas de chocolate.

—Muchas gracias, señora Petersen. Están muy ricas sus galletas, las tomaré encantado.

Y después, le atiborraba a galletas antes de que pudiera avanzar hasta la escalera. En esa casa faltaban hombres, aquello estaba más que claro, y Tanner era el primer novio de las niñas que entraba y, por tanto el que debía superar más pruebas... Él lo aceptaba todo resignado y Yellow observaba cómo él despegaba todo ese encanto que él ignoraba que tenía para enamorar

a todas las mujeres Mayers de la casa.

Su padre, en cambio, sentado en el salón desde su sofá de piel desgastada, le echaba una mirada, saludaba, entrecerraba los ojos y solía pronunciar frases del tipo:

—Hola, chaval. Espero que sepas que estamos todos vigilándote.

Y a Tanner le temblaban las piernas. Las miradas del señor Mayers le enviaban un mensaje muy claro, y aunque solo dijera «hola» o «ey, chicos, cuidado con lo que hacéis», lo que realmente quería decir con su actitud era «te voy a cortar los huevos como le toques un pelo a mi niña».

Nunca lo hacían en casa de Yellow. Jamás.

Si acaso, se daban algún beso que otro, pero el miedo a que abrieran la puerta y les pillaran en plena faena era mayor que cualquier otra cosa. Y aunque Jeanette parecía todo amor y sonrisas, ya les había dicho varias veces que si les pillaba haciendo lo que no debían hacer con su edad le cortaba cierto miembro a Tanner y les obligaba a casarse por la iglesia.

—Primero tendréis que terminar los estudios, chicos. Bueno, no hace falta que os convirtáis en ingenieros ni nada de eso, pero no quiero embarazos ni sorpresas, ¿está claro? Así que Tanner, precioso mío, espero que en cuanto puedas, le pongas un anillo en el dedo a mi niña, ¿a que sí, guapetón?

Y a todas esas charlas le seguían unas cuantas palmaditas en la cara.

Estaba seguro que, de tratarse de cualquier otro chico, se habría dado ya la vuelta hace mucho y habría desaparecido de la vida de su niñita.

Pero él no. Él sonreía y le respondía:

—Claro que sí, señora Mayers. No debe preocuparse por eso, su hija es lo más importante para mí.

Hasta que dejó de serlo.

Yellow nunca tuvo claro en qué momento empezaron a cambiar las cosas, a torcerse sin que ellos se dieran cuenta.

Tanner tampoco lo sabía, todavía tardaría demasiado tiempo en comprenderlo.

Eran solo dos niños que todavía estaban empezando a vivir.

Perry pareció obsesionarse cada vez más con la carrera de su hijo. Las salidas de los fines de semana se convirtieron en algo sagrado, algo que debían hacer por obligación. Si Yellow no podía ir, no importaba. Eso no tenía nada que ver con la carrera de Tanner, era su trabajo y tenía que separarlo de cualquier otra cosa.

A veces, Tanner le daba la razón, pero en otras ocasiones discutía con su padre por querer ocupar todo su tiempo libre y no dejarle disfrutar de la vida con su chica.

—Si no tienes claro lo que tienes que hacer, vete despidiendo y ponte a estudiar mecánica. ¡Esto no es una tontería! Hay muchas personas que han hecho carrera, y tú tienes mucho talento, así que no te dejaré que eches tu vida a perder. O échala. Haz lo que te dé la gana.

El chantaje emocional era un buen arma para llevarse a un niño a su terreno. De eso solía acusarle Tanner después, cuando creció y fue lo suficientemente maduro como para darse cuenta de que todo lo que él hacía estaba dirigido por otra persona.

A veces, el destino tira de ti de manera inevitable, y eso es exactamente lo que ocurrió con Tanner Adams.

Un buen día, Perry llegó a casa con la flamante noticia de que en Londres estaban haciendo audiciones a chicos de su edad. Su padre estaba entusiasmado, como loco por aquella maravillosa oportunidad del destino: su hijo iba a poder al fin hacer su sueño realidad.

Tardaron muy poco en hacer los preparativos. Se marcharon a Londres y se gastaron buena parte de los pocos ahorros con que contaba la familia y, por supuesto, Yellow no pudo acompañarles porque, por una parte, era imposible que sus padres le dejaran viajar con Tanner y, por otra, ella no tenía nada de dinero ni iba a permitir que nadie le pagara el viaje.

Cuando volvieron a Scarborough, Tanner parecía como ausente. Había ido a Londres, se las había arreglado para cantar delante de unos desconocidos que le observaban como si fuera un dinosaurio tiempo atrás extinguido, y había vuelto a casa como si tal cosa. Estaba aterrado por lo que había hecho. Sentía como si todo se hubiera sucedido en una bruma, como si no hubiera sido él el protagonista y lo hubiera visto todo desde fuera y, mientras duraba la espera, casi no podía pensar en otra cosa. No tenía

esperanzas de recibir «la llamada», y pasaron otras dos semanas de tortura hasta que, en efecto, lo hizo.

Recibió la dichosa llamada, lo cual quería decir que pasaba a la siguiente fase.

Yellow le abrazó, lloró con él (pero de alegría), saltó, y hasta organizó una pequeña fiesta en su honor. Ella sabía que le llamarían: no había nadie más especial que Tanner en el mundo y estaba segura de que el resto de los mortales no tardarían en darse cuenta.

Y bueno, no es que tardaran demasiado, pero algo sí le costó.

Tanner comenzó a ir y venir de Londres conforme participaba en audiciones y superaba etapas: iba a participar en un *reality* musical, si tenía la suerte de ser elegido entre los dieciocho finalistas.

No obstante, eso no impidió que apareciera en la televisión cuando el proceso de selección llegó a su fin y el canal de televisión que iba a emitir el programa comenzó a promocionarlo.

Fue entonces cuando Yellow se sentaba y lo veía desde casa, con sus hermanas, sus padres y su abuela a su lado, todos ellos con el corazón en un puño y rezando por que el chico no se pusiera demasiado nervioso.

Tanner lo tenía todo, pero era demasiado joven, demasiado inexperto. No superó la ronda final, volvió a casa defraudado, se encerró un poco en sí mismo, y comenzó a alejarse de Yellow, de aquellos a los que pensaba que había defraudado. Se sentía avergonzado: era el chico que había fracasado.

No rompieron, pero esa fue la época en que Yellow comenzó a experimentar lo que era la tristeza y a entender que, quizá, ella no fuera lo primero que su novio tenía en mente cuando se levantaba por las mañanas y que era posible que él no fuera del todo sincero. Ella intentaba animarle, se volcaba en él, le infundía ánimos, pero Tanner ya no parecía creer que las palabras de Yellow fueran verdad, porque el resto del mundo no pensaba igual. Ella comenzó a encontrar difícil ayudarlo, sobre todo porque cuando intentaba hacerlo, se topaba con un muro que él había levantado a su alrededor.

Un buen día, el teléfono de Tanner volvió a sonar: un agente se había fijado en él. Creía que tenía muchísimo potencial, pero debía mudarse a

Londres para participar en todas las audiciones que se celebraban en el centro neurálgico del país. La alegría regresó al hogar de los Adams, al fin.

Los días antes de marcharse, Yellow vislumbró un poco del antiguo Tanner y le quiso más que nunca porque, de alguna forma, parecía como si estuviera a punto de perderlo. Le quiso por lo que fue y por el hombre en que se convertiría lejos de ella. Le quiso porque era un buen chico, y porque se tomaba tan en serio su futuro que odiaba decepcionar a cuantos le rodearan. Le quiso también porque sabía que, algún día, todo volvería a la normalidad y podrían estar bien juntos, como antes. Pero ahora se le ofrecía en bandeja la gran oportunidad, y sería tonto si no la aprovechaba.

Antes de que se marchara, ella le prometió que iría a verle a Londres quisieran sus padres o no. Tanner le dijo que le quería y que la echaría muchísimo de menos, y ella sabía que era verdad.

—Tú has sido mi sol, Yellow. No lo olvides. Esto no es el final, estaremos juntos por siempre —le dijo él antes de besarla.

Y después, se dio la vuelta y se subió en aquel tren.

Y Yellow se quedó en su precioso y frío pueblo.

Y todo comenzó a empeorar.

Primero, su padre perdió su trabajo y ya solo contaban con el sueldo de la abuela Dora y lo poco que conseguía ganar su madre, y el patriarca comenzó a perder los nervios. Bebía, cada vez estaba más agresivo, y volvía a casa enfadado y frustrado por la falta de trabajo.

Las cosas estaban revueltas: la crisis arrancó como una oleada, llevándose consigo a cientos de familias obreras. Phil Mayers se involucró en todas las actividades reivindicativas de un trabajo y empleo dignos porque, como Yellow supo después, si tenían que comer no podían pagar la hipoteca del cuchitril donde vivían.

Y antes de perder ese cuchitril, la que había sido su casa de toda la vida, Phil acudió a la última y más violenta manifestación de su vida, en donde el disparo de una pelota de goma le dejó parálítico para el resto de sus días.

Mientras, Yellow recibía cartas que le escribía Tanner en donde le contaba lo maravilloso que era todo en Londres. Cantaba en pubs, y aunque no era demasiado, también participaba en algún que otro festival

independiente. Le preguntaba cómo estaba ella, una y otra vez, y le pedía que, por favor, fuera a visitarle. Nunca se cansaba de hacerlo, de pedirle que fuera a visitarle, y no entendía que ella no pudiera hacerlo.

Le repetía que la echaba de menos, que la quería, y ella se moría por dentro porque no podía contarle hasta qué punto eran graves los problemas que tenían en casa. ¿Qué iba a ganar ella con eso? ¿Y es que acaso él podría ayudarla? Tanner sabía que Phil había tenido un accidente, pero ni de lejos se imaginaba en qué situación había dejado a las mujeres de su casa. A ella, por un lado, le avergonzaba contarle lo pobres que eran y, por otro, sabía que incluso aunque lo supiera, lo último que él necesitaba era a una novia llorona que frustrara su futuro.

Finalmente, Yellow tuvo que dejar sus estudios y no pudo ingresar en la universidad. Se quedó cuidando a su padre y recibía un pequeño sueldo del estado, que usaban para comer en casa, además de la «indemnización» que el ayuntamiento les ofreció por el «terrible accidente» ocurrido, aunque eso tardaría bastante tiempo en llegar.

Mientras su novio disfrutaba en Londres, ella se convertía en la cabeza de familia junto a su madre, que tuvo que buscar cualquier trabajo que le ofrecieran para poder mantener a las niñas.

Las cartas que enviaba a Tanner eran cada vez menos sinceras. Cada vez menos sentidas. Cada vez, más frías y resentidas. Porque aunque Yellow hizo todo lo posible por no interferir en los planes profesionales de Tanner, una parte de ella le culpaba por haberse marchado lejos, por haberle abandonado.

Había momentos que incluso le odió por llevar esa vida, por tener esa suerte que a ella le faltaba. Ella sabía que no tardaría demasiado en encontrar a otra chica; Londres era maravilloso, al fin y al cabo. Y ella no podría ir nunca. ¿Dónde quedaba esa chica positiva, que siempre veía una solución posible incluso en las peores circunstancias? Esa fue precisamente la época en que comenzó a desaparecer.

No obstante, él sí regresó. Lo hizo para contarle la feliz noticia de que le habían seleccionado para formar parte de un grupo musical, uno de esos parecido a Take That, que él tanto había odiado en el pasado, pero no sería lo mismo porque usarían sus letras y melodías. Al fin podría cantar todas esas canciones que había compuesto para Yellow, ¿a que era genial? Estaba que se

moría de felicidad.

Ni siquiera se dio cuenta de que ella estaba triste. Ni siquiera le preguntó qué era lo que iba mal. Estaba exultante, pero ella no alcanzaba a comprender por qué él había accedido a formar parte de una *boy band*, cuando siempre había renegado tanto de ello.

—Perry dice que esta es la gran oportunidad, Yellow, y no puedo dejarla escapar. ¿Te das cuenta? ¡Un grupo! ¡Es lo que siempre he estado esperando!

Y la besó, una y otra vez, apretándola fuerte contra su cuerpo. La había echado tanto de menos. Se había sentido tan solo... Hicieron el amor no una, sino varias veces. Tanner la adoró, la besó, la acarició, y ella se sintió cada vez más triste, más abandonada y más perdida.

Antes de marcharse a Londres de nuevo para comenzar a grabar con aquella maravillosa *boy band*, Yellow cortó con él.

CAPÍTULO 11:

FOREVER YOUNG

Scarborough, 2010

Yellow se estremeció al recordar aquellos tiempos.

Ella nunca había conocido el dolor ni la tristeza y, sencillamente, no podía verle marchar de nuevo, tan feliz y contento, ignorante de los grandes problemas que la acechaban a ella. Le quería, pero le necesitaba a su lado. Tenerle lejos y ajeno a las dificultades que estaba atravesando, a la rutina diaria de una pobre chica de pueblo, le estaba afectando mucho, muchísimo más de lo que nunca imaginó.

Cada día cuidaba de su padre, le lavaba, le daba de beber y de comer con una pajita, le ponía unas almohadas en la espalda para que no estuviera siempre en la misma postura, le movía cada tres horas como mucho para que no se le hicieran úlceras, le daba su medicación y después, por las noches, lloraba.

Y cada vez que recibía una carta de Tanner, era peor.

No podía soportar leer su letra curva y elegante, letra de compositor. No aguantaba su ausencia. Era tal el dolor que la rodeaba, y tan abrumador por desconocido, que a veces solo sentía ganas de caer en un pozo profundo y perderse para siempre.

Pero entonces su padre no tendría quién le cuidara, ni su madre quién le ayudara. Estaban las niñas. Ellas necesitaban de todo, y la más problemática de las dos era, sin duda, Nicky. Era muy difícil de tratar y se encerraba en sí misma hasta el punto de que, a veces, no sabían si estaba en casa o se había escapado a alguna parte.

Yellow tenía que hacerse cargo de todo eso, y romper con Tanner fue, en cierto modo, liberador, como si al fin se hubiera librado de uno de los

problemas que tanto la agobiaban. Aunque algo se rompiera dentro de ella, aunque al decirlo sintiera como si fuera a morir, pero necesitaba estar sola. Necesitaba liberarse de la crueldad de un amor imposible que no hacía otra cosa que atormentarla.

—Tanner, escúchame.

Tras oírle decir las palabras que ella había escogido con todo cuidado, él se había sentado en su cama con la maleta lista y los brazos apoyados en las rodillas, mirándola con incredulidad.

—Lo siento, no puedo, Yellow. No sé por qué estás diciendo todo eso, no te entiendo. Si necesitas algo, yo...

—¿Tú qué, Tanner? —contestó ella exasperada, un poco más alterada de lo que en realidad habría deseado—. Tú no puedes ayudarme y además, no te corresponde hacerlo. Tienes tu carrera, y ahora debes centrarte en ella. Yo... yo no puedo seguir con esto, Tanner, duele demasiado. Estoy... me siento agobiada. No puedo llevarlo. Lo siento, pero no puedo.

Y se echó a llorar, mientras él no hacía otra cosa más que mirar hacia el suelo.

—Pero yo te quiero, Yellow. Tú... tú eres mi chica. Te necesito a mi lado, no puedo perderte.

Y ella lloró más. Ella también le quería a él. Pero no tanto como para permitir que esa relación acabara con ella.

Ambos tenían otras cosas de las que ocuparse.

—Por favor, no me dejes —entonces levantó la cabeza y aquellos ojos azules la miraron y le atravesaron el corazón—. Todo irá bien, te lo prometo. Por favor, Yellow, no me dejes. Te quiero. Podemos superar esto. Te quiero —le repitió una y otra vez, como si estuviera intentando convencerse él mismo de que la quería, y no a ella.

Su voz desesperada se quebró conforme las lágrimas cayeron por sus mejillas. Ella le abrazó. Pero no cedió.

Le besó en los labios y las lágrimas de ambos se entremezclaron. Él la abrazó con fuerza, le apretó la cintura para atraerla más hacia él, como si así no fuera a marcharse nunca, y apoyó su cabeza en el pecho de Yellow.

—Por favor... —sollozó entre sus brazos.

Después, poco a poco, se fue relajando y los sollozos comenzaron a apagarse. Las lágrimas de Yellow habían caído, cálidas, sobre el pelo de Tanner, y fue entonces cuando él se dio cuenta de que ella ya había tomado su decisión, y que después de rogar ya no quedaba más por hacer para que cambiara de opinión. La única cosa que él había dado por sentada, el único amor del que él siempre había estado seguro, le estaba abandonando.

Bajó los brazos poco a poco, la liberó de entre ellos y miró hacia el suelo. Se pasó la manga por la nariz y se limpió la cara. Ya no le iba a rogar. Ella le estaba dejando, y él no le iba a rogar más. Su corazón comenzó a endurecerse, y una fina concha de acero empezó a formarse en torno a él.

Yellow le dio un suave beso en la cabeza, le acarició, apoyó su mejilla contra sus rizos y después se dio la vuelta de repente y se marchó corriendo escaleras abajo sin lanzar ni una mirada atrás.

Tanner cogió el siguiente tren y tardó mucho en regresar.

Se centró en su carrera, que apuntaba alto: con casi dieciocho años, fue seleccionado como uno de los integrantes de una *boy band* de esas cuyo éxito es explosivo: sacan un par de discos, todas sus canciones suenan en la radio y sus videoclips se ven en la televisión, las chicas se vuelven locas y gritan por ellos, y después, cuando el furor está en lo más alto, se separan.

Tuvo que vencer sus miedos. Ya no era un niño: después de romper con su novia y marcharse solo (solo acompañado por Perry en ocasiones) hacia la gran capital con unas libras y una mochila por todo equipaje, parecía como si hubiera envejecido diez años de golpe. No sonreía, aunque tampoco es que lo hiciera demasiado antes. Tampoco encontraba extremadamente difícil hablar con los demás, aunque era conocido por su semblante serio y su aspecto de chico rebelde y enfadado con el mundo. Los inicios fueron duros y su corazón, al igual que su autoestima, había recibido un gran golpe, así que él solo trató de protegerse.

No fue la cara principal del grupo *Forever Young*, (que así se llamó porque cuando usabas las siglas, *FY*, también significaba *Fuck You* o «que te jodan», en inglés), pero sí era uno de los más aclamados por las chicas debido a su inaccesibilidad. Comenzaron las giras, las canciones pegadizas, las fiestas locas y, con ellas, el sexo por el sexo, en el que él se convirtió en todo

un experto. Tres de los cinco chicos eran gays, con lo cual era mayor la cantidad de *groupies* a repartir entre los dos únicos heterosexuales, por mucho que los tres susodichos intentaran enmascarar su sexualidad liándose con alguna que otra fan cuando las cámaras estaban cerca.

Al contrario de lo que parecía, los cinco integrantes del grupo no se soportaban: poco más de dos años duró su extensa carrera musical, dos años durante los cuales Tanner se acostumbró a los focos, a los escenarios, a la fama y a la música que siempre había odiado, y aprendió además a fingir, a sonreír cuando debía y a aparentar seguridad y confianza en sí mismo. En cierta forma, esa confianza dañada consiguió repararse gracias al éxito, las adulaciones y las mujeres.

Y durante esos mismos años, mientras los chicos de *Forever Young* recorrían el mundo y se divertían, Yellow cuidó de su padre y ayudó en casa. No conocía a ese chico que veía en la televisión, no tenía ni idea de quién era, pero comprendía por qué tenía fans a millones. Ella, en cambio, casi no salía, y mantenía el contacto con sus amigas de vez en cuando, pero terminaron por marcharse a estudiar fuera y Yellow se quedó sola en Scarborough, con la única compañía de mamá y sus hermanas.

Así que cada vez que le veía, apagaba la televisión. No podía soportarlo. Él representaba una parte de sí misma que ella había enterrado, y no pensaba llorarla más.

No se volvió a enamorar.

Él tampoco.

Todas las Navidades regresaba a casa y les regalaba algo a su hermana y su madre, y después volvía con sus chicos. No vio a Yellow y no la buscó, incluso aunque sus antiguos colegas le contaran muy por encima lo que había ocurrido con su padre. Hablar sobre ella le escocía. Era un dolor que llevaba clavado en el corazón, como si alguien le hubiera metido un tornillo y apretara y apretara cada vez que la nombraban. Se imaginó que lo mejor era no verla nunca más.

Cuando al fin el grupo se separó (porque la discográfica consideró que ya había ganado suficiente con ellos y los chavales ya no toleraban estar en el mismo escenario juntos), el único que siguió luchando por seguir adelante con su música fue él; el resto se retiró con sus millones muy lejos, donde

nadie pudiera descubrir su auténtica sexualidad.

Perry siempre estuvo a su lado, por supuesto. Era la única constante que se mantuvo firme.

Tanner estaba harto de la porquería de música que le habían obligado a crear, pero Perry insistía en que tenía que encontrar su camino y que quizá fuera mejor que, al menos al principio, su música fuera puramente «comercial».

Varió el estilo que había seguido con el grupo, por supuesto, pero accedió a tocar los temas que querían con un toque personal para poder firmar con otra casa de discos.

Con veintiún años, Tanner creyó que había vuelto a enamorarse.

O, al menos, eso pensaba él.

Ella se llamaba Lillie McFly, era una nueva estrella y la novia de otra gran estrella del pop, Jason Dunbar, aunque se rumoreaba que tenían una relación bastante tumultuosa.

Conforme Tanner sumaba éxito tras éxito y amenazaba con desbancar al gran Jason, ídolo de muchachas enloquecidas, incluso aunque su aspecto no fuera el típico de los niños bien, fue idealizando a la chica que nunca parecía poder alcanzar. Todavía no era lo suficientemente bueno, no era lo suficientemente guapo, o no era lo suficientemente carismático, al contrario que su rival.

Sin embargo, aunque no se consideraba el mejor, Tanner lo estaba consiguiendo todo, o casi todo. Sus ventas rozaban las del ídolo del pop, tenía chicas a montones aunque no le atraía ninguna (sí se acostó con bastantes, pero ninguna le interesó lo suficiente como para comenzar una relación seria), y había conseguido desarrollar una personalidad un tanto especial: sereno, relajado, confiado, y con una sonrisa preciosa. Tenía un encanto espectacular frente a la cámara, y lo sabía y explotaba siempre que podía.

La hostilidad con Jason era de todos conocida, y las veces que se tropezaba con él y con su novia, la gran Lillie, coqueteaba con ella de forma un tanto descarada, como queriendo demostrar que era capaz de arrebatarse la chica a ese idiota cuyos pantalones no parecían de persona, sino de un elefante con incontinencia.

Sin embargo, a pesar del tonto que se llevaba con la estrella, la relación todavía no había llegado más allá, y las Navidades del 2001 Tanner volvió a Scarborough, como siempre, envuelto en una nube de éxito.

—¿Qué tal estás, Beep? —saludó él a su amigo al encontrarse con él en la fiesta a la que había sido invitado.

—Muy bien, tío —le contestó el otro dándole una palmada en el hombro—. Me alegro de que hayas podido venir, pensábamos que iba a ser imposible reunirnos todos de nuevo.

—Claro que sí, tengo una semana para estar en casa y no podía faltar.

Estaban en casa de Jonas, que ya no tenía unos kilos de más y tampoco granos, y había decidido invitar ese año a todos sus amigos a casa porque ya no era un pingado, sino un tipo bastante atractivo que, además, estaba terminando de estudiar derecho.

—¿Quieres una cerveza? —le propuso su amigo, levantando la suya con gesto solícito.

—Sí, claro.

—Venga, vamos a la cocina a ver si nos encontramos con alguien más.

Sorprendentemente, la casa estaba atestada de gente y Tanner no conocía a casi nadie. Además, todos le miraban un poco serios al verle pasar, como esperando que se comportara como un gilipollas venido a más, y por raro que pareciera, no se acercaban a él para pedirle un autógrafo. En Scarborough, él seguía siendo el hijo de Perry Adams.

Llegaron a la cocina y Beep abrió el frigorífico para sacar una cerveza, aunque después supo que habían llenado la bañera con agua y hielo y montones de ellas... Pero allí, su amigo estaba como en su propia casa y le gustaba que los demás vieran que era uno de los *vips*.

—¡Eh, Tanner, tío! ¿Qué pasa, colega? —esta vez fue Jonas quien se acercó y le dio un efusivo abrazo. Por lo visto, ya iba algo achispado—. Es un honor que hayas venido. Vamos a estar todos, como en los viejos tiempos, ¿verdad? Aunque tú... Ya ni pareces el mismo eh.

—Eh... ¿Eso va en el buen sentido, o en el malo? —respondió él, sonriendo.

—¡En el bueno, claro! ¡Mírate, si hasta hablas! Y te llevas a todas las nenas de calle, eres el orgullo del grupo.

—No más que el resto de tipos del mundillo. Algún día tenéis que venir a verme, ya sabéis que estáis invitados cuando queráis.

—Eso estaría genial, cuando consiga ahorrar y este idiota termine la carrera seguro que organizamos algo, ¿verdad? —añadió Beep.

—¿Dónde están Rob y Hamish? —preguntó él, levantando la cabeza para mirar por encima de los hombros de sus amigos.

—Eh, bueno, seguramente si le vieras no le reconocerías. Rob se ha convertido en todo un emprendedor, ¿lo sabías? En fin, supongo que te lo habrá contado en algún correo electrónico, ¿no? —Jonas estaba nervioso. Apartó la mirada, que cruzó fugazmente con la de Beep, y carraspeó.

—Vaya, pues no, pero me alegro. Hace bastante que no sé de él, la verdad... —se sintió algo avergonzado al darse cuenta de que, en realidad, hacía más de un año que no había hablado con su antiguo amigo y que, aunque en otros tiempos fuera el más cercano, ahora no sabía ni qué hacía con su vida.

—Y Ham está más o menos igual que siempre, andará acurrucado por alguna esquina zampando galletas y leyendo un libro sobre la reproducción de las amebas en el jurásico o algo parecido.

Todos rieron ante la broma de Beep, que era uno de los pocos que no habían estudiado y que ayudaba a su padre en la carpintería, cosa que, por otro lado, todos sabían que acabaría haciendo.

—¡Eh, qué pasa, tío! ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Y tú, colega? ¿Todo bien? Me alegro. ¿Cómo está tu padre? Dale recuerdos de mi parte y dile que...

Tanner escuchó los efusivos saludos de su antiguo amigo detrás de la espalda de Beep, y sonrió al ver que no había cambiado nada. Siguió parapetado detrás de su amigo para que la sorpresa fuera mayor. Sintió una alegría enorme y, como si hubiera tenido una revelación, se dio cuenta de que le echaba mucho de menos, echaba de menos aquellos días en que se hacían confianzas y le escuchaba hacerse el machote. Era difícil hacer amigos de verdad en el mundo del espectáculo, y él lo estaba comprobando en sus

propias carnes. Ni siquiera había conseguido labrar una amistad con los miembros del grupo, con los que pasaba tantas horas, así que ya no digamos con gente que viera solo de fiesta en fiesta.

La mano de Rob se apoyó sobre el hombro de Beep y este se apartó para mirarle. Se saludaron como dos tíos duros. Rob llevaba a alguien con él, una chica que permanecía escondida a su espalda y que Tanner no pudo ver al principio.

Entonces Rob se dio cuenta de que él estaba ahí, junto a la nevera, sonriendo como un tonto y esperando para saludar a su amigo.

—¡Vaya! —su sonrisa se le fue apagando y le miró congelado.

—¡Sorpresa, tío! —dijo él.

—Eh... —Rob titubeó, se pasó la mano por el engominado pelo negro y pestañeó—. ¡Vaya!

Tanner no pensó que fuera a causar tanto efecto en Rob, pero cosas más raras se habían visto. Su amigo estaba muy cambiado: ya no llevaba esas greñas largas, sino el pelo más corto y engominado y usaba pantalones chinos y camisa. ¡Lo nunca visto! Sintió una oleada de cariño y añoranza, así que se acercó a él y le dio un abrazo.

Y mientras lo hacía, apoyando la barbilla en el hombro de su amigo y dándole palmaditas, vio a la chica que Rob llevaba detrás y que había dejado de hablar con una amiga para volver la cabeza.

El abrazo de Tanner se congeló, tal y como se había congelado el de Rob, y él ni siquiera lo había notado.

Yellow, su Yellow, la chica que le había roto el corazón con diecisiete años, era la novia de Rob.

Bajó la mirada y se fijó que no era esa la única sorpresa que la noche le deparaba: la barriga de Yellow estaba muy, pero que muy abultada.

Se separó con mucha, demasiada, lentitud de su amigo y los miró a ambos intentando recomponer su gesto y cerrar la maldita boca, que se le había quedado abierta.

Yellow había perdido la sonrisa. Sus ojos, que hacía pocos años solían ser risueños, eran ahora dos pozos enormes de tristeza.

—Esto... Supongo que debería daros la enhorabuena, ¿verdad?

Su voz no sonó temblorosa, e incluso se las había apañado para sonreír.

Al fin y al cabo, en su carrera musical también había tenido oportunidad de mejorar sus dotes de actuación.

—Lo siento, tío —contestó Rob.

Tanner pensó que no lo debía sentir demasiado, porque el gesto de su cara era más bien el de un tipo que acaba de cometer una travesura y no el de un amigo que se ha acostado con la antigua novia del otro.

Joder, no había una regla escrita que dijera que los tíos no se liaban con las exnovias de los amigos, pero era algo que se sobreentendía.

Miró a Yellow, que seguía allí, de pie, incapaz de abrir la boca pero con semblante serio. Era como si le estuviera retando a indignarse. ¿Era aquello una especie de lección o qué?

—Ya veo que lo que querías era cazar a uno de nosotros, ¿no? —espetó, casi sin pensar, y le dio un trago a su cerveza mientras la observaba con la mirada fija.

Ella levantó las cejas.

—Siento mucho tener que ser yo quien te diga esto, Tanner, pero no eres el centro del mundo.

—Eh, tío, por si no te habías dado cuenta, mi mujer —terció Rob, haciendo énfasis en esa última palabra— está embarazada y te agradecería que no montases una escena. Hace mucho que ese rollo que había entre vosotros dos terminó.

Tanner sintió una terrible humillación. Era la peor traición que podría haberse imaginado: su antiguo mejor amigo con el amor de su vida, que le había abandonado.

—Yo no tengo rollos con las mujeres. Solo me acuesto con ellas.

Esperó a ver la reacción de Yellow porque quería hacerle daño, quería devolverle un poco de lo que él estaba sintiendo en ese momento. Sin embargo, ella sonrió un poco, como si en realidad le diera pena, y continuó observándole como si supiera algo que él no sabía.

—Te habríamos invitado a la boda, pero supongo que no hubieras aceptado —dijo al fin.

—Claro, pero que sepas que no hay rencores, ¿verdad, tío? —dijo Rob al tiempo que le daba una palmadita en la espalda—. De todas formas, tú dejaste a Yellow aquí y te fuiste por ahí a buscar la fama y la gloria, y lo has conseguido. Ya tienes todo lo que querías. Yellow y yo te deseamos lo mejor, de verdad. A lo mejor le ponemos Tanner a nuestro hijo y todo.

Aquello era el colmo. Miró a su amigo como si quisiera atravesarle o clavarle un puñal directamente en el estómago. Lo habría hecho, si lo hubiera tenido... Pero pensó que no había mejor desprecio que no hacer aprecio, que no habría otra forma mejor de preservar su orgullo que fingir que no le importaba. Tenía que salir de allí con la cabeza bien alta.

—Claro, lo que queráis, como si me importara. —Se volvió hacia Yellow y continuó con toda la frialdad que pudo aparentar—: Que te vaya bien.

Hizo un gesto con la cabeza y se marchó de allí para perder de vista a esos dos traidores.

Para él, en el mundo ya no quedaban sentimientos verdaderos: ni amor, ni amistad.

CAPÍTULO 12:

ROMPIENDO LAZOS

Scarborough, julio de 2010

Tanner se despertó al día siguiente del funeral como si tuviera resaca.

Había dormido más de doce horas seguidas, cosa muy poco habitual en él pero no de extrañar, teniendo en cuenta todo el sueño pendiente que llevaba arrastrando.

Por un momento se sintió algo desorientado al ver los posters que todavía colgaban de su pared: miró la cara joven de Axel Rose y pensó que en breve su padre abriría la puerta sin llamar y le llevaría un par de muffins de chocolate horneadas por él mismo y un té con leche caliente, y luego recordó, de repente, que ya no estaba. Y que aunque hubiera estado, no se hablaba con él.

Giró la cabeza y observó la ventana: la luz grisácea asomaba entre las cortinas anunciando un día desapacible, tan típico de allí. La soledad que le acompañaba volvió a inundarle.

«Hola, antigua compañera...» En su cabeza comenzó a tararear la famosa canción de Simon & Garfunkel, pero cambiando *darkness* por *loneliness*. Detestaba esa canción. Había crecido con ella porque eran oriundos de Scarborough y no había acontecimiento en donde no se aprovechara para recordarlo, pero se había repetido hasta la saciedad y precisamente por ello había llegado a odiarla.

Se levantó de la cama con una ligera sonrisa al ver que todavía llevaba puesto el traje, así que se dirigió a su maleta y se cambió por su ropa preferida, más cómoda y menos pretenciosa: una camiseta blanca, una camisa de cuadros y un vaquero. Cuando se vio en el espejo sintió un flash: estaba en su habitación, llevaba el mismo tipo de ropa que hacía muchos años y seguía

sintiendo algo por la chica con la que perdió la virginidad.

Porque no podía negarlo por más tiempo, y menos después de haberla visto en persona de nuevo.

Echaba de menos a Yellow, aunque no sabía a ciencia cierta si era a ella o al sentimiento de estar con alguien tan genial, que le comprendiera tan bien, que eliminara toda la tristeza de su mundo con una sola sonrisa.

El día anterior tuvo miedo de preguntarle cómo estaban Rob y su hijo, o hija, o lo que tuvieran. Entendió que no hubiera acudido con él, y también le pareció un detalle que fuera a presentar sus respetos a la familia. Siempre tan correcta, tan perfecta, tan servicial. Hacía siempre lo que debía hacer, sin pensar demasiado, al contrario que le había ocurrido a él.

Estaba enfadado con ella. Seguía enfadado con ella, después de tantos años. Al fin y al cabo, había sido la única mujer que le había abandonado y, encima, se había casado con su mejor amigo.

Recordó aquel día, el día en que le dejó en esa misma habitación y nunca más volvió. No supo nada de ella durante un tiempo, nadie se atrevía a contarle nada y él no preguntó. Se centró en su carrera, en su ajetreada vida en Londres. Una vez logró destacar un poco gracias a aquel *reality*, todo había marchado deprisa, cosa que él agradeció porque le ayudó a no pensar en lo que había dejado atrás y en lo que le faltaba a su vida.

El tiempo lo curaba todo.

Cuando quiso darse cuenta, las fiestas, las modelos, las chicas... Todas ellas habían contribuido a que olvidase su corazón roto. Se olvidó hasta de quién había sido y se convirtió gradualmente en otra persona: una mucho más dura y segura de sí misma.

No fue Yellow quien le dio seguridad: fue su éxito tanto en la música como con las mujeres.

Demonios, si hasta había conseguido, al fin, a Lillie McFly...

—Mierda —se dijo al acordarse de ella.

No la había llamado, no le había dicho absolutamente nada y supuso que ella ya se habría enterado por los medios de comunicación de lo de su padre. La había dejado tirada en Malibú y ni siquiera se había acordado de ella. Eso,

quizá, quería decir mucho de lo que le importaba ella en realidad.

¿Cuánto le importaba aquella mujer por la que había luchado tanto, y durante tantos años?

No era justo, sabía que no estaba siendo justo con ella. Y creía que la amaba. De verdad que hubo un tiempo en que pensó que la amaba. Al principio se había centrado en ella tan solo como una mera distracción, un encaprichamiento, una diversión. Después la cosa fue cambiando y fue tanta la obsesión por conseguirla que creyó quererla de verdad. Además, ese encaprichamiento o lo que fuera le sirvió para evitar pensar en aquella pareja que vio en la fiesta de Navidad, en la barriguita abultada de Yellow. En la traición, en el dolor.

Aquel día se lo había tenido que tragar todo sin digerir, y el shock emocional fue tan fuerte que, durante mucho tiempo, evitó todo contacto con su antiguo grupo de amigos. Sin embargo, lo que estaba claro era que ella ya no le pertenecía, no era nada de él. Y llegó hasta a preguntarse si algún día lo había sido.

Pero él era Tanner Adams.

Después del «incidente» volvió antes de lo previsto a su vida en Los Ángeles y se obsesionó con Lillie. Por aquél entonces continuaba siendo una chiquilla, pero Dios, qué talento tenía, cómo se movía. Era maravillosa.

En su estilo, claro. No era el que más le gustaba a Tanner... Pero, evidentemente, era difícil encontrar chicas que se decantaran por otra música que no fuera la comercial. Ella era la reina del pop, o al menos estaba empezando a serlo, lo que le estaba granjeando un odio enfermizo de las divas más importantes del mundillo. Además, Lillie era guapa porque sí, y no necesitaba escándalos ni aparentar ser algo que no era solo para llamar la atención y hacerse un hueco: solo con su voz y su imagen dulce ya había logrado abrirse paso.

El problema era su estúpido novio... Ese con el que iba y venía, ese al que le escribían las canciones y que se paseaba por todas partes con los pantalones caídos y un mechón lacio por encima de un ojo. Era un gilipollas total, y Tanner encontró de lo más divertido robarle a la novia.

Comenzó como un juego, una maniobra de distracción: tonteaba con ella, se enfrentaba a Jason a través de terceros, cruzaba comentarios en las

revistas... No sabía cómo había ocurrido aquello pero, de repente, conseguirla dejó de ser un juego: tenía que tenerla.

Hasta le dedicó una canción, por todos los santos. Una de esas pop en las que le decía claramente que su novio era un mierda, y que lo que ella necesitaba era un hombre de verdad como él.

La canción no contenía nombres, por supuesto, pero iba dirigida a ella y él sabía que Lillie se sentía divertida y halagada. Pero no dejaba a ese estúpido.

Sin embargo, ese estúpido, como él le llamaba, seguía siendo número uno años tras año, y Tanner no. Tanner luchaba por seguir en los primeros puestos y no conseguía ser el mejor, por mucho que se esforzara.

Perry le acompañaba siempre: su padre era el mejor manager del mundo, como un perro de caza con su hijo. Se comía a las discográficas y a sus agentes. Se comía a los productores, ladraba por él para que él mismo no tuviera que ladrar.

Pero, a la vuelta de aquella dichosa Navidad, Tanner comenzó a cambiar y replantearse su vida.

No quería ser uno más.

Quería ser el mejor.

Y lo quería todo: a la chica, el primer puesto en las listas de ventas y la mejor música.

Su rebeldía fue aumentando con el paso del tiempo, así como también su capacidad de lucha. Hacía mucho ejercicio, cuidaba más su aspecto, y fue dirigiendo su música poco a poco hacia donde él quería.

Lo cual molestaba a Perry profundamente, claro.

Porque Perry creía que su hijo debía hacer las cosas de otra manera: sí, estaba bien que se estuviera convirtiendo en el niño rebelde, pero no estaba bien que se asomara por ahí, dejándose ver, mientras se fumaba un porro como si fuera lo más normal del mundo. Y tampoco estaba bien que lo mandara todo a la mierda por cantar su música alternativa. Y tampoco estaba bien que se peleara con el imbécil por conseguir a su novia, cuando podía ser un hombre y enfrentarse a ella cara a cara, y si perdía, pues a otra cosa. No

estaba bien cómo estaba manejando la situación. No estaba bien que no madurara.

No estaba bien nada.

Conforme las pullas contra Jason Dunbar subían de temperatura, lo mismo ocurría con su relación con Perry.

Cuando Tanner tenía veinticinco años, y después de una discusión enorme con la discográfica por el tipo de música a incluir en el siguiente álbum, su padre y él tuvieron la gran discusión.

Perry se lo había llevado aparte para decirle que no podía tratar así a la gente que había estado apoyándole durante tantos años y que era mejor ir sobre seguro. Debía seguir la misma línea porque así, al menos, sabía que permanecería en la industria.

Perry tenía miedo.

Y Tanner estaba harto de tener miedo.

A decir verdad, estaba harto de todo. Fumaba demasiada marihuana, bebía demasiado, y escribía una mierda de canciones. Y todos querían que siguiera haciendo lo mismo. Pero él estaba comenzando a odiarse, y de paso también a odiar a su padre.

Estaba harto de todos, de que siempre le dijeran qué era lo que tenía que hacer, de aguantar tanto. Y explotó.

Perry fue el objeto de toda su furia. Se dijeron cosas que quizá no pensarán, o sí, pero en el fragor de la discusión y debido al alterado estado de ánimo de Tanner, todo fue más allá de lo que ninguno había esperado.

Al final, el joven músico terminó por cortar el cordón umbilical que le unía a su padre de la manera más brusca: diciéndole cuánto le odiaba por haber dirigido toda su maldita vida, por haber querido que su hijo consiguiera lo que él fue incapaz de conseguir porque nunca tuvo el talento, y él sí.

—Yo no soy tú, padre. Es más, estoy harto de tenerte al acecho, cuchicheándome al hombro como si fueras un sabueso. Estoy harto de tus órdenes y hasta de tu presencia, estoy harto de ti. ¡Déjame en paz de una vez!

—¿Crees que sin mí habrías podido llegar hasta donde has llegado, hijo? ¿De verdad lo crees? ¡No tenías talento para nada más, solo para la música!

Eras un idiota en el colegio, y si no hubiera sido por mí, no habrías tenido el valor de ponerte delante de un micrófono en la vida. ¡Eres un desagradecido! ¡Fui yo el que te empujó a luchar! ¡Tú nunca has tenido el valor!

—¡Pues ahora lo tengo, eh! ¡Ahora lo tengo! Ya no soy un crío al que puedes manejar a tu antojo. No quiero vivir tu vida, ¡quiero vivir la mía! ¡Márchate de una vez y déjame en paz! ¡Lárgate de mi vista! No te soporto, ¡no te aguanto más! ¡No quiero verte en la vida!

—Vale, pues ahógate tú solo en la mierda, y ni se te ocurra volver arrastrándote a pedirme ayuda cuando nadie se acuerde de ti.

La discusión había terminado de manera fulminante. Perry se dio la vuelta y caminó tranquilo por el pasillo de mullida moqueta granate; desapareció de su vida, volvió a Scarborough con su mujer y su hija y vendió todo lo que su hijo les había comprado, hasta la bonita casa en Valley Road sita en una elegante zona de la ciudad, para volver a su pequeño y anodino pareado.

Tanner se juró que no moriría sin haberle restregado a su padre que él era capaz de conseguir lo que quería por sí mismo, sin su ayuda.

Lo que no sabía en ese momento era que su padre no tardaría tanto en morir como él pensaba.

Qué irónico.

Lo cierto era que, aunque no le había ido nada mal, sí sufrió un bache importante. Se había peleado también con la discográfica y se recluyó un tiempo para componer y pensar. Al fin, consiguió discográfica nueva y, sorprendentemente, el mercado aplaudió su trabajo: estaba necesitado de algo distinto. Pero nunca había llegado a ser número uno, y su padre finalmente había muerto.

Había incumplido la promesa que se había hecho a sí mismo, pero en esos momentos tampoco le importaba: era un imbécil orgulloso. Sí, mirándolo con retrospectiva, estaba claro que él tenía toda la razón al discutir con su padre, pero eso no justificaba el haber estado tanto tiempo sin hablar con él, sin dirigirse siquiera la palabra.

La vida daba muchas vueltas, y era mejor decirse cuanto hubiera que decirse en el momento preciso, porque puede que después ya no existiera la

oportunidad de hacerlo.

Un suave toque a la puerta le despertó del ensueño en el que se había sumido.

—Adelante —susurró.

Su hermana abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Esto... Me parece que tienes visita.

Él frunció el ceño y se levantó de la cama haciendo que los anticuados muelles chirriaran.

—¿Quién es?

—Serás mejor que lo veas tú mismo.

Por el gesto de incordio que le dedicó, él supuso que se trataría de alguno de sus antiguos amigos que no pudieron asistir al funeral. Ese día era sábado, así que lo más probable era que se hubieran acercado al pueblo si se habían enterado. En realidad, todos estaban trabajando fuera y no creía ni siquiera que lo supieran, pero era posible.

Cuando terminó de bajar las escaleras y entró en la salita de estar, se quedó plantado en el umbral de la puerta, estupefacto. No, no eran ni Hamish, ni Beep, ni Jonas.

Lillie se levantó y se pasó una mano por el pelo, nerviosa.

—Hola, Tanner —le susurró, con una sonrisa tímida.

Después, se acercó a él y le dio un abrazo.

Tanner no pudo abrir la boca. En ese momento, se murió de bochorno. No la había llamado. Ni siquiera le había mandado un mísero mensaje, nada. Lo cierto era que no había tenido tiempo todavía de hacerse con un móvil nuevo, pero podría haberla avisado de mil formas y, sin embargo, no lo había hecho.

No se había acordado de ella hasta esa misma mañana... Y ahora allí estaba.

Lillie se separó de él, le sonrió de nuevo y le mesó los rizados cabellos.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto solo. Espero que no te importe, pero tu manager me lo dijo y he pensado que... A lo mejor

necesitabas compañía.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

No esperaba aquello. No lo había esperado y, desde luego, no sabía si se sentía a gusto con ello. De repente, tener a Lillie allí le resultaba muy, muy incómodo. Es más, no quería que estuviera allí. Recordó que el día anterior había deseado tener a alguien que le acompañara en esos momentos difíciles, pero entonces se dio cuenta de que la persona a la que él necesitaba no era Lillie.

No quería que su vida en Malibú viniera hacia él. Por algo la había dejado atrás, ¿no?

Pero aquello era demasiado egoísta. Estaba siendo egoísta con ella, una y otra vez. A decir verdad, desde el momento en que la conquistó.

¿No se suponía que él era el buen chico, el que se iba portar bien con ella, el que la trataría como se merecía?

Desde luego, ella no se merecía que la trataran así, así que hizo lo mejor que podía hacer: fingir.

—Hola cariño, me alegro de verte.

Después, le dio un suave beso en los labios, la abrazó y suspiró sobre su hombro.

Lillie pensó que el suspiro se debía al dolor y al cansancio. Lo que no sabía era que ese suspiro no era más que pura y dura resignación.

CAPÍTULO 13:

EL GRAN ERROR DEL MATRIMONIO

Scarborough, julio de 2010

Yellow tenía, en esos momentos, varios problemas (algo a lo que, por otra parte, estaba harta acostumbrada): el primero y más importante se encontraba de pie delante de su puerta en esos momentos, y era el padre de su hijo.

El segundo, algo menos relevante pero también de vital importancia para ella, era tratar de decidir, ahora que tenía más libertad, qué hacer con su vida profesional, ahora que se le daba una mínima oportunidad de tener una. Aunque eso ya lo pensaría más adelante, porque ahora el problema número uno esperaba que ella hiciera algo.

O que le respondiera algo.

—Leo está en el colegio, Rob, a estas alturas creo que ya deberías saberlo, ¿no?

Él bajó la cabeza y asintió, algo avergonzado.

—Es verdad, es verdad, lo siento, Linda.

Él la llamaba así desde que volvió a aparecer en su vida, como queriendo decirle que ahora se iba a tomar las cosas mucho más en serio, que iba a sentar cabeza y dejar de delinquir por ahí.

Delitos de guante blanco, claro. Como robar dinero a otros. Como meter la mano en las arcas municipales. Como cobrar comisiones ilegales.

Y todas esas cosas.

—De todas formas —él levantó la vista y la miró con carita de niño bueno—, igual podía pasar un rato y hablamos, ¿no? Quiero decir... Hablamos de Leo y esas cosas.

—A ver, Robert, ya hablamos ayer. Y anteayer. Y el día antes de

anteayer, que no sé cómo se llama, pero también. Hablamos casi todos los días desde que has vuelto, ¿no te parece que ya hemos hablado mucho? De verdad, tienes que dejarnos respirar un poco.

Él ladeó la cabeza y su pelo negro y brillante por la gomina refulgió de manera muy extraña. Ese peinado ya no estaba de moda, pero él seguía llevándolo incluso aunque no fuera demasiado cómodo para su nuevo trabajo de jardinero.

«Por favor, que alguien me recuerde qué vi en él...».

Pero lo sabía perfectamente.

No habría caído en las redes de Rob de no haber sido porque necesitaba ayuda.

Por aquél entonces, cuando comenzó a salir con él, llevaba bastante tiempo, en concreto casi tres años, sin salir con ningún chico. No había hecho otra cosa que cuidar de su familia, de su padre y de sus hermanas a lo largo de ese tiempo, y es que las obligaciones en casa no le dejaban otra opción. Además, la querida abuela Dora había fallecido y ya no contaban con su inestimable compañía; la echaban muchísimo de menos, pero aparte de su compañía y de la ayuda que les brindaba en la cocina (era la única que sabía cocinar de manera decente), habían perdido además su pequeña contribución económica que las ayudaba con tantas cosas.

Lo que su padre consiguió con la vergonzosa indemnización del ayuntamiento se fue en pagar la hipoteca, y solo contaban ahora con un pequeño subsidio que le entregaban como cuidadora y con lo poco que ganaba mamá. Pero eran cuatro mujeres y un hombre, y necesitaban más dinero que un simple subsidio y un mísero sueldo correspondiente a la mitad de media jornada.

Y entonces apareció Rob. El nuevo y flamante Rob, con su brillante armadura: un chico que se desvió del mal camino por el que parecía destinado a ir, no se supo en qué preciso momento, y que de repente surgía de nuevo vestido con ropas caras y con aspecto de hombre de negocios a sus apenas veinte años.

Hablaba como si lo supiera todo, como si lo hubiera hecho todo en la vida, y ella era una chica ingenua y torpe. No sabía nada de la vida ni de las personas, solo sabía que él se preocupaba por ella. O al menos, eso creyó en

ese momento.

Se vieron por primera vez, después de que rompiera con Tanner, cuando Yellow paseaba con su padre en la silla de ruedas por Foreshore Road, admirando las gaviotas, la playa en bajamar y los puestecitos que vendían de todo, desde souvenirs hasta refrescos y perritos calientes.

Aunque su padre no podía hablar ni moverse ni prácticamente hacer gesto alguno más que un leve movimiento de dedos y ojos (cortesía de la lesión cerebral que la maldita pelota de la policía le regaló), el médico les decía que era sano que le sacaran al aire libre, porque estar día tras día postrado en la cama no haría más que debilitarle. Yellow y su madre lo comprendían perfectamente, pero el dichoso médico no sabía lo que les costaba cargar con él y ponerle en la silla sin que se cayera...

Cuando su madre y ella se sentían con el valor y las fuerzas, lo intentaban y, a veces, hasta conseguían sacarle a la calle. Ese día decidieron pasear por la playa porque era el lugar más bonito del pueblo y porque, además, no hacía mal tiempo. Un poco de sol y brisa marina le darían un año más de vida a su padre.

Jeanette y ella charlaban animadamente y las niñas corrían delante y detrás. O mejor dicho: Anne corría y Nicky jugaba a ser una bruja, con lo que hacía que su hermana pequeña corriera todavía más a causa del miedo.

Yellow tenía veinte años, y desde Tanner no se había sentido ni con las ganas ni con el humor para iniciar ninguna otra relación. Cuando Rob apareció ante ellas y las saludó como si fuera un caballero decimonónico, Yellow sonrió con franqueza.

—Vaya, ¡cómo has cambiado! La vida te ha tratado bien, ¿verdad, chico? —de repente, ella se sintió torpe, estafalaria y poca cosa en comparación con él, y no pudo evitar avergonzarse un poco por su penosa apariencia.

—Me ofende usted levemente, joven dama, al llamarme «chico» —le respondió mientras le guiñaba un ojo—. Soy un hombre hecho y derecho, con un puesto importante, ¿sabes? Así que, sí, supongo que sí, la vida me ha tratado bien.

Sonrió con satisfacción, enseñando sus dientes blancos y cruzando los brazos para enfatizar su autocomplacencia.

—Ya veo —acertó a contestar.

Que él fanfarroneara la hacía sentir todavía más incómoda.

Rob miró de nuevo a su madre y después lanzó una mirada fugaz a su padre, como con miedo de observar a la desgracia a la cara. A veces Phil tenía ese efecto en las personas: algunos parecían temer que se les fuera a contagiar, o sencillamente no sabían cómo comportarse ante una persona cuyo destino había quedado reducido a ser un vegetal. No eran pocas las ocasiones en que Yellow se sentía tentada a espetar: «No es contagioso, ¿sabes?».

En vez de ello, se agachó, le dio un beso en la mejilla a su padre, y le preguntó:

—¿Quieres un batido, papi?

Escuchó cómo Rob se aclaraba la garganta, incómodo, pero eso la aguijoneó más todavía. Su padre era tan digno como cualquier otra persona y no pensaba dejar que nadie le hiciera sentirse incómodo. Le vio parpadear, señal de que sí le apetecía la bebida refrescante, y ella le sonrió.

—Te acompaño, Yellow.

Se volvió hacia él, extrañada, pero se encogió de hombros.

—Yo me quedo con papá, cariño, no te preocupes.

Jeanette tomó las riendas de la silla y ella se quedó a solas con Rob. Las niñas siguieron su juego, aunque Nicky se detuvo durante un instante y lanzó una mirada peligrosa al recién llegado, para después seguir emitiendo sus gruñidos diabólicos.

Rob la acompañó hasta el puesto de los helados, sostuvo dos para ella, y cuando alcanzaron de nuevo a la familia charló con ellos mientras ella le daba de beber a su padre, cosa que agradeció. Además, al final consiguió comportarse como una persona normal y pareció cómodo mientras cuidaban de Phil, así que Yellow creyó que continuaba siendo el chico animado y un poco desinhibido que había sido siempre.

Cuando terminaron los helados y dado que el ambiente había sido distendido gracias a las bromas de él, ella aceptó dar un paseo y su madre se marchó a casa con sus hermanas.

—Anda, vete y relájate un poco, que te lo has ganado preciosa.

—Gracias mamá, eres la mejor —le contestó ella, dándole un beso en la mejilla.

—Cuida de mi niña, hijo, de lo contrario te las tendrás que ver conmigo y con Nicky, ¿entendido?

Él rió y revolvió el pelo de la niña, cosa que a ella le molestó sobremanera y que él ni siquiera notó, incluso aunque la espalda puede que le ardiera de la mirada fulminante que Nicky le lanzó cuando se dio la vuelta.

Rob y ella pasearon, tomaron una cerveza (que la puso un tanto achispada debido al tiempo que hacía que no bebía), rieron mucho y, en definitiva, la hizo sentir que, quizá, la vida no era tan mala como parecía.

Ya no podía hablar tanto como antes con sus amigas y echaba de menos esos ratos de diversión y despreocupación. Encontrarse con Rob le había provocado un pequeño aguijonazo de dolor también, porque al fin y al cabo era amigo de Tanner, «el innombrable», pero se le olvidó rápidamente porque él era muy fácil de tratar.

Era el amigo de todos, siempre simpático, siempre con una sonrisa, con una palabra fácil. No había sido demasiado listo en el colegio, pero vaya, ahora decía que había conseguido empleo en una agencia de bienes raíces (a saber qué significaba aquello) y que tenía contactos en el ayuntamiento, así que las cosas le estaban yendo bastante bien.

Yellow no podía evitar sentir cierta envidia: todos sus amigos habían seguido adelante, todos estudiando, o trabajando o teniendo éxito en sus carreras, menos ella, que se había quedado atrás en Scarborough y no había podido salir de casa. Ni siquiera pudo estudiar.

Se sentía vieja. Cuando escuchaba a Rob hablar, con tanto positivismo y tanta parafernalia, ella creía estar más cerca de los ancianos de sesenta años que de los jóvenes de veinte. Se ocupaba de su casa, de su padre, de las facturas; esa era su vida, y nada más.

Cuando se separaron, Rob le pidió, con aire de indiferencia, que quedaran otro día para recordar viejos tiempos, y ella no supo qué decir. Se encogió de hombros y le respondió:

—Puede que sí.

Aunque lo más seguro fuese que no.

Era demasiado doloroso encontrarse con lo que podía haber sido, y encima repetir la experiencia.

Pero la historia no quedó ahí.

Rob comenzó a llamarla para preguntar cómo estaba, y aunque al principio no lo hacía muy a menudo, era de agradecer que se preocupara por ellas, pues no había otro hombre en la casa.

Pasaron varias semanas en las que él estuvo llamando cada vez más y hablando con Yellow sobre las cosas más irrelevantes: los amigos de él (todos menos Tanner, claro), las amigas de ella, el tiempo, las series de televisión. Poco a poco, ella se fue sincerando más y contándole los problemas de su padre, de la casa, de las niñas. Él le contaba lo difícil que había sido conseguir el trabajo después de besar miles de culos y trabajar como recadero de todos, y le contaba también cómo le iba a su propia familia, que cada vez estaba más arruinada debido al alcoholismo de su padre, con el que seguía peleándose continuamente a pesar de vivir separados.

Porque Rob era un hombre independiente, con su propio apartamento y su coche, y eso era algo que Yellow admiraba profundamente porque era algo que ella creía que nunca conseguiría.

Poco a poco, Rob comenzó a aparecer en casa y a traer juguetes para las niñas o los antojos que más le gustaban a su madre o su padre y que apenas podían conseguir. Sus visitas se convirtieron en algo habitual, y él entró a formar parte de la familia casi como un miembro más, como si siempre hubiera estado allí.

Para Yellow fue un gran alivio. Una estimable ayuda que agradecía en lo más profundo de su corazón, y que creyó ser amor. No era el amor que había sentido con Tanner, claro, tan profundo, tan inesperado, tan ingenuo y apasionado, no. Era... distinto. Nacía del agradecimiento y la admiración, y para ella eso era lo más importante en esos momentos: alguien sobre el que apoyarse, en quien confiar.

Cuando Rob le sonreía, ella le devolvía la sonrisa y eso significaba mucho. No sonreía desde hacía demasiado tiempo, y él había conseguido devolverle la alegría perdida a sus ojos.

El primer beso tampoco fue como los de Tanner: Rob tenía experiencia y era bastante más directo y apasionado. Al principio no le gustó demasiado su forma de besar, lo sentía raro, pero decidió darle la oportunidad porque supuso que no todo el mundo besaba igual. Además, ¿qué importancia podía tener cómo besara un chico cuando se portaba tan bien en tantos otros aspectos?

El día en que su padre enfermó de neumonía, él estuvo con ella.

Y cuando le ingresaron en el hospital, también.

Y cuando pasaba las noches agarrando con fuerza la mano de su madre y esperando a que él emitiera su último aliento, también.

Y también cuando le enterraron en el antiguo cementerio de Dean Road, rodeados de su familia y amigos.

Tenerle de apoyo durante esos momentos tan difíciles en que tuvo que despedirse de la persona a la que había cuidado durante tantos años lo significó todo para ella. Cuando Yellow se quedaba sola en casa y debía enfrentarse a la cama vacía de Phil, su corazón se hacía añicos. Por nada del mundo mostraba su debilidad ante su madre, que ya había sufrido demasiado y que, por si fuera poco, no podía dejar su trabajo para llorar la pérdida porque entonces no tendrían con qué comer.

Sin embargo, ahora tenía un hombro sobre el que llorar, un hombro que las ayudaría a ella, a su madre y a sus hermanas.

—Permíteme que os cuide, Yellow — le dijo arrodillado ante ella, en su propio desvencijado salón—. Cásate conmigo, y no tendrás que ocuparte nunca más de todo tú sola —y sacó una pequeña cajita de terciopelo azul que contenía un precioso y sencillo anillo de oro blanco con un brillante.

Yellow lloró, no supo si de alegría o de tristeza, y accedió. Estaba agotada.

Le necesitaba.

Y allí estaba ahora, ella viviendo todavía en casa de su madre, preocupándose todavía por todo y, encima, con otra preocupación mucho más grande: un hijo al que cuidar y alimentar.

Porque había resultado ser un desastre, un completo fraude tanto como

persona como marido. Al principio funcionó bien, claro que sí, porque él no hacía más que empezar su «carrera», el dinero les ayudó y él era un encanto. Se mudaron a una casita preciosa, con todo nuevo, que ella adoró, y aunque no veía mucho a Rob ella era feliz con lo que tenía y cuidando de sus hermanas.

Se quedó embarazada casi sin pensarlo, con solo veintiún años; cosas de la juventud. Yellow quería su propia familia, niños, una casita, y durante un tiempo, muy poco, incluso tuvo esa vida ideal que tanto deseó.

El niño nació, un pequeñín de cabellos rojizos (como los de su bisabuela), ojos verdes (como los de Nicky) y mucho nervio, y disfrutaron del pequeño adosado blanco en un bonito barrio residencial a las afueras. Todo era felicidad hasta que, de manera gradual, él pareció perder todo su encanto. No fue de forma abrupta, claro, sino más bien progresiva, con pequeños gestos, descuidos, contestaciones impropias, elevaciones de voz... Algo que nunca antes había hecho y que, cada vez, se repetía con mayor asiduidad.

Con el tiempo, Yellow supuso que su humor fue empeorando conforme se notaba la soga más apretada contra el cuello. Llegaba tarde a casa, bebido, y solía gritarle hasta que volvía a irse dando un portazo. Dejó de atender al niño, y, por desgracia, también dejó de atender muchas otras cosas que ella no sabía.

Porque le pillaron, y bien. Fue derecho a la cárcel, y por supuesto, nadie tenía el dinero necesario para pagar una fianza hasta el juicio, así como tampoco la hipoteca de la casa. Ella volvió con su madre y sus hermanas, a las que supuestamente Rob había estado ayudando, para enterarse de que no habían recibido un centavo desde hacía meses y a las niñas les faltaba de todo.

La traición que sintió Yellow fue una de las cosas más dolorosas por las que tuvo que pasar, porque Rob fue el causante de que ella dejara de confiar en las personas. Se enfadó tanto con él que no podía ni mirarle a la cara.

Como es de esperar, en el momento en que Rob pisó la cárcel fue todo suavidad, llanto y arrepentimiento por haberse portado mal con ella. Comenzó a decirle cosas que nunca le había dicho, como que siempre la había querido, que había envidiado a Tanner por conseguirla en el instituto, que nunca había dejado de quererla, y que ahora la necesitaba más que nunca.

A veces, ella flaqueaba y quería ceder, pero luego recordaba la forma en que estuvo tratándola a ella, a su hijo y a su familia, y le recordaba que, cuando una persona quiere a otra hace todo lo posible por cuidar de ella, y no al contrario.

Ella sola tuvo que ocuparse de los problemas con el banco, dejó que se quedara su estúpida casita y se turnó con su madre para empezar a trabajar mientras cuidaban del niño, que todavía no había cumplido un año.

La vida era dura, y te daba lecciones muy crueles.

Pero Yellow se había endurecido al fin, y ya no era la chica ingenua e imbécil que una vez había sido.

Rob había salido de la cárcel hacía meses, y desde entonces había estado intentando acercarse a ellos, recuperar su vida. Ella no quería dejarle entrar de nuevo. No se fiaba y, desde luego, ya no le quería. Ahora solo veía en él lo que siempre había sido: un encantador de serpientes con mucha labia y poca integridad.

Además, hacía mucho que se habían divorciado.

—Leo está bien, gracias por preocuparte. También podrías haberlo hecho antes, si nos hubieras pasado la manutención y esas cosas durante todos estos años, por cierto.

La cara de él se endureció.

—Sabía que me ibas a restregar eso de nuevo —el músculo de su barbilla se tensó antes de continuar hablando—. ¿Sabes por lo que he tenido que pasar en la cárcel, eh? Ni siquiera te lo imaginas, Yellow. En tu vida podrías imaginar algo peor que la cárcel para un hombre bueno como yo.

A pesar de la mirada furiosa de su exmarido, y aunque le hizo apiadarse un poco de él, decidió no flaquear ni un milímetro.

—Claro, claro. Un hombre bueno como tú, pobrecito... Que no dijo a nadie dónde había metido todo ese dinero.

—Sabes que no fue mi culpa, te lo dije mil veces, era tan solo un crío y esos malditos cabrones me usaron como cabeza de turco...

—Claro, Robert. Ellos te obligaron a abrir aquella cuenta a donde desviabas todo el dinero que debía pertenecer a la fundación para los

discapacitados, y que por cierto luego desapareció, ¿no? Venga ya. Ya no soy una cría, no trago más tus idioteces. Si al menos hubieras hecho algo productivo con lo que robaste... Pero no, vete tú a saber en qué lo gastaste. Porque en tu mujer y tu hijo no, desde luego. Dime, Robert, ¿acaso tenías una queridita por ahí? —le azuzó al tiempo que se apoyaba burlona contra el quicio de la puerta.

Él se quedó de piedra y pestañeó varias veces.

Y ella también.

Vaya...

Yellow se irguió de repente, agarró la puerta y, antes de cerrarla de un portazo delante de sus narices, le espetó:

—No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. Joder. ¿En serio? Joder... —se pasó las manos por la cara, se dio la vuelta para que él no viera lo furiosa que estaba y después le encaró de nuevo—. Maldito seas, Rob, ¡yo era solo una cría! ¿Cuánto tiempo esperaste para engañarme, eh? ¿Me engañabas mientras estaba embarazada?

Él resopló.

—Tienes una imaginación enorme, Yellow. Siempre la has tenido. Pareces sacada de un culebrón de sobremesa. ¿Crees que tenía tiempo para esas tonterías?

Ella soltó una carcajada.

—La verdad, no sé para qué tenías tiempo, seguramente para todo lo demás que no fuéramos nosotros. Y ahora, si me lo permites, te pediré que por favor no vuelvas a llamarme. La próxima vez que quieras ver a tu hijo tendrás que hablar con mi hermana Nicky, imbécil.

Después del portazo se apoyó contra la puerta y cerró los ojos, angustiada.

Oh, Dios. No se había esperado eso. No había esperado que lo de la amante fuera verdad, lo había dicho sin pensar, ni siquiera se le había ocurrido tal cosa durante todos esos años.

Qué demonios. Maldito imbécil, caradura, cretino, y mil palabrotas más que no le salían porque siempre había sido una mojigata ingenua.

A ver si ahora que tendría que enfrentarse a Nicky se atrevía a venir tanto a casa.

CAPÍTULO 14:

UNA INGRATA SORPRESA

Scarborough, julio de 2010

Tanner Adams estaba agobiado.

Más que agobiado, asfixiado.

Lo último que necesitaba en ese momento era otra persona de la que cuidar, porque Lillie era una fuente inagotable de necesidad pura y dura, sin más. Sí, lo ofrecía todo, pero era terriblemente exigente y él se sentía... agotado.

Porque, ¿qué iba a hacer ahora con ella? Él se había instalado en su antigua habitación para tener más cerca a su madre y su hermana, pero, ¿debía quedarse allí con ella? ¿Era mejor mandarla a un hotel? ¿Irse con ella?

Al principio no supo qué hacer con ella allí, de pie en el salón acogedor de su casa; una diva en medio de unos rústicos ingleses del Yorkshire más profundo.

Le presentó a su familia, que la miraban como si estuviesen frente a un bicho raro: su madre casi no abrió la boca (seguramente porque no sabía ni quién era esa rubia escultural) y Lucy se comportó con bastante hostilidad, lo cual tampoco le extrañó demasiado. Al fin y al cabo, a él también le trataba así. Quizá esa fuera ahora su personalidad y él se la había perdido durante demasiado tiempo.

El ambiente incómodo le hizo invitarla a subir para dejar sus cosas y ponerse cómoda, pero lo cierto es que no esperó que ella hubiera traído tanto equipaje: una pequeña maleta de cabina y dos enormes maletas, todas ellas de color rosa con brillantes y una adorno en piel de vaca que le resultaron horribles, pero que parecía ser la última en Los Ángeles. Quizá lo hubiera puesto ella misma en boga, quién sabe.

Cuando entraron en su antigua habitación el espacio pareció estrecharse

todavía más con la presencia de ella y sus tres maletas.

Algo no encajaba.

Ella no debía estar allí. Esa habitación pertenecía a otra persona.

Se sintió extraño, como si estuviera traicionando un recuerdo, a una persona, o incluso como si estuviera poniendo los cuernos a su esposa. Esa habitación estaba llena de recuerdos felices con Yellow: de besos, de caricias, de risas, de sus canciones favoritas. Meter allí a otra mujer le hizo sentirse mal consigo mismo, como si fuera un traidor.

Pero ¿traidor de qué?

Ella fue quien le dejó. Fue ella quien, por si fuera poco, se liara con su mejor amigo y, además, se quedara embarazada de él. Ella tenía otra vida en la que él no encajaba, y él no debería estar pensando en todas aquellas bobadas después de tantos años.

—Me encanta, Tan, cariño —él odiaba que le llamase Tan, pero nunca se lo diría. La observó mientras recorría el perfil del escritorio con la mano, que tenía adornada con unas uñas esmaltadas en color rosa fuerte y varios anillos—. Es todo tan... tú.

Él se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño.

—Vaya, me alegro que me compares con una habitación vieja y ruinososa...

Aunque sonreía, no pudo evitar sentir una punzada de rabia. Aunque ya lo sabía, a veces era difícil aceptarlo: él nunca estaría a la altura del maravilloso y perfecto Jason, que había nacido entre algodones y siempre conseguía lo mejor. No, él era el chico raro, el inglés de barrio, el eterno segundón.

Por un instante se sorprendió odiándola: estaba seguro de que no habría dejado al idiota de su exnovio si él no le hubiera dejado otra opción, si no la hubiera menospreciado de manera pública. De no ser así, ¿por qué la había conseguido al fin? ¿Qué era lo que había cambiado a lo largo de todos esos años intentando conseguirla?

¿Y por qué la había querido él, para empezar?

La miró pasearse por la pequeña habitación, observar los posters, sonreír y, finalmente, llegar hasta la pequeña butaca donde tantas veces se había

sentado Yellow, y se dejó caer.

Él apartó la mirada.

No estaba traicionando a nadie. No, no lo hacía, se repitió una y otra vez.

—¿Cómo está tu familia?

Volvió a mirarla y, de nuevo, buscó el lado positivo de la situación: era la más guapa, tenía mucho talento. No pudo pensar en más. Se encogió de hombros.

—Aceptando la situación, dadas las circunstancias.

—Nunca me has hablado de tu padre.

Vaya.

Vaya... No, eso sí que no. No pensaba hablarle a ella de eso, de una cosa tan íntima, de algo que le dolía y, al mismo tiempo, le avergonzaba tanto. Ella venía de Hollywood, de un lugar en donde se pagaba con la misma moneda cualquier debilidad.

—Es ley de vida, Lillie. Ya no está, le echaré de menos, pero son mi madre y mi hermana quienes más me preocupan.

Ella asintió.

—Tu madre... parece muy afectada.

—Siempre se apoyó en él para todo, le va a resultar muy difícil salir adelante sola.

Quizá ese fuera el momento de ir preparando el terreno. Sí, estaba más que seguro, debía decirle allí y ahora que tenía intención de quedarse más tiempo, que no podría estar cerca de ella durante unas semanas. Quizá más.

—Supongo que sí. No puedo imaginarme perder a alguien con quien se ha pasado tanto tiempo.

Ella provenía de una familia rota, de unos padres divorciados que habían luchado por su custodia como leones... Sobre todo después de que ella se hiciera famosa con tan solo dieciséis años.

—A veces no es bueno depender tanto del otro, Lillie —le respondió mientras se sentaba en la cama y se apoyaba en el cabecero.

—Quizá te sorprenda. Muchas mujeres somos más fuertes de lo que parecemos, Tan. Eres muy perceptivo, deberías saberlo ya.

Él entrecerró los ojos, se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—Supongo que sí. Y a lo mejor podemos probar lo fuertes que son también los muelles de esta cama, ¿qué te parece?

Ella sonrió de medio lado.

—Estás como una puñetera cabra.

—Lo decía en broma...

—Ya.

Lo cierto era que sí, lo había dicho en broma, en parte para quitarle hierro al asunto y en parte para alejar la conversación de aquel tema tan peliagudo y doloroso. No tenía ninguna intención de hablar de esos temas con ella.

Sin embargo, aunque Lillie parecía una mujer razonable, se recostó un poco contra la pared y se cruzó de piernas en una pose sensual.

Tanner desvió la vista. Ya sabía lo que quería: quería besos, quería palabras de amor, quería cariño.

Y en esos momentos él no se lo podía dar. Debía comprenderlo.

—Escucha, preciosa, he pensado que...

—Malo, malo, cuando me llamas «preciosa». Algo quieres, Tan. Venga, dímelo, que Lillie hará lo que pueda por dártelo.

Se levantó y caminó hacia él para sentarse a su lado. Los muelles de la cama chirriaron.

Tenía que cambiar ese colchón ya.

Ella levantó una mano y le acarició los rizos. Apoyó un brazo en la cama, rodeándole, y le miró a los ojos a la espera de su petición.

Él se armó de valor.

—No puedo volver a casa ahora, Lillie.

Ella bajó la mano de golpe y le miró con gesto grave.

—Claro, que no, por supuesto. Lo entiendo. ¿Qué piensas hacer?

—Tengo que quedarme aquí unos días... No sé cuánto tiempo, pero tengo que arreglar las cosas en casa, ayudar a mi madre.

Ella asintió.

—Puedo quedarme contigo, si quieres.

Oh no, oh no... Aquello se estaba complicando por momentos.

—No quiero que dejes de lado tus compromisos. De verdad, no es necesario. Y además, supongo que no te sentirás cómoda viviendo aquí, en esta casa, con mi madre y mi hermana...

¿De verdad la heriría tanto si le decía la verdad? ¿Si le contaba que necesitaba estar solo, arreglar las cosas, pensar?

Idiota. Era un idiota. Claro que la heriría. Si se sentía rechazada, Lillie podía ser imprevisible. Al igual que podía darte todo su amor y dedicación cuando era necesario, también podía convertirse en un monstruo con dos cabezas cuando no obtenía lo que quería.

—Puedo quedarme solo unos días, si quieres, para ayudarte. Te daré apoyo moral.

—¿Y dónde te quedarás?

—Pues contigo, tonto. ¿Dónde si no?

Se miraron a los ojos, ella con una sonrisa y él intentando no demostrar emoción alguna.

—Lillie... —comenzó a decirle al tiempo que levantaba la mano para acariciarle la mejilla—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pero ahora, de verdad, que necesito hacer esto solo, necesito enfrentarme al pasado por mí mismo. Lo entiendes, ¿verdad cariño?

Ella se irguió y se separó de él. Su expresión cambió de manera radical. Entrecerró los ojos y le observó durante unos segundos en los que Tanner pensó que, de haberle salido una lengua viperina, no le habría extrañado en absoluto.

Eso era algo que siempre le había gustado de ella: su carácter, su fuerza, su arrojo, las ganas de luchar por lo que quería. Era una guerrera que nunca

se rendiría ante nada. Que nunca le dejaría atrás.

Ahora, por el contrario, no le gustaba tanto aquel aspecto de su personalidad: la hacía parecer más débil, en realidad.

—Tanner Adams, si piensas por un segundo que voy a agachar el rabito y largarme de aquí para dejarte solo con todos tus problemas, puedes ir olvidándote. Lillie McFly no huye. Nunca. ¿Me has entendido?

§

Tanner terminó llevándose a Lillie de casa e instalándose con ella en el hotel más lujoso de la ciudad, *The Grand Scarborough*, donde él supuso que tendrían la intimidad que ambos necesitarían.

Sin embargo, no todo fue tan bonito: alguien del hotel debió de colar a la prensa la llegada de ambas celebridades, porque las revistas del corazón del día siguiente mostraban una fotografía en primera plana de la pareja entrando de la mano, seguida por un botones y las descomunales maletas de Lillie.

Dos días después, mientras desayunaban tranquilamente en la enorme y mullida cama de sábanas blancas del hotel, Lillie se dedicó a contestar twitts e hilos de Facebook y a pedir a todos sus fans que, por favor, respetaran la intimidad que necesitaban en ese momento. Mientras, se lo iba relatando todo con pelos y señales a Tanner, que masticaba a su lado una deliciosa *muffin* que, por desgracia y a pesar de su precioso aspecto, no le sabía a nada.

¿Desde cuándo se habían convertido en un matrimonio? ¿Por qué tenía ella que hablar por los dos, añadiendo además el término «necesitamos»?

Dejó la magdalena de nuevo en la bandeja y se marchó a la ducha, aunque Lillie siguió parlotando todo el rato como si no pasara nada. Se quedó un rato debajo del chorro, pensando en cómo debía actuar, qué hacer para ayudar a su madre y a su hermana, en caso de que ella le aceptara, mientras Lillie estuviera todavía en la ciudad. Sería un obstáculo, ¿por qué no se había dado cuenta?

Desde que llegó no había hecho más que atraer problemas con ella. Le había conseguido un móvil que él ni necesitaba ni pidió, y donde ahora no hacía más que recibir las llamadas airadas de su manager, de su agente e incluso de la discográfica misma para saber cuándo podría volverse a poner a trabajar. ¡Como si fuera tan fácil!

¿Es que toda aquella gente no tenía corazón? ¿No tenía familia? ¿No había perdido nunca a un ser querido?

Él no era una maldita máquina de hacer dinero. Durante un tiempo sí lo fue, por suerte para muchos, pero puede que aquella parte de su vida ya estuviera tocando a su fin. Y la daría por terminada si le daba la real gana, o no. No necesitaba a nadie ladrando a sus espaldas.

También necesitaba poner muchas cosas en orden. Su hermana le había pedido que le ayudara a deshacerse de muchos de los trastos de su padre que se amontonaban en casa, porque su madre era incapaz de hacerlo y, según Lucy, era lo primero que tenía que hacer para continuar con su vida sin él.

Había quedado con ella al día siguiente, cuando ella se ausentara para un ritual de spa y belleza, porque necesitaba con todas sus fuerzas pasar ese rato a solas con su hermana. Quería hablar con ella y estaba resultando de lo más difícil.

Cuando terminó de aclararse el jabón y cerró el grifo, escuchó voces en el salón.

Lillie hablaba con alguien, pero la otra voz era tan suave que apenas se escuchaba.

—Claro, eso también te lo puedes llevar. Gracias —la escuchó decir al abrir la puerta.

Se quedó allí parado en el umbral, mirando sin parpadear a la otra persona. Gotas de agua le caían del pelo mojado y recorrían su pecho desnudo hasta llegar a la toalla, que llevaba atada a la cadera. Llevaba otra toalla al cuello, pero por alguna razón no podía quitar la maldita mano del pomo de la puerta del baño ni apartar la mirada de la mujer que tenía delante.

Ella le miró de reojo y continuó con su tarea como si tal cosa.

—Si lo desean, puedo pasar más tarde —le dijo a Lille mientras recogía los restos del desayuno y sacaba la bandeja hacia el pasillo.

—Eh... No sé, cariño, quizá puedas recoger solo un poco y marcharte, porque no sé cuánto tiempo nos quedaremos en la habitación, ¿verdad amor? —le contestó Lillie a la chica de la limpieza. Después se giró y le sonrió a él. Esperaba su respuesta.

Él carraspeó.

—Claro... Esto... —Cambió el peso de una pierna a la otra—. Hola Yellow... perdón, Linda. Hola Linda, ¿cómo estás?

—Bien, gracias —le respondió ella sin mirarle.

—¡Oh, vaya! No sabía que os conocíais —interrumpió Lillie cambiando su mirada del uno a la otra.

Yellow, que había conectado la aspiradora a un enchufe, se irguió y miró a Tanner con una ceja levantada.

Aquello sí que era incómodo.

—Yellow fue... Linda fue...

—Fuimos compañeros de instituto —sentenció ella, para después encender la aspiradora en la antesala y comenzar a pasarla por la habitación con movimientos bruscos.

Tanner la miró de arriba a abajo, aprovechando que le daba la espalda. No es que no hubiera sabido responder, era que dolía demasiado decir cuánto había significado ella en su vida. La había intentado enterrar en un rincón de su mente, junto a los recuerdos más dolorosos de las personas a las que más había querido en su vida.

Pero ahora que la tenía delante, se dio cuenta de que todo aquello no había funcionado. Verla le dolía. Era un capítulo no cerrado de su vida, un asunto pendiente que, en los momentos en que se sentía más solo y desesperado, amenazaba siempre con volver a asomar.

¿Qué hacía allí, con aquel atuendo tan formal, limpiando las habitaciones de un hotel? ¿Es que acaso Rob no había cuidado de ella y de su familia? ¿No se suponía que le había ido bien en la vida?

Miró a Lillie, que había vuelto a sus redes y no se percató de lo que sucedía, y se dirigió a su maleta. Cogió lo primero que tenía encima y entró de nuevo al baño a vestirse en una exhalación.

Cuando salió, Yellow estaba desenchufando la aspiradora y se marchaba al pasillo.

Necesitaba hablar con ella. Tenía que hacerlo. Tenía que cerrar el círculo.

—Ey —la sujetó con suavidad por el brazo tras seguirla hasta la puerta.

Ella se dio la vuelta y le miró fijamente a los ojos, esos ojos que ahora estaban tan tristes, tan vacíos. Los ojos de una mujer hermosa que no tenía nada que ver con la niña de la que él se enamoró.

—Señor Adams, estoy trabajando.

—Lo sé, yo... Solo quería... —Maldición. Cada vez que iba a hablar con ella volvía el niño tímido e inseguro de su juventud. ¿Qué le estaba pasando? —. Quería tomar un café un día de estos contigo. Si tú quieres, claro.

Ella le miró de arriba a abajo, como pensando para qué demonios querría él tomar un café con ella. Su mirada se desvió hacia el interior de la habitación, donde Lillie tecleaba como loca.

—¿Y para qué ibas a querer hacer eso? —susurró, temerosa de que la cantante le escuchara.

Tanner sonrió. La sencillez que había en ella le gustó.

—Solo quería hablar contigo, aclarar algunas cosas, saber cómo te va. El otro día en el funeral no pudimos hablar.

—Me va bien, no te preocupes.

Él suspiró. ¿Por qué demonios era tan difícil? Tomar un café, que él supiera, no significaba nada.

—Yellow... Vaya, lo siento de nuevo —se reprendió a sí mismo de nuevo por no poder llamarla por su nombre real y se pasó la mano por la nuca, avergonzado—. Linda, solo seremos dos antiguos amigos tomando un café juntos. Di que sí, por favor. Me ayudaría bastante hablar contigo.

Era verdad.

Le ayudaría mucho, muchísimo.

Le ayudaría a aclarar sus ideas, a saber por qué la extrañaba tanto al volver a Scarborough, a conocerla de nuevo. No, a conocerla de nuevo no, maldita sea. Él se marcharía de allí pronto, en cuanto las cosas en casa estuvieran solucionadas, y no podía volver a pasar por todo aquello. Solo quería aclarar las cosas.

Le ayudaría a cerrar aquella puerta. Para siempre.

—Por favor —le suplicó mirándole a los ojos.

Ella suspiró. Tanner se dio cuenta de que las pecas que tenía en su nariz todavía estaban allí, incluso con un tono algo más fuerte. Su corazón se encogió.

—Está bien, Tanner. Tomaré ese café contigo, si tanta falta te hace.

CAPÍTULO 15:

LA ESTÚPIDA IDEA DE TOMAR UN HELADO

Yellow se quitó la ropa y volvió a ponerse otra por quinta vez. Todo lo que tenía estaba tirado encima de la cama, más otro tanto del armario de su hermana Nicky, que tenía muchos conjuntos negros bastante pasables, para ser un bicho tan raro.

No podía decidirse por nada porque, se decía, el problema era que no tenía claras las intenciones de Tanner con aquel maldito café. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué necesitaba tanto tener una conversación? ¿Sobre qué? Esperaba que no fuera a hablarle del pasado, o a sacar trapos sucios, o a restregarle lo bien que le iba la vida en Estados Unidos, con su famosa y perfecta novia...

Cuando él le había lanzado esa mirada de corderito degollado en el hotel, ella había accedido por orgullo. Sí, por orgullo. ¿Acaso un famoso cantante no podía pedirle algo a una humilde camarera de hotel? Aunque se sintió humillada cuando vio quiénes eran los huéspedes, levantó la cabeza y continuó con su labor con orgullo. Ella valía tanto como cualquier otra mujer, claro que sí. Y mucho más que otras. Era capaz de planchar, ayudar a Leo con los deberes y contestar a todas las preguntas de su programa favorito al mismo tiempo. Seguro que esa larguirucha que no había tocado casi nada del desayuno era incapaz de hacer ninguna de esas cosas, ¿verdad?

Así que sí, su orgullo se alzó victorioso y encontró el momento mágico para rugir como una leona: ¡sí, sí, señor Tanner Adams, puedo y me digno a tomar un café con usted, si tanto me necesita!

Ahora se preguntaba para qué lo había hecho. No quería complicarse más la vida. Se encontraba en un momento delicado, uno en donde no podía permitir que afloraran viejos fantasmas, uno en el que solo podía mirar hacia adelante, aunque no supiera cómo, y Tanner era una complicación añadida y una molestia.

Sí, era una molestia, se repetía una y otra vez.

Sin embargo, para ser tan solo una molestia, se estaba pensando demasiado cómo debía ir vestida.

Enfadada consigo misma, se quedó con el vestido más sencillo que tenía, uno de manga corta y un poco de vuelo de color gris. Discreto y sencillo. Con eso le demostraría que le importaba muy poco quién fuera él ahora: para él, ella era Linda y nada más que Linda. Yellow había quedado atrás hacía muchos años.

Cogió su bolso, le dio un beso a Leo, que estaba acurrucado con Anne mientras veían una película de dibujos animados, y se despidió de su madre.

—¡Dentro de un ratito vuelvo!

La interpelada salió como un rayo de la cocina mientras se limpiaba las manos.

—Y no se te olvide decirle de mi parte que está guapísimo, ¿lo oyes? Aunque que sepa que no se me olvida aquella vez que...

—Mamá, déjalo. Va a ser solo un café, solo por esta vez, y porque está triste y necesita un amigo, ¿vale? Hasta luego.

Jeanette fingió indignación, se colocó el paño de cocina en la cadera y entrecerró los ojos:

—Si tu abuela estuviera aquí, te diría que eres una irrespetuosa. Te diría además que le dijeras a Tanner que le debe...

Yellow puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y dejó a su madre hablando a solas.

Había quedado con Tanner en la esquina del cementerio cercano a casa, ese en donde habían paseado (y otras muchas cosas) cuando eran unos críos. Antes de entrar de nuevo en la habitación del hotel, le había pedido el número de teléfono y le dijo que le enviaría un mensaje en cuanto estuviera disponible, y ella le había respondido que intentaría ir cuando estuviera libre. ¡Maldito presuntuoso, que creía que todo el mundo estaría a su disposición! ¿Es que no había cambiado nada?

Eso hirió un poco a Yellow, porque sabía además que se refería a cuando la rubia le dejara tiempo para quedar con ella, pero al fin y al cabo, Tanner

tampoco sabía nada de su vida y quizá pudiera inventarse que tenía un novio maravilloso y que todo le iba a la perfección.

Se miró el móvil mientras caminaba. El mensaje que le había enviado y que le indicaba la hora exacta en que estaría esperándola seguía allí, tal cual lo había leído la última vez. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

No podía pasar por aquello. Oh, Dios. No podía ponerse nerviosa ni pensar en él como aquella persona a la que tanto quiso. Él era ahora otra persona muy distinta, era el gran Tanner Adams, novio de Lillie McFly, alias la perfecta vampiresa.

No iba a dejarse llevar, así que respiró profundamente y dobló la esquina.

Y le vio.

Y entonces el tiempo se detuvo y dio marcha atrás: todo parecía sacado de la escena de una antigua película que ya había visto, una en la que el chico esperaba con su pelo despeinado, sus vaqueros rotos y su camisa de cuadros en la esquina del cementerio, apoyado en el pequeño muro de piedra.

Añoranza, aquello era añoranza, nada más.

Se acercó a él con paso decidido, aunque se preguntó si él no se daría cuenta de que le temblaban las piernas. Menos mal que llevaba zapatos planos, porque de ir sobre unos tacones ahora mismo seguramente habría besado el suelo que él mismo estaba mirando en esos momentos.

Conforme se acercaba, la imagen del chico joven y desgarbado se fue difuminando y fue sustituida por la de un hombre con el mismo tipo de atuendo, sí, pero con aspecto mucho más maduro.

—Hola —dijo en un tono que sonó mucho más brusco de lo que pretendía.

Bueno, si sonaba borde, ¿qué más daba? Así era ahora ella, tanto si a él le gustaba como si no.

Tanner levantó los ojos del suelo y la miró, y ella sintió como si ese azul le atravesara las entrañas y le llegara hasta las tripas, removiéndoselas por dentro. Entonces, él sonrió.

—Lo siento, estaba distraído, no te he oído llegar —y se acercó a ella para plantarle un beso en la mejilla.

Ella se dejó hacer, e incluso ladeó un poco la cabeza para permitirle que la besara, y sus rizos le rozaron la nariz. Olía muy bien, a algo muy masculino, a hombre con estilo.

«Déjate de tonterías», se repitió ella una y otra vez, y le sonrió con la boca cerrada. Le gustaba el olor porque hacía años que no olía a nada masculino, eso era todo.

Bueno, lo estaba haciendo lo mejor que sabía, nadie le podía reprochar nada, ¿verdad?

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó él.

—¿No se suponía que íbamos a tomar un café?

—Sí, pero quizá sea mejor que nadie nos vea sentados juntos en una cafetería —le respondió mientras se encogía de hombros.

Ella apretó los labios. Claro, se avergonzaría si le vieran con ella. Maldito estirado.

—Después de que llegó Lillie, es imposible salir por ningún lugar público de Scarborough sin que algún fotógrafo te haga una foto. Prefiero un poco más de intimidad, si no te importa.

—No, claro, no me importa.

«No me importa nada en absoluto, vamos. Es más, me importa un rábano. Termina ya con esto y deja que me marche a casa», se dijo.

Sin embargo, no expresó ninguna de esas palabras y comenzó a caminar con él en dirección al lugar más apartado de la ciudad, la playa norte.

Aquello se ponía cada vez peor. ¿Por qué tenía que hacer él todo eso?

Seguramente, porque ya hubiera superado lo suyo. Seguramente, porque ni recordaba lo que habían hecho juntos. No recordaría cuántas veces habían paseado por allí, ni cuántas veces habían visitado con los chicos aquel lugar y tampoco se acordaría del día de su cumpleaños, cuando se dieron aquel primer beso y comenzaron a salir.

¿Cómo iba a recordarlo? Aquello formaba parte de un pasado demasiado lejano y modesto para él, que ahora tenía tanto.

—Bueno, debo admitir que siento curiosidad por saber por qué

necesitabas tanto hablar conmigo —decidió decirle.

Era mejor no andar con tonterías y acabar cuanto antes con aquella charada. Mostrarse segura y directa era la mejor manera de protegerse. Luego se recordó que su padre acababa de fallecer y que quizá él necesitara hablar con alguien cercano, e intentó relajar su actitud.

Notó cómo él la observaba.

—Has cambiado mucho, Linda.

Ella se encogió de hombros.

—El tiempo es lo que tiene, que cambia a la gente.

—No me refiero a eso... Bueno, déjalo, da igual —se dio la vuelta para mirar de nuevo al frente y le escuchó suspirar—. Yo... quería saber cómo te ha ido y todas esas cosas.

Ella resopló.

—¿En serio? Mira, Tanner, no quiero ser dura contigo, de verdad. Sé que has perdido a tu padre y debes estar pasando un momento muy duro porque él era muy importante para ti, pero no entiendo esta situación. No sé en qué puedo ayudarte, y de verdad, no puedo creerme que ahora, de repente, te interese saber cómo me han ido las cosas.

—Eres directa.

—¿No estás acostumbrado a las mujeres directas allí en Miami?

—Los Ángeles, vivo en los Ángeles, en Malibú.

—Bueno, donde sea.

Él volvió a mirarla, como si estuviera atravesándola con la mirada, y ella frunció el ceño y continuó con la suya fija en el frente.

—¿Dónde quedó aquella chica amable, cariñosa y risueña que yo conocí?

«Atrapada en una mierda de vida», le hubiera gustado contestar. De hecho, casi se lo dijo. Pero se mordió la lengua.

—Eso fue hace mucho tiempo, Tanner. Me sorprende que te acuerdes todavía.

Él volvió a mirarla, pero se había metido las manos en los bolsillos y

encogía los hombros. Le estaba intimidando. Ella, la poquita cosa de Yellow, le estaba intimidando. Eso estaba bien.

—Claro que me acuerdo, ¿es que acaso tú no? Fuiste mi primer amor, Linda. Eso nunca se olvida.

Lo dijo de una manera tan casual, como si tal cosa... Como si estuviera hablando con un colega, y no con ella, con su primer amor. Ella sabía que ya no significaba nada en su vida, desde hacía mucho tiempo, por supuesto, pero de alguna manera le resultó reconfortante saber que ella había sido tan importante para él en su día.

Su actitud se suavizó un poco. Debía relajarse, pero tampoco demasiado. No lo suficiente como para ser vulnerable, porque era muy posible que, si continuaba así, él consiguiera raspar un poquito su corazón maltrecho.

—Yo también lo recuerdo.

Llegaron a la playa y continuaron caminando. Hacía buena tarde, pero por si acaso ella llevaba colgado un chal del bolso. La buena de Linda, siempre tan previsor, siempre tan fuerte y segura.

Menos ahora. Él tenía esa capacidad innata de ponerla nerviosa.

El lugar la ponía nerviosa.

Bueno, él y el lugar, porque el conjunto le recordaba demasiado a aquel precioso día, uno de los más felices de su vida, cuando lo pasaron tan bien y después se dieron el primer beso. Ni siquiera el día que hicieron el amor le parecía tan bonito como aquél, aunque cada cumpleaños que pasara no pudiera evitar recordarlo.

Él había seguido adelante, tenía una vida maravillosa, y ella no podía evitar recordarle cada uno de sus cumpleaños porque él se lo había estropeado al querer hacer el amor con ella por primera vez. Si al menos no hubiera sido su cumpleaños, ella podría haberle olvidado con mayor facilidad, podría...

Un momento. ¿Cómo que «podría haberle olvidado»? Ella ya le había olvidado. Era normal que sus cumpleaños le recordaran a él, y a lo mejor no todos, tampoco había que exagerar.

—¿Alguna vez piensas qué podría haber ocurrido si no me hubiera

marchado a Londres?

La pregunta de él le sorprendió, y ahora le tocó a ella volverse hacia él.

—Pues la verdad es que no, Tanner. Mi vida ya es demasiado complicada como para ponerme a pensar en lo que podría haber ocurrido. Además... Si te hubieras quedado, no serías más que otro chico tratando de ganarse la vida con un sueldo miserable, como todos los de aquí.

—Bueno, no creo que todos se ganen mal la vida. Tus amigas viven muy bien en Leeds y Manchester, ¿verdad? Jonas está casado con Mel y viven en Leeds. Van a tener su primer hijo, así que se podría decir que les va muy bien. Tú... estás casada y tienes familia también, ¿verdad?

Ella resopló.

—Creo que te has quedado un pelín atrás en la historia. Pero sí, tengo un hijo. Con Rob. Se llama Leo y va a cumplir nueve años. Es todo un personaje.

Tanner sonrió, pero su mirada estaba perdida a lo lejos.

—¿Quieres que nos sentemos un rato? —le preguntó.

A Yellow su voz le pareció tan cansada que aceptó sin pensarlo. De repente, no era ella quien debía dar pena y no sabía por qué. Él estaba agotado, y se notaba a leguas que estaba solo.

—Tanner, ya sé que te lo dije, pero siento mucho lo de tu padre —le dijo mientras le daba un ligero apretón en el brazo.

Después se lo soltó, porque no quería sobrepasarse. No era muy dada a profesar su cariño con gente con la que no tenía confianza. Esos tiempos ya habían pasado.

—Lo sé.

Él agachó la cabeza y se quedó mirando fijamente el suelo, y ella pensó que iba a llorar. Sin embargo, comenzó a hablar.

Un chorro de palabras, como si no pudiera pararse.

—No es un secreto que no me hablaba con él, ¿sabes? Y el caso es que... Sí, tuvimos una de esas peleas de padre e hijo hace años y yo... En fin, no volvimos a hacer las paces antes de que muriera porque él no quiso llamarme.

¿Te lo puedes creer, Yellow? —ella no le contradijo en esta ocasión. Si quería llamarla Yellow en ese momento, que lo hiciera—. ¿Y sabes otra cosa? Yo tenía razón. Lo peor de todo es que yo tenía razón. No fue hasta que pasé muy de largo los veinte que me di cuenta de cómo había estado mi vida dirigida por él, hacia todo lo que él quería y no había podido tener. No es que yo no lo quisiera, ¿entiendes? Porque siempre lo he querido, adoro la música, pero... Él lo hacía todo. No me dejaba decidir nada. Era... absorbente. Ya no le soportaba más. Cada día que pasaba se me hacía más difícil escucharle. Nos peleamos, y cuando ya no estuvo conmigo me di cuenta de lo libre que me sentía. Qué ironía, ¿no? —Hizo una pausa para pasarse una mano por la boca, se recostó contra el respaldo del asiento y miró hacia el mar—. Ahora no me siento nada libre. Me ha dejado amarrado al pasado para toda mi vida. No me ha dado la oportunidad de hacer las paces con él. Tampoco me ha dado la ocasión de demostrarle que podía ser el mejor.

Ella miró aquellos ojos azules que reflejaban las olas del mar, y volvió a sentir que era demasiado fácil enamorarse de él, de esa mirada triste, de su personalidad insegura, de ese aire de cachorrito necesitado de cariño cuando se quitaba la máscara de tipo duro.

«No, no, no, no... No hagas eso, maldita sea. No caigas otra vez, estúpida. No vas a enamorarte de él otra vez. Solo te da pena, pero él no es asunto tuyo. No volverá a enredarte», se convenció.

Se recostó también contra el respaldo e hizo lo mismo que él, mirar hacia el infinito. De esa manera, no tendría que ver lo guapo que era, el hombre atormentado en que se había convertido. Ella no iba a salvar a nadie, ni quería hacerlo, bastante tenía con lo que tenía ya... Pero si él necesitaba hablar... Pues le dejaría desahogarse, y después se volvería a casa con su familia y continuaría con su vida, como siempre.

—Te entiendo perfectamente —le respondió—. Pero Tanner, ¿no tienes a nadie con quién hablar sobre ello? Es que, no sé... Hace tanto tiempo que no nos veíamos que... se me hace extraño que me cuentes todo esto a mí.

Él negó con la cabeza.

—No sabes la falsedad que hay en el mundo en el que me muevo. Allí no hay verdaderos amigos, aunque tampoco es que yo sea muy bueno escogiéndolos la verdad.

La pulla se le clavó en el alma. Encima tenía que aguantar todo aquello.

—Rob era tu amigo, nunca te traicionó. Ni yo tampoco.

—Ya —respondió él.

—No tiene sentido que insista sobre ello, la verdad, pero lo haré porque creo que es lo que estás buscando. Quieres saber por qué, ¿no? Por qué él.

Él se giró y la miró. Esta vez, su mirada era dura, estaba decidida. Sí, quería saberlo. Pues bien, si quería saberlo se lo iba a contar, con pelos y señales.

—Le necesitaba. Rob estuvo ahí cuando necesitaba un hombro en el que apoyarme —ella desvió la mirada y apretó los labios para aguantar las lágrimas que estuvieron a punto de recorrerle la cara.

¿Por qué tenía que hacerle pasar Tanner por aquello? ¿Por qué le seguía afectando tanto el pasado?

Era normal, se decía. Tenía un hijo nacido de esa unión, pero lo suyo con Tanner fue lo único bonito que había tenido con un chico jamás, como un pequeño oasis de felicidad en su vida. Sin preocupaciones, sin otra cosa más en que pensar, solo ellos. Fue precioso, y después fue doloroso. Y finalmente, acabó.

Tanner asintió con la cabeza, como si entendiera lo que le había dicho.

—Creo que esa iba por mí, ¿verdad?

—No todo el mundo gira ni giraba alrededor de ti, Tanner —espetó ella. No había querido ser tan brusca, pero el rencor en aquellas palabras había sido inevitable—. Puede que no te des cuenta, pero cuando tú y yo salimos, todo, absolutamente todo, giraba alrededor de ti. No te estoy echando nada en cara, de verdad, porque yo no necesitaba nada. Pero después sí lo necesité. Las cosas aquí no han sido nada fáciles.

—Lo entiendo.

Ella tenía ganas de decirle que no entendía nada. ¿Cómo iba él a entender nada, con aquella vida maravillosa que le había caído llovida del cielo?

—¿Por qué trabajas en el hotel? ¿No pudiste estudiar nada?

—No.

—¿Qué fue de tu sueño de convertirte en astrónoma?

A pesar de que el tono de él era más ligero, de que ella sabía que él quería dirigir la conversación hacia temas menos controvertidos, ella no podía quitarse esa sensación de inquietud de encima.

—Bien podía haberme convertido en astróloga. Me habría ido mejor, al menos.

Él rio, y a ella se le encogió el corazón. Ya no era la risa de un niño, era la risa de un hombre, uno que lo tenía todo. Hasta la mujer más deseada del mundo. ¿Qué narices hacía allí con ella?

—Te habría ido bien en lo que hubieras querido hacer, estoy seguro. ¿Por qué no estudiaste?

Idiota. Era un imbécil redomado que vivía en un mundo de fantasía.

—Tenía que cuidar de mi padre. Cuando él... cuando tuvo el accidente, solo quedamos mamá y yo en edad de trabajar, así que decidimos que, como yo era demasiado joven, me quedaría en casa y me haría cargo de papá.

Hubo un tenso silencio. Él la observaba, y al final se atrevió a hacer la pregunta que tanto estaba deseando:

—¿Y Rob no te ha ayudado?

La risa sarcástica de Yellow no sonó tan sarcástica como pensaba, sino más bien amarga.

—Pensé que iba a hacerlo, la verdad. Y al principio lo hizo. Volvió a aparecer un par de años después y todo le iba bien... Se encargó de nosotras, nos ayudó. Pero al poco tiempo fue de cabeza a la cárcel por malversación de fondos, y después nos separamos. —Antes de continuar, se dio la vuelta hacia él y le miró con aspecto amenazador—. Pero no te consiento ni por un segundo que sientas pena por mí, ¿de acuerdo, señor Tanner Adams? Nunca en mi vida he tenido algo tanpreciado como mi hijo Leo, que es lo que me dio él, así que no me arrepiento de absolutamente nada. Además, esta semana será la última que me dedique a limpiar. Lo he hecho en varios sitios, sí, y no me avergüenzo de nada, pero ahora por fin puedo volver a estudiar. Y lo haré. Podré volver a empezar.

Él pestañeó, aturdido.

Si tan solo dejara de hacer aquellas cosas tan estúpidas que le hacían parecer más guapo. Ella no era una maldita groupie. No iba a caer rendida a sus pies ni nada por el estilo.

—No siento pena por ti, en absoluto. Es... genial. La verdad es que te admiro. ¿Cuándo le metieron en la cárcel?

Ella le contó, muy por encima, la truculenta y breve historia. Cuando terminó, él negaba con la cabeza.

—Vaya, no lo sabía... Ese imbécil de Rob —apoyó los brazos en las rodillas, cruzó los dedos de las manos y se inclinó para continuar mirando hacia el mar. Parecían dos viejos amigos teniendo una conversación normal, y ella comenzó a sentirse menos incómoda.

—De todas formas, me va bien. Estoy muy feliz. En casa estamos todas muy unidas, y mi pequeño Leo es todo un león, me hace muy feliz.

Cosa que era del todo cierta, así que le sonrió. Él se giró, la miró y le sonrió también.

—Me alegro —y su sonrisa pareció sincera.

Qué guapo era. Siempre se lo había parecido, por mucho que algunos dijeran que solo era atractivo, o que tenía esto o aquello. A ella siempre le había parecido el chico perfecto: tierno, sensible, que sabía escuchar. Y un poco egocéntrico también, eso era algo innegable, pero tenía un atractivo diferente a todo cuanto había conocido.

Bueno, había llegado la hora de acabar con toda aquella tontería.

—Tú también pareces feliz, ¿no? Quiero decir, sé que estás triste por haber perdido a tu padre y es una situación dolorosa, pero tienes quién te acompañe. Tienes a Lillie McFly, y tu carrera. El mundo te sonríe, chico. Es lo que siempre quisiste.

Él borró su sonrisa y apartó la mirada.

—Sí, claro —respondió mientras asentía.

Seguramente no quería restregarle a ella por la cara lo maravillosa que era su vida de artista, y ella no se lo reprochó. Más le valía callársela, a ella no le hacía falta conocer los pormenores de la felicidad del gran Tanner Adams.

—En fin... ¿quieres un helado? Si tenemos suerte y el vendedor de helados no es una quinceañera, quizá nos podamos tomar uno con tranquilidad. ¿Qué dices?

Ella rió y accedió. Se pidió uno de vainilla, que era el sabor que más le gustaba, y él se pidió otro de chocolate. Se lo comieron como si fueran dos niños pequeños, con una charla trivial y sin entrar en confidencias, hablando solo de tonterías. Yellow se manchó el vestido con el helado y, al querer limpiárselo, se dio con el cono en la barbilla, y pronto tuvo pegotes de helado por todas partes. Rió como una niña, y Tanner le dijo hacía mucho tiempo que no comía helados en cono y que seguramente fuera por eso por lo que había olvidado cómo hacerlo. Tenía todas las manos llenas de chocolate. Se miraron, ambos embadurnados como niños, y se rieron de su estupidez.

Cuando terminaron el helado ya casi habían llegado a casa de Yellow y ella se sorprendió mirando a Tanner de otra forma. Se dijo que, probablemente, se debía a que la había conmovido. No era el snob que ella creía que era y que aparecía en la televisión, sino el antiguo Tanner, aunque más maduro y un poquito más seguro de sí mismo.

—Me temo que si te toco te voy a dejar pringada de chocolate, así que mejor no hacerlo —le dijo él con una sonrisa al llegar a su puerta—. Lo he pasado muy bien, Linda. Necesitaba un amigo de verdad, gracias por regalarme esta tarde.

La miró con semblante serio, y ella asintió con la cabeza.

—Claro, cuando quieras.

Había dicho esas palabras como si tal cosa, para ocultar su turbación. Pero él la sorprendió.

—Estupendo. Te llamaré un día de estos.

Se agachó, le dio un pequeño beso en la mejilla y se marchó a paso ligero calle arriba, todavía frotándose las manos para quitarse el chocolate de encima.

Ella le observó doblar la esquina y no pudo apartar la mirada incluso mucho después de que le perdiera de vista. Después, se rozó la mejilla que él le había besado, y dejó la mano allí durante un buen rato, como si todavía pudiera sentir sus labios sobre su propia piel.

No podía volver a permitirle que le hiciera aquello. Ella era una simple chica de pueblo, con un hijo a sus espaldas, y por un motivo que no podía discernir, se sentía mucho más vulnerable que nunca.

No podía dejar que él entrara en su vida y le destrozara de nuevo el corazón.

CAPÍTULO 16:

EL SEGUNDO PLATO

Scarborough, julio de 2010

Tanner no fue directamente al hotel el día en que dejó a Yellow, o Linda, como ella quería que le llamara ahora, en la puerta de su casa.

No podía enfrentarse a Lillie en aquel momento porque se sentía como si la hubiera engañado. Y no quería pensar en ella justo cuando, al fin, sentía que algo empezaba a ir bien en su vida, que algo encajaba.

Quería irse a casa y coger la guitarra, su antigua guitarra. Quería colgársela al pecho, tocarla y pensar en lo que había pasado aquella tarde.

Dios.

Estaba totalmente confundido.

¿Se estaba colando por ella otra vez, o lo estaba solo de su recuerdo?

Porque cuando la vio sonreír de nuevo aquella tarde... El corazón se le encogió como si un puño se lo estuviera apretando, y le faltó el aire para respirar. Aquella sonrisa, la sonrisa que él anhelaba, que él adoraba, había vuelto a aparecer, y ahora no en la cara de una niña, sino en la de una hermosa mujer. Una mujer sencilla, sin dobleces, directa, sensible y, además, fuerte.

Se sentía... se sentía abrumado. Sentía cosas que no sabía explicar, solo sabía que le hubiera gustado pasar toda la tarde, y la noche entera con ella, solo riendo, comiendo helados y haciendo el idiota. Como dos niños. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Nunca había podido eliminar el recuerdo de ella, y ahora lo sabía. Y quizá estaba enamorado solo de ese recuerdo y necesitaba pasar página. Al menos, eso es lo que desearía... Pero no podía dejar de verla. Fuera como fuese, tenía que volver a verla.

Ella no era nada de lo que estuviera acostumbrado a ver en los últimos tiempos, nada que se pudiera comparar con la exuberancia y la falsedad que le rodeaban. La única que destacaba entre todos esos pechos, labios y narices operadas era Lillie, que seguía siendo la misma que cuando comenzó, sin retoque estético ninguno.

Lillie era, sin duda, la mejor. Tenía sus cosas, por supuesto, como todas las personas... Pero eso era algo que se tenía que aceptar, y punto. Además, no podía dejarla ahora. ¿Qué le iba a decir?

«Cariño, me he dado cuenta, después de tanto tiempo queriendo estar contigo, de que no te quiero... Ni siquiera sé por qué quería estar contigo, en realidad».

No. Debía intentarlo, por los dos, porque sabía que, a pesar de su obsesión con las redes sociales, con ser el centro de atención y con su necesidad casi enfermiza de amor, ella era una buena chica.

¿Pero entonces por qué se sentía tan mal? ¿Por qué parecía que la estuviera engañando?

Llegó a casa y abrió con las llaves que Lucy le había dado.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

En la cocina se rompió un vaso, y él se acercó a toda prisa para comprobar qué había ocurrido.

Su madre estaba allí, de pie, petrificada, con la mirada perdida y la mano todavía en alto. El suelo estaba lleno de cristales y agua, que mojaba sus pies descalzos.

—Mamá... —Se acercó a ella y la tomó del brazo, pero su mirada continuaba perdida—. Mamá, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

Entonces ella pareció verle en realidad y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se tapó la boca con la mano y comenzó a sollozar sin cesar. Tanner la envolvió entre sus brazos e intentó consolarla.

—Tranquila. Tranquila mamá, ya estoy aquí —trató de calmarla mientras le acariciaba la espalda.

Entre sollozos, su madre comenzó a hablar.

—Por un momento... Yo creí... Oh, Dios, Tanner, por un momento pensé que era él.

Tanner cerró los ojos e intentó ahogar las lágrimas, pero los sollozos cada vez más elevados de su madre no hicieron más que provocar las suyas propias. Se abrazaron más fuerte, y la meció entre sus brazos hasta que a él se le secaron las lágrimas y ella comenzó a tranquilizarse.

—Me había olvidado, hijo. Me había olvidado de que ya no estaba. No sé qué me pasa.

—No te pasa nada, mamá. Simplemente le echas de menos.

Él, por su parte, también aceptó que le echaba de menos, al menos en aquella casa. Su ausencia se notaba como una losa, el silencio era ensordecedor, y la falta de los deliciosos olores que salían del horno hacía que la ausencia de perfume en la casa pareciera extraña.

Se dio cuenta de que él también necesitaba consuelo, y lo que más deseaba en ese momento era buscarlo en otra persona más fuerte; deseaba el abrazo de otra persona que también le reconfortara, que le hiciera sentir más seguro. Automáticamente, se imaginó a Yellow.

No a Lillie.

Sin embargo, lo que hizo en lugar de marcharse a buscarla de nuevo fue separarse de su madre y secarle las lágrimas.

—No te preocupes mamá, ya recojo yo todo esto. Márchate o te cortarás.

Ella asintió con la cabeza y se fue al salón, y él comenzó a recoger los vidrios rotos. Cuando todo estuvo en orden se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, sus necesidades no iban a ser las primeras que debía satisfacer: ahora tenía que cuidar de quien una vez cuidara de él.

Preparó un té y llevó las tazas y la tetera al salón, donde su madre yacía acurrucada en el sofá. Se sentó junto a ella, le sirvió, y comenzaron a sorberlo en silencio.

Por extraño que pareciera, se sentía cómodo, tranquilo, como nunca antes. Compartía con su madre una intimidad que no había compartido antes, el dolor por la pérdida del ser querido, y aquello le hizo sentirse más unido a ella. Cuando terminó su té, se acercó y la abrazó. Ella suspiró y se acurrucó

contra él.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, mamá. Te quiero.

Le dio un beso en la cabeza y continuó con ella así, abrazada a él. Este era su hogar, su casa, sus seres queridos.

No entendía cómo había podido pasar tanto tiempo alejado de ellos. Nunca más volvería a hacerlo.

Aquella tarde no pudo tocar la guitarra ni pensar en el paseo con Yellow, porque al cabo de un rato regresó su hermana como un torbellino y comenzó a recordarle a Tanner que debían limpiar el trastero. Él acordó quedar con ella al día siguiente por la mañana, aunque no sabía qué iba a hacer con Lillie. Esperaba que se marchara pronto y así le dejara tiempo para pensar y para poder pasarlo en tranquilidad con su familia.

Cuando se le ocurrió mirar el móvil, que tenía silenciado, tenía varios mensajes de ella diciéndole que ya había acabado su sesión, que cuándo acabaría él, y que si le apetecía salir a cenar por ahí, así que se despidió de las chicas de casa y volvió al hotel.

Pasó la noche más callado que de costumbre. Cenaron en el restaurante del hotel, pero ella no hacía más que hablar sobre los problemas con su próxima gira y el vestuario, y él no podía hacer otra cosa más que pensar en lo agobiado que se sentía.

Se dijo que podría ser algo pasajero, que todo se debía a la situación que estaba viviendo, pero algo dentro de él, una voz rebelde, le decía que no era así, que la situación ya estaba mal antes y él lo sabía.

De hecho, al escuchar a Lillie se le habían quitado las ganas de tocar la guitarra de nuevo.

Cuando subieron a la habitación echó de menos tener un porro a mano. Se marchó directo al mueble-bar y sacó un botellín de vodka.

—¿No te parece que has bebido suficiente vino en la cena? —dijo Lillie detrás de él.

Él se quedó con el botellín a medio levantar y pensó que quizá sí, quizá no, pero lo que ella le dijera le importaba una mierda.

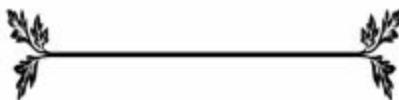
Y se tragó el contenido de la botellita entero.

Después, cruzó la suite, se encerró en el baño y abrió la ducha. Tenía una mancha de chocolate en la camisa. Mientras el agua caliente corría por los lujosos azulejos en tonos negros y dorados, Tanner se dijo a sí mismo que había llegado la hora de dejar de hacer tonterías y enfrentarse a la realidad: no quería estar con Lillie McFly. Odiaba que le llamara «Tan» con ese tono tan condescendiente, odiaba que le dijera qué debía hacer, odiaba que le organizara la vida como si no tuviera otra cosa mejor que hacer que estar atento a sus deseos.

Tampoco sabía si quería estar con Yellow, pero desde luego, lo que sí tenía claro era que necesitaba estar solo.

No iba a pasar otra noche más sin dormir a su lado. No iba a intentar hacer el amor con ella de nuevo. No quería besarla.

No la quería.



La noche en que decidió dejarla, sin embargo, no fue la noche en que rompió con ella.

Era demasiado tarde y le preocupaba dejarla allí sola, sabiendo que ella detestaba estar sola.

Cuando salió de la ducha le dijo que estaba muy cansado y se hizo el dormido para no tener que dedicarle el ritual de besos, abrazos y caricias que ella pedía todos los días, y se alegró de que ella no se lo exigiera. Sin embargo, se sintió asqueado cuando sintió cómo le abrazaba por detrás, y su odio hacia sí mismo se incrementó.

Era él quien había jugado con ella, aunque no era esa su intención inicial. Se había obsesionado con conseguir a la chica, a la mejor, igual que estaba obsesionado con ser el número uno. Había querido demostrarle a todo el mundo que podía conseguirlo, que tenía lo que había que tener para ser el mejor, para merecer el respeto de todos.

Había querido demostrárselo a su padre, porque fue quien le acusó de no ser nada sin él. En cierto modo Tanner siempre había sentido que, si no

conseguía todo lo que su padre le había exigido, no sería merecedor de su cariño. Y también había querido demostrárselo a Yellow, porque fue la única chica que le había abandonado y, además, también la única a la que había querido de verdad en toda su vida.

Y no había conseguido demostrar nada a nadie, solo comprender, aquella desesperada noche en que solo quería emborracharse y estar solo, que era un fracaso para todos, incluso para sí mismo.

Ahora que tenía a la chica, no la quería. Ahora que estaba tan cerca de ser el número uno, que solo le habían separado unos pocos números del gran Jason Dunbar, no se sentía con fuerzas ni con ganas para seguir intentándolo.

Y si no se cuidaba más podría llegar a tener un problema, porque a veces se apoyaba demasiado en la mierda de los porros y el alcohol.

Iba a dejarlo todo, a hacer limpieza en su vida.

Comenzando por Lillie.

A la mañana siguiente se despertaron y Tanner no podía pensar en otra cosa que no fuera que no quería que Yellow les viera allí juntos, en aquella maldita cama revuelta que no habían utilizado. Se levantó temprano, se vistió y despertó a Lillie.

—Cariño, despierta. Tengo que hablar contigo.

Ella se removió, se quitó el antifaz que usaba para dormir y le miró con un solo ojo.

—¿Estás bien, Tan?

Él apretó la mandíbula. Otra vez el maldito diminutivo. Le hacía parecer un crío, joder.

—Estoy bien, pero necesito hablar contigo. Es algo serio.

—¿Y no puedes esperar a que desayunemos?

—Vístete y bajamos a la cafetería, ¿vale?

Así, al menos, ella no montaría una escena. O sí. Pero Yellow no la vería con esa minúscula ropa interior en la cama y pensaría que... que... Mierda, pensaría lo que era, pero eso estaba por terminar.

—No puedes hacerme esto —la voz de Lillie resonó en el restaurante que, a esas horas, estaba prácticamente lleno.

Sin embargo, su expresión de duro reproche le dijo a Tanner que iba por buen camino, de otro modo se habría puesto a chillar como una loca.

—Lillie, lo siento, ya te lo he dicho, pero tienes que entender que necesito estar solo con mi familia, necesito superarlo.

—Y yo no formo parte de tu familia, ¿verdad?

Él la miró con el ceño fruncido. ¿Habían hablado alguna vez sobre formar una familia? ¿Habían dicho alguna vez que lo suyo era algo serio? Sí, estaba claro que eran pareja desde hacía... Veamos... más de un año, a decir verdad, aunque las veces en que habían estado juntos durante ese tiempo podían contarse con los dedos de una mano. Pero familia... Eso era algo muy serio para Tanner.

—Lillie, tienes que entender que esto es muy duro para nosotros. Tengo que pasar tiempo con mi madre y con mi hermana. Ayudarlas en lo que pueda. ¿Qué vas a hacer tú mientras tanto? ¿Aburrirte aquí sola? Además, es algo que debo resolver a solas.

—Ya veo —ella bajó la mirada, apretó los labios y sorbió su café, solo y sin azúcar, como a ella le gustaba tomarlo—. Sé lo que pretendes hacer, Tan. Ya te has cansado de mí, lo sabía. No tienes que disimular.

Tanner, por primera vez en varios años, se puso colorado.

—No es eso, Lillie. No es que me haya cansado de ti, es que...

—Es que no soy lo que pensabas. Lo sé. No hace falta que sigas por ahí, me conozco la historia. Pensaba que tú, de entre todos, el chico bueno, el que no es un jodido idiota... Pensé que serías diferente.

Tanner sintió como si le estuvieran acuchillando. Él no tenía la culpa de no estar enamorado de ella. O bueno, pensándolo bien, quizá sí la tenía, al fin y al cabo, y ahora lo que tenía que hacer era, probablemente, aguantar cualquier cosa que ella decidiera echarle en cara porque puede que se lo mereciera, por bastardo.

—Lo siento, Lillie. Nunca he querido jugar contigo, y lo sabes.

—Sí, lo sé, eres demasiado bueno. Demasiado franco, demasiado tierno...

Demasiado todo, Tanner. Eres el chico perfecto, el rebelde del rock, de gran corazón y dudosa fachada. Obviamente, una chica superficial como yo no es suficiente para ti, ¿a que no?

Ella comenzó a untar mantequilla en un panecillo con movimientos violentos. Después, le dio un gran mordisco y le miró fundiéndole con la mirada.

—Yo no soy perfecto, ni mucho menos. Y tú no eres superficial, solo juegas a serlo.

—Claro que sí, soy la guapa y superficial del mundillo, así me venden y así soy —contestó ella tras haber tragado el gran bocado y dando otro todavía más grande.

Tanner comenzó a preocuparse. Nunca la había visto comer así, siempre se cuidaba en exceso y nunca, nunca probaba la mantequilla.

—Pero tú y yo sabemos que no eres superficial. Eres... eres...

—Venga, vamos, caballero de brillante armadura, ¿qué soy? —le animó ella con la boca llena.

—Eres guapísima, y tienes un gran talento. Y eres dedicada y cariñosa, lo das todo por los demás.

Ella dejó de masticar, miró la mano donde sostenía la otra mitad del panecillo que había llenado de mantequilla y mermelada, respiró hondo y comenzó a llorar como una loca, con hipidos que llamaron la atención de todos los comensales del restaurante.

—Estoy... e-e-e-estoy harta de ser la guapa, la perfecta, la talentosa Lillie, siempre impecable. ¡Estoy harta! —migajas de panecillo le salían por la boca, y se había puesto roja como un tomate. Se tapó la cara con las manos para ocultar su vergüenza, pero no paró de sollozar—. Soy buena, Tanner, lo sé. Pero no parezco ser lo suficientemente buena para nadie, ni siquiera siendo tan guapa y perfecta. ¡Ni siquiera tú, el chico bueno y amable, puede aguantarme!

—Lillie, no es culpa tuya. Por favor, no lo entiendes. Tú eres perfecta como eres, ¿es que no te das cuenta?

Ella destapó su cara sonrojada y desfigurada y le miró desafiante.

—¡Claro que me doy cuenta! ¿Para qué te crees que me esfuerzo tanto? Sí, nací guapa y lo he tenido todo, pero cuesta mantenerse así, ¿me oyes? Y toda mi vida está sacrificada para esto. Pero no consigo encontrar el amor. Yo quiero una familia también, Tanner, la que nunca he tenido, ¡pero no consigo que nadie me quiera de verdad!

Él alargó la mano y tomó la de ella para estrechársela con cariño.

—No has tenido suerte, Lillie, eso es todo.

—¿Y por qué no me quieres tú, Tanner? Dime, ¿por qué? ¿Qué es lo que me falta? ¿Qué es lo que no tengo? Quizá debería ponerme un conjunto de chica de la limpieza y engordar unos kilos, ¿es eso? Sí, no pongas esa cara —dijo al ver el gesto de sorpresa de él—, ¿crees que soy idiota? Te fuiste detrás de ella como si te fuera la vida en ello, por Dios. No sé si alguna vez me has mirado a mí así, con esa cara de corderito degollado.

Tanner tragó saliva y desvió la mirada hacia la ventana porque no soportaba haber sido tan transparente. Ya pensaría en eso después, paso a paso. Era demasiado complicado como para enfrentarse a ello al mismo tiempo que a Lillie.

—Fue mi primera novia, Lillie. Es normal que me sintiera... confundido cuando la vi.

En realidad quiso decir «fue mi primer amor», pero eso implicaría que ella también lo era y nunca le había puesto nombre a su relación con Lillie, aunque se diera por hecho.

Lillie comenzó a tranquilizarse poco a poco, y los comensales continuaron con sus desayunos intentando aparentar que no había ocurrido nada.

La chica dio un sorbito a un zumo de naranja, inhaló hondo, y le hizo la pregunta del millón:

—Dime la verdad, Tanner... ¿Por qué estabas tan empeñado en estar conmigo?

Lo mejor que podía hacer en ese momento era ser completamente sincero. Se lo debía a la pobre Lillie... Después de todo, había sido él quien, de alguna manera, había jugado con ella incluso aunque no hubiera sido su intención.

Se pasó las manos por el pelo y agachó la cabeza, avergonzado.

—Para demostrarle al mundo que podía conseguir todo lo mejor si quería.

Ella rió. Fue una risa amarga, triste, pero una risa al fin y al cabo.

—Bueno, al menos me queda eso. Lo mejor. Sí, señor —le respondió ella. Después se levantó y cogió su bolsito. Él continuaba mirando la mesa—. Le diré a Grace que me busque un vuelo de inmediato. Que tengas suerte, Tanner, y espero que un día no te sientas como el segundo plato de nadie.

Se dio la vuelta y se marchó sin siquiera darle un beso de despedida. Antes de que desapareciera por la puerta, él la miró de reojo y observó su espalda recta, altiva. Se sentía como un desgraciado.

Pero nunca antes había sido tan libre.

CAPÍTULO 17:

CUANDO EMPIEZAS A NO SER EL MISMO

Cuando Yellow entró en casa la tarde que pasó con Tanner escuchó un ruido en el salón, como de sillas arrastrándose con toda rapidez.

Se dirigió hacia allí y lo que vio no la sorprendió: Nicky tecleaba frente al ordenador como loca (para variar), Anne leía un libro (que estaba al revés, por cierto), y su madre y Leo jugaban al Monopoly, pero de alguna manera se habían olvidado de poner los billetes junto al tablero y yacían esparcidos cerca de la pata de la mesa del salón.

Su madre levantó la vista y pareció realmente sorprendida.

—Oh, vaya, cariño, ya estás aquí. Empezábamos a estar preocupadas por ti, ¿sabes? Estaba pensando que quizá debía llamar a la señora Adams y decirle que...

—Ya basta, mamá. Y vosotros, dejad de fingir, que se os ve el plumero, ¿queréis? Ya sé que me estabais espiando por la ventana.

Se dio la vuelta para dirigirse a su habitación, la que compartía con su hijo, cuando la voz de Nicky le interrumpió.

—Eh, tú, vuelve aquí ahora mismo. Nos debes una explicación, y de las buenas.

Ella se volvió, pero si su hermana pensaba que iba a colar...

—No me fastidiéis, ¿vale? Solo hemos sido dos amigos que han salido a pasear juntos y punto.

Miró a Leo, que llevaba uno de los dados en la mano y lo giraba una y otra vez mientras la miraba con esa expresión de lince que tanto le recordaba a un león de verdad. Tenía la misma mirada de Nicky, pero rezaba por que su niño se convirtiera en una persona un poquito más dulce que ella, solo por su bien.

—¿Te vas a casar con ese hombre, mamá?

Ella levantó las cejas.

—No, Leo, mami no se va a casar con ese hombre. Ese hombre era amigo mío cuando tenía tu edad, y no le veía desde hacía mucho tiempo.

—Ese hombre fue su primer amor, Leo, y fue tan bonito... —Anne suspiró mientras decía esas palabras y echaba la cabeza hacia atrás.

—¡Anne! —le regañó ella—. No quiero que digas esas cosas delante de Leo, es un niño, por favor.

—Puaj, si a mí me da igual, mamá. No me interesa el amor para nada, eso solo le va a las chicas, que son unas pesadas.

Ella se acercó y le dio un abrazo que casi le aplasta, pero él estaba en esa edad en que empezaba a agobiarse con los mimos y se deshizo de ella en cuanto pudo.

—Así me gusta, campeón. Tú mantente alejado de las chicas hasta que cumplas, al menos, treinta años.

—Y tú no te vuelvas a ir con ese hombre. Tita Nicky dice que es un monstruo absorbente y que te va a escupir en cuanto te descuides.

Yellow se giró rápidamente hacia su hermana y entrecerró los ojos.

—No es eso lo que he dicho, Leo —se defendió la otra—. He dicho que es un imbécil absorbente que se la ventilará y después la dejará tirada para irse otra vez a su fantástico y maravilloso mundo de estrella del rock.

—¡Nicky! Ven ahora mismo a mi habitación —le ordenó ella.

Estaba furiosa con su hermana. Tenía que dejar de comportarse así, de ser tan cruda delante de un niño pequeño que todavía no sabía nada de la vida.

En cuanto salió del salón y comenzó a subir las escaleras, escuchó la voz de su madre decir:

—¡Luego nos lo cuentas, Nicky!

Al llegar arriba, cerró la puerta de un portazo y apuntó a la interpelada con un dedo.

—Te he dicho mil veces que dejes de hablarle así al niño. ¡Solo tiene

ocho años, por Dios! ¿Es que no ves que le vas a convertir en un monstruo?

—A los niños hay que hablarles como a las personas mayores, no como a los tontos, Yellow.

—Eso será a los niños superdotados como tú, pero no a los niños normales como Leo.

—Pues allá tú, si quieres envolverle en papel celofán y ponerle una pantalla de burbujitas para que no se haga pupa cuando se caiga. Leo es muy listo. No tanto como yo, pero desde luego sí lo suficiente como para que no lo trates como a un bebé.

Ella suspiró, impaciente.

—Solo te pido que lleves cuidado con las palabras. Es un niño, y no quiero que sea un maleducado, ¿entiendes? Además, por mucho que tú opines lo contrario, no es lo suficientemente maduro como para comprender lo que hubo entre Tanner y yo.

Nicky se tumbó en la cama y se pasó un brazo por detrás de la cabeza para observar a su hermana y, de paso, amedrentarla.

—Bueno, todos sabemos lo que hubo entre Tanner y tú, ¿pero qué es lo que hay ahora?

Aunque ella y Nicky se llevaban varios años, su hermana pequeña había demostrado una madurez superior debido a su intelecto. De niña eso le trajo muchos problemas de adaptación incluso en su propia casa, porque nadie sabía lo que le ocurría y, en gran parte, porque con los problemas domésticos que tenían no había tiempo ni dinero suficiente para estudiar su situación, que fueron dejando pasar hasta que cumplió los diez años y un profesor les iluminó al respecto.

Desde entonces, Nicky había ido saltando cursos y adaptándose mejor a su entorno, aunque siempre tuvo dificultades para hacer amigos y problemas de autoestima, razón por la cual escogía, a ser posible, el color negro en su atuendo. También escuchaba música atronadora que daba bastante miedo, pero eso le añadía su toque de encanto. Yellow había aprendido con el tiempo que no había nadie en quien pudiera confiar más que su hermana, porque era sabia y un búnker acorazado a la hora de mantener un secreto.

Y además, no tenía mucho más donde elegir, así que no le quedaba de

otra.

Se acercó a la cama y se sentó junto a ella.

—No hay nada ni puede haber nada, Nicky. Tampoco creo que él esté interesado en comenzar ninguna relación conmigo, cariño, pero en el muy hipotético caso de que así fuera, ya me encargaría yo de que se olvidara de ello.

Nicky continuó mirándola durante unos segundos, sin pestañear, hasta que Yellow cedió ante esa típica maniobra de persuasión.

—Vale, puede que... Me guste todavía un poco, pero ahora es distinto. Ya no tengo la cabecita llena de pájaros, hermana.

—¿Y qué pasaría si él quisiera, digamos... solamente echar un polvo? ¿Qué dirías tú a eso?

Ella rió.

—Estoy segura de que no querrá acostarse conmigo después de haberlo hecho con esa novia que tiene, y más después de tener la conversación que hemos tenido. Se ha comportado muy bien, Nicky, como un antiguo amigo, y no me lo esperaba de él. No parece ser lo que aparenta en la televisión.

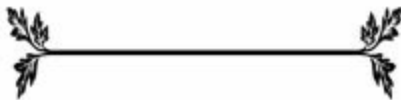
Su hermana asintió y suspiró.

—Espero que tengas razón, pequeña Yellow, porque si no es así... Temo que puedan hacerte daño de nuevo, y no quiero. Conozco a las personas, hermana, y sé muy bien el peligro que tiene este para ti.

Ella agachó la cabeza y se miró los pequeños zapatos planos que se había puesto para el paseo.

—Ya no soy la misma de antes, Nicky. Ya no lo soy.

—Ojalá fuera verdad —le escuchó susurrar.



Al día siguiente no le sorprendió en absoluto que la habitación de los tortolitos estuviera vacía, así que la recogió con rapidez y repuso todo lo que necesitaban intentando no inmiscuirse en los asuntos privados de la pareja.

Como por ejemplo, la pequeña maleta de Tanner, que todavía no estaba deshecha. También se sorprendió al no encontrar ninguna guitarra alrededor, pero supuso que eso se debía a que el tiempo lo mataban con el sexo y no cantando canciones idiotas. Esos dos debían estar hartos de la música, a esas alturas.

Cuando casi estaba terminando, la superestrella del pop, diva entre las divas, llegó con la cara desencajada y entró como una exhalación. Al verla, la miró de arriba a abajo y negó con la cabeza.

Yellow se puso rígida.

Recogió el aspirador, lo llevó hasta el carrito y recogió las bolsas de basura. No quiso fijarse en el contenido, porque toparse con un amasijo condones sería lo último que le faltaba por ver.

Lillie McFly se había girado hacia el armario y estaba tirando toda su ropa en un montón dentro de una de sus maletas, que yacía abierta encima de la cama.

—Que tenga un buen día —se despidió ella antes de cerrar la puerta.

—Zorra mugrienta —escuchó a la otra decir antes de comenzar a andar por el pasillo.

Ella se quedó quieta, con los ojos abiertos como platos y las manos en el tirador del carro de la limpieza, pero pensó que se lo debía haber imaginado y continuó hasta la siguiente habitación que le habían indicado limpiar.

Algo había pasado con aquellos dos. Seguramente una pelea de enamorados, pero eso a ella no le importaba. No le importaba en absoluto. Para nada. *Rien de rien*, como decía Anne, que adoraba a Edith Piaf.

Comenzó a canturrear la canción conforme hacía su trabajo; se alegró de que le quedara tan poco tiempo para dejar ese empleo, pero no pudo quitarse de encima la dichosa canción en todo el día. Claro, eso tampoco ayudó a que pudiera apartar de su cabeza el motivo por el que había empezado a cantarla (o más bien a destriparla, a la pobre), que era si le importaba o no que se hubieran peleado y que Lillie hubiera dejado el hotel.

Cuando el día llegó a su fin, había comenzado a convencerse de que al día siguiente, esa habitación estaría vacía y ya no tendría que ver nada más de Tanner a no ser que fuera estrictamente necesario.

No sabía cuánto se equivocaba.



La mañana en que se separó de Lillie, Tanner se marchó a casa de sus padres. Había quedado con Lucy para poder liberar el trastero que había en el patio y, de ser posible, tirar todos los trastos innecesarios que hubieran por la casa.

—Yo tendré que empezar a trabajar pronto, aunque no tengo día fijo —le dijo ella mientras sacaban cajas polvorientas y miraban el dudoso contenido—. Esto también, a la basura.

—¿Los viejos libros del oeste?

—Sí, Tanner, nadie más los va a leer. Los pondremos al lado del contenedor para que los coja quien quiera.

—¿Y qué hará mamá?

Ella se encogió de hombros.

—Tendremos que vigilarla. Yo no podré estar con ella todo el tiempo, y no tiene demasiado que hacer. Ahora las pastillas que le dieron la tranquilizan, pero la verdad es que me preocupa bastante... Antes de que papá muriera había empezado a dar clases de pintura al óleo, ¿lo sabías?

Él negó con la cabeza.

—Pues sí, se ve que le gustaba bastante. En eso he salido a ella, llevamos todos una vena artística. Estuvo también trabajando unas horas para el ayuntamiento, en servicios sociales, ayudando a las personas con problemas y eso... Pero cuando papá enfermó lo dejó. Supongo que habrán ocupado ya el puesto, pero podría buscar algo parecido.

—Está claro que aquí en casa no puede quedarse. Tendremos que buscarle algo. O quizá quiera venir conmigo.

—No digas tonterías. Con lo mal que funcionó con papá, no querrás volver a pasar por lo mismo, ¿no?

—Ella no es papá.

—Sea como sea, es tu madre y tratará de cuidar de ti. ¿Estás seguro que quieres eso? Porque has pasado muchos años lejos, y no te lo digo como un reproche, que conste. Si no me hubieras ingresado dinero a escondidas ni siquiera habría podido acabar la carrera, así que solo por eso estoy dispuesta a tolerar tu presencia y esas cosas.

—Hombre, es muy amable por tu parte, muchísimas gracias.

—De nada —contestó la otra como si no hubiera captado la ironía.

Continuaron sacando cosas, en su mayoría trastos inútiles que se almacenan con los años sin saber por qué. Sin embargo, en un momento dado, Lucy dio con una caja que estaba cerrada a cal y canto con al menos cinco capas de papel celo.

—Ostras, aquí adentro tiene que haber algo importante —dijo mientras meneaba el contenido—. No pesa. Dame esas tijeras, anda.

Cortó los cierres y, cuando abrió la fea caja de cartón humedecido, se quedó de piedra.

—¿Qué son? —le preguntó él.

La mano de Lucy comenzó a temblar cuando sacó una foto, y se la enseñó sin decir nada.

Era una fotografía antigua, de Tanner cuando tenía unos seis años y su padre le enseñó por primera vez a montar en bicicleta sin los ruedines.

Él apretó los labios. La rabia le recorrió todo el cuerpo, pero evitó expresarla porque, al fin y al cabo, Perry ya no estaba. Había más fotos ahí adentro, escondidas en una vieja y fea caja de cartón humedecido: fotografías de Tanner solo, o de él con su padre, o de toda la familia con Tanner. Su padre las había guardado ahí como si él no hubiera existido, como si hubiera querido borrarle de la faz de la Tierra.

Dejó todo en el suelo y salió a tomar el aire, más enfadado que nunca.

Caminó por el patio tirándose del pelo y respirando hondo para calmarse cuando sintió que su hermana le ponía una mano en el hombro.

—Solía mirar mucho esas fotos cuando estaba solo. Lo sé porque una vez le pillé, y porque el álbum siempre estaba movido de sitio cuando volvíamos a casa.

Él no dijo nada, siguió dando vueltas, y su hermana se quedó allí parada, hablando.

—No es lo que tú crees, Tanner. Estoy segura.

—¿Y entonces qué es, eh, hermanita? ¿Qué crees tú que es? Yo creo que es precisamente lo que parece que es, que no quería saber nada de mí. Joder... ¡Joder! ¿Cómo podía ser tan cabezota?

Se tiró en el suelo, sobre el césped demasiado crecido y salvaje, y cerró los ojos con frustración.

—Lo que yo creo que es que se cansó de que tú tuvieras razón al final. Se cansó de esperar que volvieras, de no verte y de echarte tanto de menos — ella se sentó al lado de él, sobre el césped, y le abrazó—. A veces, cuando le dábamos pastillas para que durmiera, conseguía calmarse un poco, pero solo lo justo para descansar unas pocas horas. Entonces comenzaba a llamarte en sueños, Tanner. Era horrible.

Tanner comenzó a llorar de nuevo. Lágrimas desgarradoras, de incomprensión, de amor no correspondido, o quizá sí, pero ya nunca lo sabría.

No supo el tiempo que transcurrió intentado serenarse, porque parecía que últimamente su ánimo estaba de lo más extraño y, además, nunca había sentido tanto dolor y tanta traición en la vida, a excepción de una vez: aquella en que le dejaron abandonado.

En algún momento sonó el timbre, y poco después su madre se asomó por la puerta del patio.

—Lucy, cariño, Nicky ha venido a verte.

—Claro mamá, dile que ya voy —se volvió hacia su hermano—. Voy a ver qué quiere mi socia, luego nos vemos.

Se marchó y le dejó allí solo, con sus pensamientos.

Quizá debería volver a casa unos días. Eso le vendría bien para reconciliarse con el recuerdo de Perry, consigo mismo, con su pasado.

Sí, volvería a casa. Al día siguiente dejaría el hotel, cogería su pequeña maleta y volvería a instalarse en su antigua habitación.

Se miró el móvil. Otra vez varias llamadas perdidas de su manager y diversos mensajes que le urgían a responder lo antes posible.

Malditas sanguijuelas.

Se levantó y entró en la casa. Tenía ganas de un poco de acción, y estaba seguro de que Nicky se la regalaría.

Las dos chicas estaban en el salón, muy ocupadas mirando la pantalla de Nicky, que a su vez parloteaba sin cesar sobre las características de no sé qué aplicación.

—Di con el logaritmo esta mañana, y te juro que no sé cómo no se me había ocurrido antes, porque había repasado la formulación una y otra vez y...

—*Ejem* —carraspeó él.

Las dos se dieron la vuelta y le miraron como quien mira a un monstruo de las nieves, con animosidad.

—Ah, Nicky, mi hermano me estaba ayudando con algunas cosas antes de que llegaras.

—¿En serio? Vaya, me sorprende que haya sacado tiempo de su apretadísima agenda.

Él sonrió. Nicky siempre le había resultado un reto.

—Por supuesto, cariño, siempre saco el tiempo necesario para las personas a las que quiero —atacó con todo su encanto.

Ella resopló, un gesto muy masculino que hizo brillar el *piercing* que llevaba en el labio, y volvió a la carga.

—Pues has tardado bastantes años en sacar tiempo «para la gente a la que quieres» —dijo mientras entrecomillaba esas palabras con los dedos—, ¿no te parece?

Punto para Nicky.

—Más vale tarde que nunca, corazón.

—Déjate de palabras estúpidas. Conmigo no te van a funcionar, troglodita.

Él rió más fuerte, y Lucy miró a uno y a otro con la boca abierta y el ceño fruncido.

—Perdonad, pero, ¿me estoy perdiendo algo?

—Creo que Nicky está enamorada de mí desde que era pequeña, hermanita. ¿Verdad, *cariño*? —enfaticó las palabras y le guiñó un ojo, pero Nicky puso los ojos en blanco.

—Lo que me faltaba por oír... —y se giró de nuevo hacia el ordenador.

—¿Qué hacéis? —preguntó él, curioso, y sintiéndose extraño ganador de una disputa dialéctica de lo más gratificante.

—Bueno, ya sabes que Nicky y yo estudiamos juntas informática, aunque yo me especialicé en diseño y ella en programación.

—Normal, lo tuyo no es pensar demasiado, que digamos.

—Guárdate tus pullas para ti, divo de pacotilla.

Él rió de nuevo.

—¿Divo de pacotilla? Me encanta, de verdad, voy a acuñar la expresión. Sigue, sigue.

—A ver, mosca cojonera —intervino ahora Nicky, impaciente—. Lucy y yo estamos creando una aplicación que lo va a petar, y tú no tienes ni voz ni voto aquí. Y además, no vas a entender una mierda, así que ya puedes irte a escribir un poema o cantarle a la luna, lo que sea.

—Bueno Nicky, vamos a hacer las paces ya, en serio. Estás muy guapa. ¿De qué color es esa sombra que te has puesto debajo de los ojos? Ah, no, perdona, que son ojeras... Vaya, lo siento.

—Madre mía... —Lucy se tapó los ojos, exasperada—. Mirad, vosotros dos. Voy a ir a prepararnos un té, y cuando vuelva, quiero que hayáis resuelto vuestras diferencias y, a poder ser, que pasemos una tarde tranquila, ¿estamos? Y tú, Tanner, espero que no tardes demasiado en irte. No quiero ser grosera, pero tenemos algo importante entre manos, por si no te habías dado cuenta.

Se dio la vuelta y se marchó a la cocina, y Tanner decidió preguntar directamente.

—¿Por qué me odias tanto, Nicky?

Ella se volvió y vio cómo se sentaba en el sofá.

—Suponía que ya lo sabías. Para ser tan sensible, no captas una mierda eh.

—Yo no sé nada, y la verdad, te agradecería que me lo explicaras.

Ella le miró durante un momento, un cruce de miradas durante el cual se retaron de manera abierta, y él pensó que no le iba a responder. Sin embargo, comenzó a hablar.

—Cuando te marchaste de aquí, dejaste a mi hermana tirada.

—Te recuerdo que fue ella quien me dejó.

—No, tú la habías dejado mucho antes ya, pero no querías cortar con ella. La querías tener aquí, esperando por ti cada vez que decidieras venir, si es que venías. Querías algo seguro, pero ella no necesitaba eso. Y ahora vas, vuelves y esperas tenerla aquí de nuevo. Siento mucho lo de tu padre, de verdad, porque Lucy es una gran amiga mía, y no creas que tengo muchas. Pero tú... no eres trigo limpio, Tanner Adams —dijo su nombre con retintín para demostrar el odio que le tenía a él y a su fama.

Él asintió. Eso ya era algo. Al menos ahora tenía algo sobre lo que pensar, desde luego. Y, en cierto modo, ella tenía razón. Apartó la mirada, y Nicky supo que había ganado.

Él no había pensado que la situación para Yellow podía haber sido así. No lo había visto desde su punto de vista, y en ese momento de su vida sabía que debía prestar atención, y mucha, a los puntos de vista de los demás.

—Lo siento.

—No es a mí a quien debes la disculpa, pero te la acepto de todos modos —le regaló una sonrisa ladeada, pero fugaz.

—Tienes razón, sé que debería hablar con ella sobre esto.

—Te agradecería que no le dieras demasiado la lata. Ya ha sufrido bastante y no necesita más hombres que vengan a perjudicarla. Además, tú te volverás pronto a tu casa de Los Ángeles y ella volverá a quedarse aquí, y te juro que iré a buscarte y te mataré si vuelves a hacerle daño.

La voz de Nicky había bajado tanto que Tanner se imaginó que, aunque no le matara de manera directa, al menos se lo pasaría en grande haciendo vudú con un muñeco con su cara.

—Rob tuvo que portarse como un verdadero capullo con ella, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo.

—Ya me contó algo ayer. Conozco la historia, más o menos.

—Pues si la conoces, también deberías saber que la dejó embarazada y después la dejó tirada con un montón de deudas, y que tuvo que volver a casa con nosotras de nuevo y ponerse a trabajar con un niño de pocos meses. Y también sabrás que, desde que salió de la cárcel, el tipo no ha hecho más que torturarla, y que tú andes rondando por aquí es otro problema más añadido.

—Solo quiero ser su amigo, Nicky.

—¿Es que no tienes más amigos? ¿Para qué la quieres a ella?

En ese preciso momento, Lucy entró en la habitación con la bandeja del té.

—¡Y también traigo galletitas de chocolate, chicos! Son tus preferidas, Tanner, he obligado a mamá a salir esta mañana al supermercado y las hemos comprado para ti. Ella ha insistido, que lo sepas, así que ya puedes ir comiéndotelas todas.

Tanner y Nicky se lanzaron una última mirada y después comenzaron a comerse las galletas en silencio. Poco a poco, la conversación fue volviendo a su tono distendido, aunque él seguía distraído, pensando en todas aquellas cosas que le había revelado la hermana de Yellow.

Mientras ellas le contaban el programa que habían creado para instalar en los ordenadores de los automóviles y los móviles y poder conducir el coche a control remoto, como si fuera Kit en la serie de *El coche fantástico*, él masticaba las galletas de chocolate, asentía, y continuaba preguntándose lo mismo que le había dicho Nicky: para qué quería él con tantas fuerzas ser amigo de su hermana.

O más bien, por qué parecía necesitarla.

Lo que sí tenía claro es que pensaba quedarse por allí un tiempo y averiguarlo, y nada ni nadie le iba a impedir quedarse donde, al fin, estaba

comenzando a sentirse como en casa.

CAPÍTULO 18:

LA NUEVA YELLOW

Al día siguiente, a Yellow le dieron la lista de las habitaciones y se sorprendió al ver que la de Tanner y Lillie «La perfecta» seguía incluida, aunque también era posible que la hubieran limpiado el día anterior por la tarde y ya estuviera ocupada por otra persona. Estaban en temporada alta y esa era una de las suites, con lo cual no era poca la demanda.

Se dirigió tranquilamente a su trabajo y, al llegar a la mencionada habitación, tocó primero como solía hacer siempre para no molestar.

—Servicio de limpieza —anunció contra la puerta.

Intentó escuchar, pero nadie contestó, así que repitió la operación como tenía indicado y, al no recibir respuesta, entró.

La habitación estaba en penumbra, por lo que supuso que los ocupantes se habían marchado a desayunar y la habían dejado así. Se acercó a las cortinas del saloncito y las abrió de par en par. Comenzó a pasar el plumero de aquí para allá, canturreando (con su horrible voz) una canción de One Republic que estaba escuchando con su mp3, y cuando se giró se llevó un susto de la muerte.

—¡Ay, señor! Lo siento, ¡no te había visto! He llamado varias veces a la puerta y como nadie contestaba...

Sin saber qué más hacer, se tapó los ojos con las manos, todavía sin soltar el plumero, y esperó.

La risa de Tanner sonaba perezosa, pero a ella le hizo sentirse mucho más molesta. ¿Por qué demonios no había contestado a su llamada? ¡Había llamado varias veces! Y sin embargo, allí estaba él, observándola desde la cama, desnudo, con los ojos semicerrados y la sábana apenas cubriéndole las caderas.

Por suerte, la cama estaba en la habitación principal y no en el saloncito,

pero aun así ella podía ver perfectamente su pecho dorado por el sol de Miami o de donde fuera y la tira de vello oscuro que bajaba desde su ombligo.

Aunque tenía los ojos cerrados, no podía apartar esa imagen de su mente: él allí, tumbado en esa cama enorme, solo, con el pelo revuelto y aquel cuerpo delgado y marcado, aunque no en exceso. ¿Y qué era ella? Una estúpida camarera de piso con un uniforme horrible y cierta tendencia a coger peso donde no debía.

En eso se había quedado, y nunca había sido más consciente de ello que en ese momento, cuando la perfección que él era estaba plantada allí, delante de sus propias narices.

—Yellow, no pasa nada. Me quedé dormido, lo siento. Anoche estuve hasta tarde en casa de mi madre.

—¿Y por qué no te quedaste a dormir allí, entonces? —espetó ella, algo maleducada.

Escuchó cómo él reía y el ruido de la cama y las sábanas. Después escuchó también pasos. Ya se estaba vistiendo, menos mal.

—Buen punto, pero no tenía mi maleta allí así que decidí volver. Además, aquí tengo más espacio.

—Claro, por no mencionar que este lugar es mucho más lujoso, por supuesto.

—Desde luego, Yellow... El lujo no me importa demasiado, parece mentira que no me conozcas.

—Si te digo la verdad no, no te conozco, para qué te voy a mentir.

Él suspiró.

—Ya me he puesto los pantalones. Aunque no sé por qué te molesta tanto verme desnudo. Como si no me hubieras visto antes...

Ella abrió los dedos con cautela para cerciorarse de que estaba vestido antes de quitárselas de la cara.

No estaba vestido del todo, solo llevaba los viejos vaqueros, pero sobraba. Más o menos. Porque le desconcentraba verle medio desnudo.

—Eso fue hace mucho tiempo, Tanner. Ni siquiera me acuerdo ya de cómo eras —mintió. Una chica tenía que tener también su orgullo, ¿no?— De verdad, así no se puede trabajar. Volveré luego, cuando te hayas marchado.

Comenzó a girarse, pero él la tomó del brazo y la detuvo.

—No te vayas, Yellow, por favor. No molestaré, de verdad. Me quedaré aquí quieto y leeré el periódico de hoy mientras haces tu trabajo.

—No es molestia. En realidad, prefiero que no haya nadie mientras hago la cama y limpio el baño, por si no te habías dado cuenta.

Con esas palabras, lo que ella pretendía era hacerle saber que para ella era bastante incómodo que él, precisamente él, tan rico y afortunado, la estuviera mirando hacer esas tareas tan de clase baja. Pero se las dijo con la cabeza bien alta y mirándole a los ojos, para que no fuera a pensar que ella se avergonzaba, sino que era él quien debía sentirse avergonzado si intentaba menospreciarla porque su trabajo era de lo más honrado.

No la iba a humillar así, desde luego que no.

—Bueno, pero yo no soy nadie, Yellow. Es más, soy tu amigo, y si te hace sentirte más cómoda, cogeré yo hoy el aspirador y lo pasaré por ti.

Ella bufó.

—¿Pero qué te pasa, Tanner? ¿Qué coño te está pasando por la cabeza? —le gritó—. Después de tantos años vienes, reapareces en mi vida...

—Fuiste tú quien reapareció en la mía, Yellow —le interrumpió él.

Pero ella seguía hablando sin hacerle caso.

—... y de repente quieres volver a ser el chico bueno, el caballero de la blanca armadura, Robin Hood de los bosques o algo así. ¿De qué vas? Este trabajo me ha salvado el pellejo, imbécil. A mí, a mi hijo y a mis hermanas, ¡durante años! Y es muy digno. Y si tú, maldita sea, crees que vas a venir desde Hollywood...

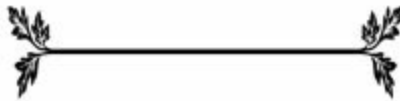
—Miami —volvió a intentar interrumpir, en vano.

—...y conseguir aparentar que eres un chico servicial y considerado poniéndote a pasar la aspiradora, cosa que es mi trabajo, ¿me escuchas? ¡MI TRABAJO! ¡Pues vas listo!

Se calló y se le quedó mirando con tanta rabia que él no supo qué decir en absoluto. Estaba totalmente fuera de juego, noqueado, KO en el primer round.

Y entonces, ella se puso una mano en la boca, se la tapó con fuerza, y notó cómo las lágrimas amenazaban con asomarle a los ojos. Se dio la vuelta y huyó despavorida de la habitación, dejándole allí de pie hecho un lío.

Y ni siquiera le había dejado pedirle perdón por cualquier cosa que le hubiera podido hacer o decir ese mismo día o en el pasado.



Yellow salió al pasillo y tiró del carro con todas sus fuerzas mientras lloraba.

¡Aquello sí que había sido toda una humillación! Todo lo que ella le dijo era verdad, pero se lo había dicho con tanto ímpetu, se había enfadado tanto con él, que supo desde que terminó su discurso que se había puesto en evidencia.

Estaba resentida con él, y a él ya le había quedado más que claro con su actuación de niña descontrolada.

Continuó a la siguiente habitación y comenzó a limpiarla como si le hubieran puesto el piloto automático, pero con la cara enrojecida y totalmente avergonzada por la escena que acababa de montar.

¡Pero es que ella tenía razón! ¿Cómo se atrevía él a hacer eso? ¿Cómo se atrevía a avergonzarla así?

Esa mañana no volvió a saber nada más de él. Terminó su jornada y fue tranquilizándose poco a poco y, cuando llegó la noche, mientras bañaba a Leo y hablaba con él sobre el colegio y los deberes, no pudo evitar preocuparse por Tanner, porque por nada del mundo quería volver a encontrárselo en la habitación.

Estaban sentados a la mesa, cenando pescado con guisantes y aguantando las quejas de Leo.

—Abuela, de verdad, la próxima vez que cocines guisantes me avisas, porque mi cerebro se va encoger y cuando me hagan una ecografía, en vez de

cerebro van a encontrar un guisante.

Anne comenzó a reír y varios guisantes se le escaparon de la boca. Yellow le reprendió, pero Jeanette le contestó con la misma audacia de que él hacía gala:

—Pequeño jovencito, al cerebro no se le hacen ecografías, se le hacen radiografías, creo, y si encontraran un guisante me alegraría, porque así los tendríamos gratis de por vida.

—¡Pero es que no me gustan! Los odio... Los odio como los Gremlins odian al agua.

—¿Quién le ha puesto mis viejas películas a Leo? —gruñó Yellow repasando a sus dos hermanas. Las dos se callaron y miraron sus platos, pero Nicky canturreó feliz—. De verdad, Nicky... ¿No podías haberle puesto Los Goonies? No, qué va. Qué ilusa soy, tenías que ponerle una con la que tuviera pesadillas después.

—Ya estamos otra vez con la cháchara... —se quejó ella.

—Linda, Leo no va a tener pesadillas con los Gremlins. Ni siquiera las tengo yo, y mira que soy miedosa —replicó Anne.

—Es verdad, mamá, Anne tampoco les tiene miedo.

Yellow miró a sus dos hermanas. Habían visto la película los tres juntos, y como siempre, Nicky encubría a la pequeña y delicada flor de Anne.

Entonces, el timbre de la puerta sonó.

—¿Quién será a estas horas? —dijo Jeanette, frunciendo el ceño.

—Abuela, no abras que seguro que es un gremlin malo que quiere escupirte en la cara.

Todos en la mesa comenzaron a reír, pero ella ya se había levantado e iba hacia la puerta.

Cuando la abrió, escucharon una suave voz que no se podía reconocer desde aquella distancia, y Nicky intentó asomarse por una esquina.

—Ay por favor, lo que nos faltaba...

Anne cogió aire y lo soltó con un suspiro.

Entonces Yellow se dio la vuelta y le vio allí, de pie junto a su madre en la entrada de la cocina, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa en esa cara de niño bueno que parecía no haber roto un plato en su vida.

Ella entrecerró los ojos, le envió un mensaje mental para que supiera que no era bien recibido allí, y se dio la vuelta para continuar toqueteando su plato con el tenedor y que él no se percatara de que se había puesto roja a causa del recuerdo de la anterior discusión.

—Hola a todos —le escuchó decir.

El niño le miraba sin pestañear.

—¿Tú eres el capullo que se quiere tragar a mi mamá y luego volverse a su casa de Hollywood?

El silencio que siguió fue desconcertante, porque nadie se atrevía a decir nada y Yellow quería que la Tierra se abriera, se la tragara y después la hiciera papilla y la escupiera en Las Bahamas.

—Esto... supongo que sí, debo ser ese si lo que dices te lo ha contado tu simpática tía Nicky.

Yellow se dio la vuelta de nuevo para ver cómo él se encogía de hombros y miraba a sus dos hermanas buscando confirmación.

—Ese eres tú, sí, pero no te lo creas demasiado, amigo. Y que sepas que no vas a llegar a ninguna parte haciéndome la pelota —le dijo Nicky.

—Cállate ya, Nicky —interrumpió la matriarca antes de dirigirse hacia el recién llegado de nuevo—. Pero no te quedes ahí de pie, chico. Vamos, pasa y siéntate a la mesa, te pondré un plato y cenarás con nosotras.

—Si te comes los guisantes de mi abuela hasta te dejo que te tragues a mi mamá.

Jeanette trajo una silla para Tanner y la puso enfrente de Yellow.

«Bruja», pensó ella, lanzándole una mirada asesina.

Él tomó asiento y miró a Leo.

—Me voy a comer los guisantes de tu abuela, y apuesto lo que quieras que hasta están ricos.

Leo le miró fijamente. Aquello era un duelo.

Después, Jeanette se dio la vuelta para prepararle un plato a Tanner y él se agachó en dirección al niño.

—¿No tienes un perro o alguna otra mascota a quien se los pueda echar por debajo de la mesa?

El crío se echó a reír mostrando una hilera de dientes desiguales y algún que otro hueco, y Yellow no pudo evitar sonreír a su vez. Le encantaba ver reír a su hijo, verle reír y crecer sin problemas, sin preocupaciones. Quería una infancia feliz para él, e iba a dársela costase lo que costase.

Y ese estúpido de Tanner no lo iba a estropear.

Se volvió hacia él y vio cómo sonreía a su hijo. Tenía una mirada traviesa, la mirada típica de un niño cuando sabe que ha hecho algo malo y esconde un secreto.

—Espero que te atragantes con uno de esos guisantes —le dijo sin pensar.

Todos la miraron.

—Vaya, Linda, ahí sí que has estado fina eh, me has superado... —le respondió Nicky

Anne la miraba con los ojos como platos, y ella sabía exactamente lo que estaba pensando.

¡Cómo podía haberle dicho eso a Tanner! ¡A Tanner Adams! ¡El guapísimo, el perfecto Tanner Adams!

Pues bien, se lo había dicho. Y pensaba decirle muchas más cosas.

Pero no esperaba que se comportara como un chico normal en la cena, ni que se comiera toda la comida, ni que riera con las pullas de Nicky o intentara buscar un aliado en su hijo.

Ese era un tema muy, muy delicado.

Una cosa era que Tanner apareciera en su vida e intentara ponérsela del revés de nuevo, pero no iba a permitir que hiciera lo mismo con su hijo. Eso sí que no. Nunca.

Esa misma noche le iba a dejar bien claro lo que podía y no podía hacer a la hora de dirigirse a ella, porque Yellow ya no era la chica estúpida que soñaba despierta y cumplía todos y cada uno de los deseos que el maldito

Tanner Adams pedía por esa boquita.

La Yellow de ahora le iba a cantar las cuarenta.

CAPÍTULO 19:

DERRIBANDO BARRERAS

Tanner había hecho de tripas corazón y decidido, ese mismo día, que haría lo que tenía que hacer: disculparse con ella de una vez por todas y aclarar por qué demonios estaba tan enfadada con él.

También era muy consciente de que no debía jugar con ella bajo ninguna circunstancia, y si había algo que tenía claro era que no pensaba comenzar una relación ni con Yellow ni con nadie. En ese momento de su vida no tenía la certeza sobre nada, y mucho menos sobre sus propios sentimientos, y no pensaba hacer de ella otro trofeo como al final había resultado ser Lillie.

La valoraba demasiado como para arriesgarse con ella de ese modo, aunque fuera de manera inconsciente.

Su intención no había sido encontrarse con toda la familia al completo, y mucho menos en la mesa de la cena... Pero era demasiado grosero dar media vuelta y marcharse así, sin más, y hacía mucho tiempo que Tanner ya no era el chico tímido e indeciso que una vez fue. Para demostrarlo, aceptó la invitación de Jeanette a cenar y se sentó a la mesa, por muy incómodo que se sintiera.

En cuanto vio al niño que había sentado delante de él, el corazón se le partió un poquito. Ese niño podía haber sido suyo. Si no se hubiera marchado a Londres, puede que ahora Yellow y él tuvieran un niño como ese, con los ojos verdes de Nicky y el pelo revuelto. Aunque su mirada era hostil al principio, le encantaban los críos y no tardó en ganárselo con unas cuantas bromas sobre la manera de cocinar de la abuela. Por raro que pareciera, intentó buscar en su rostro algo que le recordara a Rob, pero gracias a Dios no descubrió en él nada de su anterior amigo.

Se terminó toda la cena (porque, eso sí, era un chico bien educado), y evitó mirar a Yellow (perdón, Linda) en todo momento. Sabía que ella no quería que estuviera allí, pero él no podía desaparecer de su vida sin más. No

ahora, no otra vez.

Si ahora tenía que marcharse, lo haría con las cosas claras y con cualquier asunto pendiente solucionado.

Pero no entendía en absoluto de dónde provenía tanto resentimiento. Cuando ella le dijo que esperaba que se atragantara con uno de los guisantes, él al fin la miró, sonrió, y continuó charlando como si no hubiera ocurrido nada. Y al final, la cena no resultó tan incómoda ni tan mala, a pesar de estar todos sentados en aquella vieja mesa blanca de la cocina donde no cabían y se rozaban con los brazos cada vez que levantaban los cubiertos.

La casa no había cambiado en absoluto a lo largo de los años; es más, estaba más desastrosa si cabe. Supuso que cuando Phil estaba sano debía arreglar las cosas, pero tantos años sin un hombre en el hogar y, debido a la escasez monetaria, aquello se estaba cayendo a trozos. Hasta la pared se estaba desconchando, y nadie parecía percatarse siquiera.

Se sintió responsable de ello, en cierta manera. Si hubiera conseguido mantener una relación con Yellow... Perdón, con Linda, les habría ayudado y no tendrían que seguir viviendo en aquella pocilga de un barrio tan dudoso.

Con todo, moqueta desgarrada en la que Leo tropezaba cada vez que cruzaba el pasillo y papel de flores en la pared, le parecía el lugar más acogedor y feliz que había visto nunca. Ni siquiera la casa de sus propios padres había exudado nunca tanta felicidad.

Terminada la cena, todos ayudaron a recoger los platos, incluido él.

—De verdad, no tienes por qué hacer esto —le espetó ella.

—No, si es divertido. ¿Verdad, Leo? Quitar los platos de la mesa mientras tarareas una canción de Gun's'Roses es lo más divertido que he hecho en varios días. ¿Qué música te gusta a ti, chaval?

Ella le lanzó una mirada venenosa y él se encogió de hombros.

Vale, mensaje captado. No quería que se acercara a su hijo, por el motivo que fuera, y él iba a intentar respetar su opinión.

—¿Puedo hablar contigo un momento, por favor?

Diez minutos después, salían por la puerta con ella envuelta en un enorme chal de un color marrón indefinido. Un color soso, triste y que apagaba sus

rasgos. Caminaron en silencio durante un rato, sin rumbo fijo por las calles oscuras del noreste de la ciudad, y Tanner intentó dirigirla hacia una zona más segura, con mayor iluminación aunque eso le perjudicara a él.

Adoraba caminar por las calles de su antigua ciudad, porque ya no era aquel pueblo desolado y feo de casas industriales y ciudadanos pobres, sino que se había convertido en un bonito destino turístico para la zona de Yorkshire. Gracias a eso, el dinero había conseguido embellecer muchas de las áreas que antes no eran más que agujeros donde los adolescentes se reunían para hacer sus diabluras.

—Escucha, Tanner —comenzó ella—. Siento mucho la escena que te monté esta mañana, pero supongo que comprenderás que la situación fue bastante humillante para mí.

Él asintió.

—No tienes por qué sentirlo, tenías razón. Me porté como un idiota.

—Aun así, no debería haberte gritado. Me quedan solo unos pocos días en el hotel, y no quiero que me echen antes y perder el finiquito.

—No te preocupes, si hubiera sucedido algo así yo te lo habría pagado.

Ella se detuvo a mirarle y él se enfrentó a la expresión de cruda rabia de ella.

—Mira, Tanner, te voy a decir una cosa muy clara, y espero no tener que volver a repetirla jamás: no voy a aceptar caridad alguna de tu parte, ¿está claro? Toda mi vida he luchado por salir adelante sola y lo he conseguido, no necesito que ahora vengas tú a salvarme. Es más, en cuanto apareces, no hay más que problemas. Deberías llevar un signo de neón en la cabeza.

—Bueno, en serio, no es esa mi intención. Siento que la vida nos haya obligado a cruzar nuestros caminos de nuevo, pero Linda, yo no tengo la culpa de nada de lo que hayas tenido que pasar, y no sé por qué, cada vez que hablamos parece estar tan enfadada conmigo. Fuiste tú la que cortaste conmigo, fuiste tú la que me alejaste de ti. Yo solo era un crío. Si, por un segundo, hubieras confiado de verdad en mí y me hubieras contado por lo que estabas pasando, te habría ayudado.

Ella resopló, incrédula.

—Tanner, siempre has sido tú, ¿verdad? Todo gira alrededor de ti. Eres incapaz de ver más allá de tus narices. Pues te lo voy a explicar: te dejé porque no podía soportar más soledad en mi vida. Te dejé para que persiguieras tus sueños con total libertad, sin una novia a la que arrastrar en el camino y, por si fuera poco, una con tantos problemas. Te dejé porque tú estabas más enamorado de tu sueño que de mí, y no te dabas cuenta.

Él parpadeó varias veces intentando digerir lo que ella acababa de decirle. Después, la cogió del brazo y tiró de ella.

—Vamos, va a empezar a llover y este no es sitio para comenzar a airear nuestros trapos sucios.

—No, claro que no. Además, yo no tengo nada más que airear. Aquello pasó hace demasiado tiempo y yo no tengo ni las ganas ni la energía de seguir dándole vueltas a lo mismo.

—Yo tampoco, no te creas.

A ella le dolía el brazo que él le apretaba con fuerza y tiró de él para soltarse.

—¿Y entonces por qué no me dejas en paz?

Él no dijo nada, continuó caminando y, cuando se dieron cuenta, habían llegado al final de Peasholm Crescent y alcanzado el borde del parque Peasholm donde ahora había una bonita glorieta en la que podían sentarse y resguardarse de las gotas de lluvia que comenzaban a caer.

Tomaron asiento y ella se arrebujó en su chal.

—Sigo esperando una respuesta —le dijo enfurruñada.

Él no habló. Cuando Yellow estuvo a punto de perder la paciencia y levantarse para marcharse de nuevo a casa, él tragó saliva y la miró.

—No puedo alejarme de ti porque eres la única persona sincera que conozco. La única genuina, verdadera, y en quien realmente siento que pueda confiar. Sé que no hemos sabido nada el uno del otro en muchos años, pero verte de nuevo ha sido... No sé, ha abierto viejas heridas.

—No querrás vengarte ahora, ¿verdad? Porque en ese caso, yo estaría en clarísima desventaja. Te habrás dado cuenta de que hay un niño al que debo atender y no puedo permitirme volver a ser la cría despreocupada que una vez

fui.

—Lo sé.

—Además, no sé por qué dices que soy la única persona genuina que conoces. La verdad es que no me conoces de nada. Ya no.

—Lo sé, pero eso no es ningún obstáculo para que lo piense. Soy un hombre de sensaciones, y eso es lo que siento cuando estoy junto a ti. —Ella se apretó el chal todavía más, como si con ello pudiera protegerse de todo lo que estaba por venir—. Y supongo que tienes razón con lo que has dicho antes.

—¿Con qué?

—Que era más importante mi sueño que tú. Me ha costado reconocerlo, pero al fin lo he hecho.

Él había apartado la mirada de ella, y ella hizo lo mismo. De repente, sintió como si toda aquella tristeza volviera de nuevo hacia ella, como si la certeza de no sentirse lo suficientemente querida fuera una novedad, y no la hubiera acompañado toda la vida.

—Estarás feliz, ya lo has conseguido —trató de decir tras aclararse la garganta.

—No, todavía no.

La seriedad de su tono casi le hizo gracia.

—¿Todavía no? ¿Y se puede saber qué es lo que no has conseguido? Porque no creo que nadie pueda llegar más alto de lo que lo has hecho tú, la verdad.

—No he llegado a lo más alto. Nunca he sido número uno.

Ella le observó detenidamente, intentando descifrar qué era lo que pasaba por aquella testaruda cabeza.

—¿Qué es lo que quieres demostrar, Tanner? O mejor dicho, ¿a quién se lo quieres demostrar?

Él volvió la cabeza y sus ojos azules la miraron desafiantes.

—Tengo que demostrármelo a mí mismo.

En aquel preciso momento, Yellow vio a Tanner como lo que era: un hombre atormentado y obsesionado con su pasado. Y supo que todo eso no era más que fruto de aquella estúpida falta de autoestima, algo que tanto su padre como ella habían contribuido a provocar en él en el pasado: su padre con su feroz sobreprotección y su obsesión por convertirle en una estrella y ella, al abandonarle justo cuando empezaba su carrera y cuando, según él, más le necesitaba.

Se sintió culpable, pero al mismo tiempo también fue consciente de que ella no podía hacer nada por él. No podía sacrificarse, y no serviría de nada hacerlo. Tan solo sería para él un alivio pasajero, algo que destruiría como probablemente destruiría el resto de cosas auténticas de su vida si no lo superaba de una vez.

—No sé cuánto tiempo me quedaré aquí, Linda —comenzó a decir él de nuevo mientras se giraba con la mano izquierda un anillo de plata que llevaba en el pulgar de la mano derecha—, pero me gustaría que fuésemos amigos y que pudiéramos solucionar nuestros problemas.

—Creo que tu novia es un poco celosa para permitir ciertas amistades— dijo ella con tiento.

—Lo hemos dejado —suspiró, y la miró de nuevo. Ahora sus ojos eran más suaves, y el azul era más profundo, más intenso—. Pero no quiero que pienses que busco una aventura o algo parecido. Fuiste demasiado importante para mí, y me gustaría recompensarte de alguna manera. Perder a una persona que quería me ha hecho darme cuenta de que no debo alejarme de las personas que me importan, y tú me importas, de verdad. No volveré a hacerte daño.

Se apoyó en el respaldo del banco y se acercó más a ella, pasando el brazo por detrás de la espalda de Yellow. Ella fue más consciente que nunca de su cercanía, de la oscuridad que les rodeaba, de la lluvia que caía sobre el tejado, de esos ojos azules que la miraban sin pestañear, del calor de su cuerpo, tan tentador.

¿Cómo podía negarle eso? ¿Cómo podría hacerlo sin resultar grosera o una maldita arpía?

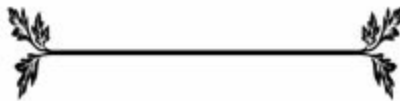
O a lo mejor, la verdad era que no deseaba hacerlo. A lo mejor era ella la que necesitaba tener dejarse llevar y, quizá, hasta tener una aventura.

Le hubiera encantado, por una vez, olvidarse de todo y disfrutar del momento, dejar que sus labios la volvieran a besar, sentirse deseada por una vez, experimentar de nuevo esa cálida sensación del cuerpo de un hombre contra el de ella... Pero no podía hacerlo.

—Una amistad es lo único que te puedo ofrecer.

Él le acarició el cabello y le apartó un mechón de la mejilla para colocárselo detrás de la oreja.

—Es más que suficiente —le respondió.



Volvieron a casa dando un paseo apacible, como dos viejos amigos, sonriendo y sintiéndose mucho más cómodos que antes.

Yellow conocía cuáles eran los límites; se los había impuesto a sí misma con claridad y nunca solía extralimitarse. Estaba totalmente convencida de que sería capaz de sobrellevar aquella especie de amistad con Tanner y de que después él volvería a su vida en Malibú y todos tan contentos.

Sabía que era blanda, siempre lo había sido: pretendía excluirle por completo de su vida pero, al final, había terminado por ceder. Pensaba que no le había quedado más remedio. Además, él se había sincerado del todo, y ella no era una persona cruel, no podía negarle una amistad.

Pero solo eso: amistad.

Cuando Tanner le dejó en la puerta de casa, ella supo lo que le esperaba al entrar, porque las sombras que se movieron con rapidez desde la ventana eran más que evidentes. Más tarde ya les regañaría: la próxima vez, la familia Mayers al completo debía disimular un poco más si no quería la fuerza de su furia cayera sobre todos y cada uno de sus miembros.

Tanner volvió a darle un beso en la mejilla.

—Me ha encantado poder aclarar al fin las cosas contigo, Yellow.

—Sí, a mí también me ha gustado, pero por favor, no vuelvas a llamarme Yellow.

Eso la hacía sentirse más vulnerable, y si continuaba haciéndolo, no

tardaría en olvidar todo lo que se había propuesto.

—Está bien, lo siento —sonrió y se pasó la mano por los rizos—. Parece que no hago más que meter la pata y después disculparme contigo, ¿verdad?

—Siempre fuiste un poco torpe, eso es verdad.

Ambos rieron y se miraron a los ojos durante un instante. Cuando Tanner reía se le formaban dos hoyuelos en las mejillas, dos dulces hoyuelos que le daban más encanto todavía, como si fuera un adorable osito de peluche al que mimar.

Solo que un osito muy, muy atractivo.

El silencio se volvió incómodo, pero eran incapaces de moverse. Tanner le rozó la mejilla con los dedos, se acercó, apoyó su frente sobre la de ella, y le dio un ligero beso en los labios.

Y ella no se resistió porque sintió que las piernas le temblaban, que todo su mundo se venía abajo, y que lo único que quería y deseaba era que él la estrechara entre sus brazos.

Sintió su respiración pausada, apoyó la mano en el pecho de él y percibió el latido de su corazón, desbocado, como el de ella.

«No, por favor, otra vez no. Por favor», rogó. ¿Por qué era tan fuerte en todas sus decisiones menos en las relacionadas con él?

Como si él le hubiera leído el pensamiento, se separó. Solo había sido un roce de los labios, un beso breve, tímido y casto. No fue más que una caricia, pero para ella lo fue todo.

Él la miró a los ojos.

—Prometí que no lo haría. Lo siento, perdóname, de verdad.

—No pasa nada —susurró ella sin aliento—. Pero no lo vuelvas a hacer más.

—No lo haré.

La miró de nuevo a los labios y ella temió y deseó que volviera a besarla. Después, le apretó ligeramente la mano, se dio la vuelta y se marchó con rapidez dejándola allí, quieta y sin respiración, en el umbral de su puerta.

Si aquello no era querer a un hombre, por mucho que no fuera el

adecuado, por mucho tiempo que transcurriera, por más que todo se interpusiera entre ellos... Entonces Yellow no podía imaginarse cómo sería en realidad el amor.

No podía negar lo que sentía cuando estaba con él, era imposible y una idiotez. Le quería, y siempre le había querido. Y le seguía queriendo tanto que hasta le dolía. Le dolía verle, le dolía tocarle, le dolía incluso su sonrisa.

Un beso. Con solo un estúpido beso, que ni siquiera podía contar como tal, él había derribado todas las barreras que ella se había propuesto levantar contra él. ¿Cómo demonios se iba a enfrentar ahora a ello?

Las lágrimas volvieron a pugnar por salir, y ella dio media vuelta y entró en casa, su refugio seguro, el único lugar donde se sentía protegida.

Desde la oscuridad que le servía de cobijo en aquella lóbrega calle, Rob vio cómo su exmujer se despedía en términos muy cariñosos con el estúpido de Tanner Adams. También fue lo suficientemente astuto como para advertir la mirada de anhelo que le lanzó cuando él se marchaba, y cómo suspiró al darse la vuelta para volver a casa.

Esa estúpida de su mujer. Siempre había sido una ingenua, nunca aprendería.

Pero ahora lo que sí tenía claro es que no iba a permitir por nada del mundo que el chico de oro, el gran imbécil que siempre lo había tenido todo tan fácil, le arrebatara a su familia, porque era él quien se la había merecido, quien había pasado años en la maldita cárcel por intentar darles a ella y a su hijo una maldita casa.

Y no pensaba rendirse sin plantar batalla. Al menos, esta vez no.

CAPÍTULO 20:

BIENVENIDA, INSPIRACIÓN

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Tanner fue levantarse temprano y dejar la habitación de hotel.

No quería encontrarse con Yellow, pero no porque no se atreviera a verla, sino porque no quería presionarla más. Había llegado la hora de hacer las cosas bien. Hasta el momento no había hecho más que meter la pata en todo cuanto a ella se refería, fuese por el motivo que fuese, y estaba claro que no era eso lo que se merecía.

En cuanto salió de allí con su pequeña maleta volvió a casa, desayunó con Trish, que seguía con el mismo estado de ánimo catatónico de los últimos días, y después le pidió que le acompañara a alquilar un coche para así poder sacarla de casa. Aunque le encantaba pasear por su pequeña ciudad, no podía pasarse la vida andando de aquí para allá y viendo su foto en las páginas online de las revistas de cotilleos.

Sin embargo, por mucho que intentara animar a la mujer y al mismo tiempo ocuparse de sus propios asuntos, la cabeza volvía una y otra vez a la noche pasada, a aquel beso que le había dado a Yellow. De la misma manera, tampoco podía evitar pensar en ella como Yellow y no como Linda, porque sospechaba que, para él, ella nunca podría ser otra que el color del sol.

Y cada vez que pensaba en ella y en el beso se estremecía.

Sí, sabía que había sido un imbécil, pero no había podido evitarlo. En aquel momento, y después de que todo se hubiera aclarado (más o menos), se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo, y las ganas de apretarla contra él habían sido demasiado imperiosas.

El beso no fue nada más que un gesto de agradecimiento, causado por la familiaridad que sentía al abrazarla.

O al menos, eso se intentaba repetir. No quería cagarla otra vez. No

quería volver a hacerle daño.

Y sin embargo, no podía evitarlo. No podía evitar sentirse atraído hacia ella una y otra vez. Ironías del destino. Cualquiera que fuera el que movía los hilos parecía estar riéndose de ellos, pasándosele bien a su costa mientras les complicaba la vida a los dos.

Aquel mismo día alguien le fotografió agarrado de la mano de su madre, cosa que hacía solamente porque ella no parecía querer ni poder avanzar por su propio pie, y esa imagen apareció en los titulares anunciando que el fantástico Tanner Adams había dejado a la preciosa Lillie McFly por una enferma mental que parecía bastante mayor que él. Parte de lo que decían era verdad, claro: sí había dejado a Lillie, pero no por ninguna enferma mental. Ni por nadie en absoluto: la había dejado porque no la quería. Y punto. Si hubiera podido pillar al reportero que había dicho esas asquerosidades sobre su madre le habría retorcido el cuello.

Por si fuera poco, al día siguiente su manager se presentó en la puerta de la casa de sus padres y se armó una buena trifulca.

—Siento tener que aparecer así de la nada, Tanner, pero hemos estado esperando tres meses. ¡Tres malditos meses! ¿Sabes la presión a la que me están sometiendo los de la discográfica? ¿Y los productores? Ya sé que es una situación delicada para ti, ¡pero joder! Tienes que ser un profesional. ¡Los sentimientos personales no deben influir en tu trabajo!

Tanner le observó andar de aquí para allá en su salón mientras su madre y su hermana seguían en la cocina. Pensó en que ellas no merecían estar escuchando aquello. Bastantes problemas tenían ya sobre sus cabezas.

—Tranquilízate, Mike —por primera vez le habló a su manager en tono duro y grave. Hasta ahora, siempre le había salvado el pellejo, era cierto, pero Tanner se había cansado de que todo el mundo le cubriera las espaldas—. Volveré cuando tenga que volver. Ahora mismo, mi carrera es lo último que me interesa, puedes estar seguro.

Le mintió descaradamente, y tampoco le dijo que había perdido la chispa. Que llevaba meses intentando componer y que era imposible. Que no tenía ganas de nada, y que todo había perdido el brillo que un día tuviera. Que estaba perdido.

Pero todavía no había llegado a conquistar lo más alto, y quería hacerlo.

Solo que no sabía cómo volver a sentir aquel cosquilleo que le recorría el cuerpo cuando una buena melodía salía de su guitarra.

—¿Qué quiere decir eso? O sea, ¿me estás diciendo que tengo que volver a allí, presentarme ante todos y decirles que el niño bonito ha pensado que «volverá cuando tenga que volver»? ¡¿Qué clase de respuesta es esa, maldita sea?!

Había comenzado a gritar tanto, que Tanner se cabreó de verdad. No solía ser un hombre de arrebatos temperamentales, pero en ese momento se sentía como si fuera una olla a presión a punto de estallar y alguien le hubiera echado agua fría encima.

—¡Diles lo que te dé la maldita gana, joder! ¡Para eso te pago! Siento si no te gusta el trabajo, pero esto es lo que hay, así que ya puedes estar espabilando. Lo mismo que te has ganado a pulso el dinero trabajando cuando todo ha ido bien, a veces las cosas también van mal y tendrás que echarle huevos. Si no quieres hacerlo, ya sabes dónde está la puerta.

Mike era un hombre fornido que llevaba la cabeza rapada porque se estaba quedando calvo y que solía pasar un par de horas al día en el gimnasio, con lo que era mucho más amenazador que Tanner, con su cuerpo alto y esbelto y su cara de niño bueno.

Pero a veces, la fortaleza no se medía por la forma física. Ni tampoco por la fortaleza de carácter, sino por el poder que el uno pudiera tener sobre el otro.

Y estaba claro quién pagaba allí las facturas.

—Dime las cosas claras, Tanner: ¿qué pretendes hacer? Si vas a mandarme a los tiburones, tengo que saber a qué atenerme.

Bien, aquello estaba mejor, pensó él.

—Voy a quedarme aquí por un tiempo. Vas a volver a Silver Records y a decirles a todos que tengo una crisis familiar y no pienso volver hasta que todo esté solucionado. Vas a obligarles a que aplacen el contrato, y si no quieren, les mandas a la mierda. Ellos tienen mucho más que perder que yo.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo, Tanner? Supuestamente, debías empezar una gira antes de Navidad, y tu disco ya debería estar terminado a estas alturas. Ni siquiera has entregado las canciones. ¿Cuánto quieres que

aplace esto? No tienes nada, ¿verdad?

Él se dio la vuelta y miró por la ventana. La calle seguía apacible, gris. Dos niños montaban en bici por la acera, porque todavía no habían comenzado el colegio, y un par de señoras mayores estaban sentadas en el porche tejiendo y charlando animadamente. Aquella era su casa. En ningún otro lugar se sentiría tan a gusto como allí. Él también necesitaba curarse, y solo podría hacerlo si se quedaba en Scarborough, rodeado de la gente que realmente le importaba.

—Rompe el contrato si quieres. No voy a volver —susurró.

No escuchó nada a sus espaldas, ni un leve movimiento, ni una respiración. Al cabo de un momento se dio la vuelta para ver si Mike todavía seguía allí, y le vio apoyado sobre la repisa de la antigua chimenea, pasándose el pulgar por la frente con expresión abstraída.

—Tarde o temprano, siempre me venís con algo parecido.

Tanner lo comprendió perfectamente.

—Ninguno de vosotros podía ser una persona normal y corriente, comprometida con su trabajo, responsable. Siempre tenéis un arrebatado de estos. Sois como los críos pequeños, tercos y caprichosos.

—Somos pasionales, que es distinto.

Mike resopló.

—Hasta ahora, siempre habías sido un tipo bastante racional y equilibrado para ser un artista. Por lo visto, o me estabas engañando o te pasa algo muy grave que no quieres confesar.

Tanner calló.

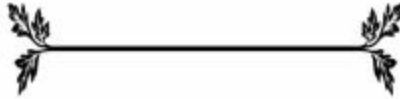
—Está bien, sé que no somos los mejores amigos...

—Lo nuestros siempre ha sido trabajo, Mike. Yo nunca te he contado mis problemas y tú nunca me has contado los tuyos.

Él asintió.

—Lo sé, y te puedo decir que no me pasa lo mismo con el resto de artistas a los que represento, por eso siempre te he respetado. Pero ahora mismo, esa barrera que tienes a tu alrededor me resulta de lo más incómoda para mi

trabajo. No puedo volver allí y decir que vas a dejarlo todo por un tiempo indeterminado si no confío en ti. Y no puedo confiar porque no sé lo que te ocurre. Sé que te cuesta, pero esta vez vas a tener que hacerlo, amigo.



Esa tarde, Tanner empaquetó a Mike en un avión con destino a Los Ángeles y escala en Londres y un amigo sincero en el bolsillo.

Cuando su relación con el manager comenzó, lo que menos buscaba el chico era alguien que monopolizara su vida o le dijera cómo y cuándo debía actuar, y Mike demostró ser ese tipo comprensivo y relajado a lo largo del tiempo, muy distinto a lo que había sido su padre.

Sin embargo, Tanner no estaba preparado para confiar en nadie, y no era un secreto en el mundillo que no tenía demasiados amigos. Tampoco se le veía en fiestas desenfundadas (al contrario que lo que ocurriera con los chicos de su *Forever Young*, su *boy band*) ni se había visto inmerso en escándalo alguno más que en su extraña y abierta obsesión por la reina de pop Lillie McFly.

Esa mañana se había visto acorralado por su manager y no tuvo más remedio que enfrentar la más cruda realidad: no sentía deseos de seguir en la espiral. O mejor dicho: no sentía deseos de seguir inmerso en el mundo que rodeaba a los músicos de éxito. No quería más entrevistas, ni cameos estúpidos con entrevistadores pagados de sí mismos, ni tenía ganas de parecer seguro e ingenioso delante de nadie. Tampoco podía con la presión de las prisas y tenía un miedo atroz a ponerse de nuevo en un escenario con miles de personas y, de repente, quedarse en blanco.

Nunca le había ocurrido nada así, pero sabía por qué era: había perdido sus malditas raíces, el maldito motivo por el cual todo empezó.

Sí, todavía quería ser el número uno, pero no a costa de cualquier cosa.

¿Podría serlo siendo un ermitaño que vivía en el retiro?

Quién sabía. Igual podía ser el primero en probarlo. Cuando la inspiración quisiera volver a sus manos, claro.

Por extraño que pareciera, Tanner se sinceró con Mike y aquello le liberó.

Había hecho un amigo: uno solo, desde que muriera su padre. En vez de darle miedo, le tranquilizó y sintió como si un peso enorme se le quitara de encima de los hombros. La verdad era que, si no contaba con más amigos de los que en realidad tenía, era porque él no había vuelto a querer hacerlos hasta ese momento.

Su manager se marchó dispuesto a hacer por él cualquier cosa, incluso partirse la cara con la productora o la casa discográfica si hacía falta. ¿Que había que llegar a los tribunales? Para eso estaba él.

El alivio que sintió era tan grande, y la sensación de estar comenzando de nuevo tan embriagadora, que sintió como si algo dentro de él se rompiera. Esa sensación de ligereza, de alivio, era difícil de contener y, de repente, le embargó la necesidad de algo más: compartir su alegría con Yellow.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de una realidad que no debía haber estado negándose durante tantos días: ella era la única persona en la que había confiado a ciegas, sin temor, sin miedos, incluso aunque le hubiera partido el corazón años atrás. No necesitaba que ella le diera muestras de ser merecedora de nada, porque sabía que lo era.

Ella siempre había tenido razón, incluso cuando le dejó años atrás. Siempre actuó en su propio bien, siempre pensando en no hacer daño a nadie, en pasar por la vida de puntillas, sin causar problemas y ofreciendo su mano a quien le hiciera falta.

Y puede que no lo supiera, o que no quisiera aceptarlo, pero seguía siendo una mujer preciosa: tenía un pelo muy bonito, ondulado y brillante, y una forma de caminar que a Tanner le recordaba una ninfa de los bosques que había perdido el rumbo y buscaba, entristecida, su hogar entre los helechos. Cuando estaba cerca de ella se sentía tentado a rozar su cuerpo, sus manos, esa piel blanca que recordaba haber acariciado tantas veces en otro tiempo, en otra época, cuando eran otras personas.

Esa noche, mientras leía un libro tirado en el sofá de su casa y con la vieja manta de cuadros de su padre sobre las piernas, cerró los ojos y una letra le vino a la cabeza:

Even when you're leaving me, I know you still love me

Even when you get away and show the world

Your most cruel and stubborn self, I know you don't fear me

Walk near, leave slow, get away with me

I know I'm no longer alone

(Incluso cuando me dejas, sé que todavía me quieres

Incluso cuando te retiras y muestras al mundo

Tu cara más cruel y obstinada, sé que no me temes

Camina cerca, aléjate despacio, vete conmigo

Sé que ya no estoy solo)

Al día siguiente, invadido por una intensa oleada de optimismo, comenzó a mirar casas a las afueras de Scarborough.

CAPÍTULO 21:

SE COMIENZA POR UN COCHE Y SE SIGUE CON UNA CASA

Pasaron varios días sin que Tanner y Yellow supieran nada el uno del otro.

Tanner continuó visitando casas, consultando inmobiliarias discretas y de alto standing, cuidando de su propia familia. Lucy comenzó a trabajar de nuevo con Nicky, aunque él, en realidad, no creía que a lo que hacían aquellas dos se le pudiera llamar trabajo... Si a reunirse y parlotear sin parar y jugar con el ordenador se le llamaba trabajo, el mundo estaba cambiando mucho más rápido de lo que él creía.

Continuó centrado en cuidar de su madre y buscar un lugar al que llamar hogar, y cada vez que sentía deseos de ver a Yellow se refrenaba. Se había prometido a sí mismo que no la agobiaría, y eso es lo que iba a hacer.

Sin embargo, el día que encontró la casa de sus sueños supo que su vida se estaba encaminando. Trish, que le acompañaba en todas las visitas (y no porque él necesitara su opinión personal, porque ella más bien hablaba poco, sino por el hecho de que se sintiera útil), casi lloró cuando vio la amplia cristalera del salón que miraba al mar.

La casa estaba arriba de una colina, en la zona norte de la ciudad, justo al final de la playa que tanto amaba Tanner. Por nada del mundo habría escogido nada que estuviera cerca del barullo del centro, en la playa sur, donde se concentraban todos los puestos, el paseo, los clubs y los diversos establecimientos. Como era lógico, Tanner buscaba discreción y tranquilidad, y aquella casa lo representaba todo.

Era una construcción de aspecto moderno en el exterior que se acoplaba al paisaje verde y frondoso de la arboleda que la rodeaba. Con acabado en madera oscura, el exterior no prometía demasiado, pues no se apreciaba más que la entrada principal en líneas rectas y sobrias. No parecía esconder la

maravilla que tenía dentro.

Solo cuando entrabas te dabas cuenta de lo que realmente era. El estrecho recibidor con parqué en roble viejo y paredes en tono crema se abría formando una uve a aquel espacioso salón, al que se accedía bajando un par de escalones, y lo primero que veías era esa enorme cristalera y el gris del mar embravecido del norte de Inglaterra.

Tanner se enamoró en cuanto lo vio.

Trish se llevó las manos a la cara y sollozó.

—Hacía muchísimo tiempo que no veía nada tan bonito —le susurró.

Él asintió con la cabeza, y siguió a la agente inmobiliaria, que sonreía satisfecha, mientras le mostraba el resto de la casa. No era demasiado grande: a un lado del salón estaba la cocina, en acabados rústicos y con una isla central para los amantes de la cocina, con suelo de terrazo y unas bonitas cortinas que parecían sacadas de los cuentos de Beatrix Potter. En esos momentos, si Jemima hubiera salido de debajo de uno de esos armarios con cortina no le habría extrañado nada en absoluto.

La planta baja tenía, aparte del salón y la cocina, un estudio y un baño, además de otra habitación pequeña que estaba vacía y que Tanner encontró bastante útil. En la planta alta había tres dormitorios, uno con baño propio, y otro baño más a compartir entre las otras dos habitaciones. No era demasiado grande, y además no había muebles, pero Tanner se lo imaginó todo perfectamente decorado al viejo estilo inglés.

Sí, aquello era la vieja Inglaterra, y en algo se debía de notar.

Era su casa. La suya propia. Su hogar. Sintió ese palpito de haber encontrado lo que andaba buscando.

Si necesitaba más espacio, se construiría un pequeño añadido de madera en el exterior donde poder crear su propio estudio de grabación. Sería genial.

Estaba pletórico.

Al tratarse de una casa en una zona exclusiva, bastante apartada y con unas vistas privilegiadas, resultó ser más cara de lo que él esperaba en un principio, pero el dinero no era problema. Al menos, no todavía. Tenía en sus cuentas corrientes más dinero del que podría gastar una familia normal en

toda su vida, y nunca le había gustado derrochar: le gustaba lo viejo, lo decadente, lo gastado e incluso lo antiguo, porque era lo que le hacía sentir cómodo.

Si no recuperaba su inspiración y su vida musical se desmoronaba, viviría de las rentas y pondría un pequeño negocio de cualquier cosa. No se acababa el mundo porque otra maldita estrella más del rock desapareciera del mapa, como tarde o temprano les ocurría a casi todos.

Le hizo una oferta a la agente inmobiliaria, volvió a casa con su madre, le dio un beso, y salió pitando a buscar a Yellow.

Necesitaba verla, compartir con ella todo lo nuevo, todo lo que había descubierto sobre sí mismo. Y a quién quería engañar... ansiaba abrazarla, darle vueltas en el aire y gritar de alegría. Y besarla. Sí, besarla también, pero eso tendría que esperar.

Estaba deseando ver la cara que ponía cuando saliera de casa y viera el coche que había conseguido. En un principio había optado por alquilar un deportivo bastante juvenil con cristales tintados, pero el dueño de la compraventa y alquiler de vehículos le había reconocido y le contó que tenía un amigo que se dedicaba a la restauración de coches antiguos, y le preguntó si no estaba interesado en adquirir una antigua Volkswagen T1 que alguien había reservado y después no pudo pagar. Tanner sospechaba que se llevaba comisión por la venta, pero al verla no pudo resistirse, era auténtica. La habían pintado de blanco y azul claro, la habían restaurado por dentro por completo y hasta contaba con un moderno equipo de audio y asientos de piel en color crema.

«Qué demonios», pensó en cuanto la vio.

Ya llevaba tres días paseando a su familia en la furgoneta a la caza de la casa de sus sueños, que acababa de apalabrar esa misma mañana.

Aparcó en la puerta de la casa de Yellow y miró a su alrededor. Se sabía que ese no era el mejor barrio de la ciudad, y por un momento tuvo miedo de que, si la dejaba allí mismo, al salir ya no estuviera aparcada. Cuando estaba en casa la guardaba en un garaje al final de la calle que Tanner había alquilado a un vecino, y además tenía una alarma, pero le daba más miedo que se la destrozasen que, incluso, a alguien le diera por robársela.

Tocó al timbre mientras seguía echando miradas hacia su preciada

adquisición, y esperó. Se miró el reloj: eran las cuatro y media de la tarde. Deberían estar todos ya en casa.

Abrió la puerta Leo, y le miró de arriba a abajo como si no se acordara de él.

—¿Has venido a ahogar a mi madre?

Tanner respiró hondo y después sonrió.

—Eh, colega, creía que ya habíamos aclarado ese asunto —y le guiñó un ojo.

Pero el truco no funcionaba con el niño. A lo mejor era que no tenía mano con los críos, claro... Esos bichos eran muy listos.

—Si no has venido a ahogar a mi mamá, entonces has venido a pedirle dinero.

Tanner rió.

—No necesito dinero, Leo, de verdad.

—Tía Nicky dice que todos los tíos son unos mamones y que o bien quieren asfixiarte o pedirte dinero.

Tanner empezaba a sospechar que Leo no había entendido bien el tema de asfixiar o ahogar... Pero prefirió no ahondar en el tema.

—Vaya, tía Nicky dice muchas cosas de los hombres, ¿no? Espero que no las creas todas.

—Sí, claro que las creo todas. Ella es muy lista, me ayuda a hacer los deberes porque mamá no pudo estudiar y no sabe —Tanner perdió la sonrisa y miró a aquel niño de enormes ojos verdes desde otra perspectiva, pero el crío se apoyó en el marco de la puerta y continuó con su profunda reflexión sobre la vida y los hombres—. Además, dice que yo no soy como el resto de los hombres, porque todos son idiotas y yo soy muy, pero que muy listo.

—Eso no lo pongo en duda... Y tienes una labia enorme, también.

—Mi madre dice que en eso es en lo único que me parezco a mi padre, pero tía Nicky dice que no es verdad, que hablo mucho porque soy casi tan listo como ella.

—¿Quieres oír un secreto, colega? —le dijo mientras se agachaba delante

de él para contarle una confidencia en voz baja—: Yo no creo que tu tía Nicky sea tan lista. Creo que tu mamá lo es más.

El niño sonrió.

—Sí, a veces mi mamá es mucho más lista en otras cosas que tita Nicky no entiende. Mi abuela dice que le falta madurar, y Anne dice que sabe mucho de todo lo que está escrito en los libros pero poco de la vida. Yo soy pequeño y no sé mucho de la vida, pero lo sabré cuando sea tan grande como mi tía Nicky y, además, seré más listo que ella.

—Pues no lo dudo en absoluto, de verdad —y lo decía en serio—. Oye, amigo, ¿qué te parece si avisas a tu mamá de que he venido a verla? Así no tendré que quedarme todo el rato aquí de pie en el porche.

Leo pareció meditar sobre el tema.

—Ahora estoy enfadado con ella y no quiero hablarle.

—Vaya... —se cruzó de brazos y se tocó la barbilla, rascando la barba que empezaba a salirle—, ¿y se puede saber por qué te has enfadado con ella?

—No me deja ir a una excursión del colegio porque dice que es peligroso, pero yo quiero ir porque todos mis amigos van y luego me dirán lo bien que se lo han pasado y yo no. No quiero ser el estúpido que no vaya a las excursiones, todos se reirán de mí y me dirán que soy el niño de mamá, y me llamarán mimado y marica.

Tanner entrecerró los ojos. No podía creer que un niño de tan solo ocho años le estuviera diciendo todo aquello.

—¿Y por qué crees que te llamarán esas palabras?

—Porque se las llaman a todos los que no son valientes.

—Bueno, Leo, ser marica no es un insulto, así que yo de ti no me preocuparía por eso. Son las personas quienes usan esa palabra como un insulto las que tienen un problema muy serio.

—¿Y qué problema tienen?

Él miró hacia el interior de la casa, como pidiendo auxilio. Ojalá alguien viniera a socorrerle. Él no había nacido para psicólogo infantil...

—Pues... digamos que tienen un trastorno mental que se llama

gilipollismo agudo.

Si se equivocaba lo sentía, pero para la próxima vez no deberían dejarle a él la carga de aleccionar a un niño cuando ni siquiera tenía ni idea de cómo tratarlos. ¿Y dónde demonios estaba todo el mundo?

Leo, sin embargo, rió y mostró todas las muelas de su boca. Rió tanto que se dobló contra sí mismo.

—Me encanta esa palabra, gilipollismo agudo, seguro que a mi tita Nicky también le gustará, voy a contársela —y salió corriendo en dirección al salón.

Tanner se quedó allí plantado. La puerta comenzó a cerrarse, pero él la paró con el pie y entró. Se sentía un poco como un ladronzuelo de poca monta, pero aquello le daba más diversión al asunto.

Supuso que Yellow no estaba en el salón, porque allí estaban Nicky y Leo... Así que caminó sin hacer demasiado ruido. Si le pillaban siempre podía decir que Leo le había dejado allí, cosa que era cierta, y también hacerse un poco el tonto, cosa que, en realidad, también lo era.

La puerta del salón estaba a la derecha, y pasó como una exhalación. La de la cocina estaba a la izquierda, y se asomó con cuidado: no había nadie. Ya solo quedaba el baño, que estaba debajo de las escaleras, y las habitaciones de arriba, donde estaban los tres dormitorios de la casa. Subió las escaleras con cuidado para que los escalones de madera no crujieran demasiado, aunque era casi imposible de tan viejos.

Se estaba pasando de atrevido, lo sabía, pero ya era hora de que volviera a hacer locuras y dejarse llevar por su instinto. Buscó la habitación que recordaba como su dormitorio y encontró la puerta entreabierta. Un haz de luz salía de ella, y poco a poco, con toda cautela, se intentó asomar. Como no podía ver nada, empujó suavemente la puerta, y entonces consiguió ver el escritorio y a la chica que estaba sentada en el mismo, y su corazón se paralizó: fue como retroceder trece años atrás, como si el tiempo no hubiera pasado.

Ella estaba sentada a la mesa, estudiando un libro, con el cabello recogido en un moño despeinado por el que escapaban gruesos mechones de cabello color dorado. Llevaba puesta una camiseta vieja y unos pantalones de esos hippies que usaban las chicas para estar cómodas, e iba descalza.

Ella no se percató de que él estaba allí, y Tanner aprovechó para admirar cada una de las partes de ese cuerpo que una vez conociera tan bien: sus curvas eran distintas, había más madurez, más donde antes había menos, pero todo en ella era atractivo y seductor, y tenía aspecto de suave y cálido. Yellow movía un boli en la mano una y otra vez, lo giraba y lo volvía a girar en la dirección contraria, y con la otra mano comenzó a retorcer un mechón de pelo que le caía desde la nuca.

Tanner cerró los ojos, los apretó con fuerza, y luchó contra el deseo de acercarse a ella por detrás y besarle el cuello, de recorrerle la espalda con las manos, de moverlas hacia adelante, allí donde la curva de sus pechos se unía al abdomen, y de rozar con los dedos esa suave ondulación hasta alzarlos hacia arriba.

Inhaló e intentó serenarse y recobrar el control de su cuerpo, que comenzaba a revelarse a raíz de aquellas súbitas fantasías. Frunció el ceño, cambió de postura y pensó en por qué no era capaz de reaccionar así ante Lillie y sí ante Yellow, pero justo cuando apoyó el peso sobre el otro pie el suelo crujió y ella se volvió como accionada por un resorte.

—¡Por Dios, Tanner! —le chilló mientras se ponía la mano en el pecho, que él estudió sin pudor alguno—. Me has dado un susto de muerte. ¿Cómo es que te han dejado subir aquí?

—Sospecho que allá abajo están un poco distraídos... Tu hermana envió a Leo, pero se entretuvo con otra cosa, me parece.

Ella negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Por qué será que no me sorprende.

Después, dejó el bolígrafo que llevaba en la mano sobre el escritorio y le contempló sin saber qué decir. Para romper el hielo, él se acercó a ella. No habían hablado desde aquel día en que él le dio aquel roce en los labios, porque no podía llamarse siquiera beso... Y conociéndola, esa actitud de ella demostraba que estaba totalmente a la defensiva.

Miró por encima del hombro de ella los libros que tenía esparcidos por encima de la mesa y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Esperó, o más bien rogó, que ella no se fijara en que debajo de su vaquero

se había formado un bulto bastante sospechoso, producto de haber estado espiándola e imaginando escenas bastante picantes y puede que no muy posibles.

—Estoy repasando los libros. La semana que viene comienzo el curso y, la verdad, he olvidado casi todo... Necesito ponerme al día.

—¿Qué es lo que vas a estudiar?

—De momento, voy a hacer el curso de preparación para la universidad en ciencias sociales. No pude acabar el instituto.

—Ah... Vaya, me parece genial. Es decir, siento que no pudieras acabar el instituto, pero me parece fantástico que lo vayas a hacer ahora.

Ella le miró de reojo, y su actitud tosca le recordó a Tanner lo orgullosa que ella era con todos los aspectos de su vida.

—Sí, es importante para mí incluso aunque tenga ya casi treinta años. Todavía me quedan muchos más para seguir trabajando.

—Claro, por supuesto.

Se hizo un incómodo silencio, y ella se pasó la mano por el muslo como intentando secarse el sudor de la palma. Tanner comenzó a pensar que quizá hubiera sido demasiado eso de colarse en su habitación, así que se dijo que lo único que podía hacer era romper el hielo.

No había más sillas allí, solo dos camas pequeñas, así que eligió la más cercana y se sentó.

—Me ha dicho Leo que le has prohibido ir a una excursión.

Ella se encogió de hombros. Iba a ser duro, al parecer.

—No lo entenderías, Tanner, pero no puedo dejarle ir.

Él asintió con la cabeza. No, no lo entendía porque no tenía hijos, pero sabía que era una idiotez. Con todo, no la presionó. Sabía que era lo peor que podía hacer si quería ganársela.

—Es un chico muy espabilado, ¿verdad?

Ella suspiró.

—Ni te lo imaginas. A veces... No sé, a veces tengo miedo de que se

parezca demasiado a su padre.

Ella le miró con esos preciosos ojos de mujer cuyas pestañas se rizaban en las esquinas. Parecía mirar a través de él. Comenzó a mover el muslo de manera nerviosa y apartó de nuevo la mirada.

—Estoy seguro de que será un chico estupendo, Linda. Le estás criando tú.

Ella sonrió.

—A veces se olvida y se confunde. Somos demasiadas mujeres en esta casa, sabes. Y él se apoya tanto en Nicky... —suspiró y se volvió de nuevo hacia él, aunque esta vez sí le miraba—. Son muy parecidos, aunque está claro que a él le ayuda mucho tener esa labia que tiene Rob.

Él se tensó. No quería hablar de él. Entonces, el corazón comenzó a latirle deprisa por la expectación.

—Tengo varias cosas que contarte.

Yellow le repasó con la mirada. Fue un escrutinio fugaz, pero él no pudo evitar notar cómo ella se detenía unos instantes en su camiseta y en los vaqueros ajustados y desgastados. Sonrió de nuevo e intentó no pensar en levantarla de esa silla y tirarla encima de la cama en donde estaba él ahora mismo.

Ella levantó una ceja, cautelosa, a la espera de que continuara.

—Tengo ahí afuera una cosa que os encantará, ya verás. Al menos, a mí me encantó y no pude resistirme.

—Mmm... —fue lo único que respondió ella.

Él se levantó, la tomó de la mano y se la llevó escaleras abajo. Cuando pasaron por la puerta del salón asomó la cabeza y vio a Nicky y a Leo sentados en el suelo con los libros de texto del niño.

—Eh, venid afuera un momento.

No soltó la mano de Yellow, y ella tampoco lo hizo.

Salieron a la calle todos juntos, y Leo fue el primero en saltar y gritar de alegría.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Eso es tuyo, tío?

—Eh, esa manera de hablar, Leo —le advirtió su madre.

—Jolines mamá, ¿tampoco puedo decir tío? Eres un muermo —y se volvió de nuevo para admirar la maravillosa furgoneta que tenían delante.

—Vamos, que os la enseño por dentro —dijo Tanner.

—Yo paso —contestó Nicky, que se cruzó de brazos—. Me voy adentro, que tengo más cosas que hacer que adorar al gallito del corral.

Nadie le hizo caso y la dejaron marcharse sin decir ni pío. Tanner abrió la puerta del pasajero y Leo entró entusiasmado, y madre e hijo se dedicaron un rato a toquetear los botones, poner la música y admirar el interior del vehículo mientras reían y bromeaban.

—Al abuelo le habría encantado esto, Leo.

—¿De verdad?

—Sí, era un sueño para él. A mí también me gustaban mucho de pequeña. Él siempre decía que, cuando consiguiera un buen empleo, lo primero que iba a hacer era comprar una y llevar de excursión a sus chicas.

Tanner recordaba que a ella le encantaban ese tipo de cosas con aire hippie. También recordaba que le gustaba vestir así de estrafalaria, o «con su propio estilo», como decía ella, y aunque para salir a la calle su atuendo solía ser sobrio, en ese momento en que llevaba ropa para estar por casa sí se podía apreciar qué era lo que realmente le gustaba y había dejado abandonado.

También sintió algo extraño al ver a madre e hijo tan felices, y deseó poder hacer algo por ellos, devolverles un poquito de felicidad.

Entonces, una bombilla se encendió en su cabeza.

—Eh, chicos, os invito este fin de semana a una excursión de aventura. ¿Qué os parece?

Yellow giró la cabeza de golpe y le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué tipo de excursión?

—Una en la que estaremos todos, mi familia y la tuya. A mi madre le hace falta salir de casa, y como a Leo le encanta este coche, creo que será genial si salimos a pasar el día fuera. Eso sí, el lugar es una sorpresa, ¿vale?

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí! ¡Mamá, por favor, di que sí! Ya que no me dejas ir a la

de clase, no te negarás a que vayamos a esta, ¿no?

Leo se giró hacia su madre y le miró con unos ojos tan suplicantes que Yellow no pudo más que afirmar con la cabeza y murmurar palabras de asentimiento.

Quizá aquello fuera una locura, pero no había nada que le apeteciera más hacer en ese momento a Tanner, y por ahora se iba a dejar guiar única y exclusivamente por lo que le hiciera sentirse feliz.

CAPÍTULO 22:

EVERYTHING I DO, I DO IT FOR YOU

Yellow respiró hondo y volvió a revisar por enésima vez todo lo que habían preparado: sándwiches, bebida, servilletas, galletas caseras de mamá (porque se negaba a reconocer que a ella le salían mejor), ropa de abrigo por si hacía frío, pañuelos de papel para los mocos de Leo, pastillas para el dolor de cabeza, botella de whiskey para los nervios... Ah, no, que de eso nunca habían tenido en casa, aunque en ese momento pensó que lo que más necesitaba para aplacar sus estúpidos nervios era un buen trago de veneno matarratas.

Al final, y dado que la furgoneta tenía asientos para todos, habían convencido a Nicky de que una excursión en familia y un poco de aire libre no le vendría mal, y no había hecho falta coacción alguna para que su madre, que ya hacía demasiado tiempo que buscaba un poco de «aire fresco», se uniera a la comitiva junto con Anne, Leo, Lucy, la madre de Tanner y el propio Tanner. En total, eran siete personas, y la furgoneta iba a ir a tope de carga.

Y ella se tomó, para prevenir, una pastilla para el dolor de cabeza. Como no tenía nada para los nervios, decidió que eso no tenía solución y se dedicó a intentar controlar las idas y venidas de Leo, que no paraba de asomarse a la ventana y a la esquina de la calle para ser el primero que viera al exótico vehículo llegar.

Dos días atrás, cuando Tanner les había invitado a hacer aquella excursión en sábado, ella no tuvo opción de hablar de nuevo con él a solas y se habían despedido antes de anochecer porque, según les dijo, no quería molestar de nuevo a Jeanette, con lo cual Yellow no tuvo la oportunidad de sincerarse con él y contarle que Rob había vuelto a aparecer y le estaba dando problemas con el niño, así como tampoco le dio la oportunidad de decirle que, a lo mejor, aquella excursión no era tan buena idea.

En realidad no eran problemas lo que buscaba Rob: quería la custodia.

Era una petición sin sentido, por supuesto, porque nadie se la daría a un padre con unos antecedentes como los suyos, pero ella se había puesto tan nerviosa que terminó por echarle a gritos, momento que había elegido él para responderle desde la calle, con una voz que probablemente habría llegado hasta Manchester, que sabía que se la estaba pegando con el idiota de Tanner, un maldito músico que solo buscaba mujeres y diversión, y que una mujer promiscua no tenía nada que hacer contra un padre abnegado.

Eso, sin embargo, no la amedrentó, sino todo lo contrario: el hecho de que la amenazara para evitar que iniciara una amistad (o lo que fuera) con Tanner la hizo reafirmarse todavía más y decidirse a hacer aquello que, en resumen, más le apetecía. Otra cosa es que temiera estar equivocándose, claro está.

Cuando llegaron los Adams se saludaron y entablaron la típica conversación de rigor, y los Mayers se unieron a la furgoneta como una jauría de niños de preescolar, ayudados por Tanner, que les tomó las cosas de la mano y las cargó en el maletero.

El asiento del copiloto quedó reservado para Yellow, y todos los demás se sentaron y charlaron en los asientos de detrás. El ruido no le molestaba todavía, pero sabía que llegaría el momento en que Tanner se hartaría de tanto jaleo y les mandaría callar. O quizá solo tuviera ganas de hacerlo y no lo haría por educación, porque no estaba en su naturaleza ser un maleducado, como ellos.

—¿Vas a contarme adónde vamos? —le preguntó ella, nerviosa, cuando ya llevaban avanzadas un par de millas.

—Es un secreto, pero créeme que os encantará —le respondió él, sonriéndole levemente y volviendo de nuevo la vista a la carretera.

Se había puesto una gorra y unas gafas de sol con montura de pasta estilo años ochenta para camuflarse, pero de poco serviría disfrazarse si andaba por ahí conduciendo un coche tan escandaloso como ese, pensó ella.

Cuando tomaron la A171, ella supuso que les iba a llevar a dar un paseo por los agrestes campos del norte y prestó atención a las conversaciones de atrás, aunque era una tarea un tanto difícil porque nadie parecía estar escuchando al de al lado, salvo Trish, que apoyaba la cabeza en la ventanilla

sumida en su profunda melancolía. A su lado, Nicky y Lucy hablaban animadamente, y detrás de ellas estaban sentados Leo, Anne y su madre, señalando por la ventanilla los campos de lavanda y las ovejas que, de vez en cuando, se veían en las granjas a lo lejos. Parecían tres niños emocionados, y es que en la familia Mayers hacía años que habían tenido que conformarse sin vehículo, salvo por un viejo Renault que Nicky usó para ir a la universidad y al que le faltaban los asientos de atrás.

Tanner y Yellow compartían, a veces, miradas silenciosas que parecían querer decir todo y nada, miradas unas veces llenas de temor y otras de anhelo. Tras unas pocas millas más ella supo exactamente hacia dónde iban: a la Bahía de Robin Hood, aquel precioso lugar que Yellow adoraba de pequeña y en donde, en una ocasión, Tanner le había cantado la canción de su adorado Bryan Adams a la orilla de los acantilados, tal y como lo hacía el mismo cantante en el vídeo musical de la famosa película. Ella guardaba un recuerdo muy especial de aquella tarde, porque hacía mucho frío, el día amenazaba con lluvia, y ellos se habían besado después allí mismo, entre la neblina y las gotas de rocío, mientras él le susurraba al oído «*Everything I do, I do it for you*» y ella le abrazaba haciendo crujir la cazadora de cuero negro del chico y se derretía de amor.

Se sumió en aquellos recuerdos, y al poco se dio cuenta de que él también estaba raro y no decía nada. Le miró de reojo; él giró la cara casi imperceptiblemente para mirarla de nuevo. Dentro del coche, solo ellos dos parecían notar la electricidad que flotaba entre ellos.

Cuando llegaron a la carretera que llegaba hasta el pueblo, Leo comenzó a gritar entusiasmado.

—¿Es aquí? ¿Vamos a ir a jugar? ¿Venden pelotas en alguna parte? ¿Aquí vivió Robin Hood de verdad, mamá? ¿Dónde están los bosques de Sherwood?

—¡Primera parada, chicos! —interrumpió Tanner—. Vamos a hacer un poco de turismo y después nos cargaremos las mochilas a la espalda y haremos un picnic, ¿te parece, campeón?

Mirando a aquellos dos que, de pronto, parecían empezar a llevarse tan bien, Yellow sintió que el corazón se le contraría y que alguien se lo apretaba y exprimía hasta que ya no le salía nada más que un par de míseras gotas de

sangre.

Tanner aparcó su preciada furgoneta en una de las calles de acceso al pueblo y todos bajaron con tremendo escándalo. Cogieron las chaquetas por si acaso, y comenzaron a pasear en grupos. Las tres chicas jóvenes se unieron en una conversación, y las dos madres, que tenían tanto en común pero que nunca se habían hablado, parecieron iniciar una conversación mientras subían la cuesta de la calle empedrada. Leo tomó a Yellow de la mano, Tanner se situó a su lado y caminaron juntos en silencio, y ella pensó que quizá, con el tiempo, Jeanette y Trish podrían empezar a quedar juntas para salir y tomarse un café o ir al cine, o al club de lectura, o a clases de punto. Las dos eran dos mujeres viudas, de una edad muy cercana (aunque su madre pareciera un poco mayor debido, a buen seguro, a las dificultades que había atravesado), y las dos estaban necesitadas de verdaderas amigas y compañía.

Yellow sonrió y se dio cuenta de que Tanner la observaba. Esta vez, la sonrisa sí se la dedicó a él, porque estaba empezando a creer que ese día había sido una idea genial. Él le sonrió de vuelta. Se había colgado las gafas del cuello de la camiseta y sus ojos azules resplandecieron entre los rizos castaños, cubiertos por aquella gorra negra que solía llevar últimamente.

Mientras caminaban hacia el centro charlaron con un entusiasmo Leo, que creía haber entrado en una época lejana en cuanto dobló la esquina y divisó las casitas de piedra y con encalado blanco de Bay Town, el nombre por el que todos allí conocían a Robin Hood's Bay. Lo cierto era que sí, la villa parecía extraída de un cuento medieval, y es que en realidad había sido un enclave muy importante en la Edad Media, incluso más que el famoso pueblo de Whitby, que estaba un poco más al norte y que era conocido por ser el puerto donde arribara el Drácula de Bram Stoker.

Yellow adoraba su tierra, adoraba Yorkshire, con sus llanuras agrestes, sus verdes colinas, sus campos de lavanda y sus valles, sus depresiones, su historia y su literatura, y Robin Hood's Bay era una joya escondida en medio de todo aquello. Pasearon por las cuestas, cuyos escalones de piedra hacían imposible que nadie del pueblo pudiera comprarse unas botas de tacón ni para Nochevieja, y se conmovieron con aquellas casitas de piedra y sus ventanales de madera pintada de blanco, adornados con macetas y flores de brillantes colores. Cuando llegabas al pueblo, lo primero que veías era la playa al fondo, después las pintorescas casas y detrás, enmarcándolo todo con

su impresionante tamaño, aquellos acantilados que habían sido escenario de películas y vídeos musicales, así como de diversas leyendas sobre ataques vikingos y contrabando en tiempos de Robin Hood.

Tanner les invitó a un café (o más bien a un chocolate caliente, que fue lo que escogió todo el mundo menos Nicky y él mismo) en el hotel de la plaza del pueblo, y se quedaron un rato observando el mar y los barcos que ya habían llegado de su jornada diaria de trabajo. Después, bajaron hasta la playa, donde observaron la gran muralla y dieron la vuelta para caminar por New Road hasta la iglesia de San Esteban, un bonito edificio de piedra del siglo diecinueve con un cementerio que daba al mar.

Leo se empezó a cansar de hacer turismo y Tanner dijo que ya era hora de corretear por el campo. De forma tácita, todos habían dado por hecho que el niño debía pasar de mano en mano y que no se debía molestar al conductor y a Yellow, porque todos parecían querer mantenerse alejados de ellos dos a excepción del pequeño, que no sabía lo que ocurría entre ellos.

Por primera vez en quizá años, Yellow se lo pasó bien: estaba relajada y despreocupada, y ningún nubarrón (cuyo nombre empezara por R o tuviera que ver con un exmarido) le iba a amargar el día.

Para el picnic, Tanner volvió a subirles a todos al coche y salió del pueblo por un camino rural. Aparcó a las afueras junto a tantos otros coches y siguieron el sendero que recorría la orilla de la playa, observando los acantilados, los pastos, las depresiones. Leo corrió, Nicky se relajó y no se quejó demasiado y Trish pareció estar relajada durante todo el día, pues poco a poco se la veía conversar más con Jeanette.

Se comieron los sándwiches sobre un par de mantitas a cuadros que se había echado Anne a la mochila, quien les entretuvo en todo momento contando las historias románticas que habían nacido de aquellos lugares, muchas de ellas de la mano de las hermanas Brontë, pero fue interrumpida por Nicky.

—Ah, sí. La más romántica de todas es esa del vampiro que llegó a Whitby. Se dice que Drácula le chupó la sangre a varias mujeres del pueblo nada más llegar. Como el César, vino, vio y venció, ¿qué te parece? Es súper, súper romántico. Mazo romántico. Romántico que te cagas en las bragas — dicho lo cual, emitió un sonoro y cómico suspiro.

Anne arrugó la nariz y le sacó la lengua.

—Eres una aguafiestas.

—Yo también te quiero, pastelito de fresa.

Todos rieron, Leo más que nadie, porque adoraba a su tía Nicky, que parecía más fuerte que nadie y, sobre todo, era más lista y no era cursi, como el resto de chicas de su colegio. Él no quería novias, por supuesto, y odiaba de verdad a las chicas, pero si algún día, cuando se hiciera mayor, le obligaran a casarse, lo haría con una como su tita Nicky.

Para finalizar el día, dieron la vuelta de nuevo hacia el pueblo y, al llegar hasta donde el coche estaba aparcado, Tanner hizo lo que ella había estado pensando todo el día y que, finalmente, creyó que iba a evitar hacer: bajar a la orilla de la playa, esa en donde los acantilados se unían al agua, el escenario de su canción de amor.

Las piernas le temblaron mientras se colocaba detrás de él y ayudaba a Leo a bajar por las rocas. Era un paisaje impresionante, dramático: los acantilados hacían un corte drástico, coronados por el verde imperecedero de la costa del norte de Yorkshire, y daban paso a una serie de rocas erosionadas que, a esas horas y con la bajamar, parecían refulgir en tonos perla.

Las olas rompían contra la costa, pero la protección de aquellas piedras ancestrales hacía imposible que les llegara el agua.

—Es precioso, ya casi ni lo recordaba —dijo Trish a su lado.

Ella asintió mientras observaba a Leo correr y a Nicky detrás de él gritando como un monstruo.

—A mí me encanta este lugar, pero nunca venimos. Quizá porque lo tenemos demasiado cerca y no sabemos apreciarlo —añadió Lucy.

Yellow pensó que tenía mucha razón. A veces no se apreciaba lo que tenías cerca.

Vio cómo Tanner se alejaba caminando de puntillas sobre las piedras y con los brazos extendidos para equilibrarse. Recordó que eso mismo era lo que había hecho años antes un niño vestido de manera muy similar a él, solo que más delgado y con una chupa negra salpicada de tachuelas.

¿Quedaba dentro de él algo de aquel niño todavía? ¿Seguiría sintiendo

algo por ella?

¿Fue realidad aquel beso que le dio, o lo había soñado?

Entonces, él se giró y la miró directamente, sin decir nada, sin sonreír.

Ella se estremeció. Sí, lo recordaba del mismo modo que lo hacía ella, y la había llevado allí por algún motivo.

Todo el mundo pareció notar aquel cruce de miradas, y ambas madres, seguidas de Anne y Lucy, comenzaron a alejarse sin cesar de parlotear en dirección a las rocas para hacerse fotos y jugar a saltar de roca en roca.

Tanner se le acercó sin dejar de mirarla. Ella desvió la mirada al cielo extrañamente azul. Las piernas le temblaron. Él llegó hasta donde estaba ella, se volvió y juntos miraron hacia donde sus dos familias hacían las poses más extrañas para tomarse fotos.

Fue entonces cuando notó que los dedos de él rozaron los suyos: primero el meñique, que acarició el suyo de manera casi imperceptible, y después el resto de dedos, que le acariciaron la palma de mano, el interior de los dedos y, finalmente, se entrelazaron con los suyos con fuerza.

No dijeron nada mientras observaban al resto, pero en su cabeza, Yellow comenzó a escuchar de nuevo la melodía de aquella canción: *Everything I do, I do it for you*.

Tanner agachó la cabeza y miró sus manos entrelazadas, y ella no pudo moverse. No fue capaz de realizar el más mínimo movimiento por temor a romper la magia de aquel momento.

Hacía tanto tiempo que no había sentido aquello. Demasiado tiempo sin amar. Demasiado tiempo sin haberse sentido amada.

Cerró los ojos. A lo lejos se escuchaban los gritos y las risas.

Notó que él se movía.

No quería que lo hiciera, no delante de todos, y sin embargo... lo deseaba tanto, que dolía.

Entonces lo sintió: los labios de él sobre los de ella, fuertes, exigentes. No fue un beso suave, fue un beso precipitado, un beso que quiso decirlo todo en muy poco tiempo. Ella abrió la boca, y la lengua de él jugó con la de ella,

sedienta, frenética.

Con la misma rapidez que comenzó el beso, terminó y él se separó de ella.

—Lo siento. Sé que te dije que no lo haría pero... he estado deseando tanto hacerlo que no podía soportarlo más.

Ella abrió los ojos, que mantenía cerrados para intentar retener aquel instante, y le miró. No sabía si los demás se habían dado cuenta del beso, pero ella sabía que era algo inevitable. Como las olas que el viento hacía chocar contra las rocas.

Él le acarició la mejilla. Mechones de pelo se le escaparon de la cola y chocaron contra las manos de Tanner.

—No juegues conmigo —le dijo.

Él negó con la cabeza.

—Te lo prometo.

Entonces, ella desvió la mirada hacia el resto del grupo.

Todos seguían intentando no fijarse en ellos, evitando mirarles de manera directa y descarada. Todos menos Leo, que les observaba como si le hubieran clavado una daga en el corazón y cuya figura se recortaba en el paisaje como una sombra quieta, extraña, fuera de lugar.

Yellow se estremeció, y un mal presentimiento se asentó en su alma como una certeza inamovible.

CAPÍTULO 23:

ERES MI CHICA

Durante el camino de regreso, Tanner había aprovechado cada vez que tenía que cambiar de marcha para rozarle la mano a Yellow.

Ella, por su parte, se mantenía erguida, tiesa como un palo, con miedo a que se notara demasiado lo afectada que estaba o a que Leo dijese algo que delatara lo que les había visto hacer.

Sin embargo, durante el camino de vuelta en el coche no dijo nada, y ella notó aquel dichoso nudo en el estómago, a sentir cómo se afianzaba el presagio de que algo malo estaba por venir. Porque no todo podía ser tan bonito, tan perfecto, tan prometedor como parecía haber sido el día.

Lo cierto era que tenía un miedo atroz: tenía miedo a todo, a dejarse llevar, a que estuviera viviendo una mentira, a estar imaginando cosas que no eran, a enamorarse y que le hicieran daño, a que su hijo odiara a Tanner, a que Rob se volviera loco de verdad y cumpliera su amenaza... La nube negra del miedo se cernió sobre ella en el justo momento en que había visto esos ojos verdes de su hijo acusándola de traición. Y desde entonces, no había sido capaz de abrir la boca en absoluto.

Cosa que puso nervioso, y bastante, a Tanner.

No había podido evitar durante más tiempo acercarse a ella, y desde el momento en que le tomó de la mano y todos aquellos recuerdos volvieron a él, sintió un deseo enorme de volver a revivir aquellos besos, la pasión, la felicidad más cruda.

Solo pensó una cosa: si les veían besándose, no importaba. Un beso era algo bonito, algo de lo que nadie debía avergonzarse. También pensó que quería darle ese beso a la Yellow de ahora, a Linda, que era la misma mujer de antes pero más sabia. Ese día la había vuelto a ver reír, sus ojos volvieron a estar alegres, la sonrisa iluminaba su cara y la hacía parecer más joven... Casi como aquella niña que una vez fue y que todavía llevaba dentro de ella,

muy escondida bajo capas de responsabilidad y extenuantes cargas.

Porque ya nada la ataba a una soledad autoimpuesta, y él ya no podía seguir negando que le gustaba mucho, más de lo que se había atrevido a reconocer, estar con la nueva Yellow. Le gustaba Linda, esa mujer tan sabia, paciente, segura de sí misma y adorable que a veces fingía ser seria y que quería volver a luchar por sus sueños.

Adoraba a esa chica que lo había dejado todo por los demás, y esperaba con todo su corazón que ella estuviera dispuesta a arriesgarse de nuevo con él, porque él si estaba dispuesto a hacerlo por ella.

Quería dejarse caer al vacío, sin paracaídas y todo. ¿Había pensado bien en el lío en el que se estaba metiendo al comenzar lo que quiera que fuera con una mujer adulta que tenía un hijo? No, pero era feliz con ella y con eso le bastaba. ¿Qué tenía de malo ser un poco feliz, maldita sea?

Y todavía no le había contado lo de la casa... Pero tan solo porque no le habían dado una contestación para aceptar su oferta, aunque él conocía bien aquel juego y sabía que le estaban haciendo esperar a propósito, para no parecer demasiado entusiasmados.

Cuando se despidieron aquella tarde, Yellow intentó aparentar que nada había ocurrido y marcharse adentro con su familia, pero él la tomó de la mano, se la besó, y le susurró al oído antes de volver a subir a la furgoneta:

—Te llamaré.

Ese día, al fin, habían intercambiado los móviles (ya iba siendo hora, aunque Tanner no se sorprendía de que, con ella, las cosas fueran distintas que con el resto de las chicas), y él atribuyó el repentino retraimiento de Yellow a timidez por haberse dejado llevar delante de su familia, pero también temió que se hubiera arrepentido y él hubiera demostrado ser un idiota de cuidado.

De regreso a casa, se turnaron para darse una ducha. Él fue el último y, cuando bajó al salón, su madre estaba echada en el sofá viendo un programa de televisión.

—He sacado un poco de lasaña del congelador, si te apetece.

Él se sentó a su lado.

—Gracias, mamá. Quizá un poco más tarde.

Le cogió las piernas y se las puso encima, y su madre le observó durante un rato. Él, sencillamente, estaba demasiado feliz como para decir nada y miró la televisión sin apreciar en realidad el programa que estaban poniendo.

—Ha sido un día estupendo, ¿verdad?

Él asintió y sonrió, embelesado. Le dio un pequeño apretón en la pierna para reconfortarla.

—Gracias por todo, Tanner. De verdad. Por quedarte y cuidar de nosotras. De mí.

La miró y se dio cuenta de que su madre tenía la piel sonrosada gracias al día al aire libre, y que, por una vez, parecía más sana y más guapa.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien, mamá.

—Y yo.

La miró, pensativo.

—¿Quieres venir a vivir conmigo cuando la casa esté lista?

Ella parpadeó varias veces y se irguió. Él sabía que había dado un paso gigante, porque como bien había hablado con Lucy, convivir con otro de sus progenitores puede que no fuera una buena idea. Pero también sería mala idea dejar que Lucy se marchara para después marcharse él y que Trish, finalmente, se quedara sola.

—Tanner, esta es mi casa.

—Lo sé, mamá, pero no quiero que estés sola. Quizá... quizá se te haga demasiado para ti, vivir aquí, donde quedan tantos recuerdos.

Ella frunció el ceño, como si no pudiera entender que él no comprendiera las cosas.

—Crees que no puedo arreglármelas sola, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso...

—Sí, sé que tu hermana y tú lo pensáis. Pensáis que siempre he sido débil y que he vivido a la sombra de vuestro padre. También he vivido sin él, por si no lo recuerdas. Y le he querido siempre, a pesar de sus defectos. Pero no

quiero marcharme de aquí. Soy más fuerte de lo que pensáis, y sé que sobreviviré.

—Yo también lo sé, mamá, pero...

—Hoy he hablado con Jeanette y me he dado cuenta de muchas cosas. Es verdad que hace más tiempo que ella enviudó y que lo suyo fue mucho peor, y mírala. Ha cuidado de sus hijas, y después de su nieto, y es una mujer fuerte y decidida. Y me ha hecho ver que la vida sigue adelante. Porque sí, yo lo sabía, pero me he hundido demasiado en mi rabia.

—¿En tu rabia?

No, lo cierto era que no comprendía nada.

—Sí, en mi rabia contra tu padre. Porque si lo hubiera dicho antes... Si hubiéramos sabido que estaba enfermo, quizá habríamos podido hacer más. Si me hubiera hecho caso cuando le dije que creía que podía tener algo en la frente, se habría podido curar. Si no fuera tan cabezón, no nos habría dejado tan pronto. ¡Soy muy joven! Y me dediqué por entero a él, a la casa, y me perdí. Y todo es culpa suya. Pero mía también, porque yo se lo permití.

Él suspiró.

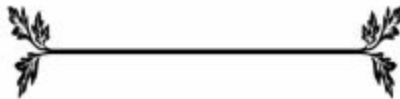
—Tienes razón. ¿Y qué es lo que quieres hacer ahora?

—No lo sé, pero quiero tomarme el tiempo para pensarlo. Y seré feliz si vosotros lo sois, estéis donde estéis. Necesito probarme a mí misma que puedo salir adelante sola, que puedo hacerlo sin depender de nadie y quizá, con el tiempo, consiga perdonar a tu padre también —Tanner la observó y se preguntó por qué demonios no se había dado cuenta antes de que su madre no estaba dolida, sino enfadada y perdida. De todas formas, la comprendía perfectamente. Ella continuó—: Eso sí, no me deis más disgustos, por favor, al menos durante un tiempo. Necesito recuperarme.

Él sonrió y la abrazó.

—Claro que no, mamá. Tu hijo ha vuelto para quedarse.

Y, al menos en ese momento, así lo pensaba.



El lunes por la mañana le dieron al fin la respuesta: el vendedor había aceptado. Claro que él ya lo sabía, pero no podía celebrarlo hasta tener la confirmación de la inmobiliaria.

Fue entonces cuando realmente lo vio todo con claridad: ahora sí que su vida estaba dando un cambio radical, uno que no había calculado tan solo unas semanas atrás y en el que no se había parado demasiado a pensar.

Quería quedarse allí. ¿Qué tenía que hacer en *Boo*? A él ni siquiera le gustaba Malibú, y mucho menos cuando los pijos idiotas que vivían allí la llamaban *Boo* mientras ponían morritos y se sacaban brillo a las uñas. Él se sentía en casa allí, a gusto y tranquilo, como una persona normal que incluso lograba encajar, y no había necesitado beber ni fumarse un porro desde que Lillie se marchó de nuevo a Estados Unidos.

Y eso solo podía significar una cosa: que su hogar era bueno para él. El viejo Scarborough. Quién lo habría dicho. Con su decoración cursi, sus viejos acantilados, sus abadías, su música y su literatura, era mucho mejor que cualquier ciudad cosmopolita del mundo.

Y además, Scarborough tenía a Yellow, y solo había una chica como esa en el mundo.

Su Yellow.

No necesitaba más amigos que ella. De hecho, todo empezaba a ir bien. O incluso mejor que bien: de maravilla. El domingo se levantó temprano, tomó un café y comenzó a escribir y tocar algunos acordes de acompañamiento con la guitarra, a perfeccionar la canción que había comenzado a rondarle por la cabeza el otro día. Que hubiera comenzado a recuperar las ganas de hacer lo que más le gustaba no podía significar nada más que lo que él ya sospechaba: que su alma se estaba curando.

Por la tarde no quiso llamarla porque no quería agobiarla. Ya habían pasado el día anterior juntos y ella tenía su propia vida, con su familia y su hijo. Si lo pensaba bien, resultaba un poco aterrador que ella ya tuviera un niño tan mayor, y en realidad no se había hecho a la idea del todo hasta aquella excursión, cuando el chico no quería despegarse de su lado y corría entre todas las mujeres haciendo travesuras para volver de nuevo hacia su madre y darle un abrazo de vez en cuando. Esa escapada le había ayudado a comprender muchas cosas, y también le había hecho disfrutar viéndolos reír,

riendo con ellos, deseando abrazar a Yellow igual que lo hacía su hijo.

Hasta ese momento de su vida no había hecho más que disfrutar de lo que le regalaba esa frenética vida que llevaba en Los Ángeles: fiestas, conciertos, entregas de premios, invitaciones a actos benéficos y demás celebraciones privadas de los ricos y famosos e igualmente engréidos. Antes de Lillie se había acostado con muchas chicas, producto de las fiestas alocadas en la época de *Forever Young*, y también debido a que él era uno de los pocos del grupo que no era gay y que, además, no tenía ese aspecto de ídolo engréido con look estudiado.

Ahora, en casa, seguía teniendo su aspecto desenfadado de siempre y estaba disfrutando más que nunca de tener que llevar los dos o tres vaqueros que había traído una y otra vez. Se sentía como un chico normal. Estaba poniendo, al fin, los pies sobre la tierra.

Puede que el fallecimiento de su padre les hubiera afectado a todos de manera distinta, puede que incluso su madre superara su fase de enfado y comenzara a llorarle y echarle de menos sin cesar, como probablemente ocurriría, pero les había dejado un buen legado: formaban una familia unida, que se quería y se apoyaba.

Hacía tiempo que necesitaba ese agradecido descanso del mundanal ruido en el que se hallaba inmerso, y no era tonto: el hecho de que Yellow fuera una mujer distinta a las que se había acostumbrado a tratar hasta la fecha era un añadido más. No era una *groupie*, no era una fan enamorada que se le tiraba a los brazos ni tampoco era una estrella con ínfulas. Era solo una mujer, con un pasado difícil, un hijo y un futuro por el que preocuparse. Y para ella, él no era más que el antiguo Tanner, el chico que se había marchado para perseguir su sueño, que no el famoso cantante que muchas idealizaban. Ella le conocía bien, había estado ahí cuando todo empezó y conocía sus motivaciones.

Justo antes de dormirse el domingo por la noche, no lo había podido resistir más y le envió un mensaje para desearle buenas noches. Fue escueto, nada de promesas de amor ni de caritas sonrientes ni de besitos, tan solo le deseaba que durmiera bien, al que ella respondió con algo similar, aunque demasiado breve para gusto de Tanner. Habría deseado que le dijera algo así como «Que descanses tú también, y que sueñes conmigo», pero sabía que ella no haría algo así, que iría con mucha más cautela y no le lanzaría a decir esas

estupideces de enamorados a no ser que estuviera completamente segura de su relación. Claro que no haría algo así, no era una estúpida niña.

Sonrió. Sabía que ahora él no sería lo primero y más importante en su vida, sino que estaba en un segundo plano, si es que siquiera llegaba a estarlo, y eso era un gran cambio para él, porque hasta ese momento él siempre había sido lo más importante para todo el mundo.

Incluso para ella, años atrás.

Ahora ya no.

El asunto era, ¿le importaba? Porque si lo hacía, bien podía empezar a aceptar la situación, ya que sospechaba que no cambiaría en absoluto. Nunca. Jamás volvería a ser él tan importante para ella como una vez lo fue pero, en realidad, eso era culpa suya. Si ahora quería algo de ella tendría que aprender a aceptar las migajas que quedaban de su amor hacia otros. Tendría que ser paciente, esperar, contentarse con lo que ella fuera capaz de dar.

Si hasta ahora había podido hacerlo, no veía por qué no podría continuar así.

Intentó no hacer caso a aquellas palabras que Lillie le dijo cuando rompió con ella... Aquellas palabras que se escuchaban dentro de su cabeza como un susurro. «Espero que nunca seas el segundo plato de nadie». Él no se consideraba segundo plato. En absoluto.

Pasó la mañana arreglando papeles y fijando citas con la inmobiliaria. Firmó el contrato de compraventa y quedaron con los abogados para formalizar la compra, y después de ordenar a su manager que se encargara de realizar la transferencia de reserva, esperó a que todo estuviera en orden para poder solicitar una copia de las llaves. Al llegar la tarde, no pudo esperar más y llamó a Yellow.

—Hola —respondió la suave voz de ella.

—Hola —dijo él. «Imbécil», se dijo a sí mismo. ¿Por qué se había quedado sin habla? ¿Por qué sentía de nuevo como si la vieja inseguridad y los miedos volvieran a surgir, precisamente con ella? Se aclaró la garganta y siguió—: Eh... ¿Qué tal el día?

Cualquier cosa era mejor que nada.

—Bien, gracias, lo de siempre, ya sabes.

No lo sabía exactamente, pero por algún motivo ella parecía creer que sí.

—Yo... Joder, parezco un idiota —rió, y su risa ronca llegó a través del teléfono haciendo que Yellow se estremeciera—. Es que... Te llamaba porque tengo una noticia y, en fin, quería compartirla contigo.

Silencio.

—¿Qué noticia? —preguntó ella al fin con voz algo apagada.

—Es una buena noticia. Bueno, excelente, diría yo. Pero quería verte en persona para... contártela.

Otro silencio. Aquello estaba empezando a resultar realmente incómodo. ¿Qué le pasaba a Yellow? Las inseguridades volvieron a arremolinarse a su alrededor.

—¿Cuándo quieres que nos veamos? —preguntó ella al fin.

—Cuando te venga bien —respondió él demasiado rápido.

Se escuchó una suave risa al otro lado. Él también rió.

Dios, le estaba matando. Quería verla ya. Quería tocarla, darle otro beso, y este de verdad. Quería llegar a la fase en que...

—Solo puedo ahora. Leo se ha ido a jugar un partido de fútbol y Nicky pasará a por él cuando termine, pero después tengo que estar en casa.

Él no preguntó por qué, porque sus anteriores pensamientos habían tomado un rumbo apremiante y el hecho de que ella estuviera dispuesta tan rápido le vino de maravilla.

—Bien, en diez minutos estoy en tu casa.

Colgó, cogió las llaves de su T1 y salió pitando. Tocó el claxon al llegar a la puerta de ella doce minutos después, y Yellow salió al instante, vestida con unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca algo suelta y una sudadera azul marino. Llevaba la melena recogida en una cola alta y, cuando le miró al volante, sonrió.

Él solo podía pensar en besarla.

De momento, sin embargo, se limitó a observar cómo se movía al

acercarse a la furgoneta. Él bajó y le abrió la puerta y ella se encaramó al asiento del copiloto ofreciéndole a él una maravillosa vista de su trasero, enfundado en aquellos vaqueros que no eran de ninguna marca y que no tenían nada, pero que nada que envidiar a los más exclusivos en cuanto a realce de formas se refería. Si hubiera sido otra mujer, y él no temiera que se volviera para darle una bofetada, le habría dado un mordisco en todas sus posaderas.

Se quedó con las ganas, claro, porque la visión fue bastante breve aunque placentera y dolorosa para cierta parte de su anatomía viril.

—¿Me vas a contar ya de qué va? —le dijo ella al ponerse él de nuevo en marcha.

Él negó con la cabeza, frunció los labios y le guiñó un ojo. Eran tretas de seducción infalibles, y las había probado con las chicas más duras: directivas de éxito a las que quería camelar; periodistas que le buscaban las cosquillas porque no había caído a su seducción previa; Rita, la señora que se encargaba de su casa en Malibú y que le reñía cada vez que se dejaba la tapa del baño sin bajar y, a veces incluso su madre o Lucy, pero con esta última solo recibía collejas.

Tanner tenía sorpresa doble, pero no dejó entrever ninguna hasta que llegaron a lo alto de la colina donde se encontraba la casa cuya señal acababa de pagar. Yellow se quedó sin aliento.

—Guau...

Aunque, como le ocurrió a él al principio, la casa no parecía demasiado ostentosa vista desde el frente, sabía que ella reaccionaría así ante cualquier edificio que no estuviera adosado.

—¿Qué es este lugar?

Él no respondió todavía. Bajó de la furgoneta, le abrió la puerta como buen caballero (aunque ella ya estaba intentando empujar para abrirla) y después abrió la trasera y cogió su antigua guitarra. Ella le miró extrañada.

—No te había vuelto a ver con la guitarra a cuestas desde que tenías diecisiete años.

—He tardado demasiado en darme cuenta de cuánto me gustaba hacerlo.

Se acercó a ella, la miró a los ojos, y le tomó con suavidad de la mano. Ella desvió la mirada hacia sus dedos unidos, pero él no la dejó pensar demasiado y tiró de ella hacia la casa.

—¿Me vas a contar qué es este lugar?

—Shhhh —le instó él mientras se sacaba las llaves del bolsillo y abría la puerta con la otra mano.

Entró él primero y tiró de ella hasta que llegaron al salón, donde la colocó a su lado de cara al ventanal. Ella observó el paisaje con expresión de arrobó.

—Linda, te presento mi nuevo hogar.

Ella parpadeó y movió la cabeza para abarcar toda la vista hacia la bahía. Después, le soltó la mano y se acercó a la cristalera.

—¿Te has comprado esta casa? —preguntó. Su voz tenía un toque tembloroso, casi como si fuera miedo.

Él se acercó a ella por detrás, pero no la tocó. Tan solo se quedó allí, observando el paisaje por encima de su cabeza.

—Sí, esta mañana hemos firmado el contrato.

Su voz sonó ronca. Tenerla ahí, cerca, de espaldas a él ofreciéndole aquella maravillosa vista de su trasero y la melena recogida que caía hacia un lado de su hombro, le hizo sentirse consciente de que estaban los dos solos, en una casa donde no podía molestarlos nadie, y comenzó a notar cómo volvía a excitarse.

Ella se giró y fue en dirección a la cocina. Bien, eso estaba bien, que se alejara... Porque de lo contrario, era posible que acabara abalanzándose sobre ella como un estúpido salido.

Tanner se quitó la guitarra, que quedó apoyada en la pared del salón, y le mostró la planta baja de la casa. Ella adoró en especial la cocina, con todos aquellos armarios antiguos y el suelo rústico, sus cortinitas en tonos pastel y la isla central, el sueño de toda repostera.

—No te hubiera imaginado nunca en una casa así, Tanner. Es tan... acogedora —le dijo ella al comenzar a subir las escaleras detrás de él.

—¿Y cómo te imaginas que es mi casa de Malibú?

—Pues... no sé, moderna, de esas casas blancas con cortes rectos y muebles sobrios.

Había acertado, pero no pensaba confesárselo.

—No sabía lo que realmente me gustaba hasta que no vi esta casa, Linda.

Llegaron a la habitación más grande, que estaba vacía pero que también tenía unas vistas preciosas. Además, tenía un baño propio enorme, con una ducha de esas modernas que tiraban chorros por todas partes y una bañera de hidromasaje en el lado opuesto.

Ella salió de nuevo a la habitación y observó las grandes ventanas, que no eran tan grandes como el ventanal del salón pero que ofrecían una vista de la playa más al sur, también preciosa.

Suspiró, pero se sentía incómoda. Se abrazó el pecho.

Tanner sabía que no podía ocurrir nada entre ellos dos. Allí no había muebles, ni siquiera un mísero sofá donde echarse, pero de todos modos sintió aquella tensión que surge entre dos adultos que se gustan y que se encuentran en un lugar íntimo.

Quizá no pudieran hacer nada, pero ya era hora de besarla en condiciones, maldita sea.

Se acercó a ella de nuevo y se puso a su lado.

—¿Te gusta?

Ella asintió con la cabeza.

—Es preciosa, de verdad. Enhorabuena.

Él no miró el paisaje, aunque se había colocado de cara al mismo, sino que la miraba a ella. Y ella lo sabía, pero no giró la cara para enfrentarse a él. Sabía lo que iba a ocurrir. Lo sabía.

Y ella también quería que ocurriera, pero tenía mucho miedo.

Entonces él giró todo su cuerpo hacia ella, la tomó de la mano y la hizo volverse hacia él. Tenía los ojos llorosos, y Tanner le ahuecó la mejilla con su mano, intentando absorber cada uno de los rasgos del rostro de su preciosa chica.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, es solo que...

No continuó. Parpadeó varias veces para intentar borrar aquellas lágrimas, pero como no dijo nada más, Tanner decidió borrarlas él.

A besos.

Primero fue uno delicado, en la boca. Después le siguieron varios: en los párpados, en la sien, en la nariz, en la mejilla, en la comisura de los labios de nuevo.

Y luego se apoderó de su boca como había deseado hacerlo desde hacía mucho tiempo: sin prisas, sin miedo, sin restricciones, sin temor a nada.

Le recorrió los labios con la lengua, se apoderó de la suya, y ella le respondió de igual manera, demostrándole de una vez por todas que sentía lo mismo que él, ese fuego que les consumía por dentro. Sus cuerpos se unieron y Tanner bajó las manos hasta ese trasero que tanto había querido acariciar para estrecharlo contra él, contra la erección que volvió a aparecer y que amenazaba con volverle loco.

Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había perdido la cabeza así, pero la perdió.

Ella metió las manos en su pelo y tiró de él, arqueando sus pechos contra el torso de Tanner. Él se agachó y colocó una mano por debajo de una de sus rodillas para alzarla en el aire y sentarla a horcajadas sobre sus caderas, con lo que ambos quedaron a la misma altura. Ella se movió contra él, enfebrecida, y él se dio la vuelta y la apoyó contra la pared para sujetarla mejor. Sintió cómo sus piernas le apretaban y se frotó contra ella, fuerte, sugerente.

Yellow comenzó a acariciarle los brazos, el pecho, el cuello, la cara, nada parecía suficiente, y él le metió las manos por debajo de la sudadera y la camiseta hasta que encontró sus pechos y los sopesó por encima del sujetador. Entre beso y beso, ella emitió un gemido que él ahogó en sus labios, y se apretó más contra ella, frotando su erección una y otra vez contra su cuerpo, contra aquella zona que quería desnudar y acariciar a su antojo hasta hacerla derretirse entre sus manos.

Liberó un pecho del sujetador, que no parecía ser de ningún tejido de

encaje ni nada sofisticado sino de una suave tela agradable al tacto, y pasó el pulgar por el pezón, ya endurecido a causa de sus anteriores caricias. Eran pechos suaves, de carne tierna, y no duros y apretados como los de las mujeres de Los Ángeles, y él los adoró. Se separó de su boca, respirando agitado, y bajó hasta ellos para besarlos, acariciarlos con su lengua, succionarlos y jugar con su pezón hasta que la oyó lanzar un grito ahogado de placer.

Entonces, se separó de ellos, y la recolocó contra su erección, mirándola a los ojos. Estaban nublados, como los de él, enloquecidos de deseo. Ella continuó moviéndose mientras se miraban, y entonces supo lo que él le estaba preguntando en silencio.

—No te pares ahora, por favor. No te pares. No quiero pensar. No me dejes pensar.

Si eso era lo que ella quería, él iba a ayudar a que dejara de hacerlo.

Le sacó la sudadera y la camiseta por encima de la cabeza, observó la forma de aquellos pechos hinchidos y sonrojados por el contacto de su barba, y le quitó el sujetador para liberarlos. Despacio, sin prisa, aunque tan excitado que apenas podía controlar su respiración.

Ella le ayudó a él con la camisa y después con la camiseta, y pasó la mano por su pecho, que tenía un suave hilo de vello, casi imperceptible, que bajaba entre sus pectorales y se perdía antes de llegar al ombligo, desde donde volvía a surgir con mayor fuerza hacia la zona de su entrepierna.

Le miró a los ojos. Se entendían sin necesidad de hablar, sin palabras. La última vez que habían hecho el amor, cuando eran poco más que unos niños, Tanner era un crío imberbe bastante delgado, y ahora era un hombre con un cuerpo nuevo que descubrir, como el de ella. La besó de nuevo, la acarició con la lengua, adoró sus pechos, su cintura, y continuó descendiendo hasta que llegó al botón de sus vaqueros.

—Tanner, yo no soy... Yo no sé si...

—Shh.... eres perfecta —respondió contra sus labios.

—Pero el resto de mujeres con las que has estado son...

Él se separó de nuevo y la miró a los ojos con devoción.

—Eres mi chica. Y eres preciosa, Yellow. Siempre lo has sido y lo seguirás siendo.

Ella se estremeció entre sus brazos. Entonces la puso de pie, le bajó los pantalones y las bragas sin dejar de mirarse a los ojos, e hizo lo mismo con los suyos. Se quedaron allí, de pie en el dormitorio de aquella casa, con la luz del atardecer bañando sus cuerpos. Después se unieron de nuevo, se abrazaron, compartieron el aire que respiraban y volvieron olvidarse de que allí afuera había otro mundo distinto a ellos.

Tanner la acostó encima de las ropas de ambos, sobre el duro suelo, y besó cada una de las esquinas de su cuerpo hasta que ella suspiró de anhelo. Después, le abrió las temblorosas piernas con las manos, lamió el corazón de su sexo y, justo antes de que ella se dejara llevar, sacó un preservativo de su cartera, se lo colocó y volvió a tenderse sobre ella para penetrarla muy despacio, con movimientos suaves y medidos.

—Yellow —le susurró al oído al tiempo que se hundía una y otra vez en ella, en su calor, en su fuego.

Y ella ya no le dijo que ya no se llamaba así. Ella era Yellow, su pequeña y dulce Yellow.

Cuando acabaron, sus gemidos habían llenado cada esquina de la casa, cada vacío de sus vidas, cada milímetro de sus espacios.

Él reposó la cabeza en el hueco de su cuello, aspirando el preciado aroma del recuerdo. Ella le acarició el cabello y apretó los ojos con fuerza. Ninguno quiso hablar.

Sobraban las palabras.

CAPÍTULO 24:

DESNUDA MI ALMA

Se quedaron el uno en brazos del otro mientras volvían a la realidad.

Yellow notaba cómo las pestañas de Tanner flotaban en su abdomen y le hacían cosquillas, y sintió tanta vergüenza de su desnudez que tuvo que contenerse para no cubrirse de nuevo con sus ropas. Por mucho que él le hubiera dicho que ella era preciosa, eso fue mientras estaban haciendo el amor, cuando solo existía el deseo por terminar lo empezado. Ahora, seguramente, la vería con otros ojos y se daría cuenta de lo que realmente era: una mujer de veintinueve años que había tenido un hijo y nunca había cuidado en exceso de su cuerpo. Sabía que tampoco tenía por qué avergonzarse de sus defectos, pero él había estado con Lillie McFly, por Dios, y ella era solo... ella.

Se preguntó qué estaría pensando. Se preguntó si se arrepentiría de haberse acostado con ella. Se preguntó si ella misma se estaba empezando a arrepentir ya.

Entonces salió de su interior con cuidado, se levantó y se recostó a su lado para mirarla a los ojos.

—¿Recuerdas cuando te escribía canciones?

Ella sonrió, aunque por dentro se estaba muriendo de dolor, de melancolía, y no sabía por qué, en realidad. Se había dejado llevar por sus sentimientos hacia él, o quizá por la propia añoranza hacia ellos. Él ignoraba por completo la situación de angustia y vergüenza en la que se había sumido ella, y la miraba sonriente, como si no tuviera ninguna preocupación en su vida. Puede que fuera así para él, pero no para ella.

Yellow desvió la mirada. No podía seguir sosteniéndosela y fingir que se sentía fantástica, porque no era así. Él la abrazó contra su pecho, y ella fue consciente de nuevo de la desnudez de ambos, del calor que emanaba del cuerpo de Tanner.

Aquello dolía todavía más.

Ojalá pudiera dar marcha atrás. Ojalá pudiera cambiar las cosas entre ellos, pero había un abismo que les separaba y la pequeña tregua que se había dado estaba a punto de terminar. Solo era cuestión de esperar y ver en qué momento exacto.

—Una de las canciones que te escribí, *Undress my soul* (desnuda mi alma), fue un éxito con Forever Young —le susurró él al oído—. Quería que lo supieras porque fue gracias a ti.

Notó cómo su mano le oprimía un poco la cintura, y ella quiso ser más hermosa, tener menos curvas, ser más lista. Quizá así se solucionaran todos sus problemas y él decidiera quedarse con ella para siempre.

—Lo recuerdo —fue lo único que pudo responder. Él no sabía lo doloroso que había sido para ella escuchar aquella canción de los labios de aquellos niños pijos, como si en realidad el pasado no hubiera significado nada para él.

Él no sabía cuánto le había costado superar lo suyo. No sabía nada.

Se quedó quieta contra su pecho, oliendo el suave aroma del *aftershave* de Tanner. De repente, él se levantó, se puso los calzoncillos al tiempo que la observaba con los ojos entrecerrados y una media sonrisa en los labios y cogió la guitarra. Ella le miró confundida, y comenzó a levantarse tratando de no mostrar los defectos de su cuerpo para coger su ropa.

—No te vistas, por favor —le rogó él mientras se sentaba contra la ventana, cruzaba las piernas y colocaba la guitarra en posición—: Estás preciosa con la luz rosada del atardecer.

Él repasó su cuerpo con los ojos, y ella se recostó boca abajo para ponerse más cómoda. Tuvo una sensación de *dèjà vu*. Aquella misma situación volvía a repetirse, lo recordaba como si fuera ayer. Él comenzó a afinar la guitarra, y después sus dedos acariciaron las cuerdas para sonsacar una lenta melodía.

—Te eché mucho de menos —le confesó él mirando las cuerdas de la guitarra.

Una lágrima se escapó de los ojos de Yellow, y cerró los ojos para evitar que brotaran más. Se la secó disimuladamente con la mano.

Él continuaba con la cabeza agachada hacia la guitarra.

—Estuviste muy ocupado. Seguro que hubo montones de chicas que se enamoraron de ti después.

No respondió, lo cual afirmaba por completo lo que ella acababa de decirle.

—Es posible, pero ninguna como tú.

Levantó la cabeza y la miró. Tenía una mirada triste que pareció atravesarla de lado a lado.

—Bueno, desde luego Lillie me superaba con creces en todos los aspectos, eso es innegable —intentó bromear para quitarle hierro a la situación porque, de no hacerlo, acabaría llorando a lágrima viva y, si había algo que odiaba, eran los dramas.

—Lillie tiene un alma torturada, como casi todos los artistas —le respondió él.

«¿Quién ha dicho que yo no la tenga?», pensó ella. Y además, lo que le había respondido no negaba lo que le acababa de decir, que Lillie la había superado en todo. De todas formas, no necesitaba que él le mintiera en eso, ella era bastante consciente de la realidad.

—Me cuesta creer que tú la tengas.

Él no levantó la vista de las cuerdas.

—Puede que sí, en cierto sentido. Todos tenemos nuestros problemas, y en eso no soy distinto a nadie. —Volvió a mirarla—. ¿Te he dicho ya lo preciosa que estás bajo esta luz?

Entonces, ella se dio cuenta de que casi estaba a punto de anochecer, y que la luz cada vez más roja le bañaba todo el cuerpo.

—¡Mierda!

Se levantó a toda prisa y comenzó a colocarse la ropa sin mirarle.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

—Tengo que marcharme ya. Leo, ¿recuerdas?

Él dejó la guitarra a un lado y comenzó a recoger la ropa y ponérsela.

—¿Tienes que estar en casa cuando él vuelva?

—Bueno, no inmediatamente, pero no me gusta desatender mis obligaciones.

Y tampoco quería decirle que el niño estaba enfadado con ella. Y lo estaría más si le veía llegar con él otra vez. Los celos de su hijo era algo que no había aprendido a tratar, puesto que era la primera vez que él reaccionaba así.

—¿Nunca te ha visto con nadie más?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¿Crees que dejaría que mi hijo me viera con otros hombres si no es algo serio? ¿De verdad crees que soy así de irresponsable?

Él se quedó a medio abrocharse los vaqueros, y a ella se le pasó un poco el enfado al ver lo guapo que estaba allí, frente a ella, con el pecho descubierto, el pelo alborotado y una expresión de aflicción en la cara.

—No, claro que no, pero...

—No he estado con nadie más desde lo de su padre, Tanner. No tengo oportunidad de conocer a mucha gente, por si no te habías dado cuenta —le respondió mientras terminaba de vestirse—. Intenté quedar un par de veces con algún compañero de trabajo, pero no funcionó. Y, desde luego, no iba a permitir que mi hijo supiera que había quedado con otro hombre.

Él se puso la camiseta y la observó terminar de vestirse. Parecía perplejo, perdido... Como si no fuera capaz de comprender los motivos por los que ella reaccionaba así.

—Crees que esto ha sido un error, ¿verdad? —le escuchó decir.

Ella se detuvo un instante a medio ponerse la sudadera. Después continuó y se abrochó la cremallera.

—No lo sé. Yo... lo siento, sé que he sido una estúpida por querer actuar sin pensar, pero la verdad es que no tengo demasiadas oportunidades de hacer cosas solo por el placer de hacerlas.

Él asintió con la cabeza, se colocó la camisa y se colgó de nuevo la guitarra a la espalda.

—Vamos, te llevaré a casa.



Hicieron el camino en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos y preocupaciones: él, intentando adivinar por qué ella creía que lo que habían hecho estaba mal, y ella rezando por que no significara nada para ninguno de los dos.

Tanner comprendía, hasta cierto punto, el miedo de Yellow. Sabía que era una mujer responsable que no se dejaba llevar así como así, y lo que ocurrió en su casa nueva fue una locura, eso estaba claro. Él no había pensado ni por un momento que lo iban a hacer así, de forma tan precipitada, porque ni en el mejor de sus sueños había pensado que ella le desearía de la misma manera en que él la deseaba a ella. También era consciente de que quizá, su grado de compromiso no era el mismo que el de ella, y para ser sincero consigo mismo, le asustaba pensar que ella lo que necesitaba era un compañero serio y trabajador que cuidara de su hijo y, posiblemente, de los que vinieran.

Pero en realidad, era así como la veía.

¿Dónde encajaba él en esa ecuación? Hasta ese momento nunca se había planteado una relación tan seria. No había tenido nunca intención de iniciar una ni había sentido la necesidad de hacerlo con nadie que hubiera conocido, ni siquiera con Lillie, aunque en un principio pensaba que sí pudiera suceder.

Y mientras él se enfrentaba poco a poco a sus temores, Yellow rogaba para que, al llegar a casa, Leo no les viera por la ventana. Ella también arrastraba sus propios miedos, sobre todo el de enfrentarse a su hijo y que él odiara a Tanner, o lo que era peor, que a él terminara por gustarle Tanner y después, él les abandonara a los dos para volver a su maravillosa vida de músico en Los Ángeles. Y es que ella ya había pasado una vez por la pérdida y sabía que podía superarla, pero no haría pasar por eso a un niño pequeño que ya cargaba con bastantes errores ajenos a sus espaldas: un padre que había estado en la cárcel y que parecía quererle de manera intermitente y una madre que había tenido que cobijarse en la casa familiar para poder salir adelante.

Yellow odiaba haberse dejado llevar de aquella forma, por aquel estúpido

romanticismo casi olvidado. Por otro lado, lo había necesitado en la misma medida en que lo odiaba, y es que al fin y al cabo, ella era solo una mujer que se negaba demasiadas cosas a sí misma, incluso a aceptar su propia naturaleza sensible y apasionada.

Ser fuerte, dura y práctica durante tantos años terminó por hacerla creer que realmente lo era, pero no: allí estaba de nuevo la antigua, enamoradiza y ñoña Yellow, llena de sueños y pájaros en la cabeza.

Bueno, a juzgar por la actitud de Tanner, estaba segura de que él se sentía tan incómodo como ella con aquel «encuentro sexual», porque no sabía llamarlo de otra manera. Con un poco de suerte, incluso los dos estarían de acuerdo en que olvidarlo era lo mejor que podían hacer. Sería difícil, porque estaba claro que había adquirido bastante práctica con las mujeres a lo largo de los años (cosa que a ella le había faltado, con lo que no podía comparar demasiado) y para ella, aquello fue como una segunda primera vez.

Su segunda primera vez.

Y esa sí que fue por todo lo alto.

Pero solo fue sexo. Cada vez que pensara en ello se recordaría a sí misma que se lo había merecido, se había merecido aquella distracción por todos esos años en que se lo había prohibido. Y ya no habría más. Volvería a su vida de ahora, su rutina, sus estudios, sus horas sueltas limpiando baños y, sobre todo, a su hijo, la persona más importante y más especial de su vida.

Llegaron a casa y, si bien estaba preocupada por encontrarse con el peor de los escenarios, el que tenía ante sí era nefasto: en el portal de casa estaban Rob y Leo, el primero inclinado hacia el segundo, que escuchaba con la cabeza gacha. Detrás de ellos, apoyada en el umbral, se hallaba una Nicky furiosa que les observaba con el ceño fruncido y los labios apretados.

El horror y la culpabilidad se la tragaron y la absorbieron como un pozo negro y sin fondo. Mientras ella estaba por ahí, echando un polvo como una maldita adolescente y pensando tan solo en ella misma y su estúpida necesidad de un poco de romance, todo se había venido abajo en casa. Y ella lo había permitido.

—Para aquí —tocó a Tanner en el brazo para que se detuviera antes de llegar al portal, aunque poco importaba.

El niño ya había levantado la cabeza y les miraba, parpadeando varias veces como confundido.

Yellow se bajó con rapidez del coche y se dirigió hacia ellos sin dirigirle la palabra a su acompañante, que se quedó mirando la escena sin saber exactamente qué hacer pero con unas ganas repentinas de bajar y agarrar a su antiguo amigo de la camisa para decirle unas cuantas palabras.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le gritó Yellow al llegar junto a ellos.

—Mamá, has dicho una palabrota —se escuchó la suave voz de Leo, pero nadie le prestó atención.

Rob se irguió y la miró, y después volvió la vista hacia el vehículo. Hacia Tanner.

—¿Tú que demonios crees que hago? He venido a ver a mi hijo, pero ya veo que su madre es una incompetente. Y que yo tenía razón.

La mueca en la cara de Rob le dio ganas a Yellow de asestarle un puñetazo y romperle unos cuantos dientes. Sabía que no la había insultado porque su hijo estaba delante pero, maldita sea, no tenía ningún derecho a juzgarla. Solo ella podía juzgarse a sí misma.

Se volvió hacia el niño y le dirigió una mirada tranquilizadora.

—Leo, cariño, ve adentro. Mamá quiere hablar con papá.

—Pero mamá, yo también quiero hablar con papá...

—Leo, por favor —le repitió con voz más firme.

—Todo esto es por ese, ¿verdad? —gruñó el niño al tiempo que señalaba hacia atrás. Todos se volvieron y vieron a Tanner de pie, apoyado en la furgoneta, con los brazos cruzados y observando la escena con gesto serio—. Papá, Tanner nos llevó a una excursión y nos lo pasamos muy bien, pero quiere asfixiar a mamá.

—¿Qué? —respondió Rob, alerta y seguramente agradecido de que el niño le diera una buena excusa para enfrentarse a la madre.

—Leo, él no me ha asfixiado. Tanner no ha hecho nada.

—¿Crees que soy imbécil? —espetó su exmarido.

—¿A ti qué te importa lo que haga yo, Rob?

—Me importa si no cuidas de nuestro hijo, eso me importa. Porque eso es lo que voy a demostrar ante el juez, que lo sepas. Tú y ese maldito rockero de mierda otra vez, que viene y te vuelve loca en cuanto mueve un dedo y vuelves a él como una mujerzuela...

De repente, una masa se abalanzó sobre Rob y, de un empujón, le tiró sobre el suelo de dura baldosa desigual. Él se quedó allí tirado, estupefacto, mientras miraba hacia arriba.

—Retira todo lo que acabas de decir. Retíralo o te juro que... —Tanner le señaló con la mano, pero no pudo terminar la frase.

Rob sonrió. Su mirada oscura, torva, mostraba la satisfacción que estaba sintiendo con todo aquello y, por primera vez, Yellow tuvo miedo. Miedo de verdad.

—Vaya, vaya, vaya... El gran señor de las alturas, acusado de agresión. Gracias, *amigo*, me estás haciendo un enorme favor —repuso con ironía.

Comenzó a levantarse con su pérfida sonrisa pegada a la cara, pero Tanner volvió a intentar abalanzarse sobre él, incapaz de soportar la ira que bullía en su interior. Yellow le agarró del brazo.

—Tanner, por favor, ¡lo vas a empeorar!

Él se detuvo con el brazo en alto y la miró. Tenía la mirada perdida, como si no la estuviera viendo en realidad. Era la primera vez que Yellow le veía perder la razón de aquella manera, y si las circunstancias fueran distintas puede que se sintiera agradecida por intentar defenderla... Pero ahora le estaba dando más material a Rob, y aquello comenzaba a tomar un cariz bastante peligroso.

Ella le apretó más el brazo, y él lo bajó y se fue serenando poco a poco, sin dejar de observarla.

—Márchate, por favor —le rogó.

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

Yellow contempló su expresión dolida y algo confundida y una voz muy

pequeñita dentro de su corazón le dijo que, quizá, él la estuviera tomando más en serio de lo que ella creía. Pero acalló esa voz, porque no podía caer en ensoñaciones ridículas y porque, además, tenía delante de ella al hombre que podía destruir el pequeño futuro que se estaba creando: su hijo y, al fin, los estudios que tantos años le había costado retomar.

—Tienes que marcharte, por favor. Tengo que solucionar esto yo sola — volvió a repetirle en tono más firme.

Él parecía no creer lo que le estaba diciendo. Movi6 la cabeza como intentando comprender, después mir6 a Rob, que se levantaba y sonreía satisfecho, y finalmente al niño. Leo le miraba con odio.

Entonces lo comprendió.

Asintió con la cabeza, pero fulminó a su antiguo amigo con la mirada.

—Si les haces algo, te juro que me las pagarás —escupió entre dientes.

—Por supuesto. Seguramente pagues a alguien con tu asqueroso dinero y le mandes a darme una paliza, porque tú solito no puedes ensuciarte esas bonitas manos de niño rico guitarrista que tienes... ¿verdad, nenaza? —le provocó.

Él sabía que le estaba provocando y no cayó en el juego, aunque de no haber estado el niño delante, probablemente no le habría importado magullarse unos cuantos nudillos de la mano para destrozarle su maldita mandíbula. Pero sabía que lo que precisamente quería Rob era eso, ver cómo Tanner le daba una paliza a su padre para que así perdiera para siempre la oportunidad de ganarse al niño.

—No sé qué pretendes con todo esto —volvió a decirle—, pero déjales en paz. Si realmente les quisieras, les dejarías en paz. Y por tu propio bien, espero que lo hagas.

Se dio la vuelta y se dirigió a su furgoneta sin mirar atrás.

Aquella no era su familia, lo sabía, pero Yellow no podía imaginar cuánto le había dolido que le excluyera de aquella manera.

CAPÍTULO 25:

COMO UNA PUÑETERA MONTAÑA RUSA

Yellow observó cómo Tanner se alejaba cabizbajo y con los hombros caídos.

Ella sabía también cuánto le gustaba a veces jugar a ser el caballero de la dorada armadura... Lo cual le demostraba que, a pesar de haber vivido toda clase de experiencias que hubieran convertido a otros en unas estrellas engréidas, Tanner continuaba siendo ese chico tranquilo y de buen corazón que siempre fue.

Lo cual era todavía peor, porque dejarse camelar por ello no era una opción.

Cuando la T1 arrancó, tomó a su hijo de la mano y se enfrentó de nuevo a Rob, que la miraba con los ojos entrecerrados.

—No voy a permitir que mi hijo pase por esto —le dijo.

Ella tampoco, pero no se lo iba a decir a él. Sus errores eran solo suyos, como siempre lo habían sido.

—Cariño —se dirigió a Leo tras darle un apretón en la mano—, entra en casa, por favor.

—Pero mamá... —se quejó el niño y miró a su padre, buscando apoyo para quedarse con ellos.

—Haz lo que te dice tu madre, hijo.

Leo puso cara de enfado y gimió.

—Os odio a los dos —y se dio la vuelta, entró en casa y cerró la puerta con un sonoro portazo que les dejó a ambos estupefactos.

—Dios mío... —Yellow se tapó la boca y miró la puerta, estupefacta.

No era normal que un niño tan pequeño le hablara así a sus padres, ni que

estuviera tan enfadado. Nunca se había atrevido a decirle a ella algo parecido. Miró a su exmarido.

—Tenemos que dejar estas batallas. Tenemos que hacerlo por él, por su bien, ¿lo entiendes?

—Pues empieza tú por entender que no puedes estar trayendo tíos a casa como si fueras una cualquiera.

—Yo no traigo tíos a casa, Rob. Y te recuerdo que no eres quién para opinar de mi vida. Hace años que estamos divorciados.

—Claro que sí, y por eso tengo derecho a exigir la custodia de Rob cuando su madre no parece estar dispuesta a cuidar de él y prefiere salir por ahí a echar canas al aire.

Aquello era el colmo. Todo cuanto él le había hecho pasar... Y ahora se olvidaba de todo, se olvidaba hasta de que nunca había podido pasarle una pensión, y se olvidaba hasta de que la dejó tirada con una deuda que no podía pagar cuando su hijo era tan solo un bebé, y uno al que no parecía prestarle demasiada atención, por no decir ninguna.

Se preguntó por qué ahora. Le miró, intentando entrever qué había debajo de ese aspecto de tipo enfadado con la vida. Él no era así. Al menos, no hasta que su mundo se vino abajo.

—Sabes que he luchado como una leona por él. ¿Por qué quieres hacer esto ahora? Dime la verdad. ¿Por qué?

Él se cruzó de brazos y apartó la mirada unos instantes. Después volvió a dirigirla hacia ella y le respondió:

—Porque no soy un fracasado, y voy a demostrároslo a ti y a Leo. No voy a permitir que nadie me quite lo que es mío. Y mucho menos él. Vosotros sois la única familia que tengo.

Ella sintió un escalofrío.

—No hay nada entre él y yo. No puede haberlo. Y aunque lo hubiera, tu hijo seguiría siendo tu hijo.

Él respiró hondo. Las aletas de la nariz se le agrandaron y se acercó más a ella, hasta casi rozarle con la frente.

—Mi hijo siempre será mi hijo, y si quiero verle tú no me lo vas a impedir. —Le dio un empujón con el dedo índice en el hombro y continuó—: Y si hay algo de lo que estoy seguro es que, por mucho dinero que ese tenga, no es mejor que yo, ¿me oyes?

Ella parpadeó varias veces, algo atemorizada por el gesto de furia que había visto en los ojos oscuros de Rob. Nunca antes le había visto reaccionar así. Algo en él había cambiado con los años.

Entonces, él se separó de ella, dio media vuelta y se alejó caminando a grandes zancadas. Le observó hasta que dobló la esquina y ella se quedó allí, quieta, intentando serenarse. Las manos le temblaban. Siempre había intentado evitar los líos. No le gustaban, huía de ellos. Solo buscaba tranquilidad.

Pero por lo visto, en esos últimos tiempos aquello era una quimera.

Se volvió para entrar en casa. Leo la miraba asomado a la ventana y desapareció tras las cortinas en cuanto ella le divisó.

Cuando entró en el salón, el niño estaba sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y un tirachinas que le había regalado su abuela en la mano. Tiraba de la goma una y otra vez, sin querer mirarla.

Ella se acercó hasta él y se sentó a su lado. Le pasó una mano por los hombros, pero él se alejó en un gesto brusco.

—No me toques, déjame en paz.

—Leo...

—¡Te odio! —Se giró hacia ella con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No me dejas nunca ver a mi padre! ¡Os odio a los dos!

Ella puso las manos sobre su regazo. La sensación de impotencia era casi insoportable.

—No debes decirnos eso, Leo.

Observó cómo Anne, que había estado sentada en el sillón frente al televisor, se retiraba del salón para dejarles solos. Su madre y Nicky debían estar escondidas por algún lugar de la casa, quizá en la cocina, para dejarles un poco de intimidad. Se lo agradeció mentalmente, aunque un poco de ayuda o consejo no le habría venido nada mal.

—Nunca debes hablar así a tus padres, ¿lo has entendido?

Escuchó cómo él se sorbía la nariz y se limpiaba las lágrimas.

¿Qué era lo que estaba haciendo mal? Nunca le había prohibido a Rob ver a su hijo. Podía verle siempre que quisiera, pero parecía más interesado en hacerle a ella la vida imposible que en ver al niño.

—¿Por qué estás enfadado con nosotros? —le preguntó con suavidad, para intentar que él continuara calmándose.

Él sollozó en silencio un poco más, y ella esperó a que se calmara. No tenía intención de dejar pasar aquello, y quería que el niño lo supiera. Al fin, habló.

—Ni siquiera habéis intentado estar juntos otra vez. Tú prefieres estar con Tanner, y el otro día le vi cómo te asfixiaba. Le vi besarte, mamá, y parecía que te iba a ahogar y tú no le dijiste nada. ¡No le dijiste nada!

Yellow se pasó la mano por los ojos y se los frotó. Intentó decidir cómo salir de aquello sin herir los sentimientos del niño. Cómo asegurarle que lo que vio no se volvería a repetir, y que no había significado nada. ¿Cómo decirle aquello a un niño de ocho años sin que malinterpretara sus palabras? No se le podía decir que un beso no implicaba nada, porque sí lo hacía, y no podía inculcarle a su hijo la idea de que podía ir besando por ahí a las chicas como si tal cosa.

—Tanner fue mi novio.

La idea surgió de repente. Brillante, resplandeciente y esperanzadora.

—¿Qué? —Leo se frotó los ojos, secándose los restos de las lágrimas que le quedaban, y le miró.

—Él fue mi novio hace muchos años. Antes que papá lo fuera. Solo me dio un beso para recordarlo, pero no me ahogó, cariño. Algunos besos de los mayores son así.

—¿Así de asquerosos? ¿Cómo si fuera a ahogarte de verdad?

—Bueno, eso son los besos que damos los mayores cuando queremos mucho a una persona.

Él la miró sin parpadear.

—¿Fue tu novio antes que papá? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Y aún te quiere?

A ver cómo salía del lío en el que se había metido...

—Supongo que un poco, sí. Nos quisimos mucho hace mucho tiempo, cariño. Eso, a veces, no se puede olvidar.

Observó cómo el niño se relajaba y escogió ese momento para abrazarle y atraerle junto a ella. Leo apoyó su cabecita en el hombro de Yellow.

—Pero, si cuando dos personas se quieren mucho no se pueden olvidar, ¿por qué no volvéis a estar juntos papá y tú?

Ya sabía ella que intentar explicar las cosas de manera apresurada no saldría bien.

—Porque... —¿Cómo iba a explicarle que su padre le hizo tanto daño? No quería predisponerle contra él, pero tampoco quería darle esperanzas—. Porque tu padre y yo dejamos de querernos.

—¿Y no podéis volver a quereros otra vez?

—Eso ahora es imposible, Leo —le contestó, acariciándole el brazo para continuar tranquilizándole.

—¿Es imposible con papá, pero con Tanner sí?

Que su hijo era listo, de eso no cabía duda alguna. Y después tendría que darle las gracias a Nicky, por ayudarle en ese tema.

—No, Leo, puedes estar tranquilo. Tanner y yo no nos vamos a volver a querer. Él y yo nunca nos peleamos, tuvimos que separarnos. Nunca nos enfadamos el uno con el otro. Por eso él me besó, pero él y yo no volveremos a estar juntos.

—Vale —contestó el niño—. Me cae bien, pero no quiero que sea tu novio.

—De acuerdo.

—Pero puedes decirle que nos puede llevar de excursión cuando quiera. Eso sí que me gustaría.

Ella sonrió, pero sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Está bien, se lo diré.

—Y, mamá...

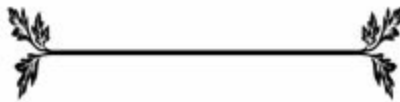
—¿Sí? —una lágrima le resbaló por la mejilla. Se la secó antes de que el niño se percatara.

—Siento haberos gritado.

—Vale.

—No lo volveré a hacer más, de verdad.

—Está bien, cariño —y le dio un beso en la coronilla, sobre ese pelo rojizo que olía a sudor de niño y a hierba, ese olor que ella tanto adoraba.



Tanner llegó a casa tras guardar su T1 en el garaje.

El día había sido... emocionalmente agotador, como una puñetera montaña rusa.

Entró, dejó las llaves de casa en el recibidor, se asomó al salón y, al ver que estaba vacío, subió a su habitación aliviado. Llevaba la guitarra colgada a la espalda. Se la quitó, se recostó en la cama, apoyado sobre los almohadones y comenzó a acariciar las cuerdas.

Necesitaba pensar, y la frustración que sentía salía a borbotones por sus dedos, que aporrearon las cuerdas sin piedad. Para él, la guitarra era una terapia sentimental sin precio y, por alguna razón, aquella terapia estaba volviendo a funcionarle.

Y cómo la había echado en falta últimamente.

Porque, pensando en todo lo acontecido aquél día, necesitaba con desesperación una vía por la que canalizar sus emociones.

Primero, estaba el hecho de que se había acostado con Yellow. ¡Lo habían hecho sobre el maldito suelo de su nueva casa! ¿En qué demonios habían estado pensando los dos? ¿En qué demonios estaba pensando *él*, que se había abalanzado sobre ella como un maldito desesperado y había permitido que aquello ocurriera de aquella manera? ¡Sobre el suelo, joder!

Después de tantos años, después de tanto tiempo esperando volver a estar con ella, la rebajó a un simple polvo sobre el suelo.

Pero el caso es que no fue un simple polvo. No había sentido nada parecido al acostarse con una chica en mucho tiempo. Ni siquiera con Lillie.

Lillie era fantástica y le ponía mucho empeño... Era buena en todo lo que hacía y, al principio, el sexo con ella era muy, muy apasionado, casi desenfrenado. Al fin y al cabo, había luchado mucho por conseguirla... Pero después, cuando todo ese ímpetu se desvanecía, siempre quedaba un vacío, algo que no sabía describir y que tampoco había llenado ninguna de las anteriores chicas con las que había tenido sexo, todas ellas con un dominio espectacular de las poses más sensuales y las técnicas porno cuando lo hacían.

No, lo de aquel día había sido algo que los dos se morían por hacer, porque estaba claro que Yellow perdió la cabeza de la misma manera en que lo hizo él. No había cuerpo suficiente que besar, que acariciar, que lamer; no hubo necesidad de actuación erótica alguna, toda ella era puro erotismo básico, desde aquel sujetador tan sencillo que llevaba hasta las bragas que llevaba a conjunto. A él lo único que le había importado era tener su suave cuerpo desnudo debajo de él, o encima, pero pegado. Durante un instante llegó hasta a sentir un pequeño *flashback*, un fugaz recuerdo de haber estado así, en la misma posición, sobre ella, susurrándole cuánto la quería mientras la penetraba con torpeza.

Dios. Cerró los ojos. Se había vuelto a poner duro solo con recordarlo. Eso era lo que deseaba tener, siempre: sensaciones puras, sin más estorbos, sin pretensiones.

Sin darse cuenta había cogido un trozo de papel y estaba anotando todos los acordes. La letra no estaba muy clara, porque estaba escribiendo encima de aquel mullido colchón, pero había una melodía bastante marcada y que no estaba nada mal. Una melodía desenfrenada, casi rabiosa.

No debería haber permitido que las cosas acabaran así aquel día, aunque poco podía hacer él al respecto. Sabía que no había actuado convenientemente cuando la llevó de vuelta a casa, pero tenía aquella dolorosa sensación de que ella se arrepentía de haberse acostado con él, a pesar de haberlo disfrutado también. La respuesta le vino muy clara cuando

vio a lo que un día había sido su familia allí reunida: su hijo, que le miró con odio, y Rob, su antiguo amigo, ese amigo que ya no conocía.

La rabia se había apoderado de él como una masa roja y cegadora. ¡Le habría dado una paliza! No era dado a las peleas, pero las estupideces le superaban, y él estaba jugando con Yellow y con su hijo. ¿Cómo podía ella permitirselo?

Y lo que era peor, ¿por qué no quería ella dejarle entrar en su vida?

En cuanto recibió la mirada airada del niño, supo que era el perdedor. No tenía nada que hacer allí. Ella le dejó claro que no era su lugar. No podía ni debía protegerla, y no era su familia. Tampoco podía caer en la provocación de Rob, pero tenía la certeza de que, si ella pensaba que Tanner no la haría feliz, mucho menos lo haría su exmarido.

Jamás se había sentido tan vacío. No podía recriminarle nada, porque era verdad... Él no era nada en sus vidas. Ni siquiera habían hablado sobre su futuro, ni sobre una maldita cita ni nada. Y tampoco se había planteado qué era lo que quería en realidad de ella.

¿Quería comenzar una relación seria con Yellow? ¿Sería capaz de hacerlo?

Eso sería como volver otra vez al pasado: él viajando, ella sola. Tanner terminaría marchándose de nuevo de Scarborough en cuanto tuviera sus canciones listas, desapareciendo una y otra vez, y ella se quedaría allí, con su hijo. ¿Quería meterse en la vida de ellos de esa forma?

No, si podía evitar hacerles más daño.

No podía ser un imbécil egoísta. Por mucho que la deseara, por mucho que quisiera volver a repetir lo de esa mañana con ella, pensar solo en lo que sentía y dejarse llevar, Yellow era otro mundo: era la madurez, un hogar, un hijo... Y necesitaba un marido, no un cantante que nunca estuviera en casa. No podía limitarse a sus únicos deseos, debía pensar en ella porque, si no lo hacía, estaría cometiendo el mismo error que años atrás.

Porque lo cierto era que no sabía si la quería lo suficiente como para olvidarse de su principal objetivo: ser el mejor. En eso había consistido su vida en los últimos años, y era algo a lo que no podía renunciar, ni siquiera podía plantárselo. Su carrera había sido todo para él, lo único que había

continuado siendo estable, lo único en lo que había destacado alguna vez en la vida. Y una vez que se planteara el reto de conseguirlo, sabía que debía hacerlo o sería un desgraciado por el resto de su vida.

Si no seguía luchando por lo que realmente deseaba, no sabía en qué se convertiría después.

Se lo dijo a su padre una vez, y pensaba cumplirlo: «Te demostraré que puedo ser el mejor sin ti». Y lo sería.

Había recuperado sus emociones, podía componer. Era hora de luchar por ello.

¿Qué iba a hacer con Yellow, entonces?

La dicotomía estaba bien clara: su profesión, su vida y su carrera frente al amor de una mujer, una familia, un niño.

Una familia que no era la suya, y un amor que no estaba seguro ni de sentir ni de que fuera tan fuerte como para resistir de nuevo la prueba de la distancia.

CAPÍTULO 26:

LA AMENAZA

Pasaron los días y Tanner se centró en su mundo: su habitación, el cierre de la compra de la nueva casa, los muebles, la música. Sobre todo, la música. Conforme crecía su inquietud por la situación que estaba viviendo, mayor era su necesidad de tocar, de crear, de cantar. En ese sentido, estaba eufórico. Todo iba bien.

Qué bien, ¡iba mucho mejor que bien! Iba perfecto. Había escrito varias letras y creado otras tantas melodías, y eso en poco más de una semana. ¡Una semana! Estar lejos de todo le había venido más que bien al final, por lo visto. La tranquilidad de su nueva (y también antigua) vida era el bálsamo que tanto había necesitado.

Y, para qué negarlo, también aquellos sentimientos que tenía enterrados y Yellow había resucitado. No estaba muerto por dentro, como creía hacía tan solo unos meses.

Había hablado con ella el día después del encontronazo con Rob, cuando la llamó para preguntarle cómo estaba. Ella no había sido demasiado explícita, pero lo que sí era evidente desde el principio era su incomodidad.

—¿Quieres que volvamos a vernos? —logró atreverse a preguntar al fin—. Yo... sé que lo que hicimos no fue lo más acertado, pero no quiero perderte.

Y en eso fue totalmente sincero. Quizá ninguno estaba preparado para iniciar una relación seria con el otro. O puede que sí. Pero no tenían por qué dejar de verse. Eran adultos, al fin y al cabo.

Al otro lado de la línea, se escuchó un suspiro.

—Mi vida es muy complicada ahora mismo, Tanner, y no sería justo para ti que... que te vieras involucrado en ella. Las cosas con Rob están muy complicadas y yo... En fin, sabes que tengo que andar con cuidado.

—Lo entiendo perfectamente —le respondió. Y era verdad. Pero eso no hacía que escucharlo de su propia boca no doliera.

—Quizá debemos tomárnoslo con más calma. No sé, darnos unos días.

—No quiero dejar de ser tu amigo, tu amistad es muy importante para mí.

—Sí.

Pero no dijo nada más. No le respondió «y la tuya también para mí», como él esperaba, sino que hubo otro silencio incómodo.

—Escucha, voy a estar ocupado unos días con la casa y con el nuevo álbum que tengo que componer, pero te llamaré. O puedes llamarme tú a mí, si te sientes sola. Lo harás, ¿verdad?

«No huirás como la última vez, ¿a que no?», le faltó preguntar. No lo dijo, las palabras se quedaron atascadas en su garganta.

—Claro, por supuesto. Lo mismo te digo.

—Está bien.

—Está bien.

Otro silencio incómodo. ¿Cómo se despedía uno de alguien que le importa tanto? Tanner no lo sabía. No tenía práctica en eso.

—Adiós, Yellow.

—Adiós, Tanner.

Y ya está.

De eso hacía una semana, y ninguno de ellos había dado el paso de marcar el número de teléfono del otro. Tanner sabía que, con ella, lo que funcionaba era dejarle su espacio, no intimidarla. Sabía que su vida era complicada, ella misma se lo había dicho y hasta él lo había comprobado con sus propios ojos.

Pero la echaba muchísimo de menos. Echaba de menos verla hablar de nuevo con ilusión, observar el cambio que se estaba dando en ella, volver a ver renacer esa sonrisa pícaro que siempre la había acompañado. Pero no es que hubiera idealizado a la antigua Yellow, no... Es que la nueva le gustaba tanto como le atemorizaba, por su capacidad de hacerle olvidar el resto del mundo cuando estaba a su lado.

La semana siguiente se iba a mudar a su nueva casa. Le habían traído justo lo que necesitaba, y de momento iba a prescindir de asistenta a tiempo completo, tan solo vendría una persona dos o tres veces a la semana para ocuparse de los desastres que él hiciera. Necesitaba la soledad, y no quería a ningún desconocido husmeando en sus cosas, y mucho menos a ningún conocido que compartiera sus secretos después, como le había ocurrido a otros compañeros del mundillo.

Su madre y Lucy no habían querido mudarse con él, como les propuso, pero él se ocupó de que sus cuentas estuvieran cubiertas de efectivo para que no tuvieran ningún problema, incluso aunque su hermana ya le hubiera dicho que su trabajo a tiempo parcial en una empresa le daba lo suficiente. Él les había pedido que por favor le dejaran ayudarles, y ellas aceptaron a regañadientes más por él que por ellas mismas. Después se les pasó el enfurruñamiento cuando él encargó pizza y les mostró las deportivas que había escogido para Lucy y el kit completo de pintura al óleo que había adquirido para su madre. Trish se emocionó de nuevo, cómo no, pero por una vez no parecía que las lágrimas se la fueran a tragar viva, sino que solo se debían a la emoción de tenerle allí, cuidando de ellas aunque no se lo pidieran.

La casa se iría llenando poco a poco de muebles, aunque al principio lo más probable es que todo fuera un poco caótico y puede que impersonal. Lo primero que compró fue la cama y taburetes para la cocina, todos estilo *vintage*. Le daban cierto aire de antiguo rockero solitario, y eso le gustaba. El sofá llegaría en unos días, y había ordenado instalar una chimenea para los meses más fríos que estaban por llegar. En el que sería su lugar de trabajo, la pequeña habitación que quedaba libre en la planta de abajo, también colocaría otro sofá, una mesa de escritorio y una alfombra. El piano tendría que ir en el salón, porque esa habitación era demasiado pequeña. Eso sí, necesitaría una alfombra, porque le gustaba tirarse al suelo a practicar con la guitarra y componer.

Estaba revisando todo lo que le faltaba por ultimar cuando le vino a la mente la escena que habían protagonizado en su dormitorio, y se imaginó allí otras muchas veces, en el futuro, sobre la mullida cama que acababan de instalarle. La echó tanto de menos, el deseo de verla fue tan intenso, que pensó que no había motivo alguno para no hacerlo, en realidad. Alguien tenía que ser el primero en preocuparse por el otro, y él iba a apostar por ella. No

estaba bien que no se preocupara por cómo se encontraba y por su situación con Rob, eso era más que evidente si quería algo con ella, lo que fuera.

El teléfono sonó cuatro veces y pensó que ya no le contestaría. Finalmente, Yellow le respondió con voz turbada, y él supo que algo no andaba nada bien. Pero que nada bien. Le invadió una oleada de inquietud.

—Hola, Tanner.

Él tragó saliva.

—Yo... Solo te llamaba para preguntarte qué tal estás.

Se hizo un silencio. Después, escuchó un ruido ahogado, extraño. Parecía como si ella estuviera llorando.

—¿Yellow? ¿Estás bien?

El teléfono emitió un sonido extraño, como si alguien lo estuviera tapando con algo, y oyó cómo ella sorbía la nariz.

El corazón se le partió en dos, como si alguien le hubiera alcanzado con una daga y se la hubiera clavado desde el estómago. Si lo estaba pasando mal, si alguien le había hecho algo... Y él no estaba a su lado... Mataría al imbécil ese. Haría lo que fuera por ella.

—Lo siento, Tanner, pero ahora no puedo hablar.

Ella colgó y él se levantó a toda prisa, cogió las llaves de la T1 y salió corriendo.

Aquello había que solucionarlo en persona, y que se atreviera de nuevo a echarle de su vida. Esta vez, no pensaba dejarla que cargara con todo ella sola.



Yellow miró el teléfono y lo apartó a un lado. Había hecho mal en contestar, para empezar... Pero al ver su nombre en la pantalla había sentido una necesidad atroz de escucharle, de pedirle consuelo. Luego se dio cuenta de que aquello era la mayor estupidez que podía cometer.

Lo que le faltaba.

Agachó la cabeza y siguió llorando a lágrima viva, con los papeles del abogado delante de ella. Sí, no era mujer de dejarse llevar por el sufrimiento ni regodearse en la pena, pero necesitaba gritar, llorar, explotar por dentro.

La amenaza de Rob se había convertido en una realidad, finalmente.

Pero, si había algo que ella no entendía era ese afán de quitarle al niño. ¿Por qué se preocupaba por él ahora, después de tantos años? ¿Por qué le estaba haciendo aquello? No creía que él la hubiese querido nunca, en realidad. De haberlo hecho... de haberlo hecho, no se habría separado de ellos cuando nació el bebé y todo comenzó a irle mal, ¿verdad? Además, no habría descubierto que tenía una amante. O varias, quién podía saberlo.

El caso es que ahora él le exigía la custodia del niño por abandono, alegando negligencia por parte de la madre: en resumen, declaraba que ella no estaba pendiente de la vida del niño y que su entorno afectivo y económico no era estable, pues la madre iba y venía de los trabajos y, además, salía con varios hombres a los que llevaba a casa, lo cual perjudicaba al bienestar emocional del niño.

En otras palabras, que ella era una mala madre y una zorra.

Ahora, él disponía de trabajo fijo: en la cárcel había hecho un curso de jardinería y ahora trabajaba para una empresa que subcontractaba al personal para cuidar de espacios públicos y privados. No ganaría mucho, pero sí era un sueldo estable.

No como ella.

Poco importaría que hubiese estado en la cárcel si ahora su situación era mejor que la de ella y podía demostrarlo.

Se hundió más en la silla y se restregó los ojos, hinchados y rojos, con las manos. Enfrentarse a aquello en esos momentos significaría tener que volver a trabajar a tiempo completo, y no solo para hacer ver que su hogar era estable, sino también para pagar al maldito abogado que le llevaría el caso. Sería como retroceder en el tiempo de nuevo, como pisotear las pocas esperanzas que se había hecho de volver a tener una oportunidad en la vida.

¿Qué se había pensado, que la tendría? Era una ilusa. Una estúpida y una ilusa que no había aprendido con el tiempo que había que ser realistas. Debería haberse quedado en el maldito trabajo del hotel (que no querían ni

los estudiantes extranjeros) para toda la vida, haberse dejado de estupideces y eliminar así de una vez por todas todos los pájaros que tenía en la cabeza. ¿A quién quería engañar? Debía aceptar que no sería más que una madre trabajadora. Eso le pasaba por pensar que podría hacer el curso e incluso asistir a un grado en la universidad, aunque fuera el más básico.

Hablaría con el abogado. Si él le decía que recuperando su nuevo trabajo se solucionarían sus problemas, no habría más que hablar.

Alguien tocó al timbre, pero ella se había encerrado en la habitación para poder llorar a gusto a solas y no preocupar demasiado a su familia, aunque todas se habían quedado mudas cuando conocieron el contenido del documento que el mensajero había dejado. Por suerte, Leo todavía no estaba de vuelta del colegio, pero el resto de las Mayers ya habían regresado de su jornada laboral.

Escuchó unas voces apagadas y después unos pasos firmes que subían las escaleras.

Tocaron a su puerta.

Ella se giró y allí estaba él, de nuevo: la mejor de sus fantasías, la peor de sus pesadillas.

Frunció el ceño. ¿No le había tenido hacía un segundo al teléfono? ¿Qué hacía allí, casi sin respiración, con los rizos sudados pegados a la cara?

—¿Qué ha pasado? —espetó de repente. Ella volvió a parpadear, pues se le había quedado mirando con cara de póquer.

—¿Qué haces aquí?

—Yo he preguntado primero.

Yellow se limpió las lágrimas, y él se le acercó en un par de grandes zancadas. Se arrodilló a su lado y le tomó la mano que ella había colocado sobre el escritorio para cubrir el documento que había estado leyendo una y otra vez.

No podía mirarle a la cara, no cuando le tenía tan cerca y él estaba tan preocupado y ella no sabía si debía contarle lo que en realidad sucedía. Porque, ¿de qué serviría? Solo de desahogo, eso estaba claro. Y lo cierto es que tenía tantas ganas de dejarse llevar, de acurrucarse en esos brazos y que

él la consolara, que le dijera que todo iba a estar bien, que no se preocupara... Tenía tantas ganas de hacerlo. Tantas ganas de rendirse.

Notó cómo la otra mano de Tanner le acarició el pelo, y entonces no pudo soportarlo más y rompió a llorar de nuevo.

—Por favor, dime qué ocurre, Yellow. Me estás matando.

Los dedos de él acariciaron con ternura los de ella. Ella abrió la mano y, entre lágrimas, observó cómo sus dedos se entrelazaron con los de ella: era una mano masculina, adulta, morena, curtida por el sol y con durezas en las yemas de los dedos a causa de las cuerdas de la guitarra.

—Rob quiere quitarme a Leo.

Las caricias de Tanner en su pelo se detuvieron.

—¿Que quiere qué?

Se limpió las lágrimas, sorbió por la nariz y le miró a los ojos con valentía.

—Quiere quitarme al niño, pero yo no lo pienso consentir. He luchado toda mi vida por él, Tanner, por salir adelante, y ahora no me lo va a quitar.

Los ojos de él estaban a su altura, dado que continuaba arrodillado a su lado, y ella percibió con toda claridad cómo se oscurecían de la rabia.

—Qué hijo de la gran...

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—No, no pienso dejarme llevar por la rabia. No sirve de nada. No le dejaré hacerlo, y punto.

Él se levantó y, por el mero hecho de tenerle lejos, ella se sintió abandonada, sola.

—¿Y cómo se lo vas a impedir?

Yellow miró a la pared.

—Haré lo que tenga que hacer.

El tiempo pasó, pero Tanner no se movió. Siguió quieto, mirándola, adivinando todo cuanto ella pensaba sin necesidad de hablar. Como siempre había sido.

—¿Dónde vive?

Ella se giró con brusquedad.

—Ni se te ocurra ir a verle, Tanner. Lo digo en serio.

Se miraron durante un instante, retándose, pero él no flaqueó.

—No pienso pelearme con él, Yellow. Solo quiero hablar. Yo también necesito verle. Sabes que no le voy a hacer nada.

—No me va a ayudar en absoluto que vayas a su casa, Tanner, y le amenaces o... o vete tú a saber qué —respondió ella al tiempo que se levantaba y gesticulaba con las manos.

—No voy a amenazarle, Yellow, pero creo que yo también tengo una cuenta pendiente con él, ¿no crees?

—¿Por qué? A ver, dime por qué tienes una cuenta pendiente con él. ¿Porque te arrebató a tu novia? ¡Te recuerdo que tú y yo llevábamos años separados antes de que yo saliera con él!

Él apretó los dientes y un músculo de su mandíbula se tensó, haciendo que por primera vez Yellow viera en él a un hombre peligroso.

—¿No te parece raro que haga todo esto justo cuando yo aparezco?

—¡Pero él no sabe nada de nosotros! No sabe ni siquiera que nos hemos... —titubeó, avergonzada y roja como un tomate.

—¿Acaso piensas que es idiota, Yellow? Nos ha visto juntos, sabe que hay algo entre nosotros otra vez.

Esa era la verdad. Había algo entre ellos, fuera lo que fuera, y no podía negarlo allí, mirándole a los ojos, por mucho que una parte de ella quisiera dar marcha atrás y borrar todo lo que había sucedido para que las cosas fueran más sencillas.

—Tengo que verle, Yellow. Dime dónde vive. Voy a ir a hablar con él.

Ella volvió a sentarse y se tapó la cara con las manos, frustrada.

—Por favor, no le digas que hay nada entre nosotros.

Él la miró sin decir nada. Si se sentía herido por aquellas palabras, no lo expresó, sencillamente guardó silencio y esperó a que ella le dijera la

dirección. Al fin, ella lo hizo con la voz temblorosa.

—Te prometo que no empeoraré las cosas para ti —le dijo mientras se agachaba otra vez junto a ella—. Me crees, ¿verdad?

Ella se enfrentó de nuevo a él, pero no se sentía aliviada, sino afligida. Había aceptado que ellos dos tenían algo que resolver también, y aunque Tanner lo hacía con toda la buena intención del mundo, puede que ella terminara salpicada.

Algunas cosas eran inevitables.

—Te llamaré después —le dijo él de nuevo.

Después le dio un pequeño beso en la boca, se levantó y salió de la habitación, y ella se quedó sentada y esperó.

Nunca le había hecho mal a nadie, al menos no a sabiendas. No era una mala persona. Había intentado cuidar de su familia: su padre, sus hermanas, su hijo... Solo tenía treinta años y se sentía como una anciana. No se preocupaba por sí misma, no se cuidaba, se vestía con las ropas más cómodas y baratas, no iba al médico a no ser que creyera estar al borde de la muerte.

Entonces, ¿por qué el universo se empeñaba a veces en complicarle tanto las cosas?

Si Tanner no hubiera vuelto, su vida habría sido más sencilla. Una parte de ella le adoraba, le quería, le necesitaba; con solo recordar la experiencia vivida en su casa nueva el cuerpo le ardía de deseo por él. Era bueno, era una persona decente, era estúpidamente atractivo y, además, tenía talento. No podía vivir sin él, pero tampoco podía vivir con él.

Ella no estaba ni podía estar nunca a su altura. ¿Por qué no se iba y la dejaba en paz para siempre?

Prefería vivir sin amor, sin las caricias que solo él sabía darle, que perder lo único bueno que había logrado construir en su vida.

CAPÍTULO 27:

LO INEVITABLE

La dirección que Yellow le había dado pertenecía a un barrio bastante pobre de la ciudad en el que solo había edificios de los años sesenta que necesitaban una buena reforma.

El bloque de apartamentos donde vivía Rob no era, en absoluto, un lugar donde a Tanner le gustaría criar a un hijo. La fachada era de hormigón gris con no pocas grietas en las esquinas y, a lo largo del edificio, se veían las ropas de sus habitantes tendidas de cualquier modo. La puerta de acceso estaba abierta.

Pensó que tampoco era de extrañar. Nadie querría robar allí y, de intentarlo, puede que no saliese vivo.

Mientras subía por las escaleras (que apestaban a una mezcla de orina y comida especiada) se dio cuenta de que lo que Rob se había tirado era un farol: él no quería a Leo. Al menos, no la custodia del niño. No podía quererlo de verdad viviendo en aquellas condiciones.

Y el hecho de haberse dado cuenta hacía aquella conversación mucho más necesaria, porque si en realidad no quería al niño, lo que pretendía era joder a Yellow. Y por qué quería hacerlo ahora, esa era la cuestión.

Llegó al tercer piso sin ascensor en el que vivía su antiguo amigo y tocó a la puerta del número siete. Tenía tan mal aspecto como todo el edificio: desgastada, hinchada por la humedad, con la pintura descascarillada.

Rob abrió la puerta sin preguntar siquiera quién era.

—Si vienes a suplicarme otra vez... —el resto de la frase murió en su boca al contemplar a la persona que tenía enfrente.

La cara se le contrajo en una mueca de disgusto. Iba sin camiseta, con unos pantalones cortos bastante viejos y, que Tanner recordara, seguía teniendo la misma constitución delgada, aunque un poco más fibrosa, y una

serie de amenazantes tatuajes le decoraban el pecho y los brazos.

—¿Qué pasa, tío? —le dijo como si no hubiera pasado el tiempo; sin embargo, su mirada asesina distaba mucho de ser la mirada de un colega.

El otro le observó durante varios segundos.

—¿A qué coño has venido? —dijo al fin.

—Creo que ya sabes qué quiero.

—No tengo ni idea, ni me importa.

Fue a cerrar la puerta de golpe, pero Tanner tenía muy buenos reflejos (cortesía de las horas que había pasado corriendo y practicando atletismo, el único deporte que le ayudaba a relajarse), y puso el pie justo antes de que se cerrara para después dar un fuerte empujón que casi tira a Rob de espaldas. Obviamente, no se había esperado aquella reacción del tranquilo y sosegado Tanner, del antiguo y estúpido Tanner, ese al que todos trataban como si fuera una mascota.

Pero oh, ¡sorpresa! Si había algo que una estrella debía aprender era a defenderse a sí mismo de los ataques de otros y, por suerte, el niño mascota hacía mucho tiempo que había quedado atrás.

—¡Fuera de mi casa! —rugió Rob poniendo los brazos casi en jarras, un gesto que a Tanner le recordó a un toro a punto de embestir.

—No pienso irme hasta que no hablemos.

—¿Hablar de qué? Si has venido a hablar de mi maldita exmujer, te aviso de que estás perdiendo el tiempo.

Tanner respiró hondo y contó hasta diez para tranquilizarse. Le había prometido a Yellow que no iba a empeorar las cosas.

Repasó la habitación de una mirada. Por lo visto, eso era todo lo que el apartamento tenía, un salón que hacía las veces de comedor y cocina y dos puertas al fondo que probablemente serían el dormitorio y el baño. Allí no había sitio para un niño. En absoluto.

Fue directo al grano.

—¿Qué es lo que pretendes, Rob?

Observó cómo el otro se dirigía con paso chulesco al raído sofá de flores

y se sentaba con las piernas abiertas, como si se sintiera de lo más cómodo. Apoyó la cabeza en el respaldo y le observó con los ojos oscuros y amenazadores. Seguramente estaría disfrutando a sus anchas de esa conversación, aunque él todavía no podía entender por qué.

—Vaya, veo que no ha tardado nada en contártelo. ¿Tan unidos estáis de nuevo?

—Déjate de gilipolleces y dime por qué ahora. Obviamente, por la pinta de esta... —señaló con la mano a su alrededor— vivienda, por llamarla de alguna manera, doy por hecho que no querrás tener aquí a tu hijo viviendo, ¿no?

—Algunos no hemos tenido tanta maldita suerte en la vida como tú, Tanner —dijo su nombre con desdén.

—¿Me estás diciendo que realmente quieres que Leo venga a vivir aquí, contigo?

—¿Y qué coño te importa a ti la vida de mi hijo, eh? ¿Quién eres tú para venir a reclamarme nada? Que yo sepa, acabas de llegar y, si no me equivoco, tardarás lo mismo en largarte otra vez.

Tanner se apoyó en la encimera de la pequeña cocina esperando no mancharse. No es que fuera especialmente aprensivo, pero si había algo a lo que le tenía cariño era a sus viejas camisas de franela.

—Evidentemente, no te estoy reclamando nada. Pero hay una cosa que no entiendo, y es por qué tienes que reclamarle la custodia justo cuando yo aparezco de nuevo en su vida. Sabes cuánto ha trabajado ella por llegar a donde está, ¿es que no quieres que sean felices?

Rob se irguió y apoyó los brazos en las rodillas, pero su mirada de odio no cambió.

—Maldita sea, Tanner. Tú no sabes nada de su vida. Ni de la mía. No tienes ni idea por lo que hemos pasado ninguno, y no consiento que vengas aquí con tus aires de niño rico y consentido y me digas lo que tengo que hacer —entonces, se levantó y se encaró a él—. Y si te tengo que echar a patadas, no dudes que lo haré.

Se miraron fijamente a los ojos.

—No quiero verla sufrir. Si la quisieras, si de verdad quisieras a los dos, tú tampoco querrías verles sufrir —consiguió decir con voz controlada.

No había nada que deseara más que darle un buen puñetazo a ese imbécil, pero debía cumplir su promesa.

—¿Y dejarte otra vez la vía libre? Eso es lo que tú quisieras.

—¿De qué coño estás hablando, tío?

Rob le lanzó una mirada irónica.

—No me digas que no sabes de lo que estoy hablando... No te hagas el idiota conmigo, Tanner. A mí no me la cueles más. Esta vez tengo intención de arreglar mi vida, y un imbécil como tú no me lo va a impedir.

—Te alegrará saber que no soy demasiado listo, porque no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—¿De verdad no tienes ni idea, tío?

—No, tío —le respondió él de nuevo, haciendo hincapié en la dichosa palabra.

Ahora, Rob estaba tan cerca que casi le escupía en la cara, y las ganas de empujarle hicieron que Tanner se viera obligado a cerrar los puños para evitar que se movieran por inercia propia. No sabía dónde demonios había quedado su viejo amigo, pero ese ya no lo era, eso estaba más que claro.

Rob hizo una mueca.

—No me lo creo. Lo sabías. Tenías que saberlo, y a mí no puedes engañarme. Sabías que estaba colado por Yellow y aquella noche no hiciste nada por no liarle con ella. Llegaste tú, con tu cara bonita, tu guitarra y tus aires de músico interesante y ¡zas! Cayó rendida a tus pies. Pero siento decirte, tío, que ni ganaste entonces ni vas a ganar ahora. Quédate a la puta, pero el crío es mío. En eso sí que te he ganado.

El puño de Tanner voló tan rápido que Rob no tuvo tiempo de verle venir. De pronto, se encontró tirado en el suelo con la nariz sangrando sin cesar. Se la tocó y, cuando vio el reguero rojo, se levantó y se lanzó a por su antiguo amigo con un gruñido de rabia. Ambos cayeron al suelo en un lío de brazos y piernas, intentando golpearse como podían. La camisa de Tanner se rasgó, pero Rob recibió un par de puñetazos en el abdomen que le dejaron sin

respiración. Con todo, no había que subestimarle, porque a pesar de ser más delgado y bajo que Tanner era bastante fuerte y estaba muy bien entrenado en las peleas cuerpo a cuerpo, probablemente gracias a sus tiempos en la cárcel.

El cantante recibió un puñetazo en el ojo. Cayó hacia atrás y Rob aprovechó para subirse encima de él e intentar golpearle la cabeza contra el suelo. Pero el primero tomó impulso con las caderas, tiró de él y le lanzó contra la pared; el sonido de su cabeza al chocar devolvió a Tanner a la realidad. No podían hacerse daño de verdad, no había venido para eso. Había hecho una promesa, y la cumpliría costase lo que costase.

Miró a su amigo intentando recuperar el aliento. Estaba apoyado contra la pared; se quejó y se tocó la parte de atrás de la cabeza.

—Maldito cabrón —su voz sonó ahogada, rendida.

Aunque Rob fuera un malnacido, todavía quedaba algo de aquel chiquillo travieso y de gran sonrisa dentro de él. Tenía que quedar algo, pensó Tanner.

—Tú eres el cabrón —le contestó él—. Si tenías alguna cuenta pendiente conmigo, no tenías por qué utilizarles a ellos, maldita sea.

—No te enteras de nada —le contestó, mirándole fijamente.

—Pues venga, escúpelos todo ya de una vez. Creía que teníamos la confianza suficiente como para que me contaras cualquier cosa.

Su amigo continuó mirándole. Después, desvió la mirada hacia la pequeña ventana que había sobre el fregadero de la cocina y comenzó a hablar.

—No podía contártelo todo. No si la cosa iba de tías —volvió a rascarse la cabeza donde había recibido el golpe y cerró los ojos—. Siempre la quise, tío. Estaba colado por ella desde hacía tiempo, mucho antes de que empezara a salir juntos. A veces, la incordiaba por los pasillos solo para que me hiciera caso, pero ella ni me miraba. Incluso antes de la puñetera noche de tu cumpleaños solo tenía ojos para ti, y tú ni siquiera le hablabas.

Tanner no supo qué decir. Estaba completamente perdido. Pero Rob había comenzado a hablar y ahora parecía que nadie le podía parar.

—Cuando te marchaste y ella se quedó aquí, parecía un fantasma, tío. Lo pasó fatal. Era solo una cría y, de repente, tuvo que cargar con mil cosas. La

dejaste sola. Yo también me fui, pero es que yo no tenía nada por qué quedarme, ¿sabes? No la tenía a ella. Si la hubiera tenido, te aseguro que no la habría dejado —miró a Tanner con determinación—. Pero supongo que todos cometemos errores. Cuando regresé, aproveché la oportunidad. Quería cuidar de ella, de verdad, porque aunque habían pasado un par de años ella seguía igual de bonita e ingenua, como si el tiempo no hubiera pasado por ella. Linda representa todo lo que yo nunca fui, ¿lo entiendes? Un buen hogar, una familia que se quiere, un buen corazón —su mirada se perdió entonces en los recuerdos—. Pero fui un imbécil y la cagué. Del todo. Era un puñetero crío, joder. ¿Qué querías que hiciera? Fui lo suficientemente ingenuo como para creer que podía conseguir todo aquello que nunca tuve: dinero y a la chica.

Se pasó las manos por la cara, y Tanner se recostó contra los armarios de la cocina, observándole perplejo. El corazón no había vuelto a latir a su ritmo normal, no podía.

—Yo... no lo sabía, te lo juro. Si lo hubiera sabido probablemente...

—Si lo hubieras sabido habrías salido con ella igual —le interrumpió su amigo—. Mírate ahora. ¿Qué coño haces aquí, eh Tanner? Vuelves al cabo de no sé cuántos años y la vuelves loca otra vez. ¿No te parece que ya le has hecho suficiente daño? ¿Qué crees que es ella, un juguete?

Él tragó saliva. Sabía que, en parte, Rob tenía razón. Pero sus sentimientos por ella eran lo más real que había sido capaz de sentir en mucho tiempo, y no podía evitar querer estar cerca de ella, cuidar de ella.

—Puede que tengas razón, Rob, pero hazme el favor de no hacerle sufrir, ¿de acuerdo? Déjales vivir en paz, lo merecen. No vuelvas a amenazarla.

Ambos se miraron a los ojos.

El reto estaba claro: yo me alejo, si tú te alejas.

Tanner se levantó poco a poco. Rob hizo lo mismo. Se acercó al fregadero, abrió el grifo y se echó agua fría a la cara.

—Ya sé que no cuidé bien de ella. Joder, era un crío que no sabía ni siquiera cuidar de sí mismo, Tanner. Pero desde que salí de la cárcel he intentado mejorar las cosas, arreglarlo todo. Tengo un trabajo. No es más que un trabajo normal y corriente, pero es honrado. Y quiero a mi hijo. La quiero

a ella también. Todavía podemos arreglar las cosas.

Tanner sintió un enorme nudo en la garganta.

—¿Y qué pasa si ella no te quiere a ti? —dijo finalmente.

Rob se giró y le miró a la cara.

—Esto ya no es una carrera, amigo. Mi hijo está de por medio, por si no te habías dado cuenta, y él es lo que más importa ahora. Y un niño necesita tener a su padre.

—Ella no te impide que lo veas.

—Quizá si dejas de entrometerte pueda tener la oportunidad de que me escuche. Quizá si tú no estuvieras en medio otra vez, mi hijo podría tener de nuevo a su familia unida.

—¡Pero ella no te quiere, Rob! ¿Es que estás ciego? ¿Qué es lo que pretendes con todo esto?

«Me quiere a mí», quería decir. Pero, por mucho que lo deseara, tampoco estaba seguro de que fuese así.

—¡¿Y qué?! ¡Joder! ¡Deja de ser un maldito crío, Tanner! Esto ya no se trata de amor, se trata de una familia, ¿no lo entiendes? ¡Madura! Ya no somos críos. Ella quizá no me quiera, pero tampoco me quería cuando se casó conmigo y habría sido feliz si yo no hubiera cometido ese error. Hazme un favor y desaparece. Deja que arreglemos las cosas. Quítate de en medio otra vez. De todas formas, seguro que tienes pensado hacerlo en poco tiempo, ahórrale el disgusto y adelanta lo inevitable.

Tanner miró al suelo.

Sabía que, en ese sentido, tenía toda la razón. Sabía que tenía que marcharse tarde o temprano, volver a su antigua vida, retomar su carrera donde la había dejado. Pero, hasta ese momento, no había tenido ninguna prisa por hacerlo. Esperaba poder quedarse allí más tiempo, disfrutando de las cosas que había olvidado.

Se dirigió a la puerta y, antes de salir, le dijo sin darse la vuelta a mirarle:

—Te voy a dar una oportunidad de arreglar toda la mierda que le has echado encima, Rob. Solo una. No importa si yo la quiero o no, importa ella.

Si no lo solucionas, vendré a por ti.

Abrió la puerta y salió con un portazo sin siquiera mirar atrás.

CAPÍTULO 28:

SE ACABÓ LA ESPERA

Yellow no vio a Tanner ese día, y conforme pasaban las horas comenzó a pensar que tampoco se pondría en contacto con ella de ninguna otra manera.

Se fue a la cama ya tarde, una vez hubo bañado, dado de cenar y contado un cuento a Leo sobre guerreros medievales que conquistaban reinos y no salvaban a ninguna princesa porque, para variar, ellas también luchaban mano a mano con ellos.

Eso le hizo pensar. Ella tampoco era una princesa que necesitaba ser salvada, y sabía que el enfrentamiento de Tanner con Rob no traería nada bueno. En vez de salvarla, su príncipe, que posiblemente no era tal, le traería más problemas. Pero también sabía que la princesa no era el centro del cuento, y que esos dos tenían sus propios problemas que resolver, ajenos a ella.

Aun así, era tan estúpida que esperó hasta tarde a tener noticias de él.

A las once de la noche recibió al fin un mensaje que abrió con el corazón en la garganta: «No te preocupes, todo está bien. Que descanses».

Y ya está. Aquello era todo. Sí, estaba aliviada, por supuesto, porque al parecer el mundo no había ardido y, además, no había recibido ninguna visita enfurecida del padre de su hijo ni nada por el estilo, lo cual habría significado que el mundo *sí* que había ardido.

Que Tanner no hubiera vuelto a hablar con ella no importaba. Que Tanner no la hubiera llamado daba igual. Que Tanner no se hubiera dignado a calmarla él mismo en persona era absolutamente innecesario.

No necesitaba a Tanner para nada, en absoluto. De hecho, ya estaba medio convencida de que no le necesitaba cuando había aparecido esa tarde, y al igual que había hecho durante todo el tiempo, podía volver a suprimir sus sentimientos, esconderlos debajo de cientos de capas de pensamientos más

prácticos y continuar con su vida como si él no hubiera aparecido.

Solo esperaba no necesitar años, como la primera vez que se separó de él.

Ella le respondió con un sencillo «gracias». No estaba dispuesta a dar más de sí. No volvería a pensar en sus labios sobre los de ella, cálidos, sedosos. En su lengua acariciándola. Oh, Dios, su lengua... ¿Y su cuerpo? ¿Qué había de su cuerpo? Era tan distinto y, al mismo tiempo tan parecido a como ella lo recordaba... Estaban las mismas formas, las mismas marcas, el mismo pequeño lunar en el cuello, los mismos rizos, el mismo calor de su pecho contra el de ella.

Esa noche, mientras no podía dormir y daba vueltas en la cama llena de dolor y decepción, se permitió por un momento soñar con que podría tener aquello todas las noches y no estaría nunca más sola en una cama. Se permitió pensar en la posibilidad de acostarse junto a un cuerpo caliente toda la noche, en el abrazo cálido de una persona que te quiere, en el olor corporal masculino, confundido con el *aftershave*. Recordó esos besos húmedos sobre su piel. Se sintió adorada, querida, deseada. No necesitaba a un hombre en su vida pero, por un instante, había sido maravilloso pensar que podría tenerlo.

Y, al fin, soñando con labios suaves y caricias tentadoras, se durmió.

Al día siguiente se obligó a ponerse en pie y continuar con su vida como si nada hubiera sucedido, intentando no pensar en que el frío y la soledad de su cama serían lo único que la esperaba día tras día. Linda estaba de vuelta, Yellow se había quedado de nuevo bajo el edredón con sus estúpidos sueños.

Preparó el desayuno para Leo, le acompañó al colegio, fue a trabajar un par de horas y volvió a casa a estudiar.

Por la tarde recibió una llamada de Tanner.

—¿Cómo estás? —le preguntó él antes que nada.

—Bien, ¿y tú?

Se hizo un silencio.

—Estoy bien. Ayer... Fue todo bien, solo quería decirte eso. No creo que debas preocuparte.

—¿Qué sucedió?

Hubiera preferido verle en persona, ver su cara mientras le hablaba, saber si estaba preocupado o si en realidad estaba fingiendo. Pero, por lo visto, él prefería no enfrentarse a ella. Y ella estaba de acuerdo. Todo bien. Ningún problema.

—Solo... hablamos, eso es todo —ella notó cierta inquietud en su voz, pero como todo con Tanner parecía ser siempre tan complicado, prefirió dejarlo pasar—. Creo que no va a cumplir con sus amenazas, Yellow, pero de todas formas, avísame por favor si lo hace. ¿Lo harás?

Ella asintió con la cabeza, como si él la estuviera viendo.

—Claro.

—¿Me contarás si se acerca de nuevo por casa? Es decir, si vuelve a amenazarnos, claro. Sabes que... que mi vida es complicada, pero me preocupo por ti.

El corazón de Yellow dejó de latir. Esa frase decía mucho de lo que él en realidad sentía.

«Oh, sí, claro, me importas. Me importas mucho, pero ahora mismo tengo otras cosas en la cabeza, ya sabes, el trabajo, mi vida... Todo eso que no eres tú».

De verdad, le agradecía que hubiera intentado hablar con Rob, pero bien podía irse a la mierda y dejarla en paz.

Sorprendida por la rabia de sus propios pensamientos, controló la voz y le contestó:

—Sí, claro, le haré un informe completo, inspector. Puede que hasta le mande fotografías. ¿Quiere que tome pruebas, huellas dactilares, una muestra de sangre?

Otro silencio.

—No estaría de más —contestó él en tono seco.

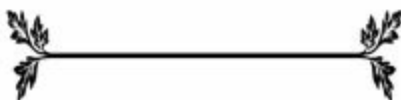
—Lo siento —dijo ella sin demasiada convicción—... Sé que no tienes la culpa y que solo intentas ayudar, y gracias por todo, de verdad. En fin... Hablamos pronto, ¿vale? Un beso, adiós.

Y colgó.

Estaba harta de todo.

Harta de los estúpidos sueños que él le provocaba, harta de su indecisión, de su falta de compromiso, de ser la última en la vida de todos, el felpudo que a nadie le importaba pisar.

—Muy bien, Tanner Adams. Cada vez nos vamos conociendo mejor. No sé qué demonios esperaba de ti, pero se acabó la espera —susurró para sí misma.



Tanner miró el móvil, que emitía los pitidos típicos de la llamada cortada, y sintió una oleada de amargura recorrerle el cuerpo. Le dio al botón rojo y lo dejó a su lado, sobre el suelo del salón. Siguió sentado en el suelo, con una pierna estirada y la otra encogida (sobre la que había apoyado el brazo), y contempló el océano a través del cristal.

El día anterior no había tenido fuerzas para enfrentarse a ella. Se había ido a su nueva casa, encerrado en ella a cal y canto y rumiado su desgracia una y otra vez. Desde luego, no había esperado que Rob le contara que todo ese tiempo él también había querido a Yellow, pero el hecho era que él tenía razón, aunque solo en parte. Era cierto que él estaba en medio, pero nadie podía obligar a una persona a querer a nadie. ¿Hacía bien en apartarse? Puede que sí, puede que no... Pero tampoco quería que ella viera el moratón negro que adornaba su mandíbula. Con el tiempo se reduciría y podría disimularlo con una especie de barba desaliñada, pero de momento estaba más que visible. Y ella sabría que había roto su promesa si le veía de esa guisa. Se preocuparía más de lo necesario, y no quería por nada del mundo que ella pensara que le había traído más problemas.

Tampoco quería que ella se hiciera ideas que nunca podrían ser. No quería volver a decepcionarla.

Pensaba que la conversación no había ido tan mal. Al menos para ella. Tenía que esperar para comprobar si Rob retiraba sus pretensiones.

Retirarse y esperar. A eso se reducía su vida ahora, en todos los sentidos.

Desde que salió por la puerta de aquel apartamentucho de mala muerte se

había sentido como si su propio destino no le perteneciera, como si todo estuviera en las manos de otros. Era una mierda, y se encontraba hundido y con unas ganas horribles de mandar al mundo al infierno, pero le debía a Yellow al menos eso: apartarse, dejar que se solucionaran sus problemas, no causarle más todavía. El niño tenía un padre y ese padre supuestamente quería arreglar las cosas, y él no era tan indecente como para negarle eso a ninguno de ellos. Últimamente todo el mundo le había acusado de ser un puñetero crío egoísta y malcriado, y pretendía demostrar, más a sí mismo que a nadie, que había cambiado.

Además, sabía que tenía que marcharse. Algún día. Y esta vez sí que volvería, aunque no sabía exactamente cuándo. No pensaba desaparecer así, sin más... Volvería a su trabajo, si las cosas iban bien, y regresaría a Scarborough, a su hogar, al lugar que le devolvía la paz.

Y que también le hacía sufrir, a partes iguales.

Porque allí estarían siempre los recuerdos de su padre, del que nunca pudo despedirse, y también estaría Yellow, en alguna parte, con su alocada familia y su pequeño y avispado hijo. Y él no sabía si podría encajar ya en su vida o si, por el contrario, ella se cansaría de sus idas y venidas (y no con poca razón) y le mandaría al cuerno para siempre.

Él, sin embargo, aunque estaba dispuesto a dejar un espacio para que se arreglara su vida, pensaba hacer las cosas bien con ella, despedirse, decir un adiós como debe ser. Y después de ella sabía que ya nada sería igual: si no podía sentir con otra mujer lo que había sentido al hacer el amor con Yellow, sabía que nunca viviría una vida plena, que la felicidad se le escaparía entre los dedos.

Recordó aquella tarde en que hicieron el amor y sintió el olor de su piel como si estuviera allí mismo, con él. Mientras observaba el cielo gris, aquellas nubes de tormenta que embravecían el mar y amenazaban lluvia, cerró los ojos y respiró su olor, tan íntimo, tan natural. Recordó el sabor de su piel: salada y dulce a la vez, suave, blanca y aterciopelada, casi transparente de tan fina. Recordó la curva de sus pechos bajo la luz del atardecer, el ángulo de su cadera, la ondulación de su ombligo, que acarició con la lengua, que adoró.

El sexo con ella había sido como ascender al siguiente nivel, como

encontrar al fin la conexión entre lo trascendental y lo profano.

Si no volvía a experimentarlo con ella, lo atesoraría en el baúl de sus mejores recuerdos, al igual que los otros momentos vividos, todos con Yellow, la única que le había hecho sentir que el sexo no era solo sexo, que uno podía perderse en él, en el cuerpo de la otra persona, hasta desaparecer y fundirse con ella.

Sintió una necesidad apremiante de tocar la guitarra, de componer una letra, de hacer música. Curiosamente, aunque su corazón estuviera atravesando por una época de amargos desencantos, aunque se sintiera triste e impotente, su nivel creativo había alcanzado cotas que nunca imaginó.

Pronto podría volver a Los Ángeles, trabajar en el disco, recuperar su vida. Ser el número uno.

Pero ahora eso daba igual. Ahora tenía que componer.

Y lo hizo. Durante cuatro días seguidos, sin descanso. Creaba, se encerraba, comía, visitaba a su madre y a Lucy, y volvía a encerrarse. A veces, por las mañanas, salía a correr por la colina, y la soledad, humedad y el ruido del océano acompañaban su estado de ánimo, gris y turbulento.

Pero al cuarto día no pudo soportarlo más. Tenía que verla. Necesitaba verla, o se moriría de agonía. Tenía que saber que estaba bien, que no había vuelto a recibir amenazas de su exmarido. Ella no le había devuelto las llamadas ni contestado a los dos mensajes que le envió para preguntarle si todo estaba bien, y algo en su interior le decía que todo estaba mal, peor que mal. También era consciente de que él mismo le estaba enviando señales confusas, que no le decía con claridad qué era lo que quería de ella, pero lo cierto es que ambos estaban en la misma situación: Yellow nunca había expresado un deseo evidente de estar con él, de tener algo más serio, o siquiera de querer dejarle entrar en su vida.

Y él no sabía cómo se hacía eso. Las únicas relaciones serias que había tenido en su vida fueron con ella y con Lillie, y era bastante torpe en la cuestión sentimental. ¿Qué significaba aquello? Que todo el mundo tenía razón y él se había comportado siempre como un egoísta.

Ese día, al volver de su carrera de rutina, se metió en la moderna ducha y permitió que los chorros del agua recorrieran su cuerpo entumecido. El moratón de la mandíbula estaba mejor, y como hacía días que no se había

afeitado, puede que ella no lo notara. Se vistió y se puso unos vaqueros grises nuevos. Su hermana Lucy le había acompañado un día a comprar unas pocas cosas porque, según ella, parecía un indigente: siempre llevaba los mismos dos pares de vaqueros, las camisas de franela, las camisetas viejas y la gorra. Él estaba a gusto con su aspecto de indigente, ¡hacía siglos que no había podido sentirse como una persona normal! Pero de todas formas, la dejó ocuparse de él porque, extrañamente, era bonito sentirse cuidado y además, sabía que ella era feliz devolviéndole los favores que él le había hecho.

No sabía cuándo volvía Yellow del trabajo, y no podía llamarla porque ella no le contestaba, pero de todas formas decidió probar. Eran las doce del mediodía y puede que ya estuviera de vuelta. Aparcó lejos para que no se viera la furgoneta y caminó hasta la casa. Desde fuera no se veía nada, parecía estar vacía, pero tocó al timbre solo por comprobarlo.

No hubo respuesta. Volvió a tocar, pero siguió sin haber respuesta. Intentó asomarse por la ventana, pero estaba demasiado alta y no podía ver nada.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Yellow desde detrás de él le sobresaltó.

—Oh, ah, yo... —se pasó las manos por los rizos, que todavía estaban algo húmedos por la ducha—, tenía que verte. Nadie contestaba. —Se encogió de hombros, como haciendo ver que no había tenido otra opción.

—Y has pensado que no quería abrirte, ¿verdad?

Él volvió a encogerse de hombros y miró al suelo.

—No contestabas a mis llamadas, era una posibilidad más que viable.

Ella se acercó a la puerta sin decir nada e intentó colocarse la compra que agarraba con ambos brazos sobre una cadera para sacarse las llaves del bolso.

—Permíteme, por favor —le dijo él al instante, agarrando la compra y sosteniéndola mientras ella abría.

Entraron y él la siguió hasta la cocina. Tanner dejó las cosas sobre el mostrador, y ella, todavía sin hablar, comenzó a sacar los víveres y guardarlos en los armarios.

Verla así, en su propia casa, ocupándose de sus cosas como cualquier otra

chica normal, una que él quizá nunca pudiera tener, le hizo sentir una punzada en el corazón. Se sentó en uno de los viejos taburetes mientras continuaba observándola en silencio. Al fin, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo han ido las cosas con Rob?

No le contestó al instante. Terminó de guardar las cosas y se volvió a mirarle.

—¿Quieres un café?

Sus ojos se clavaron en los de él, y encontró lo mismo que debía haber en los suyos: tristeza, resignación y también algo duro: voluntad. Tragó saliva.

Dios, estaba total y completamente enamorado de ella. La quería. Quería estar con ella así, todos los días, en la cocina, mientras desayunaban. Quería que ella preparara café, y él cocinaría unos huevos y se quejaría de que lloviera tanto. Después, él le escribiría canciones dedicadas a ella, que le cantarían todas y cada una de las noches antes de dormir para después hacer el amor.

La amaba con todo su corazón, y se le estaba rompiendo. Y comprendió que a ella ya se le había roto antes.

Y no podían hacer nada por remediarlo, solo esperar.

Asintió con la cabeza al café, porque no podía hablar. Aquella revelación le había helado la sangre y causado un enorme nudo en la garganta. La observó poner la cafetera, coger dos tazas y esperar a llenarlas sin darse la vuelta para mirarle. Él apoyó los brazos en el mostrador. Quería abrazarla. Quería hundir la cabeza en su melena dorada, oler el perfume de su champú, decirle que todo iría bien, besarle el cuello.

Ella se dio la vuelta y le entregó la taza de café con las manos temblorosas.

—Rob vino a hablar conmigo hace dos días, supongo que la conversación contigo le dio que pensar.

La observó mientras se lo decía; Yellow no quería levantar la mirada, le estaba evitando. Evitaba enfrentarse al dolor a la cara.

—Bien, me alegro —susurró él de vuelta.

Ella se sentó en un taburete junto a él y se bebieron el café en silencio, el uno junto al otro. Sus brazos casi se rozaban. Las manos de ambos abrazaban sendas tazas de café con fuerza, evitando tocarse. Al observar cómo ella se aferraba a su decisión, a su voluntad, él adivinó lo que Rob le había dicho a Yellow, y ella entendía que él lo había adivinado.

La vida era una absoluta mierda, pero a sus treinta años, Tanner se sintió por primera vez un adulto. Un adulto que debe aceptar una realidad tal cual es y sacrificar otros aspectos de su vida.

No pudo evitar más la tensión. Apartó una mano de su taza de café y tomó la de ella para apretársela con fuerza: un gesto que lo decía todo.

Yellow miró las manos de ambos unidas, la de Tanner más morena que apretaba la suya, blanca y pequeña, con fuerza. Él también las observó. Ella comenzó a temblar, y su máscara de determinación se fue resquebrajando poco a poco.

Una lágrima cayó sobre la encimera con un ruido sordo y fue como si, en vez de tan solo una pequeña gota, hubiera caído sobre ellos una tormenta.

Levantó la mirada y la vio llorar, y ya no lo pudo soportar más. La quería, haría por ella cualquier cosa, la protegería de cuanto hiciera falta.

Se levantó dando un empujón al banco, que cayó hacia atrás dando un golpe, y la tomó entre sus brazos; la abrazó como había deseado hacerlo desde que la viera. La apretó contra su cuerpo e inspiró el aroma de su cabello, que olía a flores y al frescor de la mañana, y la dejó llorar contra él. Él apretó los ojos con fuerza y posó sus labios sobre la sien de Yellow, justo en el lugar donde podía notar el latido frenético de su corazón.

De repente, algo hizo *clic*. Ella dejó de llorar y comenzaron a respirar agitados, la tensión acumulada a punto de explotar. El primero en moverse fue él.

—Joder, a la mierda con todo —dijo antes de tomarle la cara entre sus manos y besarla con desesperación.

CAPÍTULO 29:

PROMESAS, PROMESAS

Los labios de Tanner le abarcaron, su lengua aterciopelada sabía a café oscuro, fuerte. Sus alientos se confundieron en uno y ella, consumida por una amalgama de sentimientos contradictorios, le recorrió la espalda con las manos, apretando la camisa entre sus dedos con desesperación, queriendo deshacerse de aquella estúpida prenda que no era más que un estorbo entre sus cuerpos.

No había querido verle y, sin embargo, no podía evitar desearle con toda la fibra de su ser. Hubiera deseado que él no viniera, que no la llamara, que no insistiera, porque entonces las cosas serían mucho más fáciles... Pero allí estaba él, y ella no podía negar lo que sentía y deseaba con todas sus fuerzas.

Por un momento, el recuerdo fugaz de Rob pidiéndole perdón y rogándole una oportunidad para arreglar las cosas con su familia volvió a rondarle, pero desapareció en cuanto él bajó las manos de sus mejillas, donde las había colocado para besarla de esa forma en que a ella le gustaba tanto, lamiéndole los labios como si fuera un delicioso helado de chocolate, y le rozó con ellas el cuello, los hombros, las curvas de sus senos hasta llegar a su cintura, que apretó con apremio.

Entonces, separó su boca de la de ella y Yellow la sintió vacía, necesitada de su sabor.

—¿Vas a estar sola en casa? —le preguntó con voz temblorosa mientras apoyaba su frente contra la de ella.

Asintió.

—No vuelven hasta dentro de un par de horas.

—Demasiado poco, pero tendrá que bastar —le susurró él con voz ronca.

Después, la alzó del suelo y se la llevó en brazos escaleras arriba. Durante todo el camino, se miraron a los ojos.

Los de Yellow se llenaron de nuevo de lágrimas, que no llegaron a caer.

—Sabes que no puede haber nada entre nosotros, Tanner.

—Eso no hace que lo desee menos, y tú tampoco.

Abrió la puerta de su habitación de una patada, entró y la dejó de pie junto a la cama.

Le recorrió el pelo con las yemas de los dedos, luego le acarició las mejillas, los labios, que ella entreabrió al notar el rugoso contacto de los dedos. Continuó por el cuello hasta llegar a su blusa, que fue desabotonando botón a botón sin apartar la mirada de ella.

En ambos podía leerse una declaración de amor sin palabras, una despedida tácita: esa iba a ser la última vez que iban a estar juntos, y puesto que lo sabían, estaban decididos a vivir cada segundo, a sentir cada momento, cada caricia, cada beso.

Tanner terminó de abrirle la camisa y apartó la mirada de sus ojos para observar sus pechos, cubiertos por un sujetador blanco con un ínfimo ribete de encaje. Los acarició con los dedos lentamente y rozó la parte que cubría los pezones, que se irguieron de inmediato al contacto. Ella comenzó a respirar con mayor dificultad. Él también.

Se quitó la camisa de un tirón, invadido por la necesidad de sentirse desnudo contra el cuerpo de Yellow, que le observaba sin moverse, sin querer perderse sus movimientos, con aquellos ojos enormes y expresivos que él adoraba. Se quedó desnudo de cintura para arriba y ella puso la mano sobre el corazón de él para notar sus latidos. Él la tomó de la cintura y volvieron a mirarse.

Querían hablarse. Querían decírselo todo, pero no podían.

Tanner cayó a sus pies. Se arrodilló frente a ella y apoyó la frente en su cintura al tiempo que la apretaba contra sí con todas sus fuerzas. Sentía unos deseos enormes de llorar, porque había tomado una decisión. Pero no sería ahora. Después. Ahora quería amarla, quería sentirla, quería vivirla.

Apartó sus manos de la espalda de ella y las llevó al botón del pantalón. Se lo desabrochó y lo bajó lentamente por sus caderas, sus muslos, sus piernas. Ella se sacudió las botas, que tiró con torpeza junto al escritorio, y él terminó de quitarle los pantalones y los calcetines. Continuaba arrodillado

ante ella, como si fuera su fiel esclavo, su siervo.

Volvió a acariciarla de nuevo, estudiando los lunares que recordaba de cuando eran jóvenes, las venas que se transparentaban en la pálida piel de su abdomen y que besó con ternura. Le apretó los pechos y ella emitió un pequeño gemido. Le metió la lengua en el ombligo y fue dejando besos húmedos hasta llegar a las bragas. Apretó los labios contra su monte de venus, humedeciendo el tejido que lo cubría. Ella volvió a gemir, y él bajó las manos y le bajó las bragas.

Ella emitía unos sonidos bajos, casi escandalosos de tan contenidos, que encendieron a Tanner como si hubiera prendido una mecha. Besó su sexo, primero mediante leves roces en la ingle, acercándose cada vez más al centro de su placer, torturándola. Torturándose.

Apoyó la frente sobre el bajo vientre de ella y bañó con su cálido aliento la tentadora abertura mientras se desabotonaba el vaquero. Se puso en pie y, delante de ella, se despojó de su propia ropa. Ella se quitó el sujetador mientras él la observaba, y entonces él se apretó contra ella. Los pezones de Yellow rozaron el suave torso de Tanner, que le lamió el cuello y, cuando las manos de ella comenzaron a descender hasta llegar a su miembro, que tomó y acarició con pericia, él emitió un ronco gemido y, en un gesto brusco, le dio la vuelta. La abrazó por detrás con fuerza, frotando su erección contra el final de la espalda de ella, y luego la soltó para hacerla inclinarse sobre la cama.

Yellow gimió sobre la colcha, expuesta a él como nunca lo había estado. Los actos de amor inocentes de cuando eran casi unos críos no tenían nada que ver con aquella entrega erótica, casi lasciva, que Tanner dirigía con tanta pericia. Sintió una pequeña punzada de celos y añoranza por algo que ella había perdido, que no había podido ni podría disfrutar más, pero se deshizo de ella al instante. Cerró los ojos con fuerza y se olvidó de todo lo demás para sentirle solamente a él, para entregarse por completo, para dar todo de sí antes de que la realidad se interpusiera de nuevo en su camino. Estaba abierta, estaba expuesta tal cual era, y se iba a dar toda ella sin remordimientos.

Tanner se tumbó encima, apoyó los brazos en torno a ella y le apartó el pelo a un lado. Comenzó a besarle la espalda, dejando un reguero con su lengua a lo largo de su columna. Continuó descendiendo, sobre ella como un depredador, prodigándole caricias con los brazos en su camino hasta llegar a

las caderas, que apretó con las manos. Yellow sintió cómo su lengua le acariciaba los glúteos y, en un gesto brusco, él le agarró los muslos por debajo de los glúteos y empujó hacia arriba, haciendo que ella alzara las caderas las separara de la cama.

Nunca se había sentido tan expuesta ante nadie, nunca había hecho el amor de aquella manera. Agarró fuerte la colcha entre sus dedos y escondió la cara.

Entonces notó su respiración entre sus piernas. Sus manos le apretaron las nalgas, se las masajearon, y su nariz le rozó la cara interna de los muslos. Iba despacio. Se tomaba su tiempo para observarla, para olerla, para rozarla y torturarla, y a ella le pareció el juego más vergonzoso y erótico que hubiera experimentado antes.

Notó cómo un dedo le recorría la línea entre los dos glúteos, se detenía en un lugar concreto, lo rodeaba, continuaba descendiendo. La respiración de él seguía bañándole el sexo, y entonces ese mismo dedo se retiró y volvió a rozarla húmedo, caliente, justo en la carne tierna de los pétalos que protegían su sexo. Ella gimió más fuerte e inclinó la cabeza hacia afuera, arqueando la espalda ante aquel contacto. Entonces el dedo dejó de jugar con sus pliegues y él la lamió, de arriba a abajo, con un movimiento brusco. A ella se le escapó un pequeño grito. Quería más, necesitaba más. Los brazos y las piernas le temblaron.

Las fuertes manos de Tanner le apretaron los glúteos de nuevo y los separaron un poco, exponiendo ante él toda su sexualidad. Volvió a lamerla, esta vez recreándose más en su entrada, que acarició con la punta de la lengua. Se separó, respiró sobre ella, y Yellow sintió que se moría de placer. Él volvió a la carga: le recorrió los labios con la lengua, los abrió para él, chupó aquel punto sensible, sorbió de él, y ella apretó la colcha entre sus manos con todas sus fuerzas, ahogando un grito.

La había deshecho, roto en mil añicos, destrozado en mil burbujas de placer, pero no le dio tiempo a recomponerse.

Tanner se levantó y se cernió sobre ella poco a poco, volviendo a depositar húmedos besos en su camino hasta el cuello de Yellow, que mordió con suavidad. Se frotó contra ella, se arqueó, y notó cómo su miembro le acariciaba la entrada a su cuerpo una y otra vez. Ella se movió contra él,

frotándose, dejándose llevar por completo, hasta que él le dio al fin la vuelta y la miró a los ojos.

Mientras continuaba moviéndose contra ella le enmarcó la cara; sus ojos estaban nublados de deseo, los labios enrojecidos. El anillo que llevaba en el pulgar le rozó la mejilla, y a ella le gustó.

—¿Necesito protección? —le preguntó contra sus labios.

La otra vez que habían hecho el amor no hizo falta decirlo, pero tomaba la píldora desde hacía años para regular su período. Nunca fallaba y nunca tomaba antibióticos (porque no se ponía enferma), así que negó con la cabeza. Esta vez quería sentirle así, por entero, sin nada que los separara, sin estorbos de por medio. Quería sentir su tacto, su suavidad, y dárselo todo. Bajó la mano y le tomó entre las suyas, apretando con suavidad, recorriendo la redondeada punta con sus dedos; él cerró los ojos, se irguió un poco sobre ella apoyando los codos sobre la cama, y volvió a abrirlos para mirarla de nuevo mientras se colocaba en posición y comenzaba a introducirse en su interior.

Fue como si volvieran trece años atrás: la misma expresión de amor, de adoración, de deseo y de miedo en aquellos ojos azules, aunque en un rostro más maduro. Sintió unas ganas casi irreprimibles de decirle que le quería, pero no podía hacerlo. Ya no. Todavía no. Quizá siempre había sido no.

Se abrazaron con fuerza, y él la penetró en un solo impulso, curvando su espalda y emitiendo un gutural gemido al compás. Ella también gimió y él se quedó quieto, dentro de ella, sin moverse, intentado controlar la respiración antes de comenzar a moverse de nuevo.

Después, mientras todavía se mantenían la mirada, ambos comenzaron a balancearse, primero con suavidad, después con mayor vigor hasta que los gemidos se confundieron, las respiraciones se agitaron, los jadeos se convirtieron en gritos enloquecidos.

Él se liberó dentro de ella, y ella se perdió en un segundo orgasmo que la dejó agotada, laxa, aturdida entre sus brazos.

Yellow volvió a cerrar los ojos y apretó su frente sudorosa contra el hueco del cuello de Tanner. Por un instante fantaseó con que era su semilla, la que él acababa de dejar dentro de ella, la que había creado a Leo, y no la del marido que ahora venía a rogarle una oportunidad. Todo habría sido más

fácil. Más complicado, pero menos doloroso.

Ahora, todo lo que le quedaría de él sería esa semilla, que moriría en su interior. Y después, nada.

Comenzó a llorar de nuevo, sin poder evitarlo. Él se giró y le besó las lágrimas.

—No llores, por favor. No soporto verte llorar —le susurró mientras le secaba las lágrimas.

Ella no respondió. ¿Qué más daba ya? ¿Qué más daba todo?

Tanner permaneció sobre ella, dándole pequeños besos mientras se tranquilizaba. Cuando dejó de llorar, salió de su interior y ella se sintió vacía, hueca y rota. Él se pegó a su costado y la abrazó fuerte.

—¿Vas a volver con él?

Ella lo pensó.

—No lo creo. No lo sé.

Yellow miró hacia el techo mientras pensaba en qué haría con su vida. Rob le había pedido intentarlo, sí, pero no por ellos, sino por Leo. Y ella sabía que era una estratagema, y que no era justo, pero también sabía que tenía razón. Notó cómo Tanner la observaba y levantaba la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara.

—No quiero hacerte las cosas más difíciles —le dijo.

Ella asintió.

—Lo sé.

De repente, él volvió a apretarla contra su cuerpo, como queriendo demostrarle lo que no podía decirle con palabras. Ella volvió a tragarse las lágrimas.

—Leo es lo más importante en mi vida, Tanner. Él es lo que más quiero, tengo que darle una oportunidad a su padre. Se lo debo.

La mano de él la estrechó más contra sí, hasta tal punto que casi sintió dolor en donde él la tenía agarrada.

—Si no vuelves con él...

Ella no le había dicho que iba a volver con él. No creía que pudiera hacerlo nunca, pero tampoco podía negarse a esa posibilidad ni cerrarse en banda.

—Aunque no volviera con él ahora mismo, Tanner, sabes que lo nuestro, nosotros... No puede ser.

Él le besó el hombro, pero no aflojó su agarre. Ella se giró para mirarle de frente. Se observaron durante minutos, sin decir nada. Ella le acarició los rizos, la barba de varios días. Se dio cuenta del moratón y le dio un suave beso en la mandíbula. Tanner la abrazó y le acarició la espalda, hundiendo la nariz de nuevo en su pelo para inhalar su olor por última vez. Nunca olvidaría ese olor.

—Tienes que marcharte —le susurró ella al oído.

Él asintió, pero no podía separarse de ella. No quería hacerlo, maldita sea.

Antes de comenzar a temblar o llorar como un crío, se levantó sin mirarla y comenzó a vestirse. Ella le observó, desnuda sobre la antigua colcha estampada, algo infantil, que Tanner todavía recordaba de sus años de adolescente. Cuando se colocó la camisa, se sentó en la silla que había junto al escritorio y se atrevió a mirarla por última vez. Se había tapado con la colcha y tenía los ojos llorosos, al igual que él.

Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre ella y volvió a besarla, esta vez con fuerza, impulsado por toda la impotencia y la rabia que sentía al no poder cambiar las cosas. Ella sollozó contra sus labios, y él sorbió sus lágrimas.

—Prométeme que no dejaremos de ser amigos esta vez. Prométeme que me escribirás —le pidió él entre beso y beso.

—Te lo prometo.

Entonces él se levantó, la miró por última vez, y salió disparado por la puerta.

Yellow escuchó sus pasos apresurados por la escalera, el último salto que debió cubrir varios escalones antes de llegar al final y, por último, el portazo que dio al desaparecer de su vida.

Sabía que estaba haciendo lo correcto, y por extraño que pareciera, nunca antes había estado más segura de que él la quería como en ese preciso

momento.

Solo que él nunca estaría dispuesto a arriesgar nada por nadie, y ella sí.

CAPÍTULO 30:

EL SACRIFICIO

Yellow se vistió, sintiendo su casa más fría, fea y desolada que nunca. Su familia tardaría poco en llegar, así que recogió la ropa que había tirada por el suelo y se la puso con suma lentitud, permitiendo que la agonía del negro futuro que se aproximaba se la tragara. Sí, sabía lo que tenía que hacer, pero no había ilusión en ello, ni emoción, ni alegría. Ningún sentimiento positivo al respecto, solo el consuelo de que su hijo necesitaba a su padre, que era Rob y no Tanner.

Tanner nunca podría ser un padre para él.

«Pero podría ser un amigo», dijo una vocecita dentro de ella.

Cierto, podría serlo, igual que de ella. En el futuro. Más adelante. Cuando las cosas estuvieran calmadas y ambos superaran lo que había entre ellos. Puede que él lo consiguiera, pero era difícil intentar negar el hecho de que ella seguiría allí anclada toda su vida, en Scarborough, enamorada del novio de su adolescencia (que, además era su primer y único amor), y dejando de nuevo apartada su vida para hacer a otra persona feliz. Pero es que sucedía que esa persona era más importante que ella misma: era su hijo, su mundo, su todo. Todo lo demás podría o no ser importante, pero no había nada que le superara.

Y poder verle de nuevo feliz, con una sonrisa, era ahora lo que más anhelaba en el mundo.

Así pues, se recompuso, se peinó, se lavó la cara para eliminar cualquier rastro de lágrimas y bajó a preparar la cena para que estuviera lista cuando Leo llegara. Solo rogaba por que su cuerpo no emitiera señal alguna de que había sido objeto del mejor sexo que había tenido en la vida, porque estaba segura de que algo dentro de ella había cambiado, y para siempre.

Mientras cocinaba, se fue tragando la amargura, escondiéndola donde nadie pudiera encontrarla. Puede que no fuera del todo feliz, que le costara

mucho sonreír, que su vida no fuera lo perfecta que ella hubiera deseado, pero había otras cosas aparte del amor.

Lo superaría.

Cuando el asado estaba a medio hacer y ella ya había puesto una lavadora y pasado la aspiradora, llegaron Nicky y Leo.

—¡Mamá! Adivina qué he hecho hoy en el colegio —dijo antes de echarse a sus brazos y abrazarle.

—¿Qué has hecho, cariño?

—Hemos hecho un experimento en ciencias. ¡Un volcán casero! ¡Ha sido súper divertido, mamá! Hemos tenido que echar vinagre y, cuando ha explotado, ¡olía a pedo! ¡Era asqueroso!

Comenzó a reír sin parar, apretándose la barriga con el brazo de lo fuertes que eran las carcajadas, y Nicky le dio un manotazo en la cabeza.

—¡Tú sí que hueles a pedo, gorrino! Anda, dile a tu mamá que te bañe antes de que apestes la casa.

—¡Es el volcán, que olía muy mal! ¡Yo no me he tirado pedos! ¡Te lo juro!

—¿Ah, no? —Nicky se le acercó y olió con fuerza por la nariz, haciendo mucho ruido para que el efecto fuera más dramático— ¡Pues eso que yo huelo creo que son tus pedos! ¡Hueles a porcino crudo con salsa de queso azul!

Y mientras Yellow les observaba a los dos discutir, sin decir una palabra y aguantando las lágrimas que amenazaban con brotarle, se dijo a sí misma que no necesitaba más que aquello, que era más que suficiente, que, realmente, la vida que tenía podía hacerla feliz sin necesidad de tener a Tanner a su lado.

Trataría a Rob con mayor naturalidad, le dejaría entrar de nuevo en sus vidas, pero no le permitiría jugar con ellos. Al mínimo desliz, le apartaría de sus vidas y se aseguraría de tenerle bien lejos. Aunque tuviera que esconderse en el fin del mundo para lograrlo.

Poco a poco, el padre de Leo comenzó a visitarles con mayor normalidad. Cuando él acudía a casa, Yellow le dejaba entrar y él se sentaba en el salón a jugar o hablar con el niño, aunque lo cierto es que de momento no tenían demasiadas cosas en común. En realidad, eso tampoco importaba, porque él estaba feliz por el mero hecho de que su padre fuera a verle a menudo, que jugara con él al fútbol o le diera consejos sobre cómo tratar con los abusones.

Rob no dio un paso en falso. Ni siquiera intentó besarla, aunque ella tampoco se lo permitió.

Pasaron las semanas y Yellow se centró en su curso. Él había cumplido su palabra de retirar todas aquellas absurdas pretensiones sobre la custodia del niño, y el nombre de Tanner no volvió a pronunciarse en aquella casa. Era como si, de nuevo, hubiera desaparecido, enterrado en el pasado. Por extraño que pareciera, fue Leo el único que preguntó por él, un sábado en que su padre tenía que trabajar y estaban aburridos en el salón familiar, para pedirle que le llamara y les llevara de excursión. Ella le dijo que ya no estaba allí, que se había marchado a Los Ángeles de nuevo, y el niño reaccionó como nadie esperaba: les dijo a todas las mujeres Mayers que nunca podía tener amigos porque ellas espantaban a los chicos. Hasta Nicky se rió con la broma, pero el niño se enfadó con ella y le echó la culpa más que nadie, porque ella había sido tan antipática con él que ahora no tendrían quién les llevase de excursión.

—¿Y va a volver o qué? —preguntó enfurruñado.

Nicky le miraba con gesto indignado, Jeanette suspiró y Anne murmuró por lo bajo y volvió a hundirse en su novela romántica.

—A lo mejor, pero de momento solo sabemos que se quedará allí un tiempo —mintió ella para no hacerle daño al crío.

Él siguió enfurruñado y continuó dando golpes con el talón al balón de fútbol, que rebotaba una y otra vez contra el suelo.

Fue Nicky quien le había contado a Yellow, varios días después de la última vez que le viera, que Tanner había vuelto a Estados Unidos. Se había enterado por Lucy.

Poco después de despedirse, de hacer el amor de la manera en que lo habían hecho aquel día, él había abandonado Scarborough.

No había vuelto a saber nada de él, pero era mejor así. Ambos necesitaban un tiempo para lamer sus heridas, para dejar que sanaran.

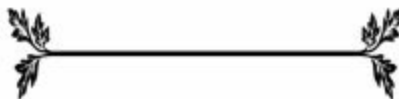
Una tarde en el parque, mientras Leo jugaba a la pelota y ella le observaba balanceándose en un columpio, soñó que todo lo que había ocurrido no era más que una ilusión, una invención de las suyas, una de sus típicas fantasías de niña que solía crear para hacer su mundo color de rosa, o mejor dicho de alegre amarillo, el color que solía ser su preferido.

Así le sería más fácil sonreír, fingir que estaba bien. Así no dolería tanto.

Sintió que alguien se sentaba a su lado y comenzaba a columpiarse. Ella continuó con los ojos cerrados, y entonces notó cómo una mano fría tomaba la suya por encima de las cadenas del columpio.

—Todo se solucionará, cariño. Ya lo verás.

Abrió los ojos y volvió a observar cómo jugaba su hijo. Las frases de ánimo de su hermana Nicky no solían abundar, ella no era una chica positiva, sino todo lo contrario. Nicky había crecido siendo una niña taciturna y complicada, y si ella decía que todo se iba a arreglar, entonces debía ser cierto.



La tarde en que Tanner salió de la habitación de Yellow (y de su vida) llamó a Mike, su manager. La relación con él, aunque a distancia y por medio de llamadas y correos electrónicos, había mejorado muchísimo desde que tuvieran aquella charla en el salón de la casa de sus padres y, por suerte, si ahora informaba de que necesitaba cualquier cosa el manager no le ponía demasiadas pegs. Le pidió que le encontrara un vuelo a Los Ángeles cuanto antes, pero uno que no tuviera demasiadas escalas, porque tampoco deseaba salir huyendo de allí con urgencia. Solo quería marcharse, cuando fuera.

No podía quedarse allí y contemplar cómo ella rehacía su vida con Rob, ni siquiera era capaz de quedarse a esperar si tal cosa sucedía o no, porque le dolía demasiado estar en un estado de incertidumbre. Además, se temía lo peor. A pesar de todo lo ocurrido, de lo sentido, de que se hubiera percatado que ambos corazones latían al mismo ritmo el uno contra el otro, seguía creyendo que quizá no era lo suficientemente bueno para Yellow, al igual que

no lo era para tantas otras cosas.

Como la música, posiblemente.

Además, no se fiaba de sí mismo. Era tanta la desesperación que sentía, que si se quedaba en Scarborough durante aquel tiempo sabía que no sería capaz de cumplir su palabra, que iría a verla, que le suplicaría una oportunidad. Ahora que se había dado cuenta de que lo que sentía por ella no podía ser otra cosa que amor, que era lo mismo que había sentido cada vez que la veía y que nadie, nunca, podría sustituirla, intuía que sería capaz de arrastrarse delante de ella como un perro.

Pero, ¿para qué? Ella ya le había dicho lo que necesitaba.

No era lo que quería, cierto, pero era lo que ella necesitaba. Y él tenía que apartarse, hacerse a un lado y dejarla hacer su vida. Era, en definitiva, su gesto altruista: ceder a los deseos de la otra persona.

Pero no pensaba olvidarse de ella, solo... dejar pasar un tiempo, esperar a que no doliera tanto, marcharse lejos y hacerse un ovillo, como un animalito malherido. Acataría su decisión, se sacrificaría, demostraría que había cambiado y que no era el crío imbécil, ciego y egoísta que había sido antes, pero no por eso dejaría de amarla.

Ya le había ocurrido en el pasado, y tampoco había dejado de hacerlo. En aquella primera ocasión ella le dejó porque estaba sufriendo, y él no supo entenderlo. Ahora sí entendía que había sido egoísta al no pensar en ella, pero le había costado demasiado asumirlo.

Lo irónico era que, en esta ocasión, ella le pidió que la dejara porque él no era la persona más importante en su vida. No era el primero. Si no hubiera sido un egoísta años atrás, podría haberlo sido, pero la había cagado.

Ahora nunca sería el primero. Ni para nada, ni para nadie.

Sin embargo, sí tenía la intención de ser el primero en su mundo. Al menos le quedaría eso.

Cuando se lo dijo a su familia, Lucy no se lo tomó nada bien.

—¿En serio te vas de nuevo? ¿Así, de repente?

Su madre estaba sentada junto a ella en el salón. Las había hecho sentarse a ambas para darles la noticia.

—Pero esta vez no será igual, voy a volver. Os lo prometo.

Lucy hizo una mueca.

—Ya —resopló.

—No le fustigues, Lucy —la voz de Trish les hizo volverse a ambos porque, por primera vez en bastante tiempo, había sonado alta, fuerte y amenazadora—. Tu hermano necesita marcharse de aquí y nosotras no seremos un estorbo, ¿lo entiendes?

Lucy la miró con las cejas alzadas.

—Vale mamá, no me muerdas —se volvió hacia Tanner—. Y parecía tonta cuando la compramos, ¿verdad?

—Lucy... —replicó la madre.

—Que sí, mamá, lo siento. Perdona. Pero no le estoy prohibiendo que se marche si es lo que quiere hacer, solo le estoy preguntando si es de verdad lo que *quiere* hacer. Y por qué así, tan de improviso, cuando es más que evidente que está totalmente colado por Yellow otra vez.

Ambas le miraron fijamente, y él agachó la cabeza. No era lo que quería hacer, maldita sea. Lo que en realidad quería hacer era otra cosa, pero no podía hacerlo. Sí, estaba totalmente colado por ella, pero los dos estaban en una situación en que lo importante no era hacer lo que uno deseaba, sino lo que uno debía. De eso se trataba la madurez, ¿no?.

—Es lo que necesito —les respondió al fin.

—Haz lo que tengas que hacer, cariño —respondió de nuevo su madre con su voz dulce de siempre, que parecía haber recuperado—. Si debes pasar página, lo comprendemos perfectamente. Tienes que seguir tu camino.

Lucy comenzó a tararear, lo más probable que para sacarle de quicio. Él la fulminó con la mirada.

—¿Tienes algún problema?

—Pues sí, tengo un problema. Y me parece a mí que muy grave. Lo que ha dicho mamá está muy bien, cariño, pero yo tengo que añadir algo: ¿por qué coño no os sentáis y aclaráis la cosas como debe ser?

—¡Lucy! No voy a tolerar ese mal lenguaje en esta casa, ¿me oyes? —la

recriminó su madre.

—Claro, como si en esta casa se hubiera hablado con propiedad alguna vez, mamá. Papá...

—Papá ya no está, y ahora soy yo la que dicta las normas, ¿entendido? —añadió Trish con gesto fiero.

Lucy, al final, no tuvo más remedio que claudicar porque, en el fondo, le daba miedo ver a la nueva persona en que se estaba convirtiendo su madre, ese ser desconocido que nunca alzaba la voz ante nada y que ahora parecía poseído por el espíritu de un tertuliano de televisión.

—Vale, lo siento otra vez... Pero dejemos que responda a mi pregunta, ¿no?

Las dos se volvieron hacia él, su madre con una ceja levantada y Lucy con los brazos cruzados.

—Su marido le ha pedido una oportunidad —fue su escueta respuesta.

Ambas callaron y continuaron observándole. Lucy parpadeó. Trish bajó la mirada.

—Pero ella no va a volver con ese imbécil. Lo sabes, ¿no?

Los hombros de Tanner cayeron y, como siempre que estaba frustrado, se pasó las manos por la cara y, después, se tiró del pelo.

—No puedo quedarme aquí sentado esperando. Eso me matará.

Si las hubiera estado mirando, se habría dado cuenta de que los ojos de Trish se llenaron de lágrimas y los de su hermana de compasión por él. A Tanner nunca se le había dado bien dar pena, y mucho menos después de su ascenso al estrellato, cuando al fin consiguió demostrar a todos que era un tío que merecía la pena, un tío con talento, guapo, carismático. Pero todo eso se reducía a una mierda si no podía tener lo que más quería en ese momento.

—Centrarme en mi carrera me ayudará. Es lo que necesito. Siento dejaros así... Pero podéis venir a verme cuando queráis, yo os pagaré el viaje. Y también vendré más a menudo.

—Le estás dejando vía libre a su exmarido, Tanner.

Él levantó la cabeza y miró a su hermana.

—Estoy haciendo lo que ella quiere, Lucy, y es lo más duro que he hecho en mi vida. Puedes creerme.

Era el sacrificio de amor que nunca había hecho, la prueba más importante de que ya no era el chico egoísta que una vez fuera: porque alejarte de la persona a quien más amas por el bien de esta era lo más doloroso que había hecho jamás por decisión propia.

Pocos días después, Tanner tomó un vuelo con una sola escala dirección a Los Ángeles. Regresó a su casa de Malibú, donde el calor le parecía agobiante y la playa demasiado apacible, y continuó escribiendo sus canciones de amor, de desamor, de dolor y de anhelo. Su bloqueo había desaparecido y, por lo visto, no era solo cuestión de dónde se encontrara, pues la música seguía brotándole de dentro como un río que amenazaba con desbordarse incluso estando en su solitaria y fría casa americana.

Continuó con su rutina, volvió a reunirse con la discográfica, los productores, su manager y todas las personas implicadas en la grabación del disco, y escucharon sus propuestas. Tras un silencio sepulcral, todos estuvieron de acuerdo en que aquel sería el álbum más intimista de Tanner Adams, y probablemente uno de los mejores.

Él sintió un alivio enorme: aunque no pudiera tener a la chica, el número uno estaba a su alcance y casi podía rozarlo con las yemas de sus dedos.

CAPÍTULO 31:

EL AMOR NO SE COMPRA

Tanner no volvió a casa aquella Navidad.

Había dejado un par de meses agónicos y dolorosos en los que estuvo de peor humor que nunca, consigo mismo y con todos. Nadie había visto nunca antes al encantador Tanner Adams comportarse como un huraño, pero él había logrado superar la etapa en que le importara lo más mínimo lo que los demás pensarán.

Lo peor llegó conforme se acercaba la Navidad y, con ella, el cumpleaños de Yellow. Era difícil olvidarlo, igual que probablemente lo sería para ella, porque marcaba el día en que ambos habían perdido la virginidad. Juntos. Ella, una niña con bragas de dibujitos; él, un crío con el pelo demasiado corto, orejas de soplillo y músculos demasiado delgados.

Pero se habían querido igual.

Se había atenido a su decisión de no acercarse a ella, de romper con su egoísmo y hacer lo que ella le pedía, pero el día de su cumpleaños Yellow recibió un ramo de treinta rosas amarillas que no tenían tarjeta ni remitente. Para él era solo un detalle, un recordatorio de que no olvidaba, de que seguía allí, ofreciendo la promesa de su amistad.

No recibió contestación alguna, tras lo cual decidió que todavía no era el momento de volver. Aún no.

En su lugar, fueron su madre y Lucy quienes vinieron a visitarle a Malibú, algo insólito, pues no habían podido hacerlo en vida de Perry. Cuando un taxi trajo a las dos mujeres a casa, su hermana silbó de admiración. Él las esperaba a la entrada, en el moderno porche con dos recias columnas cuadradas de aquella casa de diseño de color gris que anunciaba a gritos que allí vivía alguna estrella del momento.

—No te lo has montado mal, ¿eh? —dijo ella al pasar mientras le daba un

apretón en el brazo y un ligero abrazo.

—Bienvenidas a casa —le respondió él a la espalda conforme ella pasaba a su lado.

Le dio un beso a su madre, que no tenía tan mala cara (al menos, las ojeras no eran tan profundas y eso que traía *jet lag*) y le pasó el brazo por la cintura para acompañarla adentro. Recorrió con ellas las estancias pulcramente decoradas (por un decorador de moda, por supuesto) y les enseñó su estudio de grabación personal, su mausoleo en vida, dadas las horas que allí pasaba encerrado últimamente.

—¿Os gusta?

Ambas callaron.

—Es genial —respondió su madre.

Él sonrió de medio lado. Ya sabía que la encontrarían ostentosa e impersonal, y hasta él mismo era capaz de verla así, ahora que había podido apreciar de nuevo la belleza rústica de la antigua Yorkshire, con sus colinas de hadas y sus escarpadas costas. De repente, se encontró deseando haber organizado en su casa de Scarborough la cena de Navidad, y la añoranza de aquel lugar le cruzó el pecho como una flecha.

«Todavía no», se dijo. Todavía no había pasado suficiente tiempo, todavía le dolía demasiado no poder verla, besarla, tomarle de la mano y llevarla consigo a dar un paseo por los agrestes campos tras haber pasado una tarde de amor desenfrenado.

Apartó esos pensamientos y acompañó a su familia a sus habitaciones. La de Trish era bonita y amplia y daba al mar a través de un pequeño balcón por el que se accedía al mismo porche que el de la habitación principal, que ocupaba Tanner. La de Lucy era más pequeña y no daba al mar, sino al jardín lateral, algo de lo que ella se quejó sin cesar porque, según dijo, le había «endilgado» la habitación de los críos.

—Aquí no hay críos ni los puede haber, Lucy, así que olvídate de eso. Tu habitación es normal, y mamá se merece lo mejor, ¿no crees? —Ella bufó, pero no demasiado fuerte para no quitarle la razón—. Por cierto, ¿qué tal está? Parece que no lo está llevando del todo mal, ¿no?

Ella se encogió de hombros. Habían dejado a Trish descansando y ahora

se encontraban arrastrando la maleta de Lucy hasta la cama.

—Tiene sus días, aunque lo va aceptando mejor. A veces está de muy mal humor, otras llora, pero... Bueno, yo pensaba que lo iba a llevar peor. Supongo que las dos tuvimos tiempo de aceptarlo antes de que muriera.

—¿Sabes algo de...? —Tanner se metió las manos en los bolsillos y encogió los hombros. No quería pronunciar su nombre, le avergonzaba mostrarse tan débil, pero las ansias por saber algo, cualquier cosa, le estaban matando.

Lucy le miró a los ojos.

—Sigue igual, Tanner. Todo sigue igual. Está estudiando, Rob les visita, vive en casa de su madre... Leo está bien.

Él asintió con la cabeza y notó la ya familiar opresión en la garganta.

—De todas formas —terció Lucy de nuevo—no te daba por alguien que se rindiera tan pronto, la verdad.

Él levantó la cabeza de repente.

—Yo no me he rendido, Lucy. No lo entiendes.

—Ah, ¿no? ¿Y a cómo le llamas huir a Estados Unidos y esconder la cabeza en tu estudio de grabación? ¿Jugar al avestruz?

—Tengo trabajo, y aquí es donde puedo hacerlo mejor.

—Ya.

Ella continuó sacando la ropa, doblándola y colocándola en el armario mientras él la miraba. Pero era cierto lo que acababa de decirle así que, ¿por qué no le creía? Porque era cierto, ¿no?

Él no huía. Él se había sacrificado. Por amor. Lo había hecho porque la quería, y era lo mejor para ella y para Leo. No se estaba escondiendo. Simplemente... Allí podía recuperarse mejor.

Esa semana la dedicó casi exclusivamente a ellas. Las sacó de paseo por todas partes: Los Ángeles y todos sus reclamos turísticos (el paseo de la fama de Hollywood, Beverly Hills, Chinatown, y el favorito de Tanner: Sunset Strip, el lugar de los antros independientes y los músicos), las playas de Santa Mónica y Manhattan Beach, y disfrutaron de aquellas extrañas Navidades.

Trish parecía abrumada, ya que nunca había salido de Inglaterra, y Lucy gritaba sin cesar que había visto a este o a aquel famoso, cosa que molestaba bastante a Tanner porque no hacía más que llamar la atención sobre ellos y, más en concreto, sobre su persona. Aunque iba bastante camuflado con su gorra, gafas de sol ochenteras y una simple camiseta de manga corta negra con una chaqueta y vaqueros que le hacían parecer un chico cualquiera, la gente buscaba en especial a los famosos cuando iban a Los Ángeles, y en alguna que otra ocasión tuvieron que correr y subirse a un taxi.

Fue divertido, lo pasaron bien. Incluso no estuvo del todo mal cuando Tanner se tropezó con Lillie.

Desde que se despidieran en Scarborough no la había vuelto a ver ni supo nada más de ella. Lo habría sabido si hubiera echado un vistazo a las redes sociales, pero eso era algo que no interesaba especialmente a Tanner.

Esa noche había llevado a cenar a sus chicas a un restaurante de moda, el Nobu Malibu, un lugar moderno y con preciosas vistas a la playa que llevaba su nombre. Las invitó a sushi, aunque a Trish no pareció gustarle demasiado la experiencia, y pidieron vino blanco para beber.

Tanner casi había olvidado su pasado no tan lejano hasta que se tropezó de frente con él, justo cuando se dirigía al baño.

Al principio ni siquiera la reconoció. Era solo una rubia más, alta, delgada y guapa, de esas que solían abundar por la zona. Se había topado con ella y ella le pisó un pie, pero fue él quien hizo gala de su buena educación de caballero inglés.

—¿Tanner? —le dijo ella después de que él intentara seguir su camino tras una breve disculpa.

Él se giró y entonces la miró.

—Oh, vaya, hola Lillie, ¿cómo estás?

No sabía cómo saludarla, así que le dio un beso en la mejilla. Ella le sonrió. Iba vestida de forma sencilla, con un pantalón verde militar y una camisa beige. Llevaba el pelo ondulado alrededor de la cara y no demasiado maquillaje. Se la veía feliz.

—Pues yo estoy bien, la verdad. ¿Y tú?

—Bien, también —se encogió de hombros. No sabía qué más decir.

—Pensaba que te ibas a quedar en tu recóndito pueblo. Me dijiste que querías tranquilidad y estar con tu familia, ¿recuerdas?

Él asintió con la cabeza y suspiró.

—La verdad es que no he podido quedarme. Pero pienso volver más a menudo, he descubierto que me viene muy bien volver a las raíces de vez en cuando. Ya sabes, te mantienen la cabeza en su sitio y esas cosas.

Ella asintió y sonrió.

—Sí, eso está bien. Tienes suerte de poder contar con un lugar que te proporcione algo así. ¿Y la chica del hotel?

Se sintió incómodo ante aquella pregunta, sobre todo viniendo de ella.

—Lo cierto es que no ha habido nada entre nosotros, Lillie.

—Vaya... —su expresión de consternación parecía real—. Pensaba que os gustabais, que intentarías algo con ella.

Y lo hizo, pero contárselo a ella le hacía sentirse como un capullo.

—Bueno, digamos que las cosas son muy complicadas.

Lillie se cruzó de brazos y se apoyó en la pared de madera del pasillo que conducía a los baños.

—Tanner, Tanner... No te tenía por un cobarde, pero creo que me estás defraudando de veras. Me dejas a mí, la gran Lillie McFly, por una chica normal de tu pueblo y me atrevería a decir que ni siquiera te has atrevido a luchar por ella. Muy mal, Tan, muy mal.

Ahora el desconcertado era él. Y además, ¿qué interés tenía Lillie en que él saliera con otra persona? Oh, vaya, estaba empezando a caer en la cuenta de que, probablemente, la gran estrella del pop anduviera de nuevo metiéndose en líos.

—Bueno, así es la vida. ¿Qué tal te van a ti las cosas? No habrás vuelto con Jason, ¿no? —Ella se puso colorada, algo de veras extraño en ella—. Ay, Lillie... Ese tipo no te quiere de verdad, sabes que volverá a hacerte daño.

—Bueno, Tanner —ella se envaró y se puso a la defensiva—, se supone que tú eras el niño bueno de la historia y también me lo hiciste, así que, ¿qué

más da? No hay que juzgar por las apariencias, uno nunca sabe. Las personas merecen segundas oportunidades, pueden cambiar.

—Captado, cariño. Tienes razón, es tu vida, y te repito que no quería hacerte daño. Las cosas... fueron así. Pero nunca te engañé. Lo sabes, ¿no?

Ella pareció tranquilizarse.

—Lo sé.

—Cuídate entonces, Lillie. Y no te olvides que vales mucho más que ese tipo, ¿de acuerdo?

Le dio un abrazo y ella le respondió:

—Los sentimientos no se pueden controlar, y yo solo quiero ser feliz.

Él asintió contra su hombro, se apartó de ella y continuó con su camino. No sabía en qué mesa la habían sentado con el gran (y estúpido) Jason, pero no quería saberlo. Cuando volvió a la suya, pidió la cuenta y se llevó a sus chicas a tomar una cerveza antes de irse a casa.

Pero ver a Lillie, feliz y dispuesta a asumir el riesgo de una relación que a buen seguro acabaría destruyéndola, o no, le dio que pensar. Y también le dio que pensar que dos mujeres que le conocían bien hubieran comenzado a llamarle cobarde.

La Nochebuena fue, sin embargo, bastante difícil. No podían evitar recordar a Perry, y Trish se escapaba de vez en cuando a la cocina para verter un par de lágrimas en soledad. El ambiente era raro, tenso, y Tanner no podía hacer nada por evitarlo. Al fin y al cabo, hacía bastantes Navidades que no veía a su padre y no lo echaba tanto de menos como su madre y su hermana, y al contrario que ellas, que parecía que cada vez aceptaban mejor su partida, él estaba más enfadado con él conforme pasaba el tiempo. Era algo que no se podía explicar, pero cada vez odiaba más el hecho de que no le hubiera dado una oportunidad, de no haberle importado lo suficiente como para arreglar las cosas antes de morir.

Todos estaban más serios de lo normal cuando acabó la cena. Se sentaron y vieron una vieja película en la que Errol Flynn hacía de Robin Hood. Su madre adoraba a ese gilipollas, pero él no podía soportar pensar que ese tipo había sido en realidad un degenerado, según se rumoreaba en Hollywood. Con todo, aguantó bien la noche, agradecido de no tener que asistir a ninguna

estúpida gala de Navidad a las que solía ir. Ese año tenía la excusa de estar preparando su nuevo disco y, además, había decidido llevar su carrera como le diera la gana.

A pesar de que la noche no fue todo lo feliz que él hubiera deseado, fueron las mejores Navidades que Tanner recordaba haber pasado en mucho, mucho tiempo. Estaba triste, sí. Añoraba con todo su corazón a Yellow, también. Odiaba a Perry, eso parecía no haber cambiado... Pero tenía una familia a la que quería.

Cuando se despidió sus dos mujeres en el aeropuerto, sintió que se le desprendía otro trozo de su corazón rasgado, que se estaba desmoronando. Por unos días había tenido consigo un pedazo de su vida en Scarborough, y de nuevo volvía a quedarse solo.

Se acordó entonces de Lillie otra vez. Lillie, que volvía una y otra vez con su antiguo novio, el cabeza hueca de Jason Dunbar, empecinada en que aquello podía funcionar, y que no se rendía nunca. Aceptaba las migajas que él le daba, luego se decepcionaba al ver que la engañaba, y después volvía a darle otra oportunidad.

Por algún motivo, ahora estaba comenzando a verla no como la mujer débil que pensaba que era, sino como una guerrera que luchaba por lo que quería una y otra vez, sin importar nada ni nadie. Y, ¿quién sabía? Al fin y al cabo, él solo era un idiota con serios problemas de compromiso, nada grave. Puede que un día los superara y todo funcionara bien entre ellos, como ella creía y se merecía. Él deseaba que así fuera, le deseaba todo lo mejor a esa chica con tanta belleza, tanto talento, tanto dinero y tan poca suerte en el amor.

Entonces cayó en la cuenta de que era como él. Los dos eran iguales, solo que ella luchaba por lo que quería, nunca se rendía, y él lo hacía a la mínima de cambio.

—Se me olvidó darte un regalo de Navidad, está en tu estudio —recordó que Lucy le había susurrado al oído antes de darse la vuelta y entrar por la puerta de embarque.

Cuando llegó, entró en el estudio para coger su guitarra y pasar el rato y, sobre todo, quitarse de encima esa sensación de vacío que le oprimía el pecho. Miró a su alrededor, pero no vio ningún regalo.

Entonces fue cuando divisó en el suelo, junto a la guitarra, un sobre blanco que no tenía remitente y parecía contener un pequeño bulto dentro.

Lo tomó frunciendo el ceño con extrañeza por no haberlo visto antes. ¿Cuándo había entrado por última vez en el estudio? ¿Se lo había dejado Lucy justo antes de irse? ¿Por qué no se lo había dado antes?

Lo abrió, y vio que dentro había un lápiz de memoria y un trozo de papel doblado. Al desdoblarlo comprobó que la letra era de su hermana.

«Tanner,

No te enfades, pero no podía darte esto mientras nosotras estuviéramos allí contigo. Mamá no debe saberlo, al menos no por ahora, que está superando lo de papá y va avanzando pasito a pasito.

Verás, el otro día mamá me dijo que retirara el viejo ordenador de papá que no usábamos porque ocupaba demasiado espacio y no hacía más que recoger polvo. Pero sabes que no podía deshacerme de él sin comprobar qué tenía dentro, y adivina qué encontré.

Papá tenía una carpeta con tu nombre.

La abrí, no te quepa duda, porque soy muy curiosa y me daba bastante envidia que no tuviera ninguna con el mío ya que se supone que yo era la niña de sus ojos y todo eso, pero en fin.

Era un vídeo. Un vídeo que grabó para ti. Es un vídeo muy emotivo, y por algún motivo supe que él sabía que yo lo encontraría y te lo haría llegar. También creo que estaba al tanto de cuánto me ayudabas, pero eso es otra historia.

Ahora quiero que lo veas, porque he pensado que esto no tiene por qué esperar más tiempo. Debes verlo. Debes escuchar lo que tenía que decirte, te ayudará a hacer las paces con él.

También he pensado que sería un estupendo regalo de Navidad para ti, de su parte.

Te quiere,

Tu preciosa hermanita».

Tanner sintió cómo se le aceleraba el pulso igual que si hubiera hecho una

maratón. Cogió el pequeño lápiz negro y se lo llevó a su ordenador. Miró el puerto USB, intentando decidir si verlo ahora, o después, o no verlo nunca.

Entonces, en un alarde de la valentía de la que pensaba que carecía, insertó el aparato en el ordenador.

En la pantalla apareció un mensaje:

«Disco extraíble conectado. ¿Abrir?».

Y Tanner pinchó en «Aceptar».

Ante sus ojos apareció un Perry avejentado, muy delgado y con la tez amarillenta, que carraspeó y se sentó en un banco delante de la cámara. Se agachó y se levantó un poco, como calculando si estaba bien colocado, y pareció satisfecho con lo que veía.

—Bien —volvió a carraspear colocándose la mano sobre la boca—, es difícil hacer esto y, la verdad, aunque me lo había escrito todo en un guión que me he aprendido de memoria, la verdad es que no tengo ganas de soltarlo todo así, de corrido, como si no hubiera sentimiento en ello. Tú me conoces, hijo, y sabes que soy impulsivo. Demasiado, a veces, así que a estas alturas, cuando sé que falta poco para mi hora, no es necesario que cambie. Ojalá lo hubiera hecho mucho antes, cuando todavía tenía una oportunidad, pero ahora ya no tiene remedio.

»Supongo que lo primero y más importante que tengo que decirte es lo siguiente: aprovecha el tiempo, aprovecha las oportunidades que te da la vida. No las dejes pasar nunca como hice yo, porque entonces solo te harás daño a ti mismo y a los que más quieres. Y yo... lo que más quiero y he querido siempre es a mi familia, Tanner, y tú eres parte de ella. Te quiero tanto que me confundí, y pensé que tú eras yo y que buscabas lo mismo en la vida. Te quiero tanto que te decepcioné hasta el punto de no dar cabida al perdón. Pero te lo pido ahora, porque ya no hay tiempo. Te lo pido por ti, no por mí, para que puedas hacer tu camino sin que mi sombra te acompañe. Perdóname, hijo. Te lo ruego.

»Durante todos esos años en que comenzó tu carrera te guíé por donde no debía, que era por mi propio interés en ese mundo del que nunca formé parte. ¿Y sabes lo curioso? Que fui yo mismo quien lo rechazó. Sí, como lo oyes. Yo no quise aceptar una oferta que en su día me hicieron por quedarme en casa con vosotros, y, de alguna manera, pensé que me lo debíais. Os

echaba la culpa a vosotros, porque si no hubierais existido habría sido alguien, perseguido mi sueño. Me equivoqué. Y sobre todo, me equivoqué contigo. Nunca te pregunté qué era lo que querías, o cómo lo querías. Dejé pasar el tiempo y me dediqué en cuerpo y alma a la carrera que nunca tuve, y me vi reflejado en ti, en la otra vida que nunca tuve. Pero ¿sabes qué? Que lo cierto es que, si volviera atrás, haría lo mismo, volvería a rechazar esa oferta. Mi vida junto a vosotros es lo mejor que he tenido: tu madre, Lucy y tú sois mi mundo. Y yo te he hecho tanto daño que no merezco tu perdón. No soy merecedor de ti. Tú eres bueno, tienes talento, mucho más que yo, y al fin tuviste los cojones de mandarme a la mierda, como deberías haber hecho mucho antes. Pero te confundí, y no me lo perdono, aunque espero que tú seas más listo y sí lo hagas.

»He pensado que lo mejor era apartarme de tu lado, porque cuanto más cerca estaba de ti más te estropeaba. Y no quiero verte triste, quiero que seas feliz. Quiero que sepas que, aunque haya cometido errores, te quiero. Espero que hagas tu vida como más te conviene, que sepas ser feliz y escoger lo que de verdad amas. Espero que luches por lo que quieres y sueñas porque de pronto, un día, puede que te levantes y no te guste lo que ves, lo que has hecho, y ya no tengas a tu lado a quien más querías —su padre, que durante todo el discurso había mirado hacia el suelo, levantó la mirada y Tanner sintió como si le estuviera taladrando en esos mismos instantes, como si estuviera a su lado—. Haz tu propio camino, y si lo que deseas es estar solo, quédate solo. Si lo que deseas es trabajar de camarero y tener una familia, tan solo hazlo, ¿de acuerdo? Busca tu camino, y asegúrate de que a tu lado solo haya personas que te quieren de verdad y que piensan en tu propio bien. Y si decides quedarte al lado de esas personas, quiérelas tal y como son, no intentes cambiarlas como yo hice.

»Estoy muy orgulloso de ti. Muy orgulloso de que hayas conseguido llegar hasta donde estás solo, de que me retaras —Perry se secó las lágrimas de los ojos—, y de que te hayas convertido en todo un hombre. Yo no soy lo suficientemente bueno para ti, pero tu familia te quiere de sobra.

»Y otra cosa más, hijo: recuerda que no tienes que demostrar nada a nadie para conseguir su amor. Ni siquiera a ti mismo. No tienes que ser el mejor para ganarte i cariño: lo obtuviste nada más nacer. Para mí, siempre eres y serás el primero, igual que debes serlo para ti mismo. El amor no se compra, el amor se regala, sin condiciones.

»Cuida de mamá y de Lucy, ¿de acuerdo? Y sé feliz, hijo, sé feliz. Te quiero».

Entonces, el vídeo se acabó y la pantalla se quedó en negro.

CAPÍTULO 32:

MIEDO

Un mes después, Tanner estaba de regreso en Scarborough.

Y si tardó un mes no fue porque no quisiera volver antes, sino porque, en primer lugar, se hundió. Lloró como una niña pequeña tras ver el vídeo la primera vez. Luego lo volvió a poner una y otra vez, escuchando cada palabra de su padre como si fuera la primera vez, analizándolo todo hasta que la cabeza comenzó a darle vueltas.

Después empezó a pensar en sus propios errores, en cómo le habían afectado los errores de Perry, en el concepto distorsionado que tenía él del éxito personal y profesional, y se desmoronó. Fue como si una ola enorme, un tsunami, se tragara un pequeño velero que navegaba solitario por el mar. Tocó fondo; se emborrachó, se fumó toda la marihuana que le quedaba en casa y que no había tocado desde hacía mucho e intentó borrar aquel vídeo de su mente.

De pronto, un día, se levantó más lúcido que nunca.

Su padre había tenido toda la razón, pero él no podía culparle a él de todo. Tanner era el único responsable de haberlo entendido todo mal: ¿acaso creía de verdad que, si fallaba, su padre nunca le iba a querer? ¿Es que pensaba que solo sería merecedor del cariño de nadie si le demostraba al mundo lo bueno que era en algo? Desde pequeño le había influenciado demasiado esa extraña forma de amar de su padre, se había sentido menospreciado y nunca había sido capaz de aceptar el amor genuino de las personas. En consecuencia, tampoco estaba preparado para dar su amor de forma desinteresada, por temor a ser resultar herido.

Pero eso estaba cambiando. Ya había empezado a cambiar en Scarborough y lo tenía más claro después de dejarse llevar para tocar fondo.

Yellow. Una vida con Yellow. Empezar con Yellow donde lo habían dejado. Verla sonreír de nuevo, hacerla feliz, ayudarla a cumplir sus sueños.

Eso era lo que él más quería. Sin cobardías. Sin intereses ocultos. Quería darle su amor, aunque ella no le ofreciera el suyo a cambio.

Alejarse había sido un error. Ser el número uno no era lo que más necesitaba ni deseaba, era ella. Lo demás era secundario. Alejándose de ella solo conseguiría ser infeliz el resto de su vida, porque la música nunca conseguiría rellenar el hueco que había en su corazón, ese pozo sin fondo que a veces se lo tragaba, eso que siempre le había faltado tanto y que se había negado a aceptar.

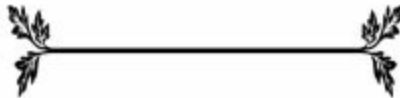
Y tenía que agradecerle a su padre que le hubiera regalado aquellas palabras, que finalmente le hubiera dado ese empujón que necesitaba para abrir los ojos. No fueron pocas las señales que se le habían enviado a lo largo de la vida, pero él las fue rechazando una a una, empeinado en el éxito, en ser el mejor para algo, para alguien. Y no se había dado cuenta de que ya era el mejor para muchas personas, incluso para su padre. No necesitaba demostrar nada a nadie más, ni tampoco a sí mismo. Lo que necesitaba era enfrentarse a la dura realidad: no quería vivir una vida vacía y solitaria, sin sentimientos genuinos. Quería a su alma gemela, a la que siempre había amado de una forma casi dolorosa. Yellow era todo lo que él buscaba en una mujer: era cariñosa, inteligente, luchadora, centrada, y volvería a ser alegre. Lo volvería a ser porque él le daría la oportunidad de serlo de una vez por todas. La haría feliz incluso aunque fuera sin él a su lado.

El día en que dejó atrás su amargura para enfrentarse a todo aquello levantó el teléfono e hizo unas cuantas llamadas. Se mudaba. Para siempre. Al infierno con esa maldita casa sin personalidad de Malibú: quería su cabaña acogedora sobre la colina de Scarborough. Quería volver a aquella cocina de cuentos infantiles y observar a Yellow cocinarle galletas para Leo y también para él mientras ellos le robaban la masa con los dedos. Quería volver a pasear, cantar por puro placer, observar las estrellas con ella de nuevo como hacían antes, cuando solo había ingenuidad.

Ordenó construir un estudio de grabación en la casa, resolvió sus citas en Los Ángeles y se comprometió a dar los últimos retoques al álbum en un par de meses incluso aunque lo acabara desde el extranjero. Qué demonios. Tenía la capacidad de hacerlo, podía permitirse grabar donde le diera la gana y con quien le diera la gana. Y si no, siempre podía volver a cantar en los bares, que era lo que más le gustaba. Ojalá pudiera volver a un pub y dar un concierto

improvisado, con solo unos pocos asistentes que disfrutaran de una cerveza y de la buena música. Eso era lo que había estado buscando: encontrar sus raíces, volver a lo que más adoraba, que era componer y cantar. Pero hacerlo día tras día y no solo en abrumadores conciertos para miles de personas durante giras agotadoras, sino también para el pequeño público, con los amigos, con gente conocida.

Al fin, dejaba atrás Estados Unidos y toda su locura.



Yellow le había hecho una promesa a Tanner: le prometió que seguirían siendo amigos.

Mil veces deseó ser capaz de levantar el auricular y marcar su número aunque solo fuera para escuchar su voz, pero era incapaz de hacerlo. Eran miles los motivos que se lo impedían: uno de ellos, que se harían daño mutuamente. Ella todavía no podía comprometerse, y él tenía una vida muy complicada, siempre viajando y ausentándose de su hogar, alejándose de aquellos que le querían.

Después estaba el dolor que sentiría al escuchar su voz, porque temía que, una vez le oyera, no podría dar marcha atrás y terminaría por pedirle que volviera. Le volvería loco, porque sabía que seguían sin poder estar juntos, que su relación era una utopía. Odió no ser capaz de llamarle y darle las gracias por ese ramo de rosas que le hizo llorar, porque sabía que provenían de él. Pero no podía hacerlo.

Estaba asustada. Muy, muy asustada. Encontraba extremadamente difícil levantarse todas las mañanas; estaba triste, casi deprimida. Y decía casi porque, gracias a su familia y, en especial, a Leo, que le alegraba todos los días con sus travesuras y sus ingeniosas charlas y con su mera existencia, no se venía completamente abajo. Yellow nunca había estado deprimida antes, pero parecía que ahora se encontraba al borde de un precipicio húmedo y resbaladizo.

Sin embargo, el motivo más relevante de todos, la principal causa de que Yellow no se pusiera en contacto con él, era que ella necesitaba a un hombre que no se marchara. Necesitaba un hombre que se quedara a su lado pasase lo

que pasase. Su historial estaba plagado de hombres que no se quedaban, que la dejaban por el motivo que fuere, incluso aunque fuera involuntario. Y ella quería a alguien que estuviese a su lado, que luchase junto a ella, alguien para caminar a su lado. Y Tanner nunca se quedaba. Volvía a marcharse una y otra vez, como si nada le importara en realidad. ¿Cómo podía confiar en él si ni siquiera confiaba él en sí mismo? Por muchos años que hubieran transcurrido, a Tanner todavía le faltaba madurar: no creía en sí mismo, y si no lo hacía, era obvio que no podía confiar al cien por cien en otras personas, dejarse llevar y adquirir un compromiso de verdad.

Y aquello le resultaba tan doloroso como una puñalada el corazón.

Tanner había vuelto a meterse debajo de su piel con tanta rapidez que la atemorizaba. Y pasaron los meses y continuaba igual, deseando estar junto a él, sentirse querida, deseada. Antes de que él volviera a aparecer en su vida, ella era una mujer tranquila, con una vida planificada y todo bajo control.

Pero por su culpa, por haberla arrastrado de nuevo a aquella espiral de emociones, ahora soñaba con hacer el amor con él y cada noche, antes de dormirse, se imaginaba que la acariciaba y depositaba esos suaves y eróticos besos que le había dado en otras ocasiones por todo su cuerpo. Con él había vuelto a rejuvenecer, había vuelto a ser una mujer joven, deseada y apasionada, a despertar al deseo; ya no era una vieja en el cuerpo de una chica de treinta años. Pero allí, en soledad, se estaba marchitando de nuevo.

Se arrebujó en el edredón, intentando conservar todavía el calor de la noche. Ya había empezado a amanecer, pero era sábado y ella quería descansar más. Abrió un ojo: la cama de su hijo estaba vacía pero, si se quedaba quieta y se hacía la dormida, a lo mejor él no la despertaba.

El ruido de la puerta al abrirse de golpe la hizo sonreír y se resignó a que su tiempo de descanso hubiera acabado.

—¡Mamáááá! —el aullido de Leo, unido al golpe de sus piernas al saltar encima de la cama, le hicieron soltar un quejido—. Mamá despierta, no seas dormilona. La abuela dice que al vago y al pobre, le cuestan las cosas doble. —Ella rió, pero siguió tapada con el edredón—. Además, hoy tengo partido de fútbol, ¿te acuerdas? Y viene papá a verme.

Yellow abrió los ojos de golpe. Era cierto, hoy venía su padre, y precisamente por eso era un día muy importante para Leo, que últimamente

había estado teniendo problemas en el colegio y hasta en los entrenamientos con el equipo. Rob había actuado de manera impecable hasta ese entonces: llamaba antes de aparecer, le pedía ver a su hijo, se reunía con él o se lo llevaba a tomar un helado, y a veces hasta le esperaba al terminar las clases. Y ella le dio la oportunidad que él estaba pidiendo, pero solo porque al fin había cambiado de actitud con respecto a ellos: ya no les exigía nada, sino que se lo pedía. Parecía, de nuevo, aquél chico que prometió cuidar de ella años atrás.

Sin embargo, ella temía por el niño. ¿Qué pasaría si él empezaba a fallar de nuevo? ¿Qué pasaría si un día se cansaba de él como lo hizo de ella, y desaparecía?

Lo más preocupante es que aquella situación no parecía estar ayudando a Leo, sino que por el contrario había comenzado a meterse en problemas. Al principio eran discusiones tontas, elevaciones de voz, llamadas de atención. Pero después había empezado a pelearse con sus compañeros, según contaban sus profesores, y eso empezó a preocuparla demasiado. Él nunca se había comportado así. No era un niño fácil, lo sabía, pero era un niño sin maldad, y no le encajaba que su inquieto e inteligente niño se fuera dando golpes con otros así porque sí.

Una noche, justo antes de dormir, ella le dijo que le quería y le dio un beso en la cama antes de arroparle, como de costumbre. Él estaba ya medio dormido, pero la tomó de la mano y le confesó que un niño del colegio se metía con él a causa de su padre.

—Me dijo que mi papá era malo y que era un ladrón, mamá.

A ella se le partió el corazón. La relación entre padre e hijo era todavía muy frágil, pero ella rezaba por que acabara afianzándose, para que Rob no les defraudara a ninguno de los dos.

Le había dado ese voto de confianza y pensaba atenerse a ello.

—Cariño, tu padre te quiere más que a nadie en el mundo, y no debes dejar que los demás te hagan pensar que no es así, ¿vale? Aunque se equivocara en el pasado, es tu padre y te quiere. A lo mejor se meten contigo porque sus papás no les quieren igual, ¿lo has pensado? Todos esos niños que se meten con los demás lo hacen porque, en realidad, no son felices. Y tú sí tienes quien te quiera: tienes una familia enorme que te adora, y yo te quiero

más que a nada ni nadie en el mundo.

Sabía que era cruel decirle que todos esos niños eran infelices, pero prefería ser cruel a que su hijo creciera teniendo complejos estúpidos. Y lo que había dicho era cierto. Leo iba a cumplir nueve años y a esa edad, los niños podían ser muy mezquinos y envidiosos, y él tenía que aprender a entender las cosas y defenderse.

—Es verdad, mamá —le dijo él con aire pensativo. Se quedó un rato mirándola, se le empezaron a cerrar los ojos y, antes de darse la vuelta, le susurró—: Yo también te quiero.

Y se durmió. Ella le observó durante un rato, incapaz de quitarse aquella preocupación de encima.

Cuando volvieron a llamarle del colegio para decirle que su hijo había discutido con otro niño, les pidió que prestaran la debida atención al motivo de dichas peleas. El colegio era el responsable de averiguar si se estaba dando un caso de acoso y no pensaba dejar que su propia negligencia afectara a su hijo. No es que cerrase los ojos a la posible culpa que podía tener el niño en el asunto, es que quería saber si en realidad la tenía o no, y verificarlo era la obligación de sus profesores.

La pequeña Yellow se quitaba la máscara y podía ser Linda la leona (aunque su nombre dijera todo lo contrario) cuando se lo proponía.

Se quitó el edredón de encima y se abalanzó sobre su hijo, gritando precisamente como eso, una leona.

—¿Cuándo te has levantado? —le preguntó cuando él se cansó de reír.

—Hace rato ya, la abuela me ha preparado el desayuno. Tortitas con sirope.

—Mmm... ¡Qué rico! ¿Queda alguna para mí o te las has zampado todas?

—Quedan muchas, mamá. La abuela las hace un poco grumosas... —le contestó arrugando la nariz.

Ambos rieron y abrazó de nuevo a su pequeño gran hombre. Hacerlo la devolvía siempre a la vida.

Desayunaron las tortitas grumosas de la abuela y la casa empezó a animarse. La primera en unirse a los tres fue Anne, que lucía una carita de

sueño entrañable enmarcada en rizos. Parecía una muñeca de cerámica, frágil y entrañable. Al cabo del rato se levantó Nicky, quejándose de buena mañana.

—Por favor, ¿es que no podéis ser menos ruidosos aunque solos sea una vez? Es sábado y, para variar, quería holgazanear en la cama un rato.

—¿Es que no vas a venir a verme al partido, tía Nicky?

Ella le revolvió el ya de por sí revuelto pelo.

—Claro que sí, enano, pero solo porque ahora que me has pillado ya no tengo más remedio.

—¡Ja! —exclamó Anne, y continuó masticando un pegote extraño de masa.

Su hermana la fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa contigo, campanilla?

—Que a mí no me engañas. Tú vas a ese partido para ver al entrenador, no nos tomes por idiotas.

—Ay, por favor... Deja de una vez de leer esos libros románticos, me vas a terminar dando pesadillas.

Yellow observó a Nicky fijamente. Si lo que Anne le había dicho no fuera verdad, la pulla habría sido mucho más mordaz que esa simple y sosa respuesta. Sonrió. Vaya, vaya... ¿Y si al final la dura y grosera Nicky se estaba enamorando?

—Pues yo creo que es un buen chico —añadió ella sin dejar de mirarla.

—Cállate. Es un estúpido sin seso. Solo tiene cuerpo.

—Y vaya cuerpo... —dijo Anne.

—¡Oye! ¡Te recuerdo que eres una cría todavía! —terció su madre—. Al final voy a tener que requisarte todas esas novelas rosas y usarlas para la chimenea, no sé qué te meterán en la cabeza que...

—¡Mamá! Ya no soy tan cría, ¿es que no lo ves? ¡Si hasta tengo trabajo! Una chica que trabaja puede tener novio, ¿no? ¿O es que te crees que voy a ser virgen toda la vida?

—Ah ¿sí? ¿Y quién te va a querer a ti, pequeña hada del bosque? Si te caes con solo un soplido, imagínate si a alguno le da por estamparte contra los azulejos del baño para echarte un buen p... —comenzó Nicky.

—¡Nicky! —la interrumpió Jeanette de nuevo dando un golpe en la mesa —. Cierra ya ese pico sucio que tienes y deja en paz a tu pequeña y delicada hermana.

—Oh, sí, tan pequeña y delicada que sueña todas las noches con que uno viene a hacerle un buen trabajo allí en sus...

Anne chilló en ese momento para callarla y salió corriendo de la habitación, avergonzada y colorada como un tomate, mientras todos reían menos Leo.

—¿Dónde quería hacerle un trabajo, tía Nicky? —preguntó el niño.

Yellow suspiró y se preparó para un largo, larguísimo, día en familia.



El Scarborough Sports Village, el campo de fútbol donde se celebraba el partido, no estaba lejos del barrio donde residía la familia Mayers. Era un paseo de unos veinte minutos, pero las mujeres Mayers estaban acostumbradas a caminar incluso aunque hiciera un frío de mil demonios, como ese día.

—No entiendo cómo pueden organizar partidos en estas fechas, los niños se van a congelar —dijo Anne por debajo de bufanda de cuadros rosas pastel y verdes.

—Según el entrenador, tienen que jugar fuera de temporada de los grandes partidos, si no, no vendría nadie —contestó Yellow.

Nicky resopló.

—No me extraña que ese idiota haya dicho eso. Lo que quiere es que todos los críos cojan una pulmonía y así no tener que trabajar.

Ella se volvió hacia su hermana.

—Nicky, de verdad, ¿qué tienes contra ese chico? Al final voy a empezar a creer que te gusta en serio.

—A mí no me gusta nadie.

La respuesta fue demasiado rápida, demasiado seca. Muy poco ingeniosa. Yellow rió para sus adentros. Nunca había visto a Nicky colada por nadie, así que no sabía cómo se comportaría su hermana en tal caso. Aunque lo cierto es que ni siquiera sabía si le gustaban los hombres o las mujeres, porque nunca decía nada al respecto. Era como la mujer de hielo. En fin, el entrenador Mitchell no era tan mal chico. Parecía un poco tonto, eso sí, pero a lo mejor su hermana necesitaba a alguien así en su vida, y no tomarse las cosas tan en serio como lo había hecho hasta ahora.

Llegaron al fin al campo de fútbol y Yellow acompañó a su hijo hasta el vestuario, donde ya habían llegado algunos de sus compañeros y el entrenador.

—¡Vamos, Leo, hoy toca darles duro! —le escuchó ella animarle desde fuera.

Sonrió. Podría ser un desastre para Nicky, o podría ser un buen comienzo.

Se marchó de nuevo a sentarse junto a su familia. Rob ya estaba allí, sentado y observando al infinito con semblante serio. Yellow se sentó a su lado.

—Hola, ¿qué tal estás?

Él se encogió de hombros y respondió con un simple:

—Bien.

De inmediato, Yellow supo que algo no andaba tan bien y sintió cómo el miedo le removía las entrañas.

—¿Ha pasado algo?

Él siguió mirando al infinito, y después agachó la cabeza para mirar al suelo.

—¿Me vas a dar una oportunidad algún día, o esto va a ser siempre así?

Ella se quedó paralizada y esperó que su familia no le hubiera oído.

—Mira, creo que este no es el lugar más adecuado para hablar sobre ciertas cosas...

—Pues yo necesito hablar ahora. Necesito hablar hoy.

Ella asintió.

—Está bien. Acerquémonos entonces al campo. Supongo que no querrás perderte el partido, ¿no?

—No, claro que no.

Bajaron de las gradas y se acercaron al muro que las separaba del campo. Allí, de pie, no había nadie cerca. Se quedaron quietos, con las manos en los bolsillos de sendas chaquetas, mirando al campo y esperando a que los niños salieran.

Cuando lo hicieron y se colocaron en sus posiciones, Leo de defensa, le saludaron con la mano y fingieron una sonrisa.

El niño les devolvió el saludo, pero les miró con cara extraña.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres exactamente? —se atrevió a preguntar ella en el tono más cortés que pudo.

—Quiero saber si alguna vez te vas a olvidar de Tanner, o si estoy haciendo el idiota otra vez.

El corazón de Yellow palpitó fuerte.

—Creo que nunca te he dado esperanzas, Rob.

—Hace años funcionó. Ahora tenemos un hijo, y debería volver a funcionar todavía mejor, ¿no crees?

—Sobre estas cosas no se manda. O se quiere, o no se quiere. Y lo siento, estás siendo un buen padre para Leo... pero no puedes exigir que yo también te quiera.

Él apretó la mandíbula.

—Pero por lo visto, todo mi esfuerzo no está sirviendo demasiado.

Ella se volvió a mirarle, perpleja.

—¿En serio me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo? Tu esfuerzo vale para que tu hijo sea feliz, que es lo que de verdad importa.

El bienestar de Leo, su felicidad, era lo más importante para todos. ¿Es que él todavía no lo había comprendido?

—Sí, pero yo también quiero a mi familia. Quiero una mujer que me

quiera y me espere en casa al volver del trabajo. Necesito mi propio hogar, Linda, ¿no lo entiendes? Y ha llegado el momento, no puedo esperar más.

Ella comenzó a temblar.

—¿Qué... qué quieres decir con eso?

—He dejado embarazada a otra mujer.

Fue como si una jarra de agua fría se le cayera encima. Se quedó helada, tirando vaho por la boca como si hubiera corrido varios kilómetros sin parar.

—Pero si tú me dices que todavía tenemos una oportunidad, no me casaré con ella.

Ella hizo una mueca. Aquello era el colmo.

—Es decir, que si yo te digo que sí, la dejas a ella. Y si yo te digo que no, nos dejas a nosotros, ¿no?

Se hizo un silencio en el que ambos observaron cómo Leo intentaba frenar un ataque del delantero del equipo contrario sin demasiado éxito. Cuando el otro jugador al fin le esquivó y chutó a portería, el niño les miró. Ella intentó sonreír.

«No pasa nada, cariño. No pasa nada», quería decirle.

—No os voy a dejar. No voy a alejarme de Leo, pero formaré mi propia familia. Es lo que quiero, lo que necesito. Tú más que nadie deberías saberlo.

—¿Y qué pasará con Leo?

Rob se encogió de hombros.

—Vendrá conmigo los fines de semana. Tendrá un hermano. Lo normal, lo de tantas familias.

Ella casi estuvo a punto de reír. Casi.

—Esto es... Me parece increíble, Robert. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con ella?

—Creo que eso no es de tu incumbencia, ¿verdad?

—Lo es cuando has estado diciéndome que querías volver conmigo. Lo es cuando yo he tirado por la borda la oportunidad de iniciar una relación por darte una oportunidad para volver a nuestras vidas.

Escuchó la risa sardónica de él, pero no quiso volverse porque la tensión que se estaba acumulando en su interior podía hacerla explotar de un momento a otro. Ya no tenía frío.

—No intentes manipularme. Tú sabes que has dejado de lado esa relación por miedo a empezar nada con ese cobarde, y no por mí. En cambio, yo sé muy bien lo que quiero, y ahora se me está dando esa oportunidad. La oportunidad de rehacer mi vida, Linda, después de haber pasado años en la cárcel. Tú no lo entiendes, ni lo entenderás. Pero no pienso pedirte permiso, eso tenlo claro.

Ahora le tocó el turno a ella de reír, pero la risa de apagó de repente. Comenzó a temblar de nuevo, y el frío volvió para calarle los huesos. Leo continuaba observándoles de vez en cuando, incapaz de relajarse, cada vez más abatido por su mal juego.

Aquello tenía que acabar. Si Rob quería desaparecer de sus vidas, pues que se marchara. Otro hombre más que los dejaba no importaba. Su hijo se recuperaría, como lo hacía ella siempre.

Pero no era eso lo que la inquietó. Lo que la aterrorizó de verdad fue que, en el fondo, lo que él le había dicho era completamente cierto: todos los motivos por los que no quería volver a estar con Tanner eran tan solo eso, excusas, porque en realidad lo que tenía era miedo a que él también los abandonara. De nuevo.

CAPÍTULO 33:

OTRO MOMENTO QUE ATESORAR

El equipo de Leo, los Scarborough Tigers, perdió. Según el entrenador el niño tenía mucho potencial, pero se notaba su inseguridad. Era cuestión de entrenamiento, le dijo para animarle.

Yellow no lo creyó. No creyó, en concreto, que se tratara del entrenamiento, sino de la fase de cambios que el niño estaba atravesando, de sus inseguridades, que a veces eran solo un reflejo de las de ella.

Volvieron a casa paseando en silencio, por mucho que Anne y Nicky conversaran de forma animada para aligerar la tensión que se notaba en el ambiente tanto por parte de Yellow (por lo ocurrido con Rob) como por el fracaso de Leo.

—Lo has hecho de maravilla, cariño —le reiteraba su hermana pequeña al niño.

—Ya, claro —respondió él con seriedad, agachando la cabeza.

Yellow le acarició el pelo y le apretó contra sí.

Cuando llegaron a casa, Jeanette comenzó a preparar un almuerzo ligero, Anne se marchó con unas amigas y Nicky desapareció porque había quedado con Lucy para trabajar en su gran invento.

Yellow ayudó a su madre a preparar unos emparedados y una ensalada y comieron las dos con el niño, en silencio, hasta que fue precisamente él quien lo rompió.

—Papá se va a ir otra vez, ¿verdad?

Yellow levantó la mirada hacia su madre, que apretó la boca y respiró hondo. Aquel tema le desagradaba enormemente, porque después de lo que le hizo a su hija cuando acababa de tener al niño no quería ver al padre de su nieto ni en pintura, por mucho que Yellow le dijera que era bueno para Leo.

—No se va a marchar, cariño.

—¿Y entonces por qué estabais enfadados hoy?

Ella suspiró y dejó el sándwich de ensalada de col a un lado.

—No estábamos enfadados, solo estábamos hablando.

—Ya, claro. Mamá, estabas enfadada con él, se te notaba un montón. Siempre estás disgustada con él, y no soy tonto. Habéis discutido otra vez.

Ella volvió a mirar a su madre buscando ayuda, pero Jeanette le devolvió esa típica mirada suya de «ahora te las arreglas como puedas, ya sabes lo que le diría yo». Su madre siempre le decía que el niño no era un juguete que podía romperse con facilidad, que debía aprender a aceptar la realidad y fortalecerse o crecería siendo un niño débil, demasiado protegido y apartado de la realidad. Ella, en parte, estaba de acuerdo, pero por otro lado le parecía una perspectiva demasiado anticuada y agresiva.

—No estoy siempre disgustada con él. Al contrario, nos llevamos muy bien, todo va bien, y yo quiero que tú seas feliz.

—Pero yo solo soy feliz si tú estás feliz.

La miró con aquellos enormes ojos verdes, llenos de lágrimas, y Yellow vio en aquellos ojos la determinación que le faltaba para hacer justo lo que debía hacer. Abrazó a su hijo.

—Debes escuchar mejor a este niño, Yellow. Escúchale, y todo irá bien. Vale que no me hagas caso a mí, pero espero que a Leo sí, ya que le aprecias más que a tu pobre y abnegada madre.

Ella rió.

—Mamá también es feliz —susurró en el pelo de Leo.

Quizá no ahora. No todavía. Pero lo sería.

La conversación que había tenido aquel día con Robert le abrió los ojos a la cruda realidad: ella seguía siendo una estúpida en todos los sentidos. Se había dejado convencer para abrirle las puertas de su vida, y eso le había servido como excusa para librarse de Tanner de una vez por todas, para evitar que le hicieran daño de nuevo.

Pero qué idiota era. Se lo había hecho ella a sí misma. Puede que él

tuviera que madurar todavía, puede que no fuera lo valiente que debiera ser todavía... Pero ella no lo sabía, porque se había negado en redondo a darle una oportunidad.

Sin embargo, con el paso de los días, cada vez estaba más convencida de que había llegado el momento de pensar por sí misma, de sentirse realizada, de disfrutar de la vida. Porque si continuaba sintiéndose vieja, amargada y obligándose a apartar aquello que, de forma egoísta, la hiciera feliz, terminaría por arrastrar consigo a su pequeño a su mundo de infelicidad, resentimiento y temores.

Rob cumplió su promesa: no alejó a Leo de su vida, sino que comenzó a llevarle con él algunas ocasiones para que conociera a su nueva futura esposa. Por lo visto, y según le contaba el niño después, la chica no era más que una jovencita remilgada y loca por complacerle para hacerle la pelota al padre, y aunque a ella no le agradaba demasiado la idea no tenía más remedio que aceptar la situación. Eso sí, hasta que su hijo quisiera aguantarla.

Transcurrieron los días, y ese sábado había pasado la tarde viendo con Leo una las películas favoritas de su infancia, Los Gunnies. Cuando la película terminó, el niño se había quedado dormido en una esquina del sofá con los pies sobre su regazo y ella se había quedado pensativa.

Resultaba irónico y liberador que su exmarido pareciera haber encontrado al fin lo que andaba buscando y la dejara a ella en paz. Era liberador porque ella, al fin, se sentía con la libertad de actuar como mejor le conviniera, pero irónico porque lo había hecho demasiado tarde. Si se lo hubiera dicho antes... Si no hubiera sido tan idiota...

¿Qué?

No habría hecho nada. Y no lo habría hecho porque era una cobarde que tenía miedo a vivir. Y no le servía de nada lo que los demás le dijeran o le empujaran a hacer: sabía muy bien cuál era su problema, pero por algún motivo siempre había encontrado un impedimento.

Ahora no había ninguno.

Robert tenía lo que quería, y ella no tenía por qué seguir huyendo. Ahora tenía la posibilidad de elegir: podía ser una cobarde toda la vida y escoger el camino seguro, o ser como Mikey, de los Gunnies, e ir hacia la aventura y, por qué no, conseguir el amor.

Era hora de dar el paso.

«El día está nublado en Scarborough, y dicen que hasta puede nevar. ¿Hace cuánto no veías la nieve por aquí? Si quieres, te mando una foto después».

Le pareció natural escribirle de aquella manera, como si nunca hubieran dejado de ser amigos. Y lo cierto es que se sentía así, como si él le conociera mejor que nadie. Seguro que él sabría que ella ya estaba lista, estaba preparada para comenzar de cero con él.

Al instante sonó el pitido de aviso de un nuevo mensaje en su móvil.

«No quiero una foto. ¿Te gustaría que contempláramos el milagro juntos? Sería otro momento que atesorar contigo».

Ella se quedó perpleja. ¿Qué hora sería en Malibú? Se metió en internet y buscó cuál era la hora allí. Si en Inglaterra eran las tres, allí debían ser...

Las siete de la mañana.

El corazón le dio un vuelco.

El teléfono vibró en su mano, indicando que acababa de llegar otro mensaje.

«Sé que quizá todavía no quieras o no puedas verme, pero yo sigo sin poder quitarme de la cabeza el color de tus ojos cuando brilla el sol. Me gustaría poder verlos cuando nieva».

Yellow comenzó a temblar como un gatito asustado. Tomó con cuidado entre sus manos los pies del niño, se los quitó de encima y los colocó sobre el sofá. Después se levantó, pero notaba las piernas tan temblorosas que casi no podían sostenerla. Se tocó el pecho. Estaba a punto de explotar, tenía que calmarse.

Tanner estaba allí. ¿Desde cuándo estaba allí? ¿Por qué nadie se lo había dicho? ¿Por qué no se había puesto él antes en contacto con ella?

Estúpida. Lo había hecho, pero ella ni siquiera le había contestado.

Miró hacia su madre, estaba dormitando en el sillón con una revista del corazón en el regazo. Después se giró de nuevo hacia Leo.

—Cariño —le susurró—, despierta. Mami tiene que decirte algo.

El niño abrió un poco los ojos.

—Quiero dormir, mamá —se quejó, y volvió a cerrar los ojos.

—Lo sé, sé que estás cansado después del partido, pero es que mamá tiene que salir un momento. Voy a... ¿Te importaría si mamá se marcha a ver a Tanner?

El niño abrió de repente los ojos y le dirigió toda su atención.

—¿Puedo ir yo y así montarme en su furgoneta?

Ella sonrió.

—Es que tengo que hablar algo con él. Tengo que... Tengo que arreglar las cosas, pero te prometo que, si las arreglo, te dará todas las vueltas que quieras en su furgoneta guay.

Él entrecerró los ojos.

—Pues más vale que las arregles —y se volvió para seguir durmiendo.

Ella sonrió de nuevo, feliz. Estaba segura de que el niño no comprendía del todo lo que estaba ocurriendo, pero eso tampoco importaba en ese momento, porque ella tampoco lo hacía. Lo que importaba era que él no se cerraba en banda a ser su amigo, algo que ella siempre había temido, y sospechaba que el hecho de que su padre tuviera otra novia había influido en ello.

—Mamá —se volvió entonces hacia su madre, que seguía dormitando—. Mamá —volvió a repetir.

Le tocó un poco el brazo y ella se enderezó y la miró atontada.

—Qué. Qué. Qué. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, mamá. Tengo que marcharme.

Estaba tan nerviosa que hiperventilaba. Jeanette la observó con atención y después sonrió.

—¿Tiene esto algo que ver con cierto chico que yo me sé? —ella asintió con la cabeza, apretando los labios avergonzada—. Me alegro de que te hayas decidido al fin a dar el paso, cariño. Vete tranquila.

Ella sonrió de vuelta.

—Voy a arreglarme un poco. Intentaré estar de regreso temprano. ¿Querrás echarle un vistazo a Leo?

—Por supuesto, no te preocupes por nada mi amor. Anda, vete y dile a ese chico que se ha ganado a una de las Mayers.

Ella se marchó rápidamente a su habitación, aunque con el ceño fruncido intentando dilucidar en qué momento su madre se había enterado de que Tanner estaba allí. Mientras se afeitaba las piernas, escogía la mejor ropa interior que tenía (una vez se compró un *culotte* y no podía soportar llevarlo porque se le metía por el trasero y le molestaba más que un tanga, pero había que usarlo para algo, ¿no?) y después estudiaba su pobre armario seguía pensando en cuándo habría venido él a Scarborough, y por qué nadie le había dicho nada. Nicky debía saberlo. Y si ella lo sabía, seguramente su madre también. Y todos, menos ella.

¿Por qué no le había dicho nadie nada? Si él quería verla como decía, ¿por qué no se había enterado antes de que estaba de vuelta?

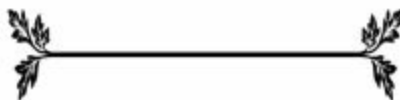
Había pensado en salir corriendo a comprobar si estaba en su casa de la colina, pero de pronto, antes de ponerse la ropa que había pensado, se quedó paralizada.

Cogió el móvil de nuevo y respondió a ese último mensaje.

«Hace mucho tiempo me enamoré de un chico que me prestó unos patines. Es difícil estar a su altura, pero he decidido que ha llegado el momento de darle una oportunidad a un hombre. ¿No te importará luchar contra su recuerdo?».

La respuesta le llegó enseguida.

«Estaré más que encantado de intentar superar a ese mocoso, y tengo mucho más que darte. Estoy observando la luz de tu habitación desde la calle. Te esperaré cuanto haga falta».



Tanner vio a través de las cortinas cómo se quedaba quieta, a buen seguro leyendo el mensaje que él le acababa de mandar. Veía con toda claridad su silueta desnuda, y deseó que ella hubiera perdido al fin el miedo y se lanzara

a sus brazos. Quiso tenerla pegada a él, acariciarla y besarla hasta dejarla blanda y sin aliento debajo de su cuerpo.

Se guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo. Hacía tanto frío que se había puesto debajo una sudadera cuya capucha había usado con buen tino para cubrirse la cabeza y esconder sus delatores rizos, que ya iban necesitando un buen corte.

Desde que llegara de nuevo a Scarborough había dividido su tiempo en comprobar que todo funcionaba en orden en el estudio de grabación, en recibir a sus músicos y compañeros de trabajo, y en hacer visitas fugaces para espiar a Yellow.

Le había pedido a su madre y a Lucy que mantuvieran el secreto porque quería ser él mismo quien le hiciera saber a ella que había vuelto y de forma permanente, pero en el momento adecuado.

Y fue ella misma quien lo había propiciado. Ella misma dio el paso hacia él, y Tanner casi no se podía creer que fuera ella quien le hubiera mandado al fin aquel mensaje. Estaba empezando a pensar que nunca se decidiría y que él se quedaría a vivir en Scarborough por siempre y viviría espiándola, consiguiendo migajas de su vida a través de Lucy, convirtiéndose en un músico amargado y solitario.

Pero fue precisamente su padre, Perry el orgulloso y cabezota, quien le había hecho darse cuenta de que había algo mucho más importante que mostrar a los demás lo bueno que era uno mismo: lo que de verdad importaba era saber que *realmente* lo eras.

Ahora, al cabo de los años, tenía una confianza en sí mismo que nunca antes había tenido. Sabía lo que era y lo que quería hacer, y lo demás, el éxito, las listas de ventas, los conciertos multitudinarios, los montones de dinero... Hacía mucho que, en realidad, habían dejado de interesarle. Lo que en realidad quería era rodearse de personas a quien querer y que de verdad le quisieran.

Quería ganarse de nuevo el amor de Yellow, luchar por ella, porque era la única mujer en su vida que conseguía ver quien realmente era. Y porque era preciosa y la deseaba con toda su alma.

No podía apartar los ojos de aquella silueta que se entreveía por las cortinas, a todas luces vistiéndose a toda prisa y con bastante torpeza. Sonrió.

No eran pocas las noches en que había tenido sueños eróticos con ella, en que se veía a sí mismo acariciando aquellos pechos, lamiendo la curva de su ombligo, su cadera... Pero estaba decidido a tener paciencia.

El momento había llegado. Lo sabía. Y le hacía feliz que fuera ella quien, al fin, se hubiera dado cuenta de que no tenía sentido luchar contra lo que uno sentía, que no merecía la pena sufrir por amor cuando la otra persona estaba dispuesta a poner el mundo bajo tus pies.

La luz de la habitación se apagó.

En unos instantes, la puerta delantera se abrió y apareció Yellow, con unos pantalones de pana marrones, unas botas resistentes para la lluvia, una chaqueta acolchada de color beige y un gorro amarillo. Los mechones ondulados de su melena dorada caían por debajo del gorro y se extendían por aquella chaqueta sencilla, pero práctica.

Ella le vio allí quieto, parado en la acera de enfrente, y se quedó mirándole casi sin aliento. El vaho de la fría tarde de invierno salía por su boca en una fina hilera de humo que cubría parcialmente sus preciosos ojos. Una sonrisa débil asomó por sus labios.

Esa era Yellow. Su antigua Yellow, la Yellow de siempre, la Yellow a la que él amaba con todo su corazón. Y era la imagen más bonita que había tenido el placer de disfrutar en meses.

Él sonrió de vuelta y abrió los brazos. Ella corrió y se lanzó contra ellos en un fuerte abrazo.

Tanner apoyó la mejilla en el gorrito amarillo de Yellow, la estrechó fuerte contra sí y cerró los ojos, disfrutando de aquel maravilloso momento. Nada podría estropearlo. Nada rompería aquello. Nunca más.

—Te esperaré toda la vida si me lo pidieras —le susurró.

Notó cómo ella se estremecía entre sus brazos al escuchar aquellas palabras.

—No te obligaré a hacerlo.

Se abrazaron un rato más, y él la meció entre sus brazos, disfrutando de aquél maravilloso momento en que ambos sabían que, al fin, se habían encontrado.

Entonces, ella separó la cabeza de su pecho y le miró a los ojos. Él le acarició la mejilla y sonrió. Después, despacio, bajó la cabeza y le rozó los labios. Tanner le enmarcó la cara entre las manos, respiró hondo y profundizó el beso, abriéndole la boca para adentrarse en su interior. No podía evitarlo y no quería hacerlo. Sus lenguas se rozaron, la punta de la nariz fría de Yellow rozó la suya, sus alientos se entremezclaron.

—Ven conmigo —le dijo él contra la boca, todavía con los ojos cerrados y dejando pequeños besos en la comisura de sus labios—. Demos un paseo bajo la nieve y, si tenemos suerte, podremos usar esto.

Ella se separó un poco de él y le observó recoger algo del suelo, detrás de él: eran unos patines. Dos pares de patines, unos más grandes y otros más pequeños... Yellow sintió cómo se le humedecían los ojos y le sonrió. Era como si estuvieran conectados por algo invisible, como si el pensamiento de ella siempre hubiera estado unido al de él.

Él le devolvió la sonrisa. Sus labios estaban sonrojados.

Notó un cosquilleo y miró hacia arriba. Suaves copos de nieve blanca bajaban danzando por el cielo y se colaban entre ellos, juguetones. La risa feliz que le ofreció a Tanner le hizo viajar atrás en el tiempo, hacia aquellos días en que tenía delante a aquella niña dispuesta a disfrutar de todas las cosas que le regalaría la vida. Esa niña que estaba de vuelta, y que él estaba dispuesto a no dejar escapar.

Se tomaron de la mano y marcharon calle abajo entre susurros, roces y besos, en dirección a la playa que vio nacer su amor, aquella en donde, por primera vez, se besaron.

En la casa que Yellow había dejado atrás, una cortina se movió.

—No está bien espiar, sabes, hijo —le dijo Jeanette a su nieto mientras ambos se sentaban de nuevo en el sofá tras no perderse ni un detalle de la romántica escena.

—Pues que sepas que me das muy mal ejemplo, abuela —le contestó el niño.

—Qué quieres, soy vieja, y los viejos ya no tenemos que hacer las cosas bien, se nos perdona todo.

El niño sonrió.

—Mi mamá estaba muy contenta.

—¿A que sí? —contestó su abuela después de suspirar.

—Si Tanner está aquí, ¿mi papá dejará de venir?

Ella se removió en su asiento.

—No lo creo, cariño, porque él también tiene una novia nueva y no por eso ha dejado de venir. Pero eso depende de él, no tiene nada que ver con lo que haga tu mamá. Y la verdad es que se merece ser un poco feliz, ¿no crees?

El niño asintió, muy serio, y frunció los labios mientras continuaba pensando.

—Ser mayor es un rollo. Todos quieren tener novio o novia. Yo nunca tendré.

—Ya hablaremos del asunto cuando tengas unos pocos años más, rufián —le contestó la abuela.

—¿Crees que a Tanner le gustará jugar al fútbol?

Ella le miró sorprendida, apoyó el brazo en el respaldo del sofá y la mano en la barbilla para observar cómo la pareja desaparecía calle abajo y sonrió.

—Por supuesto que sí, cariño. Me han contado que en su casa de la colina ha montado una pequeña pista con portería y todo. Apuesto a que te dejará practicar cuando quieras.

Leo volvió a sonreír.

—Ya sabía yo que siempre me había gustado Tanner. Es un tío guay.

Y se levantó del sofá para coger un juego de la estantería del salón.

—Venga, abuela, que te voy a dar una paliza al Monopoly.

Mientras, calle abajo, Tanner levantó a Yellow en brazos haciéndola reír a carcajadas y la pareja desapareció al fin bajo los copos de nieve, felices como dos adolescentes que acaban de descubrir el amor.

FIN

EPÍLOGO

Scarborough, Reino Unido

30 de junio de 2012

La barba de Tanner le hizo cosquillas en la incipiente barriga, y Yellow se retorció y rió con esa risa tan suya, abierta, franca: la risa de una mujer feliz.

Las cosas con Tanner habían comenzado despacio, sobre todo para darle tiempo a Leo a adaptarse a la nueva situación. Sin embargo, para sorpresa de Yellow, el niño iba mejorando en todas sus facetas conforme avanzaba el tiempo y comprobaba que ni Rob desaparecía de sus vidas a pesar de haber formado una nueva familia ni Tanner se iba a marchar nunca más de Scarborough.

De hecho, trabajaba desde su propia casa, perdido en la tranquilidad de las verdes colinas de Yorkshire con vistas al mar.

La tarde en que Yellow se lanzó a los brazos de Tanner para amarle sin condiciones, él le prometió que no se marcharía de su ciudad natal. Y ella le creyó porque, al fin y al cabo, si amas a una persona debes creer en ella por encima de todas las cosas. Una vez dado el paso, Yellow se sentía fuerte y decidida a apostar por esa relación.

Aquella tarde habían llegado a la playa y los copos de nieve todavía caían sobre ellos, humedeciendo los rizos de su melena.

Él le había agarrado la mano, se había detenido frente a aquel mar sorprendentemente en calma, y le había dicho:

—Siempre serás mi chica. Mi Yellow.

Y la había vuelto a besar, cubiertos por los copos de nieve, hasta quedarse sin aliento.

Después él le había enseñado a patinar en Peasholm y aquél se había convertido en otro de los recuerdos a atesorar por la pareja.

En ese momento, Yellow escuchó los gritos de Leo desde la pista de fútbol y recordó lo incómodo que había estado al principio el niño delante de Tanner, como si estuviera protegiendo a su pequeña madre de un peligro inminente. Y después, de repente, conforme fueron tomando confianza el uno en el otro, un día se puso de parte de su ya amigo.

—Mamá, por favor, ¿quieres dejar de agobiar a Tanner? Es que eres un poco pesada eh, ¡siempre besándole por todas partes!

Al fin había entendido que cuando se besaban con lengua no se iban a ahogar ninguno de los dos, pero ese fue justo el momento en que comenzó a sentir un asco tremendo por los besos de los adultos. Estaba entrando en la pubertad. Y no, no se quejaba de que un hombre que no fuera su padre la besara, no: se quejaba de que fuera ella quien agobiase a Tanner con sus besos. Como si aquello fuera verdad, y no fuera él el que no podía apartarle las manos de encima cada vez que se cruzaban el uno con el otro.

Los suaves y carnosos labios de su marido le dieron un beso en la barriga. Estaba apoyado contra su pubis y la tenía abrazada por las caderas, y yacía allí, tranquilo, después de haberle hecho el amor toda la mañana. El sol entraba ya a raudales por la ventana de la habitación principal, aquella en la que lo hicieran de manera tan salvaje dos años antes y que había sido testigo después de otras diversas formas distintas de disfrutar del sexo.

—Creo que tendremos que hacernos a la idea de que hay que ir bajando —le dijo ella mientras le acariciaba los rizos.

—Mmmm... Un poco más —respondió él con los ojos cerrados.

Ella sonrió.

—Vamos, es tu cumpleaños, la casa se llenará en un segundo, y si Leo sube y nos pilla así...

—Bueno, creo que Leo ya está aprendiendo bastante sobre relaciones entre chicos y chicas, no le pasará nada.

Su hijo había traído a una amiga a estudiar a casa, y la adoración que Yellow vio en los ojos de la niña no le gustó un pelo. Le dio un tirón a los rizos de su marido.

—¡Ni se te ocurra pensar nada de eso! Todavía es un niño.

—El año que viene le pillaremos toqueteándose. Ya le queda muy poco, verás.

—Ay, por favor, ¡no me digas eso! —ella se tapó la cara, y sintió cómo el cuerpo de él se agitaba por la risa sobre el cuerpo de ella.

—Bueno, dentro de poco tendremos otra pequeñaja a la que mimar, no te preocupes —añadió Tanner, y le dio un pequeño beso en la barriga.

Yellow estaba de cuatro meses, y según le habían dicho iba a tener una niña. Su hija. La hija de Tanner y ella. Sonrió.

—Tendrá un buen hermano mayor —añadió, ensimismada.

—Que la cuidará y la vigilará y se ocupará de que ningún otro chico le ponga las manos encima hasta que tenga treinta años, que es la edad ideal para casarse.

Ambos rieron. Sin duda alguna, se encontraban en el momento más feliz de sus vidas. Habían conseguido acabar los proyectos profesionales que se habían propuesto: él sacó su disco y redujo sus apariciones públicas, y ella estaba acabando su formación de técnico de laboratorio. Por extraño que pudiera parecer, ella siempre había sido una chica de ciencias, obsesionada con todo lo relativo a la física, la química y las fuerzas naturales que explicaban todo cuanto acontecía a nuestro alrededor. Era una soñadora de estrellas, pero una apasionada también de las reacciones físicas y químicas de los distintos elementos.

Quizá algún día ampliara sus estudios, pero por el momento estaba feliz de haber llegado hasta donde lo había hecho.

Tan solo habían decidido vivir juntos transcurrido un año de estar saliendo como dos quinceañeros. Tanner se lo había estado pidiendo desde el principio, pero ella quería tener al menos la seguridad de que sus estudios no dependían de él, de que podía valerse por sí misma. Al final, y al empezar el segundo y último curso, él la había convencido porque, al fin y al cabo, sería mucho mejor para su hijo contar con la estabilidad de un hogar que con una madre que no se decidía a formar una familia y continuaba, a sus treinta años, saliendo con un chico como si fuera una adolescente.

Con el paso del tiempo había aprendido a comprender que todos los

temores que sentía en relación con Leo eran injustificados, que su propia felicidad y bienestar serían, a fin de cuentas, más beneficiosas a la larga para el niño.

Y la prueba estaba ahí, los dos aliados contra ella como dos chiquillos traviesos en cuanto Yellow se despistaba. Leo se sentía ya como un hombre, un igual a Tanner, y ella era la intrusa que les regañaba cuando debían dejar de jugar y lavarse para la cena o cuando se olvidaban de todo mientras se ponían a tocar canciones, su marido al piano y su hijo a la guitarra.

Se habían casado hacía justo seis meses. Él se lo pidió una tarde en que, por sorpresa, se la llevó a Robin Hood's Bay. Leo estaba con su padre, aprendiendo a convivir con un bebé llorón, y ellos tendrían ese fin de semana para ellos solos. Se habían sentado a observar la magnificencia de aquel mar embravecido, de las olas chocando contra aquellas hermosas rocas aperladas, y él había comenzado a cantarle de nuevo la canción de Bryan Adams que a ella tanto le gustaba. De repente, se había arrodillado junto a ella y sacado un delicado anillo de oro con un pequeño brillante en forma de corazón.

—¿Ta casarás conmigo y me harás el hombre más feliz de la Tierra, mi chica?

Ella había mirado aquellos preciosos ojos azules, su nariz recta, sus labios carnosos, el asomo de barba de varios días sobre esa mandíbula recta y tan masculina, e intentó no llorar.

—Claro que me casaré contigo, porque me harás la mujer más feliz de la Tierra —le contestó.

Se escuchó un grito de «¡Gol!» en el patio. Leo había marcado y su tía Nicky, que hacía de portera, se quejaba de que era un tramposo porque la había pillado despistada.

En la radio comenzó a sonar el último éxito de Tanner, ese con el que había conseguido ser número uno en ventas y cuya canción estaba dedicada al amor de su vida: Yellow.

Él levantó la cabeza.

—Bueno, hora de bajar.

—De eso nada —le dijo ella, agarrándole del hombro para que se quedara donde estaba. Él odiaba escucharse en la radio—. Esta es mi canción y quiero

escucharla.

Él gimió.

—Anda, cántame un poquito, mi amor, y así no tendremos que escucharla. Haremos como que solo nos acompaña la música, ¿de acuerdo?

Él le sonrió y le dijo:

—Te quiero, preciosa. Siempre has sido y siempre serás tú.

Él se recostó al costado de ella y comenzó a tararearle al oído.

Ella le susurró:

—Te quiero, Tanner.

CANCIÓN PARA YELLOW

LOST WITHOUT YOU

There wasn't a day where I did not love you
As far as I can remember, there was no other
Than you, with your beaming eyes and beautiful smile
Your old cowgirl boots and golden curls

Every time I feel lost I think about you
And my body rises from its ashes
I will fight to be with you, not to be ever forgotten

Do you remember once when we were young?
You took me by the hand and told me you'd love me forever
Even after all these years, I could never forget those words

Chorus

I've always loved you, and I can't stop doing it
I'll love you tomorrow and all days of my life
You're my sun, my warmth, my guiding light
Wait for me, my love
Keep on fighting for us like you do
Please never give up

Traducción:

Perdido sin ti

No existe día en que no te haya amado
Desde que tengo uso de razón, siempre fuiste tú
Tú, con tus ojos risueños y tu gran sonrisa
Tus botas viejas y tu pelo dorado

Cada vez que estoy perdido
Pienso en ti y mi cuerpo renace de las cenizas
Lucharé por estar contigo, por no caer en el olvido
Una vez, siendo todavía niños, me tomaste de la mano
Y me dijiste que me querrías por siempre
Aunque hayan pasado años, nunca lo he olvidado

Estribillo:

Te quise ayer, te quiero hoy

Te querré mañana y todos los días de mi vida

Eres mi sol, mi calor, la luz que me guía

Espérame, amor mío

Sigue luchando, nunca te rindas

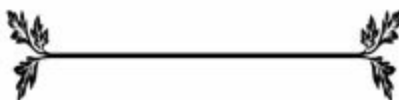
AGRADECIMIENTOS

Este primer tomo de la serie Bay Town (que no es más que el nombre por el que se conoce a nivel local al pueblo de Robin Hood's Bay, en North Yorkshire) ha sido posible gracias a un grupo de apoyo de chicas fantásticas que me han ayudado a centrarme y me han aportado la motivación necesaria para sentarme cada día y volcar todas mis ensoñaciones.

Esas chicas, como bien saben ellas, son Iratxe Ortiz, Mari Carmen Gañán, Claudia Konrad, Elizabeth Valencia, Luz Alvarenga y mi querida Mercedes López Ordiales, que junto a María José López Ordiales son siempre un apoyo constante en todas mis novelas. Muchísimas gracias también a María Arribas, a quien he conocido hace poco tiempo y a quien debería haber conocido antes... Pero a veces, el mundo funciona así de caprichoso.

Quiero darles las gracias además a Belén Edreira y la preciosa Lexy Rama, dos niñas impresionantes que se vuelcan con todo el corazón en todo lo que creen. ¡Gracias por estar siempre ahí! ¡Que vivan las meigas!

Y, cómo no, gracias a mi marido, que siempre me anima a seguir adelante con este *despropósito* de la escritura, y a mis niños, que son fuente de alegría e inspiración constante.



Otros libros de la misma autora, publicados bajo el nombre de Lorena Escudero:

CASTIGO DIVINO

rxe.me/AYA7TB

DIVINA CONDENA

rxe.me/M96SN4

SAGA SALVAJE:

REBELDE

rxe.me/SVFDI3

LA ENCRUCIJADA

rxe.me/370UFJ

BANDIDOS

rxe.me/VMYSF4

[1] Traducción: Oh, y cuando ahora miro hacia atrás, ese verano nos parecía eterno. Si pudiera elegir, sí, sé que siempre querría estar allí. Fueron los mejores días de mi vida.

[2] Traducción: Y la luna ha salido, y las estrellas brillan; y pase lo que pase, todo irá bien; porque esta noche serás mía, en el séptimo cielo. Y no existe otro lugar donde quisiera estar, no podemos dar marcha atrás pero da igual, porque estás conmigo aquí, en el séptimo cielo.